

FIN DE UN IMPERIO



C. L. MOORE

LA MAÑANA FINAL



NOVELA DE CIENCIA-FICCION



LA MAÑANA FINAL

C.L. Moore

Titulo de la obra en inglés : DOMSDAY MORNING
Traducción de JESUS SILANES
Primera edición: Abril 1962

CAPÍTULO PRIMERO

Después de cierto tiempo el traqueteo del autobús que nos transportaba adquirió un ritmo al que me pude acostumbrar, aunque cada vez que efectuaba algún movimiento el polvo revoloteaba por encima de mis ropas y a pesar de la oscuridad reinante podía ver entre los pliegues de mis uñas el tamo procedente de las resecas huertas de Ohio. Estoy de luto, iba pensando. Pregúntenme porqué llevo luto para toda mi vida.

El autobús traqueteaba y apestaba al mismo tiempo. Apestaba a sudor y a insecticida. El insecticida lo proporcionaba el Gobierno con el objeto de evitar que las plagas del campo fueran diseminadas por las huertas de Illinois por los cosechadores. También servía para aniquilar las plagas y piojos de los pasajeros, aunque de esto no se preocupaba la mayoría. Si nos tuviéramos que preocupar de los parásitos, no seríamos cosechadores.

Ya me había resignado a tolerar el ruido del coche y el mal olor a insecticida y me había recostado en mi asiento, cerrando los ojos para pensar en lo que fuera, cuando de repente se produjo un pequeño tumulto entre los viajeros. Creí que alguien me ponía una rodilla en el pecho y pronto me vi rodeado de gente que se apretujaba contra mí. Unos reían y otros gritaban y aquella situación se me hizo intolerable. Me desperté luchando contra la opresión que sentía.

Pero se habían echado todos sobre mí y a pesar de mis esfuerzos para librarme de aquella gente sentí que mis brazos quedaban inmovilizados y que apenas podía mover mi cuerpo. Me estaban aplastando sin piedad contra la pared del vehículo y mi cara estaba pegada contra el cristal de la ventanilla. Todo el mundo se había agolpado sobre las ventanillas de mi lado. El autobús se decantaba hacia la izquierda y casi todos los asientos de la derecha se hallaban desocupados. Haciendo un esfuerzo supremo conseguí liberar mis brazos.

—¡Fuera de aquí! —grité.

—Tenga paciencia, Rohan —contestó alguien.

—Dije que salgan de aquí.

Cállese. Eché una mirada hacia allí.

La presión se suavizó algo y miré a través del empañado cristal. A media milla de distancia y entre la oscuridad pude distinguir una gigantesca pantalla cinematográfica, lo suficientemente grande como para que a pesar de la distancia la muchacha que aparecía en ella se representara a mi vista de tamaño bastante mayor que el natural. Mis ojos la contemplaron durante un minuto y viéndola tan plena de vida pensé que todavía debía estar soñando.

—¡Miranda! —gritó alguien entusiásticamente.

—¡Miradla! ¡Qué hermosa!

—¡Vaya mujer!

—Aminore la marcha —le dijo alguien al conductor, pero éste no le hizo el menor caso. El autobús continuó su rápida marcha, pero para mí no era todavía lo suficientemente veloz. A medida que nos alejábamos la pantalla iba desapareciendo de nuestra vista, pero lentamente, muy lentamente. Conocía la película que se proyectaba sobre ella y recordaba la escena que entonces se representaba. Sabía también lo que iba a ocurrir en las próximas secuencias y no deseaba visionarias, pero no podía evitarlo. Aun cuando cerrara los ojos los movimientos de aquellas sombras que se vislumbraban a más de un cuarto de milla a través de los campos se hubieran metido entre mis párpados y mis ojos y hubieran penetrado en el recinto de mis recuerdos. Conocía aquella película.

Ahora se abría una enorme puerta detrás de la gigantesca figura de Miranda y un hombre penetraba en la brillantemente iluminada habitación. Era un hombre de anchos hombros y cuello de toro que se movía rápidamente, a un ritmo intolerable. Su negro pelo aparecía tan recortado que semejaba un casquete negro pintado sobre el cráneo, del que todos estuvieron de acuerdo en catalogar como perfecto. Lástima que dentro de él no hubiera nada.

Alguien de los que se apiñaban en torno mío gritó:

—¡Eh, Rohan, se te parece! —y otro contestó en voz baja e irritada a la vez:

—¡Cállate!

No quise prestar atención. Estaba contemplando como el joven Rohan de hacía cuatro años se acercaba a su esposa y la abrazaba y como ella apoyaba dulcemente la cabeza sobre su hombro. Era lo mismo que estar contemplando a dos dioses haciéndose el amor; una escena hermosa, vivida, más realista que la misma vida, pero a una gran distancia de tiempo y espacio. El colorido de la mágica habitación y el movimiento de las dos sombras reverberaban en la lejanía sin verse afectados por el ardiente aire de la noche, por el tiempo ni por la distancia.

La pantalla se fue ladeando a medida que el coche avanzaba por la polvorienta carretera. Las dos sombras de la iluminada habitación se fueron estrechando cada vez más, hasta formar dos largas líneas verticales. Después desaparecieron.

Pero no yo. Miranda desapareció. Ella ya estaba fuera y quizá no fuera demasiado malo, considerando la forma en que murió. Pero, en cuanto a mí, estaba atrapado en un autobús que atravesaba el tiempo, oprimido contra mi asiento mientras las ruedas continuaban rodando y mi viejo mundo desaparecía de mis recuerdos estrechándose hasta convertirse en una línea que desapareció por completo, y con ella la figura de Miranda.

—Ya todo ha pasado y ha terminado —me dije—. Sucedió hace tres años y ya nadie lo recuerda. Ni siquiera tú mismo...

Me revolví furiosamente contra los cuerpos que continuaban apretujándose contra mí. Empezaron a separarse gruñendo y protestando. El individuo que se había estado apoyando en mi hombro perdió el equilibrio

ante un brusco movimiento del autobús y se precipitó sobre mí. Trató de sostenerse y apoyó una mano sobre la ventanilla y la otra cayó pesadamente sobre mi pecho.

Le di con el puño en la cara.

Le descargué el puñetazo con toda la potencia que me permitió mi posición, con todo el ímpetu de mi contenida irritación. Fue como si de repente se hubiera encendido un foco para iluminar una oscura escena. Estaba completamente seguro de mí mismo y me sentí mucho mejor. Ahora lucharemos, pensé. Ésta es la mejor manera.

Pero no ocurrió nada. Se apoyó en el respaldo del próximo asiento y se marchó tambaleándose por el pasillo. Se quedó unos instantes frotándose la mandíbula y mirándome cabizbajo, pero sin pronunciar palabra. aunque entre los pasajeros se empezaron a hacer conjeturas sobre lo ocurrido.

—¿Qué ha pasado?

—Pues otra vez ese Rohan.

—¡Eh, Rohan! ¿Por qué no se pega un tiro?

Miré al hombre del pasillo. Yo estaba preparado y con ganas de buscar camorra, pero lentamente el encendido foco de mi imaginación fue apagándose. Sabía que aquel tipo no estaba dispuesto a enfrentarse conmigo.

Me encogí de hombros y me volví al asiento. Mi presunto oponente buscó su asiento y desapareció de mi vista. Eché mano al bolsillo y extraje la botella y, después de romper el precinto, eché un trago al coleto. Sabía a veneno matarratas, pero, naturalmente, el primer trago siempre sabe igual.

—¿Qué le ha parecido, Rohan? —preguntóme el hombre más próximo a mí.

—Que no tengo bastante con esto —repliqué, taponando la botella.

—Creo que le va a sobrar.

—Hay mucha distancia hasta Springfield.

—Pero no puede bebérsela toda.

—Pues vaya viendo como la termino.

Se dio por vencido. Todavía continuaba la algarabía entre -los demás pasajeros. El conductor, harto ya de tanto bullicio, murmuró algo y conectó el receptor de televisión, colocado en la parte delantera del autobús. Se televisaba una cinta de policías y ladrones. Los policías iban uniformados con las guerreras rojas del «Comus» y la heroína llevaba la cabellera peinada imitando el estilo de Miranda en la película «Bright Illusion». Lentamente, los, cosecha- dores se fueron callando.

Siendo un cosechador no se puede mantener demasiado tiempo la excitación nerviosa. No le queda a uno energía suficiente ni interés. Para la mayoría de los cosechadores la vida es un círculo cerrado. Una vez que se ha firmado el contrato ya sabe uno lo que le espera. La duración normal del contrato es de cinco años, pero mucho tiempo antes de que termine el plazo ya le debe uno a la Compañía tanto dinero en bebidas y comidas que nunca se puede liberar de ella,

Así es que nadie firma... sereno. Yo nunca recuerdo cuando firmé mi contrato, pero lo cierto es que mi firma está en los archivos de la Compañía; una firma temblorosa, tambaleante, pero un Howard Rohan auténtico garabateado sobre la línea de puntos al pie del mismo. Estaba metido en la Compañía para toda mi vida, o hasta que ella quisiera. No podría decir que sentía preocupación por ello, al menos no demasiada. A veces pasó por mi imaginación buscar una salida, pero, si la encontraba, ¿de qué me serviría? Sabía que allí al menos no me faltaría el licor ni la comida. Tenía necesidad de olvidar el pasado, y además, si no fuera porque trabajaba allí, ¿qué sería de mí?, ¿qué otra cosa podría hacer, aparte de lo que para siempre me había sido negado?

Eché otro sorbo. El segundo ya no es tan malo como el primero. Acaricié la botella. No quería haber empezado tan pronto, pero la vista de Miranda y de mí mismo me había trastornado profundamente. Sentía necesidad de borrar su recuerdo.

Así es que me decidí a construir un muro de olvido a mi alrededor. Empecé a sentir una agradable sensación y a oír un suave susurro como si un enjambre de felices abejas revolotearan junto a mí. Las cosas las veía cada vez más borrosas, todos los objetos, los de dentro y los de fuera. Miré hacia la ventana y vi en ella una pantalla de televisión con mi rostro reflejado en ella, pero el largo pelo que cubría mi cabeza me hizo pensar que no se me parecía. La suciedad, el largo pelo y la oscuridad, hacían tan borrosa la imagen que no se podía precisar lo que tres años habían hecho ya de Howard Rohan.

Atravesé con mi vista mi propia imagen, ignorándola, contemplando la oscuridad de la noche veraniega. Vi pasar rugiendo un par de autobuses. También vi algunos coches particulares que eran conducidos por los pilotos automáticos, mientras sus conductores dormitaban plácidamente. De vez en cuando se oía el ruido de los motores de un «Prowler», aparatos que afectan la forma de una lágrima, concebidos así para poder albergar en su voluminosa parte posterior la maquinaria de que están dotados. Siempre que veía un «Prowler» se me ocurría pensar en la propaganda que hacen circular clandestinamente los enemigos del «Comus», esas lágrimas rojas cayendo de los ojos de la estatua de la Libertad, y también esas lágrimas de sangre, marcadas con la palabra «veneno», circulando a través de las arterias de la nación. Un trabajo en vano, naturalmente, pero que queda grabado en la imaginación.

Lo único que se me ofrecía a la vista durante el recorrido, además de los fugaces coches, eran los retratos de Raleigh, uno de ellos cada milla, colocados siempre a la misma distancia, y que brillaban a pleno color cuando los faros del autobús los enfocaba. Todavía no desaparecía la imagen de uno de ellos cuando ya la otra hería la vista. Pero el «Comus» nunca hace las cosas a medias.

Lo mismo que Howard Rohan, pensé. Miranda siempre decía que nunca sabías hacer las cosas con calma, pero yo nunca supe hacerlo así. Y esta

es la razón por la que en estos momentos estás sentado aquí, me dije para mis adentros. Estás sucio, lleno de parásitos, oliendo a sudor y desinfectante. Debería ser factible poder dejar de pensar y de sentir. Y a eso deberías acostumbrarte, porque eres para toda tu vida un cosechero, Rohan. Pero no es fácil conseguirlo.

La televisión interrumpió su programa para televisar un informe sobre la salud del Presidente. Miré hacia la pantalla, que aparecía borrosa ante mis ojos, tratando de centrar mi vista sobre el rostro del Presidente Raleigh. Eran escenas de un antiguo noticiario y se veía el rostro del Presidente, el cuadrado mentón echado hacia delante y el ancho rostro pleno de vigor y rebosante de salud. Pero ya hacía mucho tiempo que Raleigh había perdido aquel aspecto. Ya debía tener más de setenta años. Había sido reelegido seis veces presidente. Era el enérgico Raleigh, el hombre que salvó a la nación después de la guerra de Cinco Días. Pero su energía iba ya menguando paulatinamente. Habia sufrido un segundo ataque hacía ya una semana, y nadie creía sinceramente que saldría de él. Salvó a la nación y fundó el «Comus». Este podía ser su epitafio.

«Comus» (Communications of the United States). Al cabo de un mes de la creación del organismo «Comunicaciones de los Estados Unidos» se empezó a emplear las siglas «Comus». Era el viejo «Comus», dios de la alegría y de la benevolencia. Su origen era griego y significaba alegría. Bien, pero los tiempos cambian.

Estaba pensando en el extraño nuevo mundo que tendríamos cuando por fin muriera Raleigh. Nos llevó adelante a través de malos tiempos, los peores de todos. Yo no los puedo recordar, pero mis padres vivieron durante los tiempos en que la anarquía se enseñoreaba de América, después de la larga etapa de transición que siguió a la guerra de los Cinco Días. Y fue entonces cuando Raleigh se hizo cargo del poder.

Quizá los tiempos moldeen al hombre. Raleigh se hizo cargo de una empresa gigantesca y la realizó como si hubiera sido un gigante. No tuvo contemplaciones con los medios que tuvo que emplear para llevarla a cabo. No cometió ninguna torpeza en sus principios, y después pareció convencerse a sí mismo que no podía equivocarse. Lo primero que hizo fue emplear pródigamente el dinero y los mejores cerebros de la nación en desarrollar sus comunicaciones, para regularizar los abastecimientos, porque la supervivencia de la nación dependía de ello, y después porque la misma supervivencia del Régimen Raleigh dependía del rígido control de las mismas comunicaciones. Cuando terminó su labor había ya establecido los límites dentro de los cuales podía operar, y los límites eran las fronteras de la nación. Más tarde estableció compartimentos internos, de paredes no demasiado altas, que eran como espacios cerrados dentro de las fronteras, para el beneficio de todos.

Era nuestro salvador de hacía treinta y tantos años. Ahora es un dictador benevolente. Sí, claro, benevolente. Quizá alguno de sus colaboradores no sea tan popular como Raleigh, pero todos sabemos que

mientras viva, las cosas no irán mal. Y si las articulaciones de la sociedad se están endureciendo lo mismo que le ocurre a las de Raleigh, bueno, en cierto modo, nuestra forma de vida es bastante buena, teniendo todo en cuenta. Arriba se está muy bien, muy bien, y yo lo sé, porque estuve con ellos. Y los de abajo, se puede decir que nadie pasa hambre, ni siquiera los cosechadores.

Raleigh ha detenido el paso del tiempo, pero el tiempo a pesar de todo, se ha cebado con su cuerpo. Lenta, lentamente, el calcio se va espesando en sus arterias, lo mismo que se va apoderando de las del «Comus». Las articulaciones se endurecen y la mente se atrofia, pero aún después de que Raleigh muera, el «Comus» permanecerá entre nosotros. «Comus» es un dios, cuyo nombre significó un día alegría.

Me gustaba todo aquello y lo celebré echando otro trago.

CAPÍTULO II

El autobús se detuvo y sentí que la luz hería mis ojos, atravesando mis cerrados párpados. Abrí los ojos y me di cuenta de que estábamos en una pequeña ciudad. Frente a mí se veían las iluminadas letras de un cinematográfico. ¿Saben lo que se anunciaba? Pues a Howard y Miranda. Era la reproducción de una de nuestras mejores películas: «Beautiful Dreamer».

A pesar de la pesadez que sentía en la cabeza me empecé a hacer conjeturas, pero no demasiadas. No tenía nada que ver conmigo. Tres años de vida pueden afectar a uno más de lo que pudiera creerse. Fueron suficientes para cambiarme, para convertirme en cualquier otro, pero no me preocupaba, aunque ya me estaba pareciendo que se proyectaba un número inusitado de reposiciones de viejas películas. Algunas eran de las nuestras. Todas ellas, naturalmente, son propaganda, reajuste de opiniones, como ellos dicen. En «Beautiful Dreamer» el papel que yo representaba atacaba los defectos de los ideales de los muchachos del «Comus». En aquellos días podía hacerlo, pues mi nombre gozaba de gran popularidad y prestigio. Era director y actor al mismo tiempo y uno de los más prominentes hombres de la cinematografía. Mi nombre en letras de fuego, mi palabra la ley de la industria... con ciertos límites, claro. Entonces cabalgaba sobre las encrespadas olas...

Bueno, si el «Comus» revivía en la pantalla viejas películas, era porque tenía alguna razón. El mundo sigue su marcha y probablemente debía existir alguna inquietud, cuando el autobús emprendió otra vez la marcha. La pequeña ciudad sin nombre se fue quedando atrás, guardando en su seno la bella e incorruptible imagen de Miranda, hasta que se convirtió en un punto en el horizonte, y después desapareció en el olvido.

Piensa en cualquier otra cosa. Piensa en el «Comus».

Me gusta pensar en el «Comus». Es tan inmenso que se tiene que mirar hacia arriba, muchas millas hacia arriba para verlo completamente. Esto le aleja a uno de la gente y las cosas que se tienen alrededor. Me gusta estar allí arriba, por encima del mundo.

Mirando hacia abajo me puedo imaginar al «Comus» como si fuera una invisible tela de araña que toca con sus delicados filamentos todos los seres humanos y cosas de los Estados Unidos. Se le puede ver centellear y parpadear en todas partes en donde toca una mente humana. Sus diminutos y crepitantes nervios de energía electromagnética dan vida a las complicadas máquinas que trabajan en la nación para él. Zona de Chicago, zona de San Luis, con altas paredes intermedias , de miles de millas de altura, tenues como el aire, pero duras como granito. Dentro de ellas el «Comus» amasa a su gusto las opiniones de las gentes. Quizá existan opiniones diferentes en la zona de Baltimore y la de San Francisco, pero eso es natural. El «Comus» lo debe saber mejor, supongo.

Continuamos la marcha con el consiguiente traqueteo a través de la oscura carretera y sintiendo el agobiante calor. Seguí amodorrado pensando en mis cosas. Nuestro trabajo no es malo; se puede dormir, se puede obtener whisky a precio muy asequible; le dicen a uno lo que tiene que hacer y lo hace, y todo va sobre ruedas. No se tiene que pensar y se pueden evitar recuerdos molestos si siempre se tiene a mano la botella. Con el whisky se puede construir un mundo mágico que le envuelve a uno apartándole de la realidad, cuyas paredes protectoras duran tanto como la cantidad de licor que se ha injerido. Dentro de ese mundo existe la felicidad; fuera de él, la inmundicia y la picazón de los parásitos. Sentía picor. Necesitaba asearme, pero no me preocupé. No tenía que hacerlo en mi mundo mágico.

Pero entonces el autobús se detuvo. Nos habíamos detenido frente a una estación de control profusamente iluminada y muy limpia. La luz roja estaba encendida, así que comprendí que el «Comus» andaba a la caza de algo o de alguien. O quizá era que se sentía nervioso por la situación general y quería conocer la opinión de las gentes. Nunca sabe uno lo que tiene por delante cuando se encuentra con él. El autobús se colocó en fila tras los otros vehículos. Deseé que me durara la botella.

Alguien dijo:

—Todos afuera. Pónganse en fila. Sigan al policía.

Coloqué de nuevo la botella en el bolsillo y salí del coche como los demás. Si sabía llevar las cosas bien me llevaría encima mi mundo mágico. Cuando la fila se detuvo, yo también lo hice, tratando de abrir los ojos sin demasiado interés.

La estación de control era inmensa y estaba brillantemente iluminada. Probablemente databa del advenimiento del Régimen de Raleigh, hacía unos quince años, cuando todo se hacía con la máxima ostentación. He visto sitios aún más lujosos que éste, con cristales todavía más chillones y emblemas de Raleigh más grandes, esos emblemas en forma de escudo con el monograma AR en tubos de neón con incesantes burbujas en su interior.

La luz que brillaba a través de la carretera era de color azul moteado de amarillo, y de púrpura a ambos lados de la misma, y procedía de los cristales de colores múltiples que bordeaban las ventanas de la estación, pero una luz más clara y potente iluminaba los coches que estaban estacionados frente a la puerta, en donde se llevaban a cabo los interrogatorios. Podía oír a lo lejos la música de una banda de cualquier baile de la ciudad, pero al penetrar en la estación la metálica potencia de la voz del «Comus», procedente de algún centro de control, la eliminó por completo.

En la pista de la estación podían verse dos grandes «Prowlers». A pesar de la luz verde y púrpura que los bañaba, que se reflejaba sobre ellos desde las ventanas próximas, se podía ver fácilmente que estaban pintados de fuerte color rojo. Dos o tres «Hedgehoppers» se mantenían vibrando sobre sus largas y dobladas patas, efectuando un movimiento que aborrezco contemplar. Son unos pequeños vehículos traicioneros. Pueden pasar por donde pase un tanque

y deslizarse por la hierba casi sin dejar vestigio. Las antenas de que están provistos sobresalían de sus cuerpos recogiendo mensajes con una especie de insensible e inanimada ansiedad.

La fila seguía avanzando. Me pareció oír como el zumbido de un helicóptero que sobrevolaba sobre nosotros. Quizá el zumbido fuera sólo dentro de mi cabeza. Con la mente ascendí a una altura algo superior a la del helicóptero y contemplé como su bermejo dorso recogía la luz de las estrellas, adquiriendo un tono oscuro rojizo que destacaba de la oscuridad del cielo. Lo estuve contemplando y el helicóptero contemplaba a su vez a los «Prowlers» del suelo. Todo estaba ordenado y controlado, pero yo me encontraba seguro en mi pequeño mundo, que flotaba en el aire zumbando.

Pero mientras esperaba mi turno llegó un «Hedgehopper» y se detuvo al lado de la estación, quedando iluminado por. un charco de luz de diversos colores. Salió un hombre de su interior vestido con un reluciente uniforme rojo, que se introdujo inmediatamente en el edificio. El vibrante aparato quedó en el mismo lugar, como si fuera una inquieta araña. Ya estaba pensando en echar otro trago.

Y fue entonces cuando oí que me llamaban por mi nombre.

Sentí un automático deseo de responder a la llamada, pero opté por callarme. Sólo hice un ligero movimiento de vaivén.

—Howard Rohan. Venga aquí.

Todas las miradas se dirigieron hacia mí. Di un paso al frente. Se acercó un policía con paso firme y marcial y me estudió detenidamente. Me miró de arriba abajo y de abajo arriba, contemplando mis viejas ropas, mi polvo, mi prominente barbilla y hasta fijándose en mi forma de respirar.

—Muy bien —dijo—. Sígame, Rohan.

Dentro del edificio parecía haber mucha animación. El policía me llevó hasta un contador provisto con una especie de imitación de mármol fabricado de algún producto sintético.

—Hemos encontrado a Rohan, señor —dijo al hombre de detrás del escritorio.

El individuo estaba revisando mi ficha personal, jugando con ella entre los dedos. Finalmente dijo:

—Es mejor que tome un «Prowler». Es el medio más rápido. —A continuación estampilló un disco de plástico y lo pasó al policía junto con mi ficha personal—. Directamente con el primer avión —dijo—. Se trata de un asunto urgente. Compruebe primero las huellas digitales y oculares.

Nos encaminamos a otro contador, en donde me tomaron las huellas dactilares y de retina. Sentía aumentar dentro de mi la irritación que me producía aquel formulismo. Aquello era parte de la vida de ia que había huido hacía tiempo, a un costo que sólo yo y nadie más que yo conocía. Yo mismo me había escogido mi nueva forma de vivir, aunque fuera muy inferior a 1a precedente, yo mismo me había relegado al olvido, y nadie tenía derecho a apartarme de aquella vida, que, al fin y al cabo, me gustaba. No admitía en

modo alguno que aquella gente tuviera el derecho de separarme de ella, cogiéndome con unas pinzas invisibles, y elevarme de nuevo hasta la que había voluntariamente abandonado. Pero lo podían hacer, y de ello no me cabía la menor sombra de duda. Me decidí a reservar mi indignación contra los de arriba, en donde mis palabras de reproche pudieran afectar la sensibilidad de alguien. Al fin y al cabo aquellos agentes no hacían más que cumplir órdenes emanadas de la superioridad. Así es que hice lo que me mandaban sin rechistar, pero tampoco sin excederme. Dejé mi mano muerta cuando me la cogieron para tomarme las huellas y mi mirada ausente cuando fotografiaron mis retinas. Después me estudiaron atentamente y yo continué con la mirada ausente, tratando cuidadosamente que mi cólera no saliera a relucir y me llegara a perjudicar.

—¿No sería conveniente que lo adecentáramos un poco? —dijo alguien a mi lado.

—Quieren que se lo llevemos sin pérdida de tiempo —repuso otro inmediatamente.

Continué de pie respirando tranquilamente, tratando de olvidar el presente. Naturalmente, debían haber cometido alguna equivocación. Debían ir tras de cualquier otro Howard Rohan..., ¿pero con mis huellas personales? No te preocupes, hombre, debe hacer otro Rohan...

Montamos en un «Prowler» y tan pronto lo hicimos me recosté en el asiento que me había sido asignado y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir me encontré con las luces de un campo de aviación. Subimos a bordo de un avión a hélice, no de un reactor, así es que no íbamos a ir muy lejos. Sentí una desagradable sensación en el estómago cuando el aparato emprendió el vuelo y opté por echar otro trago al coleto. El policía que me acompañaba me miró algo inquieto, pero no me dijo nada. Tenía sus órdenes y yo no me preocupaba de cuáles eran.

Estábamos sentados cerca de la cola del avión y entre nosotros y los demás pasajeros había dos asientos vacíos. Pensé que lo habían hecho para que no contaminara a los demás, admitiendo de veras que tenían cierta parte de razón, pues de vez en cuando me veía obligado a rascarme. El aparato de televisión del avión estaba televisando una comedia. Yo siempre me había creído un buen comediante. Desempeñé un importante papel en la nueva comedia de Shakespeare que desempolvaron en el 94, aunque es muy posible que el nombre del autor contribuyera bastante al éxito alcanzado. Miranda siempre decía...

No te preocupes. No pienses en Miranda.

Pero, volviendo al mundo civilizado, estando cómodamente recostado en aquel lujosamente tapizado asiento, ¿es posible dejar de pensar en Miranda? Dios sabe que cuando estaba viva no pensé en ella lo suficiente. Quizá todavía viviera si la hubiera escuchado cuando quería hablarme, si hubiera pensado más en ella como mujer que como si fuera un títere al que podía mover a capricho sobre los «sets» cinematográficos.

No pienses en Miranda.

Descubrí entonces mi imagen reflejaba en la ventanilla. Me pareció que estaba volando afuera, tratando sin esfuerzo alguno de seguir la marcha del avión. Me quedé contemplando mi propio rostro y procuré pensar en cualquier cosa menos en Miranda. No tuve éxito alguno. El recuerdo del último día se adentraba inexorablemente en mi alma, suave, pero implacablemente. ¿Y cómo podía impedirlo? Una vez que empieza, no hay nada con que oponerse.

Es graciosa la rapidez con que se mueven las cosas en la memoria. Antes de que me pudiera llevar la botella a la boca ya habían pasado por mi mente los recuerdos de aquel último día. de aquella última noche, completos desde el principio al final, casi simultáneamente, y todo tan diáfano y perfecto como si acabara de vivirlos.

La vida y el hombre que se está ahogando. Esto es lo que quieren decir. Toda la película se basa en ello. Mientras el licor me inundaba la garganta lo recordé de nuevo. Malgasté tres años tratando de olvidarlo por completo.

Escena, entre los bastidores del mejor teatro de Nueva York, el «Andrew Raleigh Theater». Artistas, los mismos que estaban trabajando en una segunda versión de «Beautiful Dreamer», cuyos papeles principales, naturalmente, corrían a cargo de Howard Rohan y Miranda Rohan. Rohan, esposo, director y galán de la «hermosa soñadora». Se levanta el telón y empieza el papel de Rohan, que lo desempeña con tanto acierto como el mismo Stanislavsky.

Ausente de la escena. Miranda. Su búsqueda se hace desesperada. La actriz suplente ensaya llena de esperanza, mientras las indagaciones continúan febrilmente, pero no hay suerte. Miranda ha faltado a sus compromisos de la mañana y a los ensayos de la tarde y no se ha presentado a desempeñar su papel. Rohan va de un lado para otro con media docena de copas encima, demasiado nervioso para sentirse afectado. Rohan bebiendo cada vez que sale de escena. Rohan sobrio como un juez desde el principio al final.

El final. Después del segundo acto, un telefonazo. La policía ha dado con ellos... ¿con ellos?, ¿con ellos? Debe ser alguna equivocación. ¿Con quién debía estar Miranda para perderse dos actos, sin decirme una palabra? Me olvidé del teatro y lo abandoné durante el último acto. Éste soy yo, el Rohan que nunca hace las cosas a medias. Deja todo lo que sea, sin preocuparte de nada, déjalos que murmuren y se hagan cábalas y comentarios, pero compórtate como un esposo desesperado y aturdido, pues cuando ocurre una cosa así no hay que tener miramientos con nada. Pensé que nunca podría ser buen actor, director y esposo si no sabía desempeñar correctamente mi papel en un caso semejante.

Verdaderamente me olvidé del último acto. Nuestros dos suplentes se esforzaron en salir airosos de la prueba, delante de un público atónito, mientras Rohan corría vertiginosamente montado en un coche policíaco hacia el lugar en que había ocurrido el suceso que les había costado la vida a las dos, a Miranda y a su amante, el hombre del que jamás había oído hablar.

A veces me preguntaba si había oído hablar a Miranda, a la verdadera. Si aquello había ocurrido sin que yo tuviera la más mínima sospecha. ¿Cómo podía yo decir que la conocía a fondo? Empecé a meditar sobre el pasado y recordé haberla visto alguna vez en actitud taciturna, abatida y otras veces como si me quisiera decir algo, alguna cosa de importancia, pero que nunca le salió a flor de boca. Yo siempre estaba preocupado y sobrecargado de trabajo, no pensaba más que en mí mismo, en el teatro, en el cine, en los papeles que teníamos que representar. Nunca disponía de tiempo libre para descansar. Recordaba que en varias ocasiones estuvo a punto de decirme algo, pero le costaba mucho decirlo, y además yo no presté atención.

Todavía no habían llegado los periodistas cuando llegamos nosotros. La vi tal como la habían encontrado. La mitad de su cuerpo sobresalía del destrozado coche y a excepción de la herida de la nuca no se advertía señal alguna, ni el más pequeño rasguño. No llevaba encima más que un quimono japonés que yo jamás había visto en mi vida. Jamás supe porqué habían escogido aquella dirección, de qué desconocido apartamento salieron ni a dónde se dirigían.

Aun muerta estaba hermosa. Siempre fue hermosa, incluso cuando ya no le quedaba nada para controlar los movimientos de su cuerpo ni expresar con sus gestos su destacada personalidad. Yacía en una posición como si el artista que la fuera a pintar la hubiera colocado expresamente para que destacara su natural belleza. El quimono cubría decentemente su cuerpo y uno tenía la sensación de que su espíritu se había detenido un momento y, mirándola, había retrocedido y le había arreglado convenientemente sobre su muerto cuerpo la seda del florecido quimono.

¿Descubrieron la identidad de su acompañante? Creo que sí, aunque no estoy seguro. No me importaba. Un hombre como otro de tantos, sin especial importancia en este mundo, excepto, quizá, para Miranda. No recuerdo el aspecto que tenía.

Lo que sí recuerdo es haber estado allí, de pie ante ella, preguntándome cómo es que se había decidido a tomar aquella decisión que la condujo a la muerte. Debía haber sido en cualquiera de los momentos en que pareció que me quería decir algo importante, y que yo no pude o no quise escuchar.

Y también recuerdo la sensación que tuve de que yo quizá hubiera podido salvarla —de que la debía haber salvado— y que no lo hice. Ya no habría más oportunidades. El telón había ya caído.

El telón no se alzó nunca más.

¿Ve usted la velocidad a que corre el pensamiento? Desde el momento en que el licor bañó mi garganta hasta que impregnó las paredes de mi estómago pasaron doce horas de mi vida.

Con un par de tragos más terminé con el resto de la botella. No había demasiado líquido, pero era suficiente. El Rohan que se había detenido delante del cadáver de su esposa, el Rohan que flotaba fácilmente por la parte exterior de la ventanilla del avión y el Rohan que estaba tumbado


cómodamente en el interior del aparato, se habían reunido en uno solo, borroso y amodorrado.

CAPÍTULO III

Me desperté en la cama.

Estaba sobrio y sentía terribles molestias. Todo cuanto había a mi alrededor se me ofrecía a la vista con tan implacable claridad que comprendí que no formaba parte ya de mi mundo protector. La habitación era corriente, quizá algo lujosa. Me incorporé y moví los brazos. Sentí que mi cabeza me dolía terriblemente y noté un pinchazo en un brazo. Vi un puntito en él. ¿Me habían aplicado una inyección intravenosa? No recordaba nada... excepto, que tuve un sueño, que todavía runruneaba por mi mente. Algo me decía que era importante, muy importante. Procuré recordarlo.

Al parecer la población entera de los Estados Unidos me había estado tirando del brazo para decirme que estaban todos en un gran peligro. No fue el Presidente Raleigh, y me dijo que no fue deseo suyo de que las cosas llegaran a aquel extremo y que cuando muriera habría algunos cambios. No, al fin y al cabo no fue más que un hombre uniformado de rojo que me dijo que se llamaba Comus. Quería matarse y me pedía que le ayudase. Tenía la intención de emplear un... ¿un qué?

Un antic.

Esa palabra la recordaba perfectamente. También me dijo que yo iba camino de California, y que una vez allí debía encontrarme sin falta con un tal Heiress y que debía ponerlo en contacto con alguien cuyo nombre no pude comprender. Y también que debía recoger cisnes. Aún en sueños rechacé por absurda aquella lógica. Le dije que se marchara y me dejara en paz.

Pero era un tipo pesado. Me contó un largo y complicado cuento al oído. Me estuvo diciendo lo importante que yo había sido y lo mucho que podía esperar del futuro si me limitaba a hacer... Pero aquí llegó la pesadilla. Lo que quería que hiciese me asustó. La nación entera pareció intranquilizarse cuando pensé en ello. Me dijo que no tenía que pensar sobre el asunto, pero que tenía que matarse a causa del antic. Y que no me olvidara de los cisnes.

Dije que no tenía nada contra el Secretario de Comunicaciones y la forma en que entró a tomar parte en la conversación no está clara, pero el hombre del uniforme rojo continuó susurrando a mi oído *que yo ya sabía cómo.* Pero yo no lo sabía, y eso es lo que me tenía asustado. Me dijo que no tenía que pensar más en ello, pues cuando llegara la ocasión lo recordaría, pero que él me lo tenía que decir mientras tenía la ocasión de hacerlo.

Aquello no era más que una pesadilla. Sentía imperiosos deseos de decirle que no se trataba más que de un sueño y que se callara y se largara, pero yo estaba demasiado bebido e incapaz de valerme y él se aprovechó de ello y continuó hablándome. Y cuando me tapé los oídos con las manos tuvo la desfachatez de escribir sobre su cabeza con letras de fuego. Por fortuna, no podía leerlas.

—Y asegúrese de que ve a los cisnes —me dijo muy seriamente, desvaneciéndose en el aire al propio tiempo que mis oídos captaban el ruido de pasos que se dirigían hacia mí. Dejó las letras de fuego balanceándose en el aire y yo me arrojé sobre ellas empujándolas hacia un abismo insondable que aparecía a mis pies. Las vi descender dando círculos, haciéndose cada vez más claras cuanto más profundidad alcanzaban, hasta que casi pude leer su significado. Pero no del todo, gracias a Dios. Me desperté en el mismo instante en que estaba a punto de leerlas.

Estaba sentado en la cama tratando de dilucidar el sentido de aquel extraño sueño cuando de pronto se abrió la puerta de mi habitación y apareció un hombre vestido con una bata blanca. Le miré sorprendido, pensando instantáneamente si se trataba de un hombre que conocía, el que me había mandado llamar, Ted Nye. Sabía que debía haber sido Ted, pues nadie más se habría preocupado de mí, aunque el Howard Rohan de tres años antes conocía a mucha gente importante. Pero ninguno de los otros me recordaría ahora.

Tenía que ser Ted Nye. Y esa era la razón de que el Secretario de Comunicaciones desempeñara un pequeño papel en mi sueño. Esto, lo aclaraba algo, en cierto modo. Hacía ya mucho tiempo que Ted y yo empezamos juntos. Yo ascendí bastante, pero Ted subió mucho más que yo y siempre hubo mucha distancia entre su puesto y el mío, pero él se mantenía todavía en su posición, ocupando el cargo de Secretario de Comunicaciones del Gabinete de Raleigh, y además estaba señalado para ocupar una posición superior cuando Raleigh muriera.

El hombre que apareció en el umbral era un desconocido, y si la bata blanca significaba algo, debía tratarse de un médico. Me tomó el pulso a la manera profesional y me miró cuidadosamente.

—¿Qué, se encuentra mejor?

—Me siento terriblemente mal. Lo que necesito es echar un trago.

—Ya lo hará, pero ahora debe vestirse en primer lugar —me contestó.

—¿Y qué hay del trago?

Se encogió de hombros y se marchó, cerrando la puerta, así es que me levanté, temblando un poco. Sentía como si tuviera hormigas corriendo bajo mi piel. Me acerqué a la ventana y eché un vistazo al exterior. Nueva York se ofreció a mi vista con todo el esplendor, Manhattan. Todo me ~era muy familiar. Sabía que si estiraba un poco el cuello podría ver el Teatro Raleigh, escenario de mi subida y mi caída. No quise hacerlo.

Mis ropas habían sido lavadas y planchadas y estaban colgadas a mi disposición. En, el cuarto de aseo estaba todo preparado para que me bañara y me afeitara. Necesitaba asearme y empecé a limpiarme la dentadura, pero lo pensé y dejé de hacerlo. Quienquiera que fuese el que mandó a buscarme me iba a tener tal como había llegado. No tenía porqué hacer concesiones a nadie. Me vestí sin lavarme.

Apareció un policía uniformado con las rojas ropas del «Comus». Era extraño, pero la visión de aquel hombre dibujada en el umbral cuadraba con

mi sueño. Aquella era la puerta por la que había entrado la población de la nación. En la misma entrada es en donde se había abierto el abismo insondable. Miré hacia el suelo para ver si las letras de fuego habían dejado alguna señal.

—Buenos días, señor Rohan —saludó el policía.

—Necesito un trago —le contesté—. ¿Ve usted? —Le mostré mis temblorosas manos para que se diera cuenta de la necesidad que sentía.

—¿Tiene la bondad de acompañarme? —me rogó cortésmente—. ¡Ah! ¿Desea arreglarse antes un poco?

—No —repliqué secamente.

—Por aquí, por favor —contestó encogiéndose de hombros.

Cinco minutos después y tres pisos más abajo nos detuvimos delante de una puerta. Levantó la solapa de su guerrera y dijo algunas palabras a través del micrófono. Después me rogó:

—Pase, señor Rohan. —Entré en la oficina.

Era la oficina de Ted Nye. No había cambiado apenas. A primera vista tiene uno la impresión de que ha penetrado en una pinacoteca, pero después se entera de que todos los cuadros son vivientes. La mesa de Ted está situada en el centro de la habitación y de su superficie emergen los botones de mando que le conectan con toda la nación. Pegada alrededor hay una pecera de extraños peces tropicales. Mirando hacia arriba se ve una jaula metálica redonda que pende del techo, que encierra dentro de ella un canario de color amarillo pálido.

En el bar, y de espaldas a mí, había un hombre de corta estatura. Vestía pantalón corto y una camisa rayada. Estaba tomando una copa. Encima de él aparecía extendida sobre la pared la enseña de los Estados Unidos. Aquí residía el centro de la administración del «Comus» y aquí estaba, frente a mí, el hombre que lo controlaba.

Me sorprendí de mí mismo ante el súbito resentimiento que sentí ante su vista. Empezamos a subir juntos los peldaños. Mirémonos ahora. Sentí de repente la intolerable picazón de los parásitos de los que los cosechadores somos siempre víctimas predilectas y por un momento pude percibir el olor a sudor y desinfectante que nos envuelve siempre como un halo invisible. Probablemente debía oler mal en aquellos momentos, pero a eso estaba ya muy acostumbrado para haberlo notado en cualquier otra ocasión. Mi propio resentimiento me dijo:

—¿Qué derecho tiene Ted Nye a estar aquí, tan limpio, tan feliz, tan poderoso, mientras tú...? —Pero se interpuso la razón, que me aconsejó—: Tu mismo te lo buscaste, Rohan. Ahora ten tranquilidad.

Sin volverse, Ted Nye me dijo:

—Pasa, Howard.

Atravesé rápidamente la habitación caminando sobre la magnífica alfombra y llegué al mostrador sin detenerme ante su abierta mano. Cogí la primera botella que pude alcanzar y bebí ansiosamente, notando como el

whisky bajaba como un torrente garganta abajo. Era muy extraño el sabor otra vez a buen whisky. Ted apartó la botella de mi boca.

—Ya tienes bastante por ahora, Howard —me dijo mirándome con interés—. Hacía mucho que no te veía.

Traté de protestar con la mirada. Estaba limpio, muy bien, pero su delgado y moreno rostro estaba macilento y oscuros círculos rodeaban sus ojos. Estaba preocupado. También Ted Nye tenía sus problemas.

Le contesté secamente:

—No le conozco.

Sus hundidos ojos se clavaron nerviosamente en los míos de una forma que parecía que le estuvieran bailando de una forma ridícula. Me encontraba mejor después, del whisky. Me encontraba mejor de lo que él parecía estar.

—¿Es qué no estás bien de la memoria? —inquirió.

—Mi memoria es excelente, pero lo prefiero así.

De nuevo sentí la picazón que me atosigaba por todo el cuerpo, pero era más ficticia que real, pues al menos mis ropas estaban limpias. Estuve con los músculos tensos hasta que desapareció aquella desagradable sensación.

Sin dejar de mirarme escrutadoramente, Nye se dirigió hacia su mesa y presionó un pequeño botón situado bajo una diminuta pantalla. Inmediatamente apareció sobre su verdosa superficie la visión de una oficina y una muchacha en ella, de un tamaño de unas dos pulgadas. La escena se veía de color verdoso. Se me ocurrió que todo el mundo que se enfrentaba con Nye tenía que presentarse ante él a escala reducida.

—Deme el historial de Howard Rohan, Trudy —ordenó a la minúscula joven. Se oyó un susurro musical y después un suave chasquido, surgiendo al mismo tiempo de una ranura de la mesa una especie de carpeta roja con bordes metálicos. Parecía como si hubiera sido una lengua saliendo de una boca de finos labios. El canario saltó nerviosamente mirando de reojo hacia la ranura. Empezó a gorgoritear, pero cesó inmediatamente y se quedó quieto, cerrando los ojos.

Nye abrió la carpeta y separó, de entre el montón de papeles una hoja que sobresalía de las demás. La tomé sin demasiado interés, observándola como si se tratase de un compromiso. Pero de improviso sacudí mi cabeza para despejarla y conseguir que mis ojos se enfocaron bien sobre aquel papel. Mis manos temblaban y no podía creer lo que veían mis ojos, pero sí, era cierto, allí estaba la temblorosa firma «Howard Rohan» garabateada sobre una línea de puntos al pie del contrato que me ligaba en letra a la Compañía durante cinco años, pero que en realidad me sujetaba a ella para toda la vida.

Ted Nye me lo quitó de las manos mientras yo todavía continuaba absorto en su contemplación. Intenté inútilmente retenerlo.

—No vayas tan de prisa —me dijo—. Tengo un trabajo ideal para ti, Howard. Hazlo y será tuyo.

Respondí cautamente:

—¿Qué clase de trabaja?

Mirándome fijamente, contestó:

—Teatro. Estamos preparando algo nuevo, aunque quizá sea algo peligroso. Te necesito, Howard.

Durante unos instantes sentí que la excitación nerviosa se apoderaba de todo mi ser. Ya estaba de vuelta a los días venturosos cuando Miranda estaba a mi lado llena de vida y Rohan significaba algo en el mundo y su camino estaba sembrado de luminarias. Pero después recordé al otro Rohan, el de los caminos oscuros, el de después de la muerte de Miranda y al que se le corrió un telón que le separaba del que siempre había sido su mundo, el mundo de las candilejas. Recordé las veces que me había presentado en el teatro demasiado bebido para saber de cierto qué papel tenía que interpretar y pensé en los amigos que me habían ido dejando dinero, hasta que desaparecieron por completo de mi vista.

Miré alrededor mío.

—¿Cómo puedo salir de aquí?

—No vayas por ese camino, Howard —replicó Nye,

—Estoy hablando en serio.

—¿Todavía sientes rencillas, verdad? Hice cuanto pude por ti Howard cuando te hundiste y eso no debes olvidarlo. Al fin y al cabo no fui yo quien te retiró la licencia. Fue el «Comus». Probablemente piensas que yo controlo al «Comus», pero no es así.

Tenía ganas de reírme en sus propias narices. Me contuve. ¿Diez años de Secretario de Comunicaciones y no controlaba el «Comus»? Todo lo que respondí fue:

—No siento rencilla contra nadie. Voy tirando bastante bien.

—Eso no es cierto. No puedes engañar a nadie.

—¿He molestado a alguien? ¿He sido detenido por infringir la ley?

Se frotó nerviosamente la cara.

—Howard, antes éramos siempre buenos amigos y quiero ayudarte. Y tú también me puedes ayudar a mí.

Me volví de espaldas y contemplé el panorama que se me ofrecía a través de la ventana. Sí, habíamos sido amigos, muy buenos amigos y habíamos compartido juntos un apartamento, cuando él sólo era un auxiliar de un subsecretario y yo frecuentaba las oficinas del «Comus» para conseguir una licencia que me permitiera ocupar un puesto en la organización. Ya entonces era un hombre envidioso, quizá a causa de su pequeñez, pero siempre había sido capaz de coger a un tigre por el rabo. Pero ahora parecía que había cogido un tigre demasiado grande y tenía miedo de soltarlo. Pero aquello era cuenta suya, no mía.

Por encima del hombro le dije:

—¿Por qué no me dejas en paz, Ted? —Cerré los ojos y me concentré en la nube del olvido que el whisky que acababa de beber estaba desparramado en mi cabeza—. Has conseguido lo que querías, Ted. ¿Por qué no me dejas que yo siga mi camino?

Me respondió apaciblemente:

—¿Cuál es tu camino, Howard?

—¡Que me dejes en paz, caramba! —Las palabras eran concisas, pero el timbre de mi voz al pronunciarlas no pareció ser demasiado segura. No, no fueron sinceras. Toqué desesperadamente las paredes de mi nube temiendo que desapareciera, pero vi que desgraciadamente era así, y de aquello tenía la culpa Ted Nye. Había destruido mi último fortín y sentí de repente grandes deseos de matarlo.

Nye respondió con voz algo temblorosa:

—No me tientes demasiado, Howard —Se veía que estaba luchando desesperadamente contra la tensión nerviosa que trataba de dominarlo—. Quizá yo sepa lo que necesitas mejor que tú mismo. —Dio un golpe en la mesa con la carpeta sobre la que aparecía mi nombre—. Tengo aquí tu psicoanálisis completo y al día. Está aquí todo tu historial, hasta la pasada noche, en que facilitaste tus datos bajo los efectos del pentotal. Sé lo que te hace vacilar y sé más sobre ti que tú mismo. Pero si no estás dispuesto...

El intercomunicador de la mesa advirtió una llamada con su susurro musical. Nye cortó bruscamente sus palabras y, clavándome una mirada afilada como un puñal, dio media vuelta y dio una violenta palmada al lado del botón, como si me la hubiera dado en la cara. Se veía claramente que estaba a punto de estallar en cólera.

La diminuta y verdosa secretaria dijo con su fina voz:

—El doctor Hall me ha pedido que le recuerde su hora de descanso, señor Nye, y el senador de California dice que no puede esperar mucho más. ¿Qué es lo que...?

—¡No me importa un cuerno lo que digan! —espetó acremente Nye—. Estaré ocupado durante diez minutos más. Si Morris no puede esperar, que vuelva otro día. Ya tengo bastantes preocupaciones. —Oprimió de nuevo el botón y la verdosa figurilla fue amortiguándose hasta desaparecer. Nye se volvió hacia mí, paseándose a mi alrededor.

—Mira —dijo—. En cierta época eras un buen actor, quizá uno de los mejores. Ahora no eres más que un maloliente borracho con nada por delante excepto la labor penosa de los campos, que te durará hasta que seas inútil y te echen de allí a patadas. Te estoy ofreciendo una magnífica oportunidad para librarte de esa inmunda vida. He comprado tu contrato y tengo un trabajo que tú *puedes* hacer. Te necesito y tengo ganas de ayudarte. Ahora te toca a ti decidir, Howard.

Contesté desesperadamente:

—Me han arrojado del teatro, Ted. ¿Lo recuerdas?

—Tú lo crees así. Pero supongamos que te damos otra oportunidad. Necesito actores, Howard. Los necesito urgentemente, pero no encuentro en el país los suficientes hombres aptos para la labor que les voy a encomendar. Cuando te extraigamos de tu cuerpo el alcohol que contiene y te demos el tratamiento médico adecuado podrás realizarlo. No te lo exijo, Howard. Te lo

estoy rogando.

Algo del tono con que pronunció sus apremiantes palabras vibró en los restos de las delgadas paredes de la nube que todavía trataba de protegerme del mundo exterior. Sabía que no debía escucharle, pero en alguna parte recóndita de mi cerebro surgió un Rohan irracional que todavía era capaz de creer que lo imposible podía florecer de nuevo. Quizá todavía hubiera para mí otra oportunidad. Todavía podría librarme de aquel contrato leonino, todavía podría ser libre y podría escalar nuevamente los peldaños de mi esplendoroso pasado...

Por un momento dejó de vibrar mi destrozada nube protectora. Entonces se acercó hasta mí como sobre una inmensa ola el recuerdo de Miranda y de la vida que juntos disfrutamos, de todas las cosas que habíamos compartido en aquel magnífico mundo, en el que había tanto que comprar, tanto que disfrutar. Dejé que todos los recuerdos del pasado revolotearan a su libre albedrío por mi extasiada imaginación. Aquellas magníficas reuniones, la música celestial de las mejores orquestas del país, los magníficos vestidos de las mujeres, las joyas, los perfumes escogidos, la risa y la luz.

Y aquellas conversaciones tan bien llevadas, con tanto ingenio, porque los paladines más preclaros de la nación se congregaban en donde todos buscábamos hacerlo, alrededor de Andrew Raleigh. También el recuerdo del mismo Raleigh, alto, sonrosado, siempre luciendo aquellos magníficos uniformes, impecables, que sólo los llevaba una vez y después desechaba. Y aquella prestancia majestuosa de que siempre hacía alarde, aun cuando entrado en años. Y aquel tremendo sentimiento de satisfacción de estar en el mismo meollo de la nación, mientras todos giraban a nuestro alrededor.

—Tú puedes hacer el trabajo. No te lo exijo, te lo estoy rogando. —Las urgentes palabras de Nye retumbaban en mi cabeza como si fueran un eco. Trémulamente, esperanzado y aterrorizado a la vez, pensé—: Quizá tenga razón, quizá todavía me quede una oportunidad.

—¿Qué... qué clase de trabajo es? —pregunté con voz temblorosa, apenas audible—. ¿Qué clase de teatro, Ted?

Escuché su respuesta como si fuera una voz lejana que se filtraba en mis oídos en ondas de duda y esperanza.

—Quiero que te encargues de una compañía teatral que viaja continuamente, efectuando representaciones al aire libre. Ya he mandado algunos artistas de la compañía a... a una de las zonas. Necesito a alguien que pueda actuar, dirigir y encargarse de todo lo que se presente.

Contesté en tono dubitativo:

—No he trabajado nunca así, Ted. ¿Hay que viajar? ¿Cómo si fuéramos una de las antiguas compañías circenses? Ya sabes que eso no tendría éxito. Ya no hay nadie que se interese por el teatro, a excepción del público de las grandes ciudades. No lo comprendo. Yo creo...

—Deja que yo me preocupe de eso. Howard. ¿Quieres hacerlo o quieres volver al sitio de donde te saqué?

Mientras vacilaba sonó de nuevo la musiquilla del intercomunicador y Nye pulsó el botón apareciendo en la pantalla la diminuta figura de \a secretaria moviéndose nerviosamente. Antes de que su figura, desapareciera al cerrar el contacto Nye, ya su voz se había dejado oí con toda precisión.

—...Vice-Presidente —dijo— y ahora va a hablar con el Presidente Raleigh antes...

Nye me dirigió una rápida mirada antes de cerrar el contacto y después cogió una auricular y lo presionó contra la oreja. A medida que iba escuchando sus ojos iban reflejando la ansiedad que sentía. Cuando cesó de mirar pude darme cuenta de la palidez que se había enseñoreado de su semblante. Había adquirido un aspecto tan cadavérico como el que debería tener al día siguiente de su muerte.

—Problemas —me dije—. Graves problemas. Al menos con los cosechadores uno está seguro. ¿Tengo necesidad de meterme en estos líos?

Me llamó la atención el movimiento que advertí en la jaula del canario. Al parecer había sido despertado por la musiquilla del intercomunicador y empezó a moverse nerviosamente. Después levantó súbitamente un ala y empezó a rebuscar bajo ella con el pico. Al verlo sentí un estremecimiento y me pareció que bajo mis ropas se había albergado una miríada de piojos que me picaban despiadadamente. Olfateé otra vez. a desinfectante y a sudor. Me quedé estupefacto y tuve que hacer grandes esfuerzos para no ponerme a rascar desesperadamente, hasta que el sudor invadió por completo mi frente.

Miré al demacrado rostro de Nye y a sus descarnados hombros. Contemplé la suntuosidad de la oficina y sentí bajo mis pies las vibraciones de la vasta actividad que se desplegaba bajo nosotros para poder dominar la nación con la mano de un solo hombre.

Y de repente empecé a odiar a Ted Nye y a envidiarlo fieramente y en cierto modo a sentir por aquel hombrecito una especie de lástima y comprensión. Todo aquel cúmulo de sentimientos me azotó por unos instantes como un vendaval. Sabía que tenía que vivir, sabía que tenía que actuar nuevamente. Tenía que moverse y gozar del poder, haciendo que los demás bailaran en torno mío. No importaba la dureza del trabajo ni lo que me costara, ni siquiera los peligros que entrañara. Tenía que hacerlo. Mi pequeño mundo, el que se construía con el alcohol, ya había dejado de serlo para siempre. Ted Nye lo había destruido desde el mismo momento en que me llamó de nuevo a la vida.

Le odiaba por esto. Le odiaba por su éxito y por el poder de que gozaba. Sentí un profundo e implacable estremecimiento en todo mi ser. Estaba asustado, resentido. y además odiaba a Ted, al mundo y a mí mismo. Aspiré todo el aire que mis pulmones pudieron albergar y contesté con voz tranquila, exenta de toda emoción:

—Muy bien, Ted. Haré tu trabajo.

CAPÍTULO IV

Me metieron en un cuarto de baño de vapor. Tenían una losa de mármol preparada. Todo estaba lleno de vapor. La enfermera me dijo que me echara de espaldas sobre la losa y que descansara cómodamente. Me envolví bien en la sábana e hice lo que me pedía.

Me sentí muy bien. Se siente una agradable sensación de descanso cuando se tiende uno sobre una superficie dura y se nota cómo los músculos y las vértebras lo agradecen.

Apareció sobre mí una figura fantástica que emergía de la niebla y que me dijo:

—¿Despierto, Howard?

Le contemplé y me pareció que era más alto que lo que en realidad era, consecuencia sin duda de estar envuelto en aquella sábana blanca y rodeado de nubes de vapor, que le hacían semejar un senador romano.

—Aquí viene el pobre Brutus con su propia guerra —dije. Ya había estado bajo tratamiento durante veinticuatro horas y me encontraba mucho mejor—. Es una sorpresa volver a verte. No creí que fuera tan valioso como para hacerte perder más de tu valioso tiempo.

—¿Qué es lo que quieres decir con eso de mi propia guerra? —me preguntó, mirándome escrutadoramente.

—Hay algo que te está consumiendo —repliqué—. Cualquiera lo puede notar. Dime, buen Brutus, ¿has visto tu cara? Está bien claro que tienes algún problema.

Se frotó una mano por la cara y se la quedó mirando con ojos estólidos, como si creyera que la expresión de su rostro se iba a reflejar en ella.

—Sí, tengo bastante de qué preocuparme. La nación entera tiene de qué preocuparse. Cuando muera Raleigh todo el mundo va a querer hacer lo que le plazca, o tratar de hacerlo. No me digas que nos has oído rumores.

—En mi círculo social —contesté— no tenemos noticias frescas.

Suspiró y después se echó sobre la vecina losa, manifestando con un gruñido de satisfacción la felicidad que sentía al hacerlo. Volvió después la cabeza hacia mi lado.

—No necesito ver mi cara —dijo—. Sé que tengo graves problemas con los que enfrentarme. Tengo que hablarte, Howard. Ya he informado a los demás directivos teatrales. A ti te informaré lo mismo que a los demás y un poco más. —Hizo una pausa, la mirada perdida en el vapor que nos rodeaba. Bruscamente exclamó—: ¿Piensas alguna vez en tus buenos tiempos, Howard?

—De eso ya hace mucho tiempo —contesté en tono evasivo—. ¿Por qué?

—Por nada, por nada. —Otra pausa—. Me alegra de que vayas a

trabajar con nosotros, Howard. Necesitarnos a todos los hombres capaces que podamos agrupar en torno nuestro.

No respondí. Pero de todas formas había dicho una verdad. Después de la muerte de Raleigh todo el mundo tratará de hacer lo que quiera, a menos de que se produzcan .muchos cambios. El yugo del «Co- mus» se estaba haciendo irresistible y de acuerdo con los rumores que circulaban la organización temía que se produjesen esos cambios. Necesitaban para impedirlo nuevos cerebros, nuevos valores que ocuparan los puestos de los elementos caducos. Raleigh tenía que sujetar rígidamente las riendas de la nación. El fermento de las nuevas ideas podría minar fácilmente la base de nuestra estabilidad, ganada a costa de tanto sacrificio.

El «Comus» necesitaba de cerebros mejores, más de lo que él mismo suponía, pero no se preocupaba demasió do en encontrarlos. En vez de ello trataba de detener el reloj del tiempo y evitar los cambios. Tenían que controlar a los jóvenes, hombres y mujeres, que demostraban nuevas ideas y tenía que impedírseles el acceso a los puestos de mando de la nación, negándoles, en los centros de estudio, los certificados a que pudieran ser acreedores. A su debido tiempo las psicoanalistas escogerían con toda seguridad los directivos necesarios.

John Smith ha fallado sus exámenes en la Escuela Técnica.

Mary Jones no demuestra aptitudes para ingresar en el «John Hopkins».

Y aunque John y Mary supieran que no habían fallado, ¿qué podían hacer? Bien, pensé, nadie dijo que el sistema era perfecto. Por otra parte, no pretendamos que estamos buscando con ahínco los hombres y mujeres que necesitamos.

—Dime la verdad —dije—. Me dijiste que en este trabajo puede haber algún riesgo. ¿Por qué?

Carraspeó y su expresión se endureció. Pensé que aquel era el Ted conocido, el que no iba a decir toda la verdad, sino un extracto de ella. Pero pensé también que si le escuchaba atentamente podría sacarle la verdad de las mentiras que me iba a decir.

—Este proyecto que tengo entre manos es una gran operación. Se trata de algo importante y depende mucho de su éxito. Tenemos algunas... dificultades en el lugar a donde vais a ir

—Muy bien. Cita ese lugar.

Vaciló. Después, titubeando, como si le doliera decirlo, manifestó:

—California.

—Muy bien —contesté—. Se trata de California. Casi inmediatamente me sobresalté y exclamé—: ¿Qué? ¡California! Me pareció desde lo más recóndito de mi imaginación oír abrirse repentinamente una puerta y cerrarse de golpe. Un fugaz destello cruzó mi imaginación. Había algo en ella, pero no lo pude recordar. Sí, algo relativo a un sueño. Un hombre llamado «Comus» que se detenía frente a mi lecho y me decía que me enviaban a California.

¿Cómo podía saber aquello, aun cuando fuera un sueño? ¿Pero había sido un sueño?

—¿Qué es lo que sabes de California? —preguntó Nye en tono suspicaz, pero yo no le escuchaba. Aquello parecía una paradoja, y necesitaba que se le prestase atención. ¿Habría habido alguien que en verdad me estuvo hablando al oído mientras dormía? En cierto modo la pregunta no parecía insensata. Pero sólo en cierto modo. El resto del mensaje, el que se refería a la muerte del «Comus» y el uso misterioso de algo llamado un «antic»... no, esto era ridículo—. ¿Pero habría dicho realmente «antic»? —murmuré audiblemente para convencerme a mí mismo—. «Antic» —repetí—: «Antic».

Se produjo un remolino en el vapor que me rodeaba y vi de improviso sobre mí la figura de Ted Nye, que me zarandeó violentamente cogiéndome por los hombros.

—¿Qué has dicho? —exclamó excitado—. ¡Contesta, Howard! ¿Qué es lo que sabes del «Anti-Com»?

—Sus chispeantes ojuelos me quemaban las pestañas.

Contesté:

—Suéltame, Ted. No dije nada.

Me zarandeó otra vez con las manos crispadas sobre mis hombros.

—¡Te oí! ¡Dime lo que sepas!

—No sé nada de nada. —Me incorporé y le empujé hasta librarme de sus garras. Mi corazón empezaba a latir violentamente pues su excitación era contagiosa.

Aquello no tenía pies ni cabeza—. ¿Pero quieres decirme qué es un «Anti-Com»? —pregunté.

—Tú lo dijiste —replicó—. Tú lo sabes.

—Yo dije «Antic» y esto no tiene ningún significa* do. Forma parte de un estúpido sueño que tuve y tú me lo recordaste. ¿De qué estás hablando, Ted? ¿Qué ocurre?

Sin dejar de mirarme en forma suspicaz se echó otra vez sobre su losa, murmurando:

—No lo puedes saber. Si hubieras sabido algo lo hubieras dicho bajo la influencia del pentotal. —Pero movió la cabeza dubitativamente.

—Si es que dudas, hazme la prueba con el pentotal —le dije bruscamente—. Pero creo que me lo debes contar todo. ¿De qué se trata?

—Sí, creo que es mejor que lo sepas —repuso con un suspiro—. Mi deseo sería que no lo supiese nadie. Por los informes que obran en poder del «Comus» podemos decir que hasta ahora está todo tranquilo, pero...

—Así es que habéis conseguido que todo esté tranquilo, pues cuando se demuestra que algún informe del «Comus» sea falso se podrá decir que la ley de gravedad ha sido abolida.

—Howard —repuso Nye, inclinándose hacia mí—. En California han abolido la ley de gravedad.

Le miré y esperé. Nye humedeció sus labios.

—Esto no se debe repetir fuera de California —dijo—. Pero de todas formas tú te tienes que enterar. Hemos retirado el «Comus» de California.

Respondí con calma:

—¡Dios mío!

Después me apoyé en un codo y clavé mi mirada en sus ojos. Después me senté sobre la losa y puse mis descalzos pies sobre el suelo, y el hizo lo mismo, y así permanecimos los dos cara a cara, las rodillas casi juntas, envueltos en nuestras blancas sábanas y mirándonos fijamente a través de 1a. nube de vapor, como si se tratara de dos fantasmas sentados sobre las frías losas de sus tumbas tratando de comprender el fin del mundo.

—¡Y lo has dicho en serio! —exclamé.

Si usted hubiera nacido como yo después de 1960 tendría en su imaginación una extraña imagen, como me ocurre a mí. Cuando pensara en los Estados Unidos lo vería conformado en la figura de Andrew Raleigh.

Vería usted el mapa y advertiría que la nación estaba sostenida por dos piernas y la configuración de su cuerpo abarcándolo todo. Esto no tiene sentido ni tiene que tenerlo, pero es la forma de pensar que tendría si hubiera ido a estudiar con los de mi generación.

Y Andrew Raleigh y el «Comus» significan lo mismo. No se puede uno imaginar la vida sin el «Comus». El «Comus» es todo el mundo, los periódicos, las escuelas, los centros de diversión, los estudiantes, los psicólogos, los artistas. El «Comus» representa a todo el mundo, el mundo que se alimenta de las verdades azucaradas con que las recetas de las máquinas psicoanalistas les alimentan para curar rápidamente cualquier dolor, antes de que la sociedad se dé cuenta de que le duele algo.

No puede uno vivir sin el «Comus». Sin él la vida sería insípida y la sociedad se derrumbaría como el cemento barato. Mirando fijamente a Ted Nye a través de la nube de vapor sentí súbitamente que el pánico se apoderaba de mí. Sí, era una prominente personalidad que había trepado hasta los más altos escalones del Gobierno, pero yo también había sido muy importante. Le estaba tratando como si fuera en los tiempos pasados.

Pero de repente me acosó el pensamiento de su tremenda personalidad y me di cuenta de que estaba hablando con el hombre que manejaba los hilos del «Comus». Era el hombre que de hecho había organizado la mitad de la vida de la poderosa organización, la segunda parte de su vida, y que era por lo tanto responsable de la mitad de sus actividades y del poder que ejercía sobre las vidas y conciencias y de todo el futuro de los Estados Unidos.

Nye era el hombre que personalizaba al dios.

Y Nye era el hombre a quien la zorra mordía en sus partes vitales. Quizá California fuera la zorra. Se me representó una estúpida visión de una larga y delgada zorra cuyo cuerpo configuraba el del Estado, la cabeza cerca de Eureka y la cola en San Diego que estaba mordisqueando la figura de Nye en el plexo solar de la nación, en donde se unen todos los nervios. No había que extrañarse que el pobre estuviera nervioso.

—¿Qué es lo que ocurre en California? —pregunté con voz un tanto nerviosa.

—Cállate —dijo Nye—. No quiero que nadie pierda la chaveta porque California se ha salido momentáneamente de la raya. Con un poco de suerte arreglaremos todo en el transcurso de un mes.

—¿Qué es lo que ocurre en California? —inquirí en voz más alta, a pesar de que no quise darle demasiado énfasis a la pregunta—. ¿De qué raya se ha salido? ¿Qué es lo que hay que arreglar?

Nye se levantó y poniéndome una mano sobre el pecho me empujó hasta dejarme sentado en mi losa.

—Échate ahí y cierra el pico —dijo, ajustándose la sábana al cuerpo como si la temperatura de la habitación hubiera bajado de repente algunos grados. Se sentó a mi lado y me estudió con ansiedad.

Mi mente trabajaba febrilmente describiendo rápidos elipses, dando vueltas y más vueltas a las ideas que corrían vertiginosamente por mi cabeza. Así es que California se había salido de la raya y el «Comus» estaba tomando medidas. Me di cuenta en seguida de que había nacido en mi ese sentimiento de mezquina satisfacción que la mayoría de las personas sienten ante las malas noticias, si éstas no les afectan personalmente. Todo el mundo debía haber pensado en alguna ocasión en lo que ocurriría si el «Comus» desapareciera algún día.

—Ahora escúchame con atención —me dijo Nye—. California es... bien, digamos que actualmente es extraordinariamente sensible. El asunto es muy complejo para poderlo explicar, pero sabemos lo que estamos haciendo. Se puede decir que el Estado es una zona en descomposición. Sus habitantes reaccionan negativamente ante el «Comus». Bueno, las comunicaciones siguen su curso y los negocios van bien, pero hay algo que hace que el «Comus» no sea aceptado entre la opinión pública.

—¿No hay «Prowlers»? —dije incrédulamente.

—No hay «Prowlers» ni estaciones de control, ni uniformes del «Comus». Nuestros muchachos se han vestido de paisano y los hemos retirado a casi todos, dejando sólo un retén. Estamos concediendo a California su propia cabeza.

Le continué mirando, mientras la desconfianza iba aumentando en mí. ¿Que sería lo que no me decía?

—¿El «Anti...»? ¿Cómo es eso? —pregunté—. ¿«Anti-Com»? ¿«Anti-Comus»? ¿Qué hay de eso, Ted?

Su rostro se ensombreció.

—No sé nada sobre ello. Si lo supiera, no sería... No te preocupes. La cosa es que hay allí una pandilla de neuróticos que quieren derribar al Gobierno. Por pura casualidad cayó en nuestras manos uno de sus cabecillas. Fue durante una inspección y el individuo en cuestión dijo lo suficiente para asustarnos... si es cierto lo que dijo. Cree que han conseguido algo capaz de anular al «Comus».

Solté una carcajada. Nye me miró sorprendido.

—Cállate. No tiene ninguna gracia.

—No creo que la tenga, pero es tan ridículo, tan despampanante...

—Así lo espero. No sé en qué se basan. No podernos comprender que haya algo tan complejo y perfecto que pueda molestar a nuestra organización. —Hizo una pausa y se frotó el rostro a su manera peculiar—. Naturalmente, vamos trabajando sobre ello sin cesar y hemos llegado a la conclusión de que es posible que exista un «Anti-Com», y que no lo podemos negar hasta que demostremos lo contrario. Una buena noticia te puedo decir, y es que sabemos que no está terminado. Están trabajando en la construcción de sus piezas en pequeños talleres diseminados por todo el Estado, y las van uniendo a medida que las reciben en algún lugar central que todavía no hemos localizado. Con un poco de suerte alcanzaremos el hilo que nos conducirá a la madeja, antes de que esté preparado para estallar. Estamos buscando activamente.

Entonces dije:

—-Entonces se puede decir que habéis retirado al «Comus» de toda una zona. No puedo creerlo.

Nye sacudió la cabeza irritado.

—No seas obtuso, Howard. Estamos recogiendo continuamente datos sobre el «Anti-Com» en toda la zona. Vamos reuniendo informaciones y sacando juicios de ellas. Y además... —Cesó de hablar y me miró irritado—. Deja ya de calentarme los sesos, Howard.

—Escucha, Ted —exclamé súbitamente—. ¡Si todo eso es verdad significa que en California no se está seguro! Yo no voy. Yo...

—Tú vas a ir. —Su voz era agria y dominante a la vez—. Hay bastante seguridad, y además, te 'necesitamos.

—¿Pero por qué?

—Queremos que el enfermo se sienta feliz. Hay que distraerlo.

Aquello era lo más ridículo que había, oído en la, vida. Todo el mundo sabe que nadie se interesa por las representaciones teatrales. ¿Quién se iba a interesar en una compañía teatral trashumante cuando en todas partes se pueden ver películas tridimensionales a todo color, orientadas hacia los intereses particulares de cada región?

Ted suspiró.

—Tendrás el público, Howard. Una razón es que no irán a los centros del «Comus» y por lo tanto no verán cine. Tampoco escuchan nuestras emisiones televisadas y estarán hambrientos de distracción y serás el que se la proporcione. Trabajarás en medio de las calles, y así nadie se sentirá encerrado. El teatro es algo exótico para esas gentes y acudirán a él.

—¿Qué clase de obras tenemos que representar?

—Sólo una que ha sido escrupulosamente escrita por los expertos. «Crossroads» (Caminos cruzados) es su título. Es una obra muy bien escrita y que atraerá el interés de las masas. Pero no olvides tu propio poder de atracción, Howard. La gente no te ha olvidado. Eres Howard Rohan.

Contesté:

—¿Es por esta razón por la que habéis reprisado mis antiguas películas?

Pareció sentirse nervioso.

—Cuando hago alguna cosa es consecuencia de una serie de razones. Tú sabes la clase de argumento de tus películas. Resulta que en ellos se expresan algunas ideas que necesitamos propagar ahora por la nación. Lealtad a los viejos amigos; el valor de la experiencia. Cosas como éstas. En caso de... —Me miró fijamente— Raleigh no puede vivir siempre y cuando muera tememos disturbios. Éste es tu trabajo, Howard, el de ayudar a evitar los disturbios antes de que se produzcan.

—¿Y cómo? —pregunté bruscamente.

—Cumpliendo órdenes sencillamente. Representa tu papel exactamente como está escrito. No te ingenies nada. Todo es muy sencillo.

—Demasiado sencillo, ¿pero qué hay detrás de todo esto, Ted?

—No seas demasiado perspicaz, Howard. Digamos que lo que necesito es que en California se diviertan mucho. La gente tiene que divertirse mientras se van haciendo algunas grandes realizaciones. Déjame a mi preocuparme de ello, Howard.

—A ti siempre te ha gustado coger tigres por la cola, Ted, pero yo no sirvo para eso. Si en California se ponen las cosas feas, ¿qué ocurrirá conmigo?

—¿Es que quieres echarte atrás, Howard? —me preguntó tranquilamente.

Durante unos segundos pasó por mi imaginación la visión del canario metiéndose nerviosamente la cabeza debajo del ala en busca de piojos. Otra vez sentí la imaginaria picazón sobre mi cuerpo. No, no podía volverme a meter en mi nube mágica. Ya no me servía de refugio. Negué con la cabeza.

—Supongamos que hay algún disturbio —continuó Nye—. ¿Es qué no puedes defenderte? Si mal no recuerdo tenías cierta reputación de luchador con puños de hierro. Ésta es otra de las razones que me llevaron hacia ti.

He pasé una mano por la frente haciendo un gesto que me recordaba mis viejos tiempos. Me sentí mejor. Mi cabello ya estaba otra vez tan recortado que parecía un casquete encima del cráneo. Por un momento mi mente retornó a revivir el pasado y recordé mis tiempos, cuando yo era el pilar fundamental del teatro, el artista afamado que todo el mundo quería aplaudir. El mundo entero, pensé. Sí, yo podía enfrentarme con lo que se presentara. Lo hice en una ocasión y lo podía repetir si era necesario.

Ted Nye seguía mirándome con interés.

—Bueno, ya está todo arreglado —me dijo con animada voz—. Te prepararemos tus artistas y empezaremos a trabajar.

—¿Quiénes son? —pregunté—. ¿Podremos ensayar?

—No hay tiempo. Ya tengo preparadas varias compañías, que están en los lugares indicados o en camino. ¿Has oído algo de los «Rosemeyer Players» o del «Circle Guild» o de la «Cisney Company»?

—¿«Cisney Company»? —repetí estúpidamente.

—Paul Cisney y sus muchachos. ¿Los conoces?

¿*Cisney*? —me dije para mis adentros como si Nye no estuviera frente a mi hablándome. Y también me dije—: Tiene que ser una coincidencia, *tiene* que serlo, porque antes nunca tuve esta clase de sueños prescientes, pero ahora me ocurre otra vez. El hombre del sueño dijo «Anti-Com», no «Antic» Iba a matar al «Comus» con un «Anti-Com», y me dijo que recogiera cisnes,,,

—Sí, conozco a los Cisney —me di cuenta que contestaba, por cierto en tono bastante tranquilo, considerando mi estado de ánimo—. Adjudícame los Cisney, Ted. —Probablemente le estaba mirando en aquel momento, pero lo que veía eran las letras de fuego haciendo espirales hacia abajo y perdiéndose en la oscuridad mientras una voz me decía que la suerte de la nación dependía de mí y de una bandada de cisnes. Pura coincidencia, tenía que ser pura coincidencia, pensé. Quizá sería mejor que se lo contara todo a Ted... pero cuando traté de hacerlo me quedé sin memoria y ni siquiera pude pronunciar una palabra.

—Muy bien, pues —dijo Ted Nye. Se puso en pie y se ciñó la toga estrechamente, semejando el espíritu de César entre la bruma—. Ya veré lo que se puede hacer. Ahora descansa, Howard. Mañana te pondrás en camino, y recuerda que dependo de ti.

Contesté:

—Sí, ya lo sé. —Creo que mi voz debió ser apenas perceptible. Estaba tratando de leer aquellas letras y cuanto más me esforzaba en ello iba sintiendo más pánico. La niebla se espesó y se arremolinó al mismo tiempo. Oí los desnudos pies de Ted caminar sobre el suelo y luego se cerró suavemente una puerta entre nosotros.

CAPÍTULO V

El viento soplaba meciendo las ramas de los pinos gigantes de California. Cada vez que el coche se metía en un bache me hacía saltar de mi asiento hundiéndome cada vez más en él. Se olía a perfume de pino y en alguna parte tras el bosque debía correr algún río, a juzgar por el rumor de agua que llegaba hasta mí.

Desde que había llegado al campo de aterrizaje sentía esa impresión que uno tiene cuando se recorre mucha distancia en muy poco tiempo, una impresión de irrealidad. Parte de mí continuaba en Nueva York entre sus inmensos rascacielos, y parte zarandeaba de un lado a otro corriendo por esta carretera bordeada de pinos. Entre estas dos partes quedaba el resto, quizá la parte esencial, que parecía como si fuese un cable que unía el este y el oeste y no estaba todavía seguro qué cabo del cable era el Rohan verdadero. Quizá ninguno.

Se notaba algo extraño en el aire del Pacífico. Parecía que se sentía nervioso. Algunas pinceladas históricas ocuparon mi mente. Sin ley al oeste de Pecos. Sin «Comus» al oeste de Blythe... Me sentía como desamparado.

Bajo nosotros corría vertiginosamente la espaciosa carretera, dividida en doce pistas de conducción automática, que eran como arterias vivientes llenas de la sangre vital del «Comus» El pensar en ello reconfortaba. La mano del «Comus» seguía ofreciéndonos su asistencia bajo nuestros pies. Pero en el aire no se veían los helicópteros vigilando la superficie. Tampoco había visto ni un solo «Prowler» y ni siquiera una guerrera roja de la organización desde que abandonamos el campo de aviación. No dejé de mirar al conductor, preguntándome qué clase de individuo sería. Ni siquiera sabía si era del «Comus» o simplemente un civil. No sería conveniente que se lo preguntara, pues no me iba a valer de nada.

Pasamos frente a un rótulo indicador que rezaba: *San Andreas 5 Millas.* El conductor desconectó el automático y volviendo hacia la izquierda cruzó la carretera y metió el coche en una zona de aparcamiento pavimentada en donde se hallaban alineados media docena de vehículos frente a un edificio de escasa altura construido en cemento. En la fachada del mismo se leía, en letras luminosas: *Comidas,* pero el edificio era tan grande que seguramente debía ser también empleado como dormitorio para los conductores. Vi a uno de los conductores que estaba borrando de la carrocería de su coche un círculo con dos puntos en medio que parecía representar una cabeza humana, y que alguien había dibujado con tiza. Alrededor de la cabeza aparecía una cadena con un candado y sobre el candado se leía «Comus». Mientras estaba pensando el hombre se cambió de sitio y pude ver más abajo de donde estaba la cabeza, y también dibujada a yeso, una estrella azul con un 93 en rojo dentro de ella. No comprendía el significado de aquella insignia, pero parecía

ser subversiva. El conductor también la borró, así es que probablemente lo era. Me pregunté qué es lo que ocurriría si cogían a alguien con un par de tizas de color azul y rojo en los bolsillos, pero me estremecí un poco al saber la contestación: Nada. No había «Comus» en California.

Mi conductor me hizo una seña.

—Hemos llegado. Su compañía está en su campamento. Recoja sus cosas.

Cogí mi ligera maleta en donde guardaba mis efectos personales, todos nuevos. No pesaba casi nada. Me acerqué a la puerta del edificio y vi algunos individuos comiendo que me miraban con atención. Esto debía ser una de las estaciones del «Comus», pensé, de esas que sirven para alimentar y ofrecer alojamiento, a los conductores y mantener en funcionamiento los abastecimientos de la nación. Por lo tanto Ted Nye no había cortado los abastecimientos a California. ¿Porque no se atrevía? ¿Porque tenía miedo de esos jovenzuelos que estaban construyendo el «Anti-Com»?

—Está ganando tiempo —me dije convenciéndome a mí mismo. Podría aplastar la zona entera siempre que lo deseara. Yo nunca había oído de que se hubiera revolucionado una zona entera, pero pensé que si ocurriera el «Comus» la podría dominar fácilmente. Debería existir alguna razón para que no interviniera aquí. Ted Nye estaba esperando algo.

¿La muerte de Raleigh?

Continué caminando y fui dejando atrás el edificio. El bosque de pinos se abría en el mismo borde del pavimento de cemento que rodeaba al edificio. Ascendí por una colina que a juzgar por el murmullo del agua estaba bañada por un río en la otra parte. Vi un rótulo, indicando que éste era el «Campo Público número tal». Era un rótulo antiguo. Pensé en lo extraño que habría sido su aspecto en los días anteriores a la guerra de los Cinco Días, cuando toda la gente debía correr alocada por aquí.

El silencio era algo sobrecogedor. Parecía que afectaba los tímpanos. A mis pies como una magnífica alfombra de hierba y el aire estaba impregnado de un suave perfume a pino. Los enormes pinos alzaban sus inhiestas copas hasta que el cielo las detenía. Aquella quietud era bastante opresiva.

Me detuve a la entrada del campo para admirar una enorme losa de madera de pino que cualquier organización cívica debía haber puesto allí haría ya mucho tiempo. Era más alta que yo. Clavados en la losa colgaban varios carteles anunciando el año de la muerte de Sócrates, el año de la fundación de Roma y el del descubrimiento de América por Colón. Destacaba un rótulo especial de metal sobre el que en letras rojas se reseñaba el año en que Andrew Raleigh salvó a la nación.

Y alguien había tenido la ocurrencia de grabar en el borde de la gruesa tabla un anuncio que rezaba : Charlie Starr derrotó al «Comus» en San Diego en 1993. Me quedé mirándolo asombrado. Esto era algo nuevo. El año 1993, cuando Miranda y yo estábamos en pleno auge. ¿Y qué es lo que habíamos oído entonces de un tal Charlie Starr y de los sucesos de San Diego? Nada,

nada en absoluto. De pronto recordé la estrella dibujada a tiza sobre la carrocería del camión, con un 93 dentro de ella.

Me encogí de hombros. Podía ser que hubiera ocurrido cualquier cosa en San Diego en el 93 y que el «Comus» no creyera oportuno publicar. Sentí aumentar mi preocupación. Aunque hiciera mucho tiempo de aquello significaba que por allí había habido revolución. Oí de pronto un rápido movimiento y me estremecí involuntariamente. Miré hacia delante y vi una zorra que cruzaba rápidamente el camino moviendo nerviosamente la cola. Inmediatamente oí la risa de alguien, no lejos de donde yo estaba.

Me detuve a la salida del bosque. El claro que se ofrecía a mi vista serviría muy apropiadamente para una obra todavía no escrita, pensé. Pongámosle por título «Howard Rohan, su caída y resurgimiento». Rohan está erguido en el límite del claro contemplando su propio futuro.

El resplandor del fuego es lo que vi primero, con sus vacilantes llamas lamiendo ténuemente la oscuridad que lo envolvía. Era una hoguera encendida entre varias piedras, con una plancha metálica sobre ellas. Al lado del fuego se veían dos tablas que hacían el servicio de mesas y varios bancos construidos toscamente con troncos de pinos. Detrás de los bancos aparecían tres autocares a cuyos lados se veían pintadas las palabras: *Cisney Company* en letras muy grandes de color de rosa.

Los tres autocares eran de buen tamaño, pero parecían minúsculos al lado de aquellos gigantescos pinos. Incluso el campamento entero parecía de juguete. Había seis personas en él, que también se veían de tamaño muy reducido. Estaban riendo y hablando entre ellas, pero aun sus voces sonaban débilmente, todo empequeñecido por el inmenso silencio y grandeza del bosque que les rodeaba.

Continué clavado en el borde del claro, observando atentamente la escena. Sabía que me sentía asustado, atemorizado ante el recuerdo de las veces que en el pasado me había tratado de levantar y los fracasos que coseché con mis vanos intentos. Pero aquí, delante de mí, estaba mi última oportunidad, aquí tenía la materia prima de mi redención esperando que la supiera amoldar convenientemente.

Seis personas. Los seis Cisneys que el hombre de mi sueño había descrito, si no estaba equivocado. Quizá exista una gran diferencia entre recoger cisnes y unirse a los de la «Cisney Company». Pero quizá no. Les fui mirando las caras a ver si alguna de ellas sacaba algo en claro que la relacionara con mi sueño. Pero al fin y al cabo sólo se trataba de un sueño. Las letras de fuego se encendieron bruscamente frente a mí, pero desaparecieron con la misma rapidez sin que pudiera leer su incomprensible significado. Me .pasé una mano por la frente como hacía en mis buenos tiempos y respiré profundamente. El asunto no iba a ser fácil, pero si alguien tenía que salir perjudicado, no sería Howard Rohan.

Seis rostros se alzaron para contemplarme cuando me acercaba a ellos caminando sobre los alhumajos que cubrían como una mullida alfombra la

casi totalidad de claro. Hacía sólo .unos instantes que estaban todos sonrientes, pero al verme sus expresiones se ensombrecieron. Me miraban ahora fríamente, esperando mi presentación.

—Hola —saludé, siendo correspondido por un silencio sepulcral.

—Hola —repetí. Después añadí—: ¡Oh, por Dios! Me llamo Howard Rohan. ¿Es que no me esperaban?

Silencio. Continuaban mirándome fijamente.

Uno de ellos, vestido con una camisa a cuadros, dejó el cuchillo con que se había estado entreteniendo probando la dureza de una rama de pino. El mango de madera rebotó sobre la mesa. A continuación metió la mano derecha bajo el cuello de la camisa y se rascó, lanzándome, una furtiva mirada. Acto seguido recogió de nuevo el cuchillo y prosiguió su labor. Mis ojos recorrieron todos los rostros. Nadie levantó la vista para encontrarse con los míos. Sentí un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Creo que habrán oído de mí —dije.

Todavía silencio, un silencio abrumador que hacía juego con la inmensidad del ambiente. De lo lejos llegaba hasta mí el rumor del agua del río; nada más. Ahora el gorgoriteo de un pájaro y la caída de una piña muy cerca de nosotros. Nadie se movió. Formaban un grupo cerrado, herméticamente cerrado, que me impedía la entrada. Por unos espantosos instantes sentí una terrible sensación de soledad. En aquellos instantes me pareció que no olía a humo de leña ni a fragancia de pino, sino al indescriptible olor de detrás de los bastidores teatrales, a sudor, a polvo, a madera vieja, a cosméticos de maquillaje y a humo de tabaco. Se me representó aquel grupo, no como un círculo cerrado ante mí, sino como mis antiguos compañeros de teatro, y no lejos de ellos tuve la extraña impresión de la presencia de Miranda dispuesta para correr a mi encuentro...

Me sentí otra vez en mi viejo mundo de las candilejas y me alegré de ello. No, los que estaban frente a mí no eran personas reales, sino figuras decorativas al pie de los corpulentos árboles y nadie está vivo en el mundo desde que murió Miranda. Por lo tanto, si apretaban su círculo para no permitirme el paso, no debía importarme. Eran sólo figuras irreales, y, como a tales, les miré con admiración.

Mi amigo, el de la camisa a cuadros, había encendido ahora su pipa. No tenía trazas de actor, pero me recordaba algo intensamente familiar que no podía discernir entre mis recuerdos. Debía tener unos sesenta y cinco años y parecía ser un tipo taciturno, de esos que con un poco de estudios pueden convertirse en excelentes filósofos.

En una de las esquinas estaban sentados otros dos hombres con unas cuantas cartas desparramadas sobre la mesa. Uno de ellos era bastante joven, de unos treinta y cinco años, o sea, unos cinco años más joven que yo. Sus facciones eran correctas y su cabello rizado le caía sobre la frente. Su mirar era profundo y cuando clavaba los ojos en alguien, como ahora lo hacía conmigo, lo hacía de un modo extraño que obligaba a apartar la vista. Su

compañero estaba más gordo y tenía el pelo completamente blanco y la nariz colorada.

Tres mujeres y los utensilios de la mesa formaban el resto del grupo. La de mayor edad estaba aparte de sus compañeras, tendida sobre una manta extendida sobre las pinchas, prestando toda su atención sobre una cajita tras la que emergía una pálida rosa. Su blanco y rizado cabello, sus arrugas y su suave mirar parecían representar una anciana Ofelia. La cajita estaba adornada con figurillas pintadas a vivos colores que gesticulaban y cantaban con sus vocecillas siguiendo el ritmo de una orquesta invisible que debía caber en una caja de cerillas. El extraño sentimiento de pequeñez persistió aún después de que reconocí de que no existía sobre aquel objeto ni figurilla ni tampoco orquesta.

Nada de lo que se veía en el claro parecía real. Pensé que si volvía rápidamente la cabeza podría descubrir la presencia de Miranda, siempre alejándose de la periferia de mi visión. Ella formaba tanta parte del teatro y de mi propio pasado que no podía aceptar la idea de uno sin el otro. Así al menos era mi forma ae pensar, hasta que me di cuenta que mis ojos estaban posados sobre la más joven de las tres mujeres, de la que sólo podía ver parte del rostro.

La de mediana edad se interponía entre los dos. Estaba en aquellos momentos llenando la taza que el más joven de los hombres sostenía en la mano. Me adelanté unos pasos y los dos se detuvieron en el acto, mirándome sorprendidos. El bien parecido rostro de aquella mujer de ojos azules estaba demacrado. Sus ojos parecían saltones y su rojiza cabellera estaba peinada hacia atrás, recogida en un moño. Pero aquel color rojo no parecía color de cabello, sino del color de la sangre. O del color del «Comus». Estaba claro que el cabello había sido teñido, pero sólo con un tinte de plástico Se podría conseguir aquel vivo color. Seguramente que debajo del tinte el color natural debía ser casi completamente gris. Quienquiera que fuese parecía cansada y un poco molesta. No me preocupé. Yo tenía mis propios problemas.

Entonces se apartó un poco y la muchacha que había tras ella me miró de lleno a la cara y por un momento el tiempo se detuvo para mí.

Sólo por un momento. No era un milagro. Los «Cisney Players» formaban una compañía de segundo rango y no se pueden encontrar Mirandas entre los de segunda fila. Pero se parecía tanto a Miranda que durante un emocionante, ridículo y feliz momento mi pensamiento, abriéndose paso entre los muros de la razón, me dijo: Ha vuelto... está aquí... sólo fue una pesadilla y acabas de despertar.... Quizá en el cielo ocurra lo mismo, cuando nos encontremos cara a cara con nuestros deudos y por un instante vacilemos ante su vista. Pero sólo en el cielo, ahora no. Aquí no puede ocurrir lo mismo.

No era Miranda, pero tenía una radiante expresión muy parecida a la de ella y la belleza de su rostro era también perfecta. Había algo en sus movimientos y más que nada en la forma de mover la cabeza que la confundían con ella. Su cuerpo era también de proporciones similares y hasta

su peinado, el que popularizó Miranda y fue copiado tres años antes por las jóvenes de todo el país, era el mismo. El color del cabello de Miranda era castaño oscuro y el de la muchacha decolorado a una palidez de trigo claro, pero el parecido a simple vista era demasiado notable para no advertirlo inmediatamente.

Reprimí mi impulso de dar media vuelta y marcharme.

Les miré uno a uno impasiblemente, cara a cara. Mi conciencia me dijo: Segunda categoría, segunda categoría. Y pensé: Esto no es para mí. No puedo enfrentarme con esto. No debo exponerme a continuar. El Estado está en plena revolución. A esta gente la han sacado de donde han podido y no se saben sus papeles. El público estará compuesto de paletos y no vale la pena perder el tiempo. Yo ya no soy el que era y lo sé perfectamente y además no podría resistir el recuerdo viviente de Miranda. Era mejor que me volviera a mi sitio y continuara en mi mundo muerto. Sí, lo que necesitaba ahora era un trago.

Deje mi maletín frente a ellos, sobre su mesa. Le abrí y cogí mi botella y bebí ansiosamente de ella. Fue un gran trago, un magnífico trago. Bajó por mi reseca garganta como si fuera un torrente encendido. Ahora ya sabía perfectamente lo que tenía que hacer. El licor fortalece al hombre.

Volví a dejar la botella en la maleta.

—Señoras y caballeros —clamé con firme voz—. Creo que todos ustedes habrán oído hablar de mí. Al parecer no les ha gustado lo que han oído. Pero conmigo no hay problemas, puesto que yo no he oído nunca hablar de ustedes. Además no me gusta este asunto. Prefiero hacer cualquier cosa antes que hacerme cargo de una compañía de actores de poca monta en un país que está al borde de la revolución. En verdad no me han concedido demasiadas oportunidades. —Recogí mi maleta—. Dentro de diez minutos estaré de vuelta con ustedes. Quiero que todo el mundo esté dispuesto a trabajar cuando regrese. Esto es todo.

Di media vuelta y volví sobre mis pasos, caminando muy de prisa. Al alejarme de allí sentí un extraño remordimiento. Aquella gente sentada alrededor del fuego estaba participando de su propio mundo mágico, pensé. Los altos y tranquilos pinos, el olor a café y la cancioncilla de la cajita con la rosa definían el círculo de su mundo, dejándome aparte. Pero la parte de mi vida que pertenecía al mundo del teatro estaba muerta ya para siempre. Y Miranda con ella.

(Pero no era enteramente verdad. Miranda podía haberse marchado, pero siempre estaba conmigo en todas partes. Continuaba siempre junto a mí, cuando estaba despierto o dormido. Por dondequiera que fuese, nunca iba solo).

Ya fuera del alcance de la vista del campamento dejé el camino y me metí entre la maleza atajando hacia la carretera. La espesa capa de alhumajos sobre la que caminaba me facilitaba grandemente el paso, pues parecía talmente como si fuera un colchón de muelles, y ello me produjo una falsa

sensación de juventud mientras me iba alejando del campamento y de mi propio pasado. Se estaba haciendo bastante oscuro, pero veía a lo lejos la carretera y yo continuaba la marcha hacia aquella dirección, resbalando de vez en cuando sobre la mullida alfombra. Recordaba haber visto una subida bastante pronunciada al norte de la estación de coches, en donde probablemente los conductores debían aminorar la marcha. Podría pararme allí y esperar que alguno me recogiera o bien saltar dentro de cualquier vehículo. No me importaba el modo. Lo que deseaba era alcanzar la frontera canadiense antes de que el «Comus» diera conmigo.

Llegué a la carretera y empecé a caminar hacia el norte. Estaba todo muy tranquilo. El viento hacía susurrar las inmensas secuoyas, algunas de las cuales debían alcanzar casi los ciento cincuenta metros de altura. A veces oía triscar entre las ramas cercanas a pájaros de brillantes plumajes y sus trinos acariciaban mis oídos como un signo de paz. Hacia mi izquierda percibía el rumor de la rápida corriente del río. El campamento y los artistas eran parte de un mundo que no existía. Mi propio pasado, mi propio futuro. No quería ver nunca más a la muchacha que se parecía a Miranda. Nunca más la vería.

La carretera era ancha y débilmente iluminada por los últimos resplandores de la luz del día. Las pistas automáticas brillaban en su color blanco, pareciendo representar el poder invencible del «Comus».

A causa de la oscuridad no vi de momento al hombre de la camisa a cuadros que estaba apoyado contra un árbol del borde de la ancha pista. Estaba cómodamente recostado sobre el" tronco con los brazos cruzados, como cualquier pacífico ciudadano, pero de su codo izquierdo sobresalía una pequeña pistola con el anillo de oro del «Comus» alrededor del azulado cañón. Era mi taciturno amigo el filósofo. Me sonrió fríamente. Su voz era suave.

—De este modo podría haber llegado a mitad de camino de Oregón —dijo—, pero a la corta o a la larga se hubiera tropezado con el «Comus». Las cosas siguen normales tanto en el norte de Oregón como en todo Washington.

Tragué saliva un par de veces y respiré profundamente. Procuré que mi voz no pareciera afectada.

—Creí que no sería usted artista. —Ahora ya sabía claramente a quien tenía delante de mí. La policía del «Comus» tiene toda una especie de igualdad genérica.

—Oh, procuro ganarme la vida como puedo —replicó—. Entre otras cosas, soy del «Comus». —Me di cuenta de que cuando dejaba de sonreír para hablar la melancolía se adueñaba de sus facciones. Su sonrisa era siempre fría y no duraba demasiado—. Siempre hay uno de nosotros destacado en cada campamento de las compañías teatrales que vienen por aquí. Guardamos el orden y... bien, nos aseguramos de que todo vaya bien. Lo siento, señor Rohan, pero tendrá que volver.

Miré la pistola y después a su dueño. ¿Podría desembarazarme de él?, me pregunté. Era demasiado viejo para estar en servicio activo. Siempre los

alistan jóvenes y los adiestran duramente, retirándolos tan pronto como sus reflejos se entorpecen lo más mínimo. Y quizá aún antes de que demuestren la más ligera incapacidad. Me extrañé de que hubieran vuelto a llamar al que tenía delante. Nye debía estar ya rebuscando por ellos en el fondo del barril. Pero aquellos melancólicos ojos que miraban por encima de cañón de la pistola se mantenían fijos, sin parpadear. Me imaginé lo mucho que lo sentiría después que hubiera apretado el gatillo. Sin dejar de mirarme, me dijo:

—Usted primero, señor Rohan. —Me señaló el camino con la punta de la pistola.

Me encogí de hombros.

—¿Cómo se llama usted?

—Guthrie. Tom Guthrie..

—Muy bien, Guthrie. No pienso hacer ninguna tontería. Es usted ya demasiado viejo para llevar uniforme, pero creo que todavía es más rápido que yo. ¿Nos vamos?

Otra vez me señaló la dirección con la pistola.

—Usted primero. —Después su voz bajó de tono inopinadamente—. El señor Nye me dijo que tuvo una conversación con usted. —Parecía como si Ted estuviera tras cualquier árbol próximo—. Sería mejor que el resto de la compañía no supiera nada de nosotros, a excepción de lo que deben saber.

—Entonces aparte esa pistola —repuse—Ya sé cuándo estoy comprometido con algo y me comportaré bien hasta que encuentre otro medio mejor para salir de aquí que el de marcharme de este modo.

—Señor Rohan, espere. Míreme.

Le miré a la cara. El estremecedor silencio era como una sólida pared construida alrededor nuestro.

—Me estoy haciendo viejo, señor Rohan —empezó Guthrie—. Llamaron de nuevo al servicio a muchos de nosotros porque necesitaban gente. Soy ya demasiado lento para estar en servicio activo, pero he sido adiestrado en cosas que es muy difícil que un hombre pueda olvidar en el transcurso de su vida, y todavía puedo desempeñar mi misión correctamente. Usted no representa una parte demasiado importante de mi misión, pero sin embargo, le voy a tener aquí y usted no va a tratar de engañarme. ¿Lo cree usted así?

Vaciló un momento. Después repliqué:

—Sí. Lo creo así.

—Bien. Le diré que estamos en una zona peligrosa. A usted no le gusta esto. Quizá a mí tampoco, pero ambos tendremos que realizar nuestros cometidos. Esto quiere decir que va a tener que mantenerse sobrio y significa que tendremos que mantener a los demás dentro del marco de las directrices emanadas de nuestra superioridad, procurando que representen sus papeles lo mejor posible. Tendremos que acatar las órdenes al pie de la letra. Ahora forma usted parte del «Comus», tanto si le gusta como si no. Podremos trabajar con más comodidad si nuestros compañeros ignoran que soy agente.

Pero trabajaremos juntos, sea nuestra misión dura o fácil.

Reflexioné sobre lo que acababa de oír. Pensé en los pasados fracasos y en las esperanzas y temores del futuro. La «hermosa soñadora» se revolvía en su sueño. Muy bien, así es que no tenía opción. Pero íbamos hacia el sur, y la frontera mejicana está hacia allí. Me encogí de hombros.

—Vamos —dije.

CAPÍTULO VI

Penetré en el claro y dejé mi maletín sobre el banco más próximo de un porrazo. Estaba excitado. Miré con aire de gran superioridad a mi alrededor y humedecí mis labios, emitiendo a continuación el estridente silbido que sirve para llamar al orden a los artistas de una compañía teatral. Algunos directores usan un silbato, otros gritan, pero yo silbo introduciendo dos dedos entre los labios. Mi silbido es conminatorio.

Todas las cabezas se volvieron hacia mí como si hubieran sufrido una sacudida eléctrica. Todo el mundo me miró asombrado. La mujer del pelo rojizo había estado abriendo latas de conservas, poniéndolas sobre la plancha de la hoguera. La muchacha estaba llenando de agua un cubo bajo el grifo de una fuente natural, y sus pálidos rizos le caían sobre la frente mientras me miraba. En la mesa vecina los dos hombres habían dejado las cartas y casi unían sus cabezas al contemplarme aturdidos. Sólo la mujer de edad continuaba impertérrita sobre su manta, con la mirada todavía clavada en su pequeña caja musical.

—Muy bien —grité con voz estentórea—. Todo el mundo a ensayar. Dejémonos de jugar.

Todos seguían mirándome. Nadie contestó, pero observé que la mujer del cabello rojizo miró de reojo al hombre de los cabellos blancos que me miraba con ceño fruncido desde su posición. Comprendí por la forma en que ella le miraba que le debía tener siempre dominado.

Respiré profundamente y noté al mismo tiempo la desazón que se iba apoderando de todo mi ser, al mismo tiempo que la irritación. Ya estaba frente a mi primera materia. Con aquel material crudo y el guion que llevaba en la maleta debía crear mi obra teatral. Sí, de aquellos artistas de segunda categoría extraídos del fondo del barril, más lo que quedara de mí. Pero por poco que quedara de mí, me dije encolerizado, valía todavía mucho más que toda aquella pléyade de segundones ensoberbecidos. Sí, segundones ensoberbecidos a los que tendría que empacarles mi talento hasta que pudieran representar dignamente sus papeles. Si lo tengo que hacer, me dije, lo haré de una forma que jamás podrán olvidar.

—¡Todo el mundo aquí! —vociferé manteniendo mi voz firme y conminatoria—. Usted, el de la mesa, ¿cómo se llama? —indiqué al más joven. Sus cejas se unieron sobre la nariz y echó el mentón hacia delante de modo desafiante. Castañeé con los dedos—. ¡A formar!

Nadie se movió, a excepción de la anciana, que ahora me miraba esforzando la vista, tratando de verme con claridad. Di tres largos pasos, pisando fuerte y levantando el polvo a cada movimiento de mis pies. Caminaba tensando los músculos de mi cuerpo, complaciéndome interiormente de la energía que notaba en mí, gustándome la violenta reacción

que el insulto había desencadenado en mi pecho. Deseaba ardientemente que quisiera luchar. Tenía ganas de trifulca. Me sentí muy satisfecho y hasta noté que desaparecía la irritación. Ahora lucharemos. Esta es una buena ocasión.

Saltó por encima del banco, siguiendo mirándome con el ceño fruncido. Era tan alto como yo, no mucho más joven y ancho de tórax. Pero nunca había sido cosechador y no sabía las cosas que yo había aprendido. No esperaba nada nuevo. Me podría haber reído, pero no lo hice.

Por la forma de mirar y de mover los pies quedaba patente lo que pensaba hacer. Yo estaba frente a él. Detuve el impacto de su puño con la palma de la mano, con tranquilidad, casi con desprecio, sin que su golpe me moviera lo más mínimo. Y mientras todavía no había recuperado el equilibrio le administré una bofetada en pleno rostro que le llevó a paso rápido de cangrejo hasta que cayó casi encima de la ardiente plancha de la hoguera. Fue demasiado fácil. Sentí el maligno deseo de que se chamuscara un poco, para que sirviera de ejemplo a los demás de las perspectivas que tenían por delante.

Pero mi oponente se cogió con una mano a la ardiente plancha, la dejó inmediatamente y dio unos vacilantes pasos por entre el humo. De un salto lo cogí por el hombro y lo empujé hacia mí. haciéndole perder el equilibrio antes de que pudiera ponerse en guardia. Lo mantuve sujeto por el hombro con la izquierda y eché la derecha violentamente hacia atrás, esperando aplicarle mi cerrado puño en pleno rostro.

Vi que el dolor que sentía en su quemada mano le hacía contorsionarse terriblemente y vi que desaparecía de su rostro todo vestigio de lucha. Su expresión se tornó lívida y bajo la opresión de mi mano se relajaron todos los músculos de su cuerpo.

En el mismo instante llegó hasta mí el agudo grito de una mujer que decía algo incoherente por detrás de la hoguera. El instinto fue más rápido que la razón y escondí la cabeza en el mismo instante en que la pesada cafetera pasaba sobre mi cabeza desparramando café hirviendo. La oí cuando se aplastó contra el tronco de un pino, pero no tuve tiempo para mirarla, pues la mujer del cabello rojizo se lanzaba furiosamente contra mí siguiendo la trayectoria de la cafetera. Su rostro estaba contraído y sus manos parecían garras.

Dejé al herido y me volví para hacerle frente. Cayó sobre mi como una fiera, pero la sujeté inmediatamente por ambos brazos. Se revolvió furiosamente tratando de morderme y de librarse de mi llave. Debería haberme dado cuenta antes, pensé. Su modo de mirar no presagiaba nada bueno.

Levanté la cabeza y vi a Guthrie de pie al lado de la abollada cafetera. Entonces grité:

—¡Recójala! —y de un empellón se la envío directamente. Guthrie la recogió limpiamente en sus brazos.

Su rojizo pelo se desprendió del moño y le cayó sobre la cara como si fuese una medusa, mientras luchaba fieramente por desasirse de los brazos de

su nuevo opresor.

—¡Maldito canalla, suélteme! —gritó histéricamente, retorciéndose al mismo tiempo—. ¡Le tengo que arrancar la piel! ¡No permito que ningún cochino cosechero ni ningún borracho venga aquí y...!

—¡Cállese! —rugí con voz tan potente que hizo estremecer la tranquilidad del claro. Sentí la satisfacción de hinchar mi pecho y descargar mi coraje ultrajado—. ¡Cállese y escuche! Todos ustedes... ¡escúchenme!

Pareció vacilar durante un breve momento, pero después continuó gritando. Le grité nuevamente sin hacer apenas esfuerzo. Tengo una voz muy potente y cuando grito no hay voz que me la pueda acallar.

—¡Cállese y escuche! ¡Déjeme hablar!

Se calló al fin y Guthrie le dejó los brazos, empujándola suavemente. Quedó quieta mirando de soslayo y conteniendo la respiración. Eché un vistazo a todos los presentes. Por un momento creí que estuvieron a punto de lanzarse en masa contra mí y en aquel pasado momento lo había deseado. Pero ahora los tenía dominados y dejé que el salvaje desprecio que sentía se mostrara claro en mi voz, hablando rápidamente para evitar que la mujer empezara otra vez a gritar.

—Ahora les toca a ustedes decidir —dije, mirándoles uno a uno—. Háganse a la idea de que no me gustan. No quiero trabajar con ustedes. Me gusta escoger mis artistas y les puedo asegurar que no les hubiera elegido a ustedes si pudiera hacer las cosas a mi libre albedrío. Pero prometí realizar mi trabajo *y* lo haré contra viento y marea. No tendrán nunca más una posibilidad como ésta. Sé que no les puedo obligar a trabajar conmigo, pero si lo hacen van a tener que hacerlo bien. Les trataré a golpe de látigo como si fueran esclavos, pero también les puedo asegurar que aprenderán más de mí en una semana que lo que puedan aprender durante el resto de sus estúpidas existencias. Ahora tienen que decidirse, pero ahora mismo. No quiero perder el tiempo. ¡Usted! —grité, señalando al hombre de la mano quemada—. ¿Sí o no?

Se estaba sosteniendo la mano herida con la otra y su rostro aparecía pálido. Se humedeció los labios y mirando a la mujer del cabello rojizo dijo con voz incierta:

—Yo, yo no sé, Rohan. No puedo decidirme por mí mismo. Déjenos que lo decidamos a votación. —Al decir esto paseó la mirada por todo el grupo.

Vi que la mujer hacía un gesto de impaciencia y que Guthrie le aferraba de nuevo por los brazos.

—Muy bien. La mano de este hombre necesita cuidado. ¿Puede curársela?

Se revolvió contra Guthrie.

—¡Suélteme, Guthrie, suélteme de una vez!

Hice una seña para que la soltara. Una vez libre se echó la cabellera hacia atrás y con gesto indignado me lanzó una mirada de odio antes de

volverse y marcharse corriendo hacia uno de los omnibuses. Al cabo de unos segundos ya estaba de vuelta con un botiquín de urgencia y desde entonces estuvo demasiado ocupada con la mano herida para representar una amenaza contra mí. Sin embargo, la continué vigilando con el rabillo del ojo.

—Lo que primero necesito saber son sus nombres —exclamé—, ¡Usted! —dije señalando al hombre del cabello blanco que había caído al suelo violentamente cuando empezó la lucha. Todavía continuaba sentado vigilando atentamente el curso de los acontecimientos. Me habló en un tono de voz sorprendentemente apacible.

—Creo que ya me conoce usted, señor Rohan. Soy Henken. Pod Henken. Y ésta es Eileen. Eileen, ¿recuerdas al señor Howard Rohan?

La anciana Ofelia dio unas palmaditas a su pequeña caja musical que había continuado tocando música tranquilamente a pesar del alboroto.

—Oh, sí, le conozco —murmuró con la mirada perdida, como si no hablara a nadie en particular—. Sí, recuerdo a Rohan...

Guthrie dijo entonces rápidamente:

—Me llamo Guthrie, señor Rohan.

Correspondí a su presentación saludando con la cabeza y añadió señalando a la mujer del cabello rojizo que continuaba trabajando con el herido.

—Polly y Roy Copley. —La mujer me miró con ojos de víbora y el hombre correspondió a mi saludo con débil gesto.

No quedaba más que la muchacha. No quería conocer su nombre. Todo cuanto necesitaba ahora se resumía en una palabra: whisky. ¡Y cómo lo necesitaba! La excitación nerviosa iba desapareciendo poco a poco dentro de mí.

Escuché una' clara voz que procedía de la otra parte de la hoguera.

—Me llamo Cressy Kellogg, señor Rohan. —La miré desinteresadamente y la saludé con una inclinación de cabeza. No se podía negar su parecido. La Miranda soñada del pobre hombre, pensé con angustia.

Continuamos en silencio observándonos por breves momentos con cautela. Había terminado un round, pero no significaba el fin de la batalla. Supongo que tenía buenas razones para odiarme. Mi reputación no era demasiado buena en los círculos teatrales. Pero aun así en la cuesta abajo yo valía mucho más que todos ellos aun cuando alcanzaran el cénit de su carrera...

No puedo lograr que sean como yo, pensé con disgusto, pero puedo hacer que me odien. Y lo haré a gusto.

—Muy bien, muchachos —dije con voz de mando—. En cuanto a esta obra...

Polly Copley levantó su desorganizada melena separando el rostro del vendaje que estaba poniendo alrededor de la mano de Roy Copley. ¿Eran marido y mujer? Parecía que tenía unos diez años más que él.

—Olvídese de la obra, Rohan —dijo con voz áspera y fuerte, y

mirándome todavía con animadversión—. No vamos a representar esa obra. Los «Cisneys» se disuelven.

Me quedé boquiabierto y casi sin respiración al oír aquella aseveración. Había esperado cualquier complicación menos esta. Les miré a la cara uno a uno, encontrando en todas una expresión de conformidad con lo que había dicho Polly. Creo que ya sé lo que les pasa, pensé. Tienen miedo. No había «Comus» al oeste de Blythe y el Estado se estaba volviendo levantisco alrededor nuestro. No tenía fuerza moral para censurarles. Sin embargo, procuré que el tono de mi voz fuera seguro.

—¿Qué les pasa a ustedes? ¿Se preocupan de que haya algún pequeño disturbio en California?

—¿Pequeño disturbio? —replicó Polly—. No sé lo que quiere decir usted con eso de pequeño disturbio. Seguramente no ha oído lo que le sucedió a Paul Cisney. Se fue a San Andreas para realizar gestiones para nuestra primera actuación y volvió en ambulancia. Jamás vi a un hombre apaleado tan brutalmente, y no tengo ganas de volver a ver otro caso igual. —Se apartó de la cara los cabellos con gesto de indignación y prosiguió—: No me importa lo que hagan con usted, Rohan. Incluso puedo decirle que lo celebraría, pero no quiero que apaleen a Roy, o a mí o a cualquiera a quien Dios haya concedido sentido común.

La voz de Pod Henken se dejó oír con un tanto de temblor.

—Es cierto, señor Rohan. Le dieron una paliza descomunal.

Dirigí la mirada a Guthrie, quien se encogió de hombros y apartó la vista como si se sintiera algo responsable. Debería habérmelo dicho, pensé. Pero a pesar de todo, dije con voz tranquila:

—Déjenme a mí que me preocupe de eso.

—Pues ya puede empezar a preocuparse —repuso Polly.

Ensanché mi tórax. Todos me estaban mirando fijamente. En tono de seguridad, dije:

—El sábado empezamos a trabajar en San Andreas. Mañana voy allí a arreglar las cosas y no pienso regresar en camilla. Eso lo dejan de mi cuenta.

Me despertó la fragancia a café y me estuve echado en la cama preguntándome dónde estaba. Sabía que Miranda había estado a mi lado hasta el momento en que abrí los ojos. Siempre estaba conmigo. Pero podía estar en una chabola de cualquier campo de Illinois o en la habitación de un hotel de New York, con los muchachos de Nye esperándome tras la puerta. Mis pensamientos se fueron aclarando y pronto me di cuenta de que estaba en una litera de un largo coche- dormitorio. Había otras varias literas a los lados y una ventanilla abierta por la que se colaba un rayo de sol y el olor a leña ardiendo y a café.

Escuché un apagado murmullo bajo mi almohada. La levanté y vi un diminuto magnetofón que continuaba interpretando para mí «Crossroads». Aquella noche Pod y Rod Copley y Guthrie habían dormido a mi lado. Había salido con vida, así que estaba claro que nadie sentía contra mí demasiado

rencor, a pesar de lo ocurrido el día anterior. Nadie excepto quizá yo mismo.

Me vestí apresuradamente y salí. No veía la razón que me obligara a ir solo a San Andreas para que me calentaran las costillas a su gusto. La noche anterior hablé tan confiadamente porque el momento lo exigía. No podía hacer otra cosa, a menos que quisiera parecer un cobarde. Era evidente que tenía que cambiar mis anunciados planes.

Los rayos del sol bañaban con todo su esplendor la mesa alrededor de la cual estaban sentados mis seis colegas, ante sus platos casi vacíos.

—Buenos días —saludé.

Seis pares de ojos me miraron fríamente. Pasé frente a ellos sin detenerme y me fui con la toalla y utensilios de afeitar en derechura de la casita cuadrada que estaba colocada entre los pinos, en el mismo borde del claro. Era de cemento y disponía de duchas, lavabos y pilas para lavar ropa. Me introduje en el lavabo sobre cuya puerta aún se podía leer la palabra *Caballeros* con aquellas ridículas y antiguas letras de allá por los años del 1950 ó 60, tratando mientras me afeitaba de imaginarme vivir en aquellos tiempos tranquilos antes de la guerra de los Cinco Días.

Cuando regresé habían retirado los seis platos de la mesa, pero quedó alguien que abrió una de las latas en forma de plato y ya su propio generador de calor estaba empezando a calentar el almuerzo completo de su interior. Cressy Kellog echó café en una taza y me la puso al lado del plato. No quise mirarla. Me sentía bien aunque en la espalda notaba un aire increíblemente fresco y bajo mi piel la sensación del imaginario picor. Necesitaba más alcohol del que yo mismo me había tasado. Tenía delante de mí un futuro incierto, peligroso y desafiante, pero no lo temía, antes al contrario, sentía una sensación de misterio bienestar.

En medio del tumulto de mis pensamientos sentía una sensación de dolor y el temor a sufrirlo y se me representaba el recuerdo de la «hermosa soñadora» que jamás despertaría y nunca me dejaría solo.

Abrí sobre la mesa un guion de «Crossroads» y lo estuve repasando mientras desayunaba. No tenía grandes posibilidades de dirigir o actuar en su representación, tal como estaban las cosas, pero sus frases estaban metidas en mi cabeza a causa del magnetofón que había estado bajo mi almohada durante toda la noche y sentía curiosidad por ver cómo estaban escritas sobre el papel. Contra mi propia voluntad mi cerebro ya había empezado a desplegar su actividad para colocar los intérpretes en sus respectivos papeles y a situarlos dentro del escenario, pensando en la mejor forma de dirigirlos. Si es que alguna vez los dirigía.

La obra era bastante inocente. A primera vista no se advertía que contuviera propaganda, aunque no me cabía duda de que debía haberla, porque el «Comus» nunca hace las cosas sin un propósito preconcebido. Se trataba al parecer de un muchacho y una joven (Cressy y Roy serían sus intérpretes) que se encuentran en un cruce de calles de una pequeña ciudad. Ella es una bella oficial del «Comus» que hace el amor al joven. Todo muy

romántico. En todas sus presentaciones oficiales el «Comus» siempre aparece como algo simpático y atrayente. En esta obra se presenta como algo espontáneo, sin premeditación política.

Después se presenta a una pareja ya de edad que siempre están riñendo, pero que se vuelven a una contra cualquiera que trate de interferir en su vida, y un viejo verde (Rohan en persona) que quiere romper el idilio de los dos jóvenes. Esta última parte tenía muchas posibilidades, en verdad. Todo el argumento es bueno. Es la historia de seis vidas y sus problemas y cómo procuran resolverlos. Una obra muy bien escrita y que tenía grandes posibilidades de lograr el favor del público como tragicomedia.

Me sentía satisfecho dirigiendo con la imaginación el trabajo de los actores y me animaba interiormente al ver que mi mente se encontraba tan capacitada para dirigir como si nunca hubiera dejado de hacerlo.

Me sentía satisfecho y asustado.

La áspera voz de Polly, muy cerca de mí, me hizo saltar.

—Rohan, tengo algo que decirle. —Levanté la cabeza. Su teñido cabello estaba bien peinado, brillando intensamente bajo los rayos del sol que se filtraban entre las ramas de los pinos. Su rostro denotaba extremado cansancio, como si no hubiera dormido en toda la noche. Quizá no hubiera pegado los ojos—. Hemos estado hablando de la situación —me dijo— y hemos decidido no separarnos a menos que nos veamos precisados a hacerlo. Necesitamos trabajar y estamos dispuestos a trabajar con usted siempre y cuando nos trate bien. Pero se lo advierto, si vuelve a ocurrir lo de ayer... —Su rostro se encendió y las venas del cuello se le hincharon.

—Muy bien —corté—. Ustedes me respetan y yo les trataré bien. Pero le advierto que soy duro en mi trabajo y no toleraré la indisciplina durante los ensayos.

—No esperábamos nada más de usted —replicó con ira—. Sólo venía a decirle que si arregla las cosas en San Andreas y nos garantiza que no nos van a linchar podemos empezar a ensayar cuando le parezca. Y que no nos separaremos.

Contesté:

—De acuerdo —y di la vuelta a una página del guion para indicar que la entrevista había terminado. Me lanzó una mirada preñada de odio y me volvió la espalda bruscamente, casi derribando con su gesto a Guthrie, que llegaba abotonándose su camisa a cuadros.

—Cuando usted quiera, señor Rohan —dijo— le llevaré a San Andreas.

No contesté. Estaba contemplando algo hacia la otra parte del claro. Cressy y Roy Copley estaban juntos bajo uno de los rayos de sol que se filtraban a través de los pinos, envueltos en el humo de leña que flotaba a su alrededor como el incienso de una catedral. Ella sostenía su vendada mano con exagerada delicadeza, y la forma en que se miraban me hizo volverme rápidamente para ver si Polly lo había visto. Guthrie dijo:

—¿Qué hacemos, señor Rohan?

Me encogí de hombros. Aquello eran asuntos particulares de Polly.
—Vámonos —contesté.

CAPÍTULO VII

—Pare un momento —dije—. Guthrie detuvo el motor y el silencio sobrecogedor de las montañas nos envolvió. Los rayos del sol nos bañaban con su cálido manto y la suave brisa llevaba hasta nuestros olfatos la fragancia de los bosques vecinos. Delante de nosotros y a través del valle corría la carretera que conducía a San Andreas. Cerca de la ciudad la carretera se bifurcaba en dos brazos, uno de ellos era la entrada hacia ella y el otro la salida. Al pie de la entrada se veía la estación de control del «Comus» brillando intensamente bajo los rayos del sol. Era un enorme edificio de forma oval pintado de rojo, que parecía desde lejos como una lágrima de sangre, pero que extrañaba en seguida a la vista al no verse sobre él flamear al viento la enseña de Raleigh.

La ciudad titilaba a nuestra vista, metida entre el frondoso bosque que la rodeaba. Se podía precisar inmediatamente su centro por el monumento a Raleigh que se elevaba majestuosamente hacia el azulado cielo. Hacia el sur el valle se desparramaba vestido a cuadros como un tablero de ajedrez y se veían hombres dedicados a las faenas del campo y camiones estacionados en fila. Durante unos instantes mi mente estuvo con ellos y sentí el dolor en la espalda y odié lo que veía.

—Ya sé en lo que está pensando —me dijo Guthrie—. Prosigamos, dígamelo.

Moví 1a. cabeza en sentido negativo.

—Todavía no sé lo que pensar. Ayer me volvió usted a la fuerza al campamento, pero no me dijo una palabra de lo que le había ocurrido a Paul Cisney. ¿Qué más me ha ocultado? ¿Cómo están de mal las cosas en California?

Guthrie me miró con una de sus melancólicas miradas.

—Eso depende. Hay zonas en el Estado que están tranquilas y otras que no tanto. Quizá sea por esto que tengamos que trabajar aquí. No lo sé.

—Usted no sabe muchas cosas. ¿Por qué nos han mandado aquí?

—Actuamos en los lugares a donde nos mandan. Y si supiera más que eso, no podría decírselo. Debería comprenderlo.

—Pero mire, Guthrie. —Me volví para mirarlo fijamente a los ojos—. Usted me puede dominar hasta cierto punto, pero en cualquier ocasión le puedo obligar a que dispare contra mí, y si me mata entonces ya no serviré para nada. Ahora mismo estoy a punto de salir de este coche corriendo y perderme por ahí.

—Y suponiendo que se escapase —replicó Guthrie tranquilamente—, ¿luego qué? No podría meterse bajo tierra y caería en manos del «Comus» o de los rebeldes, y éstos son muy duros y aun cuando le aceptasen en sus filas, tenga presente que vamos a pacificar este territorio dentro de unas pocas

semanas y los rebeldes van a ir a la cárcel o la cámara de gas. Así es que el «Comus» va a recuperar pronto el control y el señor Nye me dijo que guarda un contrato de usted como cosechador. —Señaló hacia los encorvados trabajadores del campo—. Puede escoger entre volver al campo, o ir a la cárcel por rebelde... o bien continuar en esta misión del «Comus».

Quedé pensativo un momento.

—Muy bien. Usted ha expuesto su criterio. Quizá !e dijo lo mismo a Paul Cisney, pero eso no evitó que lo lincharan. De ahora en adelante seré pleno dueño de mis actos y el que lleve usted una pistola encima no me afecta para nada. Si es que tengo que realizar esta misión, la haré a mi modo, libremente, y esto significa que soy el director de la compañía y por consiguiente usted está bajo mis órdenes como empleado de ella.

Y ahora supongamos que me cuenta de pe a pa todo cuanto ocurre en California, todo. Y no olvide que todo cuanto me oculte me perjudica, a mí y a la misión que me ha sido encomendada.

Guthrie se rascó la cara con la boquilla de la pipa. Después de un momento de vacilación, exclamó pausadamente:

—Bien, creo que es bastante razonable. Le diré todo cuanto sé. —Una pausa, mientras meditaba—. Allá por el año 93 —otra pausa—, un hombre llamado Charlie Starr capitaneó el levantamiento de San Diego.

Así es como empezaron las cosas. No sé mucho de Starr. El «Comus» intervino sangrientamente y redujo la sublevación y creo que Starr murió en la refriega, pero sus seguidores supervivientes huyeron a las montañas y el «Comus» todavía no los ha podido destruir. Al parecer han creado lo que ellos llaman Comités de Liberación, que están extendidos por todo el Estado. Hace algo así como un año uno de los grupos rebeldes empezó a trabajar en un artificio que *podría* hacer daño. —Cesó de hablar y me miró recelosamente.

—¿El «Anti-Com»? —pregunté.

—¿Así es que ha oído hablar de él?

—Me lo contó Nye, aunque me habló poco.

—No sabemos mucho de eso. Pero sabemos que los rebeldes han puesto su confianza en él y tenemos que tomarlo en serio. Cuando el «Comus» se enteró empezó una redada por toda California, tratando de encontrarlo antes de que representara un peligro para nosotros. Y es por todo esto por lo que la zona entera preocupa tanto. —Movió la cabeza dubitativamente—. ¿Sabe usted la forma de trabajar de los controles sociales?

Asentí. Lo sabía muy bien. Los imaginé actuando en California, al borde de la insurrección. Normalmente esos «Prowlers» que asemejan a enormes gotas de sangre recorren las carreteras durante las veinticuatro horas del día. De pronto, a cualquier hora, pueden detenerse frente a una puerta y sale alguien de su interior vestido con un uniforme rojo muy bien confeccionado que le invita a uno a pasar al vehículo. Nadie rehúsa la cortés invitación. ¿Y por qué rehusar? Se trata simplemente de recoger la opinión particular y expresar lo que uno quiere, y después el «Comus» se encarga de

corresponder a sus deseos. Se sienta uno en un sillón muy bien preparado y le van haciendo unas preguntas y el polígrafo va recogiendo las contestaciones.

Probablemente de cada cien personas que se sientan allí el noventa por ciento expresarán idénticas opiniones. El «Comus» va enviando continuamente las grabaciones al cuartel general de la organización, en donde son controladas por medio de los cerebros electrónicos calculadores. Con sus aparatos electrónicos controlan su pulso y su respiración y pueden comprender el significado psicológico y sociológico del sudor en una mano controlada en el sur de Dakota y de una taquicardia en Georgia. Si de cada cien personas examinadas sólo hay diez que disienten en sus opiniones del resto, la prueba es positiva, pero si son veinte, es negativa, pues son demasiadas. Y así el «Comus» se entera de que en el subconsciente de las personas de tal o cual zona existe el descontento.

Si por ejemplo la curva del gráfico va subiendo constantemente durante un par de meses y en Georgia se observa nerviosismo, se aísla a Georgia. Los abastecimientos a Georgia sufren una merma. Las informaciones oficiales cuentan cosas que no se ven en ninguna otra parte de la nación, y las películas que se les suministran son de un tono diferente al normal. Incluso los alimentos no son los mismos de antes. La mente y el cuerpo son controlados hasta reducirlos a unos niveles de menor eficacia. Y así Georgia queda aislada del resto de la nación y puede ser controlada.

Cualquier organismo es capaz de arreglar sus problemas si se le deja solo. Por lo tanto, no hay que desampararlo. Cuantos más problemas tiene, más le cuesta solucionarlos. Multiplicar sus problemas. Mantenerlo siempre trabajando. Destrúyase la confianza de Georgia. Hágase que Georgia se dé cuenta de que depende completamente del «Comus» para sobrevivir. De esta forma la reacción se relaja, se pierde la eficacia y los grupos de posible rebeldes que se iban formando lentamente, se van disolviendo en las calles.

Y cuando ha pasado el peligro se puede reintegrar de nuevo el Estado al concierto de la nación. Éste es el modo práctico de mantener la unidad. Un medio que siempre ha surtido efecto... hasta ahora.

¿Y ahora? Contemplé el pacífico valle. Probablemente yo sabía más de los controles sociales y de su verdadera forma de actuar que la mayoría de las gentes. Pero el parecer había bastante gente en California que también tenían un amplio conocimiento de sus actividades. El suficiente como para preparar una explosión cuando el «Comus» empezara a querer controlar la sedición de la zona.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Aquello parecía un infierno. Nos encontramos con fuerte resistencia, incluso en las ciudades, pero era en las montañas en donde los rebeldes se hicieron más fuertes. Fue una rebelión abierta. Ésta es una zona inmensa. El «Comus» está muy extendido por todo el ámbito de la nación, como usted probablemente sabe.

Teníamos que retirar tropas de otras zonas para cubrir tupidamente toda

California, pero no pudimos hacer demasiado en ese aspecto. Pues además había... —Guthrie hizo una pausa— había razones que nos lo impedían —dijo. Una pregunta pasó como una ráfaga por mi imaginación: ¿También hubo rebeliones en otras partes?

—Según tengo entendido —prosiguió Guthrie— hubo un gran revuelo en la sede del Gobierno sobre todo esto. El Gobernador de California y el señor Raleigh se pusieron de acuerdo y sé que el señor Nye pidió con gran insistencia la declaración de la Ley Marcial. Pero el resultado fue que retiramos al «Co- mus» por completo. La opinión de Raleigh es que cuando la gente comprenda lo que significa la vida sin el «Comus» volverá a recuperar el sentido. Ya es viejo, señor Rohan, y no quiere problemas.

—¿Y Nye? —pregunté.

Guthrie encogió los hombros.

—Tenía que acceder, naturalmente. Creo que en parte estaba voluntariamente de acuerdo con este proceder, a causa del «Anti-Com». Demasiada presión sobre los rebeldes y removerían cielo y tierra para conseguir terminar su arma. Irían demasiado de prisa para que pudiéramos impedírselo. Tal como están actualmente las cosas, lo que el señor Nye desea es mantener este statu quo y mientras tanto vamos indagando por todas partes a la búsqueda de cuantas informaciones podemos encontrar. Ahora se trata de una carrera entre el «Comus» y el «Anti-Comus». Todo estriba en si los rebeldes terminan primero su ingenio o el «Comus» descubre la oculta factoría antes de que puedan utilizarlo... sea lo que sea lo que están construyendo.

—Y Raleigh —dije en voz baja— es un enfermo. No puede durar ya mucho. Cuando muera...

Dejé que mis palabras se perdieran en el silencio que nos rodeaba. Guthrie bajó la cabeza. Nadie sabía lo que iba a pasar cuando muriera Raleigh. Sería el fin de una era. El mundo cambiaría. La Historia estaba cambiando su curso mientras nosotros estábamos sentados aquí haciéndonos cábalas.

Después de una corta pausa Guthrie exclamó:

—Esta ciudad es uno de los puntos neurálgicos. Creemos que sirve de cuartel general de un grupo completo de Comités de Liberación. La semana pasada hicimos una incursión aérea por sorpresa. Nos servimos de una escuadrilla de helicópteros y tratamos de inundar la parte central de la ciudad con gas adormecedor. La operación no resultó tal como se esperaba y la población repelió el ataque. Ahora toda la región está alborotada.

—En otras palabras —dije—. Si descubren que somos del «Comus» nos descalabran.

Guthrie mordió nerviosamente la pipa,

—Seis meses antes, cuando la rebelión estaba, en pleno apogeo, desaparecían patrullas completas del «Comus», cuando se efectuaba una excursión y los habitantes la rechazaban. Ésta es una de las razones que

esgrimió Raleigh para retirarnos. Pero ahora, señor Rohan, son personas como las demás, no revolucionarios sanguinarios. No matan por placer, al menos, casi todos ellos. No matan ni aun cuando están furiosos, excepto por accidente o cuando son atacados directamente. Si no se les molesta, no atacan a nadie. Pero sin embargo, he de admitir que no me gustaría que supieran que estamos conectados con el «Comus».

—¿Qué pasó con Paul Cisney? —pregunté.

—Según lo que oí, se tropezó con un grupo de borrachos. —Guthrie sonrió con un ligero movimiento de labios—. Hasta ayer tuve un informador en San Andreas. —• Señaló con la cabeza hacia una columna de humo que subía por encima de los árboles, hacia la parte norte del límite de la ciudad—. Aquella era su casa. Le metieron en una vagoneta y le soltaron por una pendiente. Espero que tuviera suerte.

La nuez del cuello bailó en mi garganta.

—Así que ésta es la simpática ciudad en donde yo tengo que representar una función del «Comus». —Guthrie chupó ruidosamente en su cachimba y me miró—. Creo que me vuelvo a trabajar al campo —dije.

Mostró los dientes en lo que quería ser una sonrisa.

—¿Lo dice en serio?

No sabía si lo pensaba en serio o no. Miré hacia las encorvadas figuras del valle. Al verlos trabajar en la recolección sentí un dolor familiar en la espalda. La imaginaria picazón me hizo temblar. Súbitamente pensé en Ted Nye y le odié por haber roto las paredes de mi refugio y haberme metido con sus lisonjeras palabras en un sitio como éste. Y después, a través del imaginario dolor, de la no existente picazón y de la ira contra Ted, pasó por mi mente con la velocidad de un relámpago el recuerdo de ardientes letras que significaban un mensaje soñado.

No conocía su significado, pero de lo profundo de mi mente oí una voz que me aseguraba:

—Hay más cosas aquí de las que sabes. Las cosas pueden salir mejor de lo que te supones. Continúa, haz frente al problema. Sigue adelante.

Dirigí la vista hacia San Andreas, que aparecía brillante bajo el sol matutino y en completa calma. Estaba asustado. Tenía la garganta seca, las manos húmedas y el corazón latiendo violentamente.

—Bien, señor Rohan, ¿qué hacemos? —preguntó Guthrie.

—Vamos —repuse, encogiéndome de hombros.

CAPÍTULO VIII

La estación de control del «Comus» que se levantaba a la entrada de la ciudad estaba deshabitada y con los cristales rotos. No flotaba ninguna enseña ni ninguna persona vestida con uniforme rojo apareció en la entrada. A un lado del edificio alguien había dibujado a tiza la cabeza con el candado y las cadenas. Mientras pasábamos por delante una ráfaga de aire hizo flamear el largo y azulado gallardete sujeto al roto mástil. Se revolvió perezosamente en el aire y después cayó otra vez en la inactividad. Azul de revolución, pensé. Aquel centro oficial del «Comus» estaba muerto. Sentí una extraña sensación de vacío en el estómago. Todo cuanto había oído hasta ahora era pálido comparado con la dura realidad que tenía ante mis ojos.

Unos cien pies más adelante oímos un movimiento y las mostazas silvestres que bordeaban la carretera se separaron bruscamente y surgieron dos hombres que nos hicieron señas para que nos detuviéramos. El pie de Guthrie pisó el acelerador y el coche se lanzó hacia delante, pero quedó parado en seco un segundo después. Habíamos visto en las manos del primer hombre un arma de dos cañones que nos apuntaba directamente.

—¿Dónde van ustedes? —preguntó el hombre del arma. Era muy joven y de cara delgada.

La respuesta parecía ser clara, pero Guthrie le contestó:

—A la ciudad.

—¿A qué van?

Guthrie me miró. Esperaba mi decisión.

—Queremos hacer teatro —dije—. Necesito un permiso.

El hombre armado me miró largamente. Su mirada era fría y penetrante.
—El último que trató de hacer lo mismo salió de aquí de estampida. Si quiere seguir mi consejo, es mejor que se vuelva por donde ha venido. La ciudad no está para bromas estos últimos días.

—Tenemos que comer —repliqué—. Me enfrentaré con lo que sea. ¿A quién tengo que ver para lo del permiso?

La helada mirada se trasladó a Guthrie y después volvió a clavarse en mí.

—Tenemos en la ciudad un alcalde y un consejero elegidos debidamente —nos dijo—. Están legalizados por el «Comus». Se echó hacia delante y escupió cuidadosamente sobre el polvo.

Contesté:

—No hay duda. ¿Y quién es el que concede los permisos?

Hizo un gesto de indiferencia.

—Señor, eso no lo sé. —Su mirada se dirigió al coche— ¿Qué hay dentro?

—Vaya a verlo —sugerí—. Llevábamos el coche guardarropía, y ni yo

mismo lo había visto interiormente. Guthrie parecía estar completamente tranquilo. El individuo armado dijo algo a su compañero en voz baja, y éste se fue hacia atrás. Oí abrirse la portezuela y el movimiento de pasos. Al cabo de poco tiempo apareció nuevamente y murmuró algo al oído de su compañero.

Me estaba dando cuenta de que en sus bronceados rostros se abrían grietas, como si estuvieran maquillados. Creo que sin querer les estaba estudiando para aprender su forma de moverse y hablar, para cuando yo tuviera que actuar de rebelde, si es que alguna vez lo tenía que hacer. De repente me di cuenta de lo que les pasaba en la cara. El color de su tez no era normal, por causas del sol o de la suciedad. Habían sido pintadas de negro y el color iba desapareciendo a causa del sudor. Seguramente habían estado combatiendo contra el «Comus» cuando ocurrió él ataque aéreo, y quizá habrían sostenido ulteriores encuentros de los que no sabía yo nada. El pintarse el rostro de negro es un rápido y excelente disfraz. Comprendí que aquellos dos eran verdaderos rebeldes, luchadores contra el «Comus». Pensé que estaba frente a dos hombres de otro mundo.

—Entendidos —dijo el hombre del arma, dando un paso atrás—. Prosigan si les place. Puesto que no se preocupan de lo que les pueda ocurrir, adelante.

San Andreas no era tan pacífico de cerca como lo parecía desde lejos. Había una gran cantidad de vidrios de escaparates rotos, y en el centro de la ciudad sé veían por todas partes, en paredes y el piso de las calles y plazas, las manchas de color púrpura claro que dejan por donde pasan los gases adormecedores. Se veían muchos recientes impactos de proyectiles por todas partes. Y por encima de todas estas pruebas de la lucha el monumento a Raleigh se levantaba enhiesto en su blanco pedestal y la marmórea cabeza del presidente miraba serenamente a lo lejos, por encima de los tejados, no viendo nada de lo que ocurría bajo él.

Detuvimos el coche frente al «Iris Rose Bar» y Guthrie me miró con gesto expectante. Repasé con la vista la calle, la gente y mi propio rostro en el espejo. ¿Reconocería alguien a Howard Rohan? Me sentía atemorizado, pero tenía que moverme, tenía que hacer algo. Me pregunté qué es lo que había hecho Paul Cisney al llegar a este punto y qué es lo que había sentido.

Salía en aquellos momentos del «Iris Rose» un hombre con un delantal de camarero sujeto a la cintura. Colocó en medio de la doble puerta una silla para indicar que no se permitía la entrada. Después empezó a regar la acera con un cubo de agua. El líquido corrió por la acera y resbaló por el borde de la misma, mojando el asalto del arroyo. El aire olía agradablemente a asfalto húmedo y a cerveza., un olor que siempre me había gustado. El hombre del delantal nos miró de mal talante. Era un individuo grueso que iba tocado con una gorra de tela en la que se leía: *Feria Internacional de los Angeles* y sujeto a la misma se veía un triángulo de papel de color azul, y dentro del triángulo un «93» y el nombre de Charlie Starr. La matanza de San Diego.

Miré de reojo á Guthrie, para ver su reacción ante aquel individuo. Ante

aquellas claras evidencias de rebelión, respirando aquel aire cargado de malos presagios, me sentí como si uno estuviera saliendo de un confuso sueño. Estaba asustado, inseguro, pero embargado en un misterioso optimismo.

Saludé al camarero.

—Buenos días. Hace un tiempo espléndido. —Me miró con el ceño fruncido, sin dignarse contestar. Continué—: ¿Hacia dónde cae el Ayuntamiento?—Dio un escobazo y el agua sucia de la acera me salpicó.

—A la otra parte de la plaza —contestó al fin.

Hice una seña a Guthrie y continuamos la marcha, procurando descubrir el edificio. A nuestras espaldas oímos silbar la tonada de una canción. Pronto la identifiqué. Se trataba de «Yankee Doodle», pero con alguna diferencia. No era su tono exacto. A medida que avanzábamos iba aumentando la intensidad del sonido y del compás. La gente que deambulaba por las calles miraba hacia donde procedía la tonadilla y después directamente hacia nosotros. Algunas nos miraban fijamente. No me gustaba nada el asunto.

Ya estábamos frente a un edificio de dos pisos completamente blanco sobre cuya fachada se leía: *Ayuntamiento.* Guthrie aparcó el coche.

—Es mejor que se quede en el coche —le dije—. Volveré... espero.

Al bajar del coche se levantó del bordillo sobre el que estaba sentado un golfillo que se fue tras de mi silbando la misma canción. El Ayuntamiento disponía de un pequeño vestíbulo que terminaba en los límites de un patio con muchas macetas de flores esmeradamente colocadas. El despacho del alcalde estaba en el piso superior y se llegaba a él por una estrecha escalera. Empecé a subir los peldaños. El golfillo me siguió hasta el vestíbulo, pero ya no estaba solo, sino que había con él otros tres jovenzuelos. Los cuatro silbaban la misma tonada. Hice caso omiso de ellos. Pero cuando estaba a medio camino oí una estridente vez que empezaba a cantar, siguiendo la música de «Yankee Doodle».

Charlie Starr se llevó su insignia
en el novecientos noventa y tres.
Hizo desaparecer al «Comus» del mapa
y consiguió libertar a San Diego...

¿Su insignia? ¿Qué insignia? Bueno, era difícil entender las palabras. El viejo «Comus» estaba muy lejos de ser borrado del mapa y San Diego continuaba metido en cintura, si vale la expresión.

La oficina del alcalde tenía una mesa en medio, tras la cual había un hombre que estaba manipulando unos papeles, al parecer sin importancia.

—Deseo obtener una permiso para una función teatral —le dije—. ¿A quién debo dirigirme?

Me miró moviendo la cabeza negativamente.

—No le puedo ayudar, hijo. Creo que los lunes no hay nadie que se lo pueda solucionar.

—Pero hoy es martes —señalé.

—¿Es martes? —Movió la cabeza de un lado a otro nuevamente—. Bueno, pues los martes son días muy malos para conseguir permisos. Lo siento, hijo. —Me miró a los ojos sin pronunciar palabra. Se limitaba a esperar.

Me entretuve un minuto, abriendo y cerrando las manos sobre el escritorio. Sentía los músculos tensarse bajo mi piel y los nervios apoderarse de mí. Tenía deseos de romper algo, de pegarle a alguien con todas mis fuerzas para descargar la energía que los chispazos de la ira habían producido en mi interior. Pero no había nadie a quien pegar. Pegarle al viejo no me hubiera servido de consuelo. Cuando pasó el minuto me volví y me fui rápidamente hacia la puerta, cerrándola con mucha suavidad!

Los golfillos continuaban todavía en el vestíbulo, mirándome con los ojos muy abiertos mientras descendía por las escaleras. Pero ahora estaban completamente silenciosos. Pensé para mis adentro que se estaba tramando algo. Algo estaba a punto de estallar. Aquel silencio significaba una callada anticipación. Cuando me vieron, el muchacho que estaba más cerca de la salida saltó a la acera y empezó a gesticular con gestos exagerados hacia alguien que estaba fuera de mi vista. Inmediatamente oí pasos precipitados y observé el movimiento de sombras en el umbral de la puerta.

Llené de aire mis pulmones y puse en tensión mis músculos, preparándome a hacer frente a lo que se presentara. Me sentía optimista, orgulloso y seguro de mi propia fuerza.

—¡Fuera de ahí, muchachos! —grité con mi potente voz a los pilluelos.

Al oírme huyeron despavoridos como una bandada de conejos, cruzando el umbral en el mismo momento que el primero de mis enemigos se dibujaba sobre él. Oí una breve confusión de voces y pasos y entonces entraron todos.

Eran tres o cuatro. Casi todos vestían zarrapastrosamente e iban sin afeitar. El vestíbulo se llenó de olor a sudor y a whisky. ¿Tan temprano y ya así? Entonces recordé al camarero y comprendí lo que había ocurrido, tan bien como si hubiera estado allí. El reclutamiento de los bajos fondos de la ciudad de aquellos granujas, el proporcionarles gratuitamente el suficiente alcohol para que les diera ánimos y el indicarles el objetivo que tenían que alcanzar. Y entonces supe lo que le había pasado a Paul Cisney. Pero esta vez tenían delante de ellos a otro hombre. Yo no me llamaba Paul Cisney.

Se me iban acercando en silencio. Afuera gritaba Guthrie y mis oídos percibieron el ruido de golpes metálicos, como si estuvieran golpeando el coche. No presté atención. Estaba demasiado ocupado. Por sus sonrientes rostros se podía decir que veían la cosa muy fácil. Sabía lo que se avecinaba, y llegó, pero no fue lo que ellos esperaban.

Se lanzaron sobre mí todos a una, tratando de derribarme. Disparé mi derecha con toda la potencia de que era capaz y di de lleno en el brazo de uno de ellos. Sentí bajo mi puño rompérsele el hueso. Alguien me alcanzó en la

cabeza con un puñetazo y se me nubló la vista y durante algún rato sólo sé que estuve golpeando frenéticamente a diestra y siniestra, saltando de un lado a otro del pequeño vestíbulo. Recuerdo poco, pero entre otras cosas sé que alcancé a uno en la barbilla y noté que caía pesadamente contra la pared y que desde el suelo di una patada en la espinilla de otro que salió aullando de dolor. Luchaba a romper huesos, como hacen los cosechadores. Con ellos aprendí a dar fuerte y sin contemplaciones.

Creo que duró bastante tiempo y llegó un momento en que me di cuenta que ya no habían paredes a nuestro alrededor, y de que mis pies pisaban sobre hierba. Estábamos luchando en el patio y el sol de la mañana nos bañaba con serena indiferencia. En cierto momento vi por encima de los tejidos la estatua de Andrew Raleigh, con su blanco rostro mirando hacia el este, como queriendo ignorar nuestra dura y desigual pelea.

En cierta ocasión recuerdo que me encontré cara al suelo, metida la cabeza entre las flores, sintiendo la caricia de sus pétalos en mis mejillas. En otra, me vi a gatas sobre la hierba, sabiendo a sangre, y tres diminutas hormigas que unían sus antenas como si sostuvieran una importante conversación. Después cayó de mi boca una gota de sangre y lo último que vi fue que la estaban examinando con gran interés.

Poco después de lo de las hormigas, y cuando ya estaba de nuevo en pie, luchando contra un sucio adversario, recuerdo que le pateé los pies y caímos pesadamente al suelo, él debajo de mí. Recuerdo que me dije que me tenía que desembarazar pronto de él y le mantuve pegado al suelo con las dos manos, y entonces miré hacia arriba y vi que el patio estaba casi vacío. Un individuo yacía cara abajo sobre el césped. Otro se arrastraba hacia la calle y desapareció de mi vista. No había nada más. Yo había ganado.

Clavé la vista al tipo que tenía debajo de mí. Empezaba a mover los párpados y volvía en sí. Le abofeteé rudamente. Abrió en seguida los ojos.

—¿Quién les mandó? —exigí—. ¿Quién es vuestro jefe?

Retorció dolorosamente la cabeza, apretándose las mandíbulas con las manos. Le abofeteé nuevamente.

—¡Contesta, perro! ¿Quién es vuestro jefe? Movió la cabeza negativamente. Esta vez lo levanté unos centímetros y le golpeé la cabeza contra el suelo. Repetí la operación salvajemente, disfrutando con mi acto, y dejándole ver mis crueles sentimientos.

Al cabo de un rato, tuvo que confesar.

Se lo hice repetir, porque no podía creer la confusión que se produjo en mi cerebro cuando lo oí. Un nombre perfectamente vulgar. Harris. Un hombre llamado Harris. Pero cuando lo pronunció, no fue sólo su voz lo que mis oídos captaron. También escuché otra voz que parecía ser un eco.

Estaba dormido y soñando en mi habitación del hotel de Nueva York y el hombre llamado «Comus» me estaba despertando y hablándome ansiosamente de California, de los cisnes, del «antic», y de que debía encontrarme sin falta con un tal... Heiress.

¡Ah!, no era Heiress, sino Harris. Ahora lo recordaba. Un destello de mi memoria me lo hizo recordar perfectamente. Pero no lo había averiguado hasta ahora, de esta forma brutal y despiadada. Harris, pensé. ¿Harris?

Me levanté lentamente. Mi hombre continuaba tendido sin hacer movimiento alguno, mirándome asustado. Le golpeé en la cara no con demasiada fuerza, y salí a la calle palpándome la cara para ver si me la habían estropeado tanto que me impidiera actuar en escena. En ese aspecto sólo me preocupaba con la mitad de mi imaginación. La otra mitad estaba ocupada por un tropel de pensamientos.

El coche continuaba todavía junto al bordillo. Guthrie estaba inconsciente, echado sobre el volante. No vi a nadie por las inmediaciones, aunque notaba algún movimiento tras los visillos de las ventanas próximas. Me metí en el coche y le sacudí y empezó a moverse y a decir algo incomprensible. Continué moviéndolo hasta que abrió los ojos y me miró asombrado. Después se incorporó y empezó a frotarse la cara y poco a poco pareció reconocerme. Al fin me ofreció una de sus frías sonrisas.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté—. Continuó palpándose la cara.

—Creo que sí, aunque me aporrearon de lo lindo. —¿Y usted, cómo está?

—Yo estoy bien —repuse distraído. Después de un breve intervalo, añadí—: Creo que tengo una pista. Es mejor que se quede aquí un momento, mientras yo voy a hacer una llamada—. Ya estaba a varios pasos del coche cuando él no había expresado aún su protesta.

Vi un pequeño bar establecido cerca del Ayuntamiento. Me metí dentro dando un violento empujón a la puerta, que golpeó con fuerza la pared. No había ningún cliente, y vi a un hombre que estaba tras el mostrador que desaparecía rápidamente por una puerta, antes de que pudiera verle el rostro. Sonreí feliz y me sentí un verdadero matón. Déjalos que te teman, pensé con vanidad.

Metí mi pañuelo en el grifo del bar y después me lavé la cara contemplándome en el espejo de enfrente, quitándome la capa de polvo y sangre que la cubría. Tenía unos rasguños a un lado de la cara y posiblemente al día siguiente tendría un ojo morado. La nariz se estaba empezando a hinchar, pero todavía no estaba demasiado mal y pensé que no la debía tener reta. Todavía podría pasar delante de la televisión sin dar miedo a nadie.

Así es que me metí en una cabina, eché la moneda, y cuando la operadora apareció en la moteada superficie de la pantalla, le ofrecí mi mejor sonrisa.

—Por favor, necesito que me ayude —le dije—. Quiero hablar con un hombre llamado Harris. ¿Sabe usted a quien me refiero?

Me miró escrutadoramente. Quizá me conociera y tal vez ya estaba enterada de lo de la trifulca del Ayuntamiento. Si lo sabía, debía saber lo que andaba buscando'.

Brilló entonces sobre la pantalla una mosca que había penetrado

conmigo en la cabina, que revoloteó sobre el rostro de la operadora. Levantamos simultáneamente la mano para espantarla, y los dos nos reímos.

—Veré lo que puedo hacer —me dijo—. Espere un segundo.

La pantalla relampagueó borrando la figura de la *joven* y después se presentó a mi vista un anuncio de los almacenes de ferretería «Andys», Apenas había terminado este anuncio y empezaba otro cuando sonó un timbre y oí una metálica voz que decía:

—De una sola visualidad solamente, señor. —Desapareció la escena de la pantalla y a través de su blanca superficie oí la voz de un hombre que decía con impaciencia—. ¿Qué desea?

—Tengo un mensaje para el señor Harris —contesté.

—Harris al habla. ¿De qué se trata?

Miré en silencio a la blanca pantalla. ¿Qué podía decir? ¿Que tenemos un amigo mutuo que se llama «Comus» y vive en el país de los sueños? Notaba sus invisibles ojos repasándome la cara y me estremecí. Parecía extraño mantenerse cara a cara con alguien que había dado el paso definitivo. El enemigo. Parecía la voz de un hombre ordinario, pero tras de él se erguían las dantescas sombras de los enemigos del «Comus», los hombres y mujeres que se habían decidido a vencer o morir. Podían estar equivocados, pero eran impresionantes.

Me decidí a hablar. Así es que dije:

—Acabo de tener una pequeña disputa con algunos de sus hombres. He pensado que quizá *usted* me pueda informar de lo que se tiene que hacer para conseguir un permiso en San Andreas.

Silencio. Después:

—¿Cómo supo mi nombre?

—Tuve que persuadir a uno de sus chicos —repliqué—. No fue fácil de convencer, a decir verdad. —Otro silencio. De pronto Harris se echó a reír.

—Muy bien. Estoy seguro que fue duro de pelar. Bien, de modo que usted quiere un permiso para una función teatral.

—Todavía no he mencionado la palabra función ni teatral, señor —repliqué mirando fijamente a la pantalla.

Harris rio otra vez.

—No era necesario. Le hemos estado vigilando y dudamos mucho de que saliera usted bien parado de allí. El hombre que le precedió tuvo peor suerte. Me satisface oír su voz... Rohan. Ese es su nombre, ¿verdad? Me gusta emplear gente como usted.

—Pare el carro —respondí—. Lo único que quiero es hacer una función teatral en San Andreas.

Harris soltó una carcajada.

—Claro, y usted necesita ese permiso. Bien, bien... tendremos que discutir su precio. Ya sabe usted que no se da nada por nada. Espere un minuto, Rohan. Ahora vuelvo.

Esperé. Me quedé mirando la procelosa superficie de la pantalla hasta

que empecé a ver puntitos negros flotando sobre mis ojos. Contemplé después el reflejo de mi rostro sobre ella. Al cabo de un momento abrí la puerta de la cabina y espanté la mosca. No quería salir. La voz de la pantalla me asustó.

—¿Rohan? ¿Puede usted estar dentro de quince minutos tras la Facultad de Medicina?

Contesté con bastante amargura:

—Si fuera por mí, iría, pero he tenido un pequeño tropiezo esta mañana. Usted debe estar enterado.

Rio complacido. Decidí que no me gustaba aquel individuo. Pensé que parecería menos complaciente cuando tuviera su pandilla tras él. Entonces dijo:

—Lo de esta mañana fue una pequeña prueba. No se preocupe ahora. Esta vez no tendrá ningún tropiezo. La Facultad de Medicina está a la otra parte de la plaza, enfrente de usted. Venga solo, Rohan. —Hizo una pausa. Después, al ver que yo no contestaba, prosiguió con calma—: ¿Irá? —Era una pregunta difícil.

Pensé que se trataba de una trampa. Una vez la hubiera pisado me iba a encontrar con más jaleo del que deseara. ¿Debía aceptar? Paul Cisney no salió airoso de la trampa. ¿Debía exponerme? Pero sabía que no me quedaba ya ninguna elección. Poco a poco, empujado por amenazas, las circunstancias y el tenue recuerdo de un sueño, me había metido demasiado dentro.

—Sí —contesté a la blanca pantalla—. Iré.

CAPÍTULO IX

Estuve viendo como el coche iba disminuyendo de tamaño ante mi vista y se perdía en las sombras de los árboles que bordeaban la carretera. Al parecer Guthrie conducía regularmente. Me dijo que se encontraba bien y que volvería a recogerme hacia el mediodía. Me dijo que no aprobaba nada de lo que iba a hacer, pero yo no le pedí su opinión. Me costó mucho trabajo desembarazarme de él. Ambos sabíamos que estaba en una trampa, una trampa del tamaño de California, sí, pero una trampa al fin y al cabo. Yo podía evitarla y no me quedaba otro remedio que continuar hacia delante.

En mi camino hacia la Facultad de Medicina me tropecé con dos pequeñas sorpresas. Una era un tablón de anuncios expuesto en la fachada del «Hotel de San Andreas». Me asusté al ver el grado de sublevación en que se encontraba la ciudad. Entre un anuncio de venta de ganados y otro de una escuela de niñas se veía una tarjeta firmada por el «Comité de Liberación» sobre la que escrita a mano se pedían urgentemente alimentos, municiones y artículos sanitarios, para, ayudar a las Guerrillas. Al pie de la tarjeta, en letras mayúsculas, se leía: EMPEZARON DE NUEVO LOS DISTURBIOS EN EL NORDESTE. NUESTROS HOMBRES LUCHAN POR TODOS. ¿CON QUE PUEDES CONTRIBUIR?

Y constaba también una nota de un tal «Mayor Andreas» (sin duda un pseudónimo) ordenando a los guerrilleros locales guardar cuidadosamente sus armas hasta que sonara la HORA. Alguien había escrito bajo esto: «El Mayor Andreas está loco de remate».

Me alejé de allí sonriendo al pensar en el último párrafo cuando a distancia me encontré con la segunda sorpresa. Se veían pocos peatones todavía, pero entre las cabezas vi una cabellera color trigo claro que caía en rizos a ambos lados de la cara de su dueña. No me pude asegurar, pero pensé que debía tratarse de Cressy. Sería muy raro que hubiera dos mujeres en la zona de San Andreas que hubieran optado por el mismo raro color de pelo, y que tuvieran los mismos rizos sobre la cara. Me dije que cuando pudiera le preguntaría sobre el motivo de su estancia en la ciudad. Cressy no tenía nada que hacer aquí.

La puerta trasera de la Facultad de Medicina estaba cerrada. Pulsé el timbre varias veces. Al cabo de un minuto oí el ruido de la cerradura y la voz impaciente de Harris que decía:

—Pase, pase —como si hubiera sido yo el que le hubiera tenido esperando.

Pasé al interior. Di tres pasos en la oscuridad y me paré indeciso al oír cerrarse la puerta a mis espaldas. La voz de Harris me dijo:

—Lamento que tenga que vendarle los ojos, Rohan. Sólo será un momento. —Noté una invisible mano que me tocaba la cara y me ponía algo

frío y áspero sobre los ojos—. Muy bien —dijo—. Vamos.

Me cogió de un brazo y me fue acompañando los pasos. Después de algunos tropiezos oí cerrarse una puerta metálica.

—Es un ascensor. Sujétese bien —me dijo—. Sentí

levantarse el suelo bajo mis pies y en seguida se detuvo tan bruscamente que me hizo vacilar. Oí nuevamente el ruido de la puerta.

—Vamos —dijo Harris.

A juzgar por el ruido de las sillas había varias personas en la habitación. Alguien tosió y otro carraspeó. Notaba sus ojos clavados en mí. Olía a desinfectante, a tabaco y a ropa limpia, y por encima de todo esto un perfume a esencia de flor.

Harris me dijo:

—Mire, aquí tiene una silla. Siéntese si lo desea. Tenemos que hacerle unas cuantas preguntas.

Alcancé la silla con la mano y me dejé caer en ella. Empezaba a sentir en el cuerpo las molestias de las contusiones y me sentí mejor sentado. Era muy extraño estar sentado en completa oscuridad, adivinando las miradas posadas encima de mí del «Comité de Liberación». Porque debía ser ellos, no cabía duda.

Harris empezó a hablar:

—Lo primero es comunicarle que nos alegramos de que se encuentre usted entre nosotros, Rohan. Pensamos que Cisney hubiera salido airoso de la prueba, pero no fue así. En cambio usted supo vencer a sus adversarios y encontrar a la persona interesada. Así es que hemos comprobado su dureza e inteligencia. Necesitamos a alguien como usted, una persona capacitada y que disponga de un permiso de libre circulación expedido por el «Comus» y una razón para viajar. Espero que esté dispuesto a trabajar para nosotros. Si no quiere trabajar por cuenta nuestra... —Una pausa— tendrá que quedarse con los brazos cruzados. El «Comus» sigue todavía controlando las carreteras, pero los Comités de Liberación controlan casi todo lo demás. Si no está dispuesto a cooperar, tenga en cuenta que no le queda posibilidad alguna de levantar el telón en ninguna parte del territorio de California.

—¿Cuál es su proposición? —pregunté cautamente.

—¿Es usted del «Comus» o de los nuestros? —inquirió Harris bruscamente.

Vacilé sólo un instante.

—Haré lo que sea con tal de tener mi teatro.

—¿Está usted dispuesto a cooperar con el Comité de Liberación? Piénseselo bien, Rohan. Podría traerle algún disgusto serio si le pescan los del «Comus» cuando se pongan las cartas boca arriba.

—Depende de lo que quiera que haga.

—Unos cuantos trabajitos. Todavía no lo hemos resuelto. —Su voz era astuta. Deseaba poder verle la cara—. Pero el que

necesitamos tiene que tener libre acceso por todas las carreteras. Antes de que entremos en detalles esperamos que conteste algunas preguntas sobre sí mismo, claras y concisas... —Titubeó.

Entonces contesté:

—No veo ningún problema en eso.

—...por medio de una chaqueta detectora de mentiras.

Me estremecí. Ya hemos llegado aquí, pensé. Yo mismo me metí dentro y no puedo retroceder. Pero no puedo seguir adelante. Entonces recordé que habían desaparecido patrullas completas del «Comus» como tragadas por las mismas montañas sobre las que habían sido arrojadas para limpiarlas de enemigos. Si daba mi conformidad, tendría que decir la verdad, y la verdad podría significar la destrucción de todos nosotros. Pero si me negaba tendría que enfrentarme con lo peor. En cualquiera de los dos casos, me tenían cogido.

No se oía una mosca. Esperaban.

—¿Y por qué no? —exclamé.

Percibí un suave suspiro y .el crujido de sillas desde tres lados de la habitación. Oí también ruido de pasos precipitados. Ahora ya sabían lo que tenían que hacer.

—Muy bien —pronunció una nueva voz. Era una voz de contralto, cálida y segura. ¿Una mujer? Me parecía que sí, pero no podía estar seguro—. Levántese, Rohan. Quítese la camisa, por favor. Muy bien. Ahora extienda los brazos.

Sentí resbalar por mis brazos las frías y ajustadas mangas del detector de mentiras y la presión de las almohadillas bajo las palmas de mis manos y del grueso cuello bajo mis orejas, en donde laten las arterias. Alguien me ajustó la correa sobre el pecho. Lo había visto hacer muchas veces sobre la pantalla. Me imaginaba los complicados mecanismos cerca de mí, y las temblorosas agujas de las esferas moviéndose para registrar con exactitud las presiones de sangre y sudor de mi organismo, que hablan más claro que las palabras.

Debían haber abierto una ventana, pues noté una corriente de aire. Se oyó un chasquido y después un zumbido continuó muy cerca de mí.

—Su nombre, por favor. —Era una voz de mujer.

—Howard Rohan.

—¿Edad?

—Treinta y cinco. —Se oyeron varias risas simultáneas—. De

acuerdo —dije—. Cuarenta.

—¿Sabe usted el nombre de esta ciudad? —Se lo dije, y también la fecha y el día de la semana. Continuaron haciéndome preguntas sin trascendencia, como comúnmente hacen para preparar la base de partida. Después...

—¿Dispone usted de un permiso de libre acceso por las carreteras del «Comus»?

—Sí.

—Pero aparte de eso, usted no tiene ninguna otra relación con el «Comus», ¿verdad?

Quedé indeciso un momento. No podía evitarlo. No me quedaba ninguna posibilidad de escape. No me dejaron ninguna salida desde que el autobús de los cosechadores fue detenido en la Estación de Control y un hombre uniformado de rojo me llamó. Todo lo que me sucedió a partir de aquel momento me fue llevando hasta esto. Y quizá todo lo que me sucedió desde que nací.

—No —contesté—. Están equivocados. Fui contratado para esta misión por Theodore Nye. El «Comus» escogió los artistas, escribió la obra y señaló el itinerario. —Me alegraba tremendamente el ir apilando unas pruebas sobre otras—. Hay un hombre secreto del «Comus» que figura entre el personal. Según tengo entendido, está en contacto directo con Nye. Todo esto es lo que sé.

Se estableció un silencio absoluto. No se oía nada. Parecía que todos habían dejado de respirar. Me sentía molesto, sentado allí en medio del silencio, como si estuviera completamente solo. No me importaba lo que pudiera sucederme, ni lo que le pasara a Guthrie o a los demás. Ya no me podían empujar más. Continué impasible, esperando.

La voz de contralto rompió el silencio.

—¿Por qué ha venido usted a California, Rohan? ¿Cuál es el propósito de Nye al mandarle con el teatro?

Sentía un zumbido en los oídos, que podía ser consecuencia del detector o de la velocidad de mi propia sangre. No sé lo que me esperaba en aquellos momentos. ¿Que me dispararan a boca de jarro? ¿Que me metieran en una vagoneta como al conejillo de Indias de Guthrie? Esperaba todo lo peor de aquella afrentosa calma.

—¿Es esto todo lo que piensa decir? —me oí yo mismo decir —. ¿Es que no piensa...?

—Responda a la pregunta, Rohan —dijo la voz de contralto.

—Repita la pregunta —contesté.

La repitió.

—¿El propósito de Nye? —repliqué—. No lo sé. Créame, lo ignoro. —Me puse a reír tímidamente, porque creía que así me creerían mejor. El suave temblor que sentía junto al codo atestiguaba la verdad—. Nye dijo que el teatro era una diversión, una parte de un vasto plan. Esto es todo cuanto sé.

—¿Mencionó el «Anti-Com»?

—Sí, pero no está relacionado con la Compañía.

—¿Qué le dijo sobre eso?

Medité. Los invisibles testigos que estaban junto a mí se mantenían en silencio.

—Una especie de mecanismo —repuse—, que es lo suficientemente potente para destruir al «Comus»... quizá. Yo no lo creo así. Se está tratando de montarlo rápidamente, pero todavía no están terminadas sus piezas y Ted Nye... —Titubeé, pero estaba conectado al detector de mentiras y se tiene que saber en este aspecto más que yo para poder sortearlo— se siente muy preocupado. Según mi parecer, si el presidente muere antes de que esté terminado, Nye gana. Si no es así, entonces quizá ganan ustedes. En fin, no lo sé. Es algo difícil de decir.. Les he dicho todo cuanto sé.

Silencio. Después la firme voz continuó:

—¿Está dispuesto a trabajar con nosotros y a mantener el más estricto silencio sobre todo cuanto oiga y vea?

Contesté midiendo mis palabras, asegurándome de que sentía lo que expresaban, pronunciándolas cuidadosamente. El detector de mentiras tenía que confirmar lo que decía.

—Sí, trabajaré con ustedes, siempre y cuando no interfiera mi propio cometido. Pero no soy espía y no actuaré como tal. Soy simplemente un artista y tendré la boca herméticamente cerrada mientras ustedes me ayuden en mi trabajo. Sobre esto, no me han permitido ninguna alternativa. No me exijan demasiado.

Silencio. Seguramente estaban todos estudiando el movimiento de las agujas. Poco después escuché la voz ce Harris...

—No está mal, Rohan. Ahora...

La voz de contralto se interpuso:

—Creo —dijo —que deberíamos quitarle la venda de los ojos.

Se oyó un murmullo como de protesta. La voz femenina fue firme:

—Creo que nos debe ver las caras. Tiene que saber que hemos depositado nuestra confianza en él. —Se estableció nuevamente el silencio. Me los imaginaba mirándose uno a otro, preguntándose calladamente sus opiniones. Entonces noté una fría mano que me quitaba la venda. Respiré profundamente y noté el olor a desinfectantes y a flores. Cuando abrí los ojos me encontré con el rostro de una mujer que estaba inclinada sobre mí, mirándome fijamente con sus negros ojos.

Vestía una bata blanca como de médico, pero ajustada estrechamente a

su cuerpo, marcando su femenina silueta espléndidamente. Su cutis era bronceado y su negra cabellera estaba peinada hacia atrás y recogida en bucles tan fuertemente unidos entre sí que parecían tirar de la piel de la cara y hacer que sus negros ojos se vieran muy rasgados.

Me había hablado con mucha calma y firmeza de voz. Pero la mirada de aquellos ojos negros era intranquilizadora y juzgué oportuno desviar mi vista. No quería continuar controlado.

Harris era un hombre de ancha cara, que usaba unas gafas redondas. Había un individuo sentado a su lado de rostro aquilino, que vestía un viejo suéter marrón. Otros dos sujetos de vulgares características componían el Comité de Liberación. Les miré desalentado. No sé qué es lo que me había figurado. ¿Bandidos de crueles semblantes? Facinerosos con polainas y fusiles de chispa? Sin embargo, ni yo mismo tenía facha de rebelde, pues desde entonces, suponía, yo era ya tan revolucionario como ellos. ¿Lo era? Pues no estaba seguro.

Miré la transparente chaqueta detectora y me sorprendí al ver en mi piel tantos hematomas y contusiones. Después desvié la vista hacia la mesita qué estaba a mi lado y contemplé la gran cantidad de esferas y sus temblorosas agujas. Algo de esto me llamó la atención. Me recordó algún detalle borroso. Alcé la vista y la posé en el rostro de la mujer. Sí, me recordaba algo.

—¿Quién es usted? —le pregunté.

—Es la doctora Elaine Thomas —intervino Harris—. Ya sabe quién soy yo. Estos señores son…— Me dijo también sus nombres, pero los olvidé en seguida. Seguía observando a la joven. Muy borrosas, muy borrosas, pero me parecía ver letras de fuegos girando sobre un abismo.

—Conozco a alguien que se parece muchísimo a usted —le dije—. Es un médico de la sección pantalla- psíquica del «Comus» en Nueva York. Hace un par de días que me trató profesionalmente. ¿Tiene alguna relación con usted?

La joven me miró nerviosamente.

—Mi hermano —dijo secamente. Noté algo de estupor entre los asistentes, como si yo hubiera dicho alguna tontería. Como si quisiera cambiar de conversación, la joven espetó —: Queremos que sepa que puede confiar en nosotros. Ya conoce usted nuestros-' nombres y nuestras casas. Ahora *podría* traicionarnos.

Hice un gesto negativo con la cabeza.

—No, ni ahora ni nunca. ¿Qué es lo que quieren que haga?

Harris aclaró su garganta.

—Le buscaremos una o dos misiones para ver cómo responde. Para empezar, ¿sabe manejar un «Hedgehopper»?

—Sí —repuse—. Pero...

—Nos ocuparemos de los detalles para que usted se apodere de uno de ellos cuando llegue la próxima patrulla —dijo tranquilamente Harris—. Después de que haya robado al «Comus» sabremos que es usted de confianza.

Lancé un profundo suspiro y lo vi reflejar en la esfera.

—¿Es esto todo?

—¡Oh, no! —repuso instantáneamente Harris—. Esto es sólo su prueba.

—¿Pero me darán mi permiso de apertura?

Harris asintió mirándome pensativamente. Después continuó en todo convencido.

—Naturalmente, nos dimos cuenta de que en este asunto de su teatro había gato encerrado. Creímos desde el principio que se trataba de alguna clase de estratagema del «Comus». Lo que precisamos saber es de qué clase de estratagema se trata y cómo funciona. Por ejemplo, ¿le parece normal que lleven como guardarropía del teatro un coche tan grande?

Pensé en ello.

—Bien, no, no es normal. Me parece que no.

—¿Ha visto alguna vez el interior del coche?

—No —repliqué.

El hombre del suéter marrón dijo entonces.

—Me gustaría echarle un vistazo. Creo que a menos que esté muy oculto, podría encontrar algo interesante. Tendremos que estudiar algo antes de que empiece su función. —Me miró cara a cara frunciendo algo el entrecejo, y continuó—: Vaciló usted cuando le hicimos una pregunta hace un rato, Rohan. Antes de que le quitemos la chaqueta, ¿nos puede prometer que no actuará contra nosotros ni dirá nada de lo que ha visto u oído? Sin vacilaciones. ¿Sí o no?

Le miré también cara a cara, con el ceño fruncido.

—¿Qué sé yo lo que va a pasar después de esta gira teatral? —le pregunté—. ¿Qué voy a hacer si se apoderan de mí los de un «Prowler» y me hacen preguntas con otro detector de mentiras? Recuerde que nada de esto ha sido inventado por mí. Ustedes me cogieron y me trataron a su gusto. Sus propósitos no son los míos. ¿O es que quieren que muera por ustedes como un mártir?

Mirándome fijamente, contestó en tono suave:

—Los hombres, dan su palabra, Rohan, y aunque no siempre estén de acuerdo con la causa que la motiva, aquilatan el valor de la misma. Esto lo hacen algunos hombres, Rohan.

—Pero yo no.

Miró las vibrantes esferas.

—Todo lo que queremos —prosiguió —es conseguir nuevamente el libre sufragio, y elegir libremente nuestro propio Gobierno. ¿No le parece esto precioso?

Me encogí de hombros bajo la fría y suave chaqueta.

—Usted es Jeffersoniano. En mi tierra, los pensadores más modernos se alinean con Hamilton. Es tan buen americano como el otro, y mucho más realista. Creía en un presidente y un Congreso vitalicios, como los que

actualmente tenemos. Creo que *no* me preocupa demasiado el tener un Gobierno representativo, señor. Según mi opinión, el que vale, sube a la cumbre. El resto... bien, no pueden valer mucho, bajo ningún sistema. Estos son mis pensamientos, y ahora ya los conoce. —Estudié las inmóviles agujas —. Usted quería la verdad, pues ya la tiene. Ya sabe lo que puedo y no puedo hacer por usted. Mentiría si pudiera. Tengo que conseguir pleno éxito para mi trabajo y hasta que lo consiga, soy su hombre. Después seré de nuevo dueño de mis actos.

Después de mis palabras, nadie habló durante un momento. Al fin rompió Harris el silencio:

—Bien, usted se apodera del aparato por cuenta nuestra y ya sabremos que es de los nuestros. Hasta cierto punto, naturalmente. Ya le avisaremos cuando esté todo dispuesto. Entre tanto, puede seguir adelante con su teatro.

Les miré cara a cara, a todos.

—Estoy dispuesto. No comprendo lo que aquí se está preparando, pero creo que hay algo más de lo que parece a simple vista. Hay mucho que se me oculta. ¿Alguien quiere preguntarme alguna cosa? —Nadie replicó. Suspiré —. De acuerdo. Hoy es martes. El sábado por la noche empezamos la función en la esquina de la calle Principal con la plaza. ¿Pueden ya quitarme esta chaqueta? Tengo mucho que hacer entre hoy y el sábado.

CAPÍTULO X

Me senté en la barandilla al lado de la espaciosa *y* negra carretera, entreteniéndome mirando los camiones que pasaban, matando el tiempo mientras esperaba a Guthrie. Excepto cuando pasaban, todo estaba muy tranquilo. El viento me traía la suave fragancia de los campos y en el azulado cielo el sol apuntaba ya casi a mediodía. Contemplándolo advertí con sorpresa que revoloteaba una gaviota por la parte del Este y después recordé que el Océano estaba justamente detrás de las montañas que se veían hacia aquel punto.

Empecé a mascar un trozo de mostaza silvestre¡ gustándome su picante sabor, y empecé a figurarme qué es lo que ocurriría con Howard Rohan. Pensé en la inquisitiva mirada de la joven doctora y en su esbelta silueta. Pensé en Cressy. En la última media hora, y de modo imperceptible, el mundo se había vuelto otra vez real para mí. La luz del sol era luminosa, no indiscreta. Yo y el día y el mundo estábamos vivos. La opresión que sentía no había hecho más que retirarse, esperando. Volvería. Y ahora que mi mente no estaba ocupada, sentí la necesidad del alcohol, una necesidad física y un anhelo para el descanso espiritual que sólo la indiferencia puede conceder. Pero por ahora el mundo era real y yo me sentía más que desalentado.

¿Y qué hay de Howard Rohan? ¿Y qué del sueño que era muy difícil que hubiera sido un sueño? ¿ Y los rebeldes... qué es lo que iba a hacer con ellos? Podría continuar 1a, comedia. Quizá informara a Ted Nye cuando hubiera descubierto bastante. Algo me decía que no le notificara nada hasta que tuviera la suficiente información ,para contrapesar la que yo les había regalado. Había una línea trazada a tiza qüe tenía que tener mucho cuidado en no traspasar hacia ningún lado. ¿Habría estropeado la operación del proyecto teatral en California, por haber hablado demasiado? Lo dudaba. Nadie se había mostrado demasiado sorprendido por mis noticias. Pensé mucho sobre esto, pero no pude encontrar una solución clara.

Pensé en el «Comus», vasto y rígido, pensé en su potencia que se notaba a mis pies con sus poderosas líneas de energía que unían estrechamente la nación. Era curioso pensar que a mi alrededor, en las montañas, quizá vigilándome desde los matorrales, había gente que había empuñado las armas por primera vez desde hacía casi una generación. Gente que tenía que estar preparada para que cuando llegara el momento empuñaran sus armas y se tiznaran el rostro de negro, y se dispusieran a afrontar lo que se presentara. Parecía salvaje e irreal, pero en cierto modo romántico como en una película. Bajo el «Comus» la vida no es como aquí. La gente muere de vieja, de enfermedad o por accidente, pero no en lucha.

Al pensar en todo esto sentí un estremecimiento pero, sin embargo, me gustaba. El mundo tenía unos colores más claros, una fragancia más dulce y

era todo más bello. El aire parecía cargado de amenaza, pero me gustaba la novedad.

Me pregunté... ¡Oh, al diablo con las preguntas! *Deja de pensar, Rohan.* Miré hacia la inmensa profundidad del cielo. Mi mente empezó a recorrer su infinito espacio y después fue volviendo hacia atrás, como siempre hacia Miranda, hacia el inquieto espíritu que nunca me dejaría porque de cualquier forma fue culpa mía el que muriera. Por lo que había hecho o lo que no había hecho y nunca sabría. Pensé mucho, mucho... *Miranda, dondequiera que estés... Si estás...*

El inmenso cielo y la dulce brisa y la memoria de Miranda. Mi mente se paseaba por el firmamento meciéndose como la blanca gaviota que podía ver el Océano desde lo alto. Lentamente mis pensamientos me llevaron a hacer planes para mi teatro. Ensayos. El profundo silencio de los pinos. El rostro de Cressy Kellog. De vez en cuando pasaba un vehículo con el consiguiente estrépito. Algunas veces sus conductores me saludaban. A veces correspondía a sus saludos.

Guthrie llegó tarde. Al parecer había ocurrido algo en la carretera. Había volcado uno de los gigantescos camiones de transporte con una considerable carga de lechugas y se prendió fuego. Los artistas de mi Compañía tuvieron que ir corriendo al lugar del accidente y auxiliar al conductor a salir de la cabina, lo que pudieron hacer antes de que explotase. Gran emoción.

—Quizá nos den publicidad en algún diario local —dije mientras me colocaba en el asiento, procurando no rozar el lado en que tenía más contusiones. La doctora me había rociado con un bactericida y me había dado algunas píldoras contra, el dolor, pero todavía notaba que había sostenido una batalla.

—Vamos a empezar el sábado a trabajar en San Andreas —le dije a Guthrie. Me miró fijamente.

—Ya, ¿pero cómo lo ha conseguido?

—Pues hablando cuatro palabras con las personas apropiadas. Su amigo Cisney no se fue a ver a quien tenía que ver.

—Probablemente el señor Nye querrá un informe explicándole la forma en que lo consiguió —dijo—. Después añadió como si le costara decirlo—: Buen trabajo, señor Rohan.

Incliné ligeramente la cabeza.

—Una cosa. Creo que hoy vi a esa muchacha en la ciudad. Me refiero a Cressy. ¿Qué sabe usted de ella?

—¿Por qué?

—No tiene importancia. Solamente me preguntaba cómo es que se pasea por la ciudad mientras se la supone en el campamento ensayando su papel.

Guthrie me miró y empezó a hablar, pero se detuvo. Después, y en un tono de voz bastante extraño, exclamó :

—Es una muchacha muy simpática, señor Rohan, muy simpática. Todos la apreciamos.

—Me alegro de que sea así —repuse—. Pero...

—Si estaba en la ciudad es porque tendría sus buenas razones —cortó Guthrie, empleando su extraño tono—. Es una muchacha muy simpática, y espero que usted no... —Se calló. Le miré y empecé a reír.

—Las chicas simpáticas están perfectamente seguras alrededor de Rohan —contesté—. ¿Qué es lo que se cree? ¿Cree que me tomo el *droit du seigneur* con mi gente?

—¿Qué? —preguntó.

Volví a reír, sonrojándome un poco y dirigí la vista al frente.

—Es una chica muy simpática —repitió obstinadamente, como sí yo lo hubiera dudado.

El destrozado monstruo yacía atravesado sobre dos pistas de la carretera, justamente a la altura de nuestro campamento. Todavía humeaba. Había lechugas esparcidas por doquier y dos camionetas iban siendo cargadas con las que se podían salvar. Los hombres que se dedicaban a esta faena parecían estar de mal humor. Quería preguntar si es que se trataba de sabotaje de los rebeldes, pero no parecían ser demasiado comunicativos y tampoco me preocupaba mucho el saberlo.

Roy Copley estaba sentado en una de las mesas con su guion de actor a la vista. Al pasar cerca de él levantó la cabeza y me miró de mal talante, haciendo ostentación de su mano herida. Le contesté con una mirada similar. No era un tipo de mi agrado, pero no iba mal para los papeles juveniles. Tenía ese aspecto especial que da la ilusión de juventud durante mucho tiempo. Quizá tuviera también esa clase de personalidad. Su fisonomía y su forma de moverse daban la sensación de que no aceptaría nunca la responsabilidad de hacerse mayor.

Polly estaba inclinada al lado de la fuente lavando una lechuga de las que habían podido salvarse. Agitó el agua con violencia y me salpicó, al parecer sin que le doliera demasiado. A la luz grisácea de la sombra denlos pinos, parecía macilenta. Se me ocurrió que Roy quizá no fuera tanto más joven que su esposa como me había imaginado. Pudiera ser que ella se hubiera envejecido más que él.

—Tiene un aspecto terrible —me dijo con satisfacción.

—Me encuentro estupendamente —repliqué—. Ya está todo arreglado en San Andreas. Empezamos el sábado.

—¿Y cómo lo sabemos? —Parecía que buscaba camorra—. No le veo a usted capaz de haberlo conseguido.

—¡Pero por Dios! ¿ Qué iba a ganar con mentir? Tenemos que hacer en tres días el trabajo de casi tres semanas, así es que vamos a empezar a ensayar dentro de media hora. ¿Dónde está Cressy?

Polly señaló hacia el río.

—Está bañándose.

Mientras me encaminaba a través del claro hacia el camino del río, Guthrie me observó con preocupación, pero no dijo nada. Empecé a descender por la colina con el ánimo resuelto. Desde ayer había cambiado mucho. Desde esta mañana. No podía decir cómo había cambiado, pero notaba el cambio que se había efectuado en mi interior. Quería probar mis propias reacciones. Deseaba mirar directamente a los ojos de Cressy. Deseaba hablarle. Quizá era que empezaba a sentir que era posible exorcizar a los fantasmas.

Me di cuenta que iba silbando mientras bajaba la colina con dirección al río. *Quizá ahora las nubes de... triste partida... Hermosa soñadora, despierta dentro de mí.*

En el suelo vi huellas recientes de ciervos y al levantar la cabeza vi a una zorra que se detenía y me miraba asombraba y después corrió velozmente a ocultarse en la frondosidad del bosque. Oí después a lo lejos su peculiar tauteo. Como un rebelde que desafía al «Comus», pensé. O quizá no. Eso dependía del «Anti-Com».

Escuché chapotear el agua y a través de los árboles vi un recodo del río. Llamé:

—¿Cressy? —y oí inmediatamente su voz que respondía:

—Aquí estoy.

Salí de la espesura y caminé sobre la pedregosa ribera. En las sombras, el agua tenía un color verdoso y toda su superficie ondulaba nerviosamente. Metida en el agua hasta los hombros estaba Cressy. Su brillante cabellera estaba sujeta por encima de su cabeza y parecía que no tuviera cuerpo debajo de la oscura superficie. Sólo se veía sobre el agua el reflejo invertido de su cabeza y hombros, como la reina de una carta de juego.

Me presenté frente a ella. Una copia pálida de Miranda, me dije. Una mujer con una vida por delante, con sus propios problemas que resolver, de carne y hueso vivos. No me preocupaba. Era sólo material crudo que tenía que moldear para que fuera efectivo cuando llegara la ocasión. La podía mirar sin sentir demasiado dolor. Si se la miraba bien, no se parecía tanto a Miranda.

—¿Qué es lo que hacía usted hoy por la ciudad? —le pregunté lisamente.

Empezó a decir:

—¿Es qué no es asunto mío?

—¡Conteste de una vez! —exclamé—. ¿Por qué estuvo allí?

Se sonrojó algo y se movió nerviosamente en el agua rompiendo con ello su invertida imagen de la superficie. Con cierto tono de ofendida, contestó:

—Mi actual trabajo significaba mucho para mí, señor Rohan. Significa mucho para todos. No queremos que nos linchen, pero tampoco queremos abandonarlo, a menos que nos veamos precisados a hacerlo. Desde que llegamos aquí me he creado algunas amistades y quise hacer algunas indagaciones por mi cuenta.

—¿Es que creyó que yo no podría resolverlo?

—Paul Cisney falló en el intento. ¿Cómo podía saberlo?

—¿Y por qué no consiguió por sí misma el permiso? —le pregunté—. Parece que no teme ir a San Andreas y creía que estaban ustedes tan asustados que querían separarse. Esto no se comprende.

Se encogió de hombros y su reflejo tembló sobre el agua.

—Política —replicó—. Rebeldes políticos, ahí es donde está el problema. Oí que usted lo comprobó esta mañana y que salió airoso del paso. No hago preguntas. Sólo sé que era un problema entre usted y los grandes de la ciudad, no mío. Esto ha quedado bien aclarado.

—¿Por quién?

Me dedicó una efímera sonrisa.

—Por algunos de mis amigos. Me gusta pasear. He tenido un par de entrevistas con un conductor del «Comus». Comimos en un restaurante. Me fui al baile con un ranchero de San Andreas el mismo que me invitó a comer. Bueno, le diré que me gusta mucho oír hablar y me entero de todo lo que pasa. Mientras los muchachos de la ciudad me conozcan, estoy a salvo, pero aparecer en el escenario sin el debido permiso, eso ya sería otra cosa. De verdad que estábamos asustados. Teníamos derecho a estarlo.

—¿Y continúa asustada?

—Ya sé que se puso en contacto con las personas interesadas. Ahora ya no hay problema.

—Le agradecería que se lo dijera a Polly —contesté—. Ella no confía en mi palabra.

—Polly... —repitió pensativamente.

Entonces recordé algo. De un puntapié metí dentro del agua un guijarro de la orilla y la miré con gesto huraño.

—No quiero que entre mi personal existan discrepancias. Supongamos que se aparta de Roy Copley. ¿Comprendido?

Me miró aturdida.

—Lo digo en serio. —recalqué—. Usted podría significar la manzana de la discordia entre el personal, y yo no quiero que haya riñas. No quiero que algún día Polly la sorprenda con Roy y le eche café hirviendo a la cara. Hasta el mismo Guthrie está preocupado porque piensa que yo le voy a hacer el amor. No quiero que pierda inútilmente el tiempo creyendo que la va a salvar de la corrupción. Con que usted se preocupe sólo de sus conductores de camiones y rancheros, está todo solucionado.

Me miró entonces a los ojos con un rápido destello de ironía.

—Lo haremos todo bien. Somos actores bastante buenos y puede que le sorprenda nuestro trabajo.

La observé atentamente.

—¿Qué hacía antes? ¿De dónde procede?

—De la zona de Chicago. He trabajado mucho en las tablas y esto es todo. Seguramente que usted sabe que es difícil pasar de cierto punto. Lo que ahora trato de conseguir es una autorización para trabajar en Hollywood, pues

sin ese requisito no me es posible salir del montón. He desempeñado dos importantes papeles, pero no he tenido suerte y no la he podido conseguir. -— Me sonrió—. Pero cuando el «Comus» me ofreció este trabajo les pedí que a cambio me concedieran dicha autorización y me la prometieron. Si es que terminamos nuestra gira.

La terminaremos —contesté automáticamente—. Me concedió una mirada de sumisión, la mirada del oportunista. Casi podía ver pasar por su imaginación la idea- de que yo había sido un gran hombre y que fácilmente podía recuperar mi anterior posición. Estaría satisfecha de trabajar a mis órdenes y me seguiría hasta donde yo quisiera mientras ello le representara los escalones hacia la cumbre. Yo sabía lo que significaba la frase «Quiero ser artista». La miré fijamente.

— Cressy, quiero hacerle una pregunta. ¿Lleva puesto el bañador?

Me miró seriamente, pero casi inmediatamente adiviné en su mirar un fugaz reflejo de ironía. Movió negativamente la cabeza.

—Ya me lo pensaba —contesté—, quedándome abstraído contemplando su rostro y sus húmedos y bien moldeados hombros. El murmullo del agua y el silencio del bosque hicieron que la mitad de mi mente se sintiera feliz mientras la admiraba. Pero la otra mitad no me pertenecía. ¿Y cómo podía pensar en Cressy ni en ninguna otra mientras sintiera que Miranda estaba siempre junto a mí?

Después de un prolongado silencio. Cressy exclamó:

—¿Y bien?

Sacudí la cabeza.

—Vamos a empezar a ensayar dentro de unos veinte minutos. Hay mucho trabajo por delante. Debe salir de ahí cuanto antes. La esperamos. —Dichas estas palabras me alejé del río.

CAPÍTULO XI

Mientras preparábamos nuestro escenario el sol se iba ocultando tras las elevadas copas de los pinos. Valiéndonos de la espesa capa de resecas y polvorientas hojas de pino que alfombraba el suelo, formamos como una especie de calle. Guthrie tomó medidas de los bancos en los que debía sentarse nuestro público. Limpiamos de pinochas las zonas que representaban las aceras de la calle y señalamos con ramas muertas las puertas y ventanas próximas. Y este era nuestro escenario.

Hubiera deseado otra clase de ensayo. Todos sentados leyendo tranquilamente nuestros guiones, discutiendo las situaciones y las caracterizaciones. Hubiera deseado muchas más cosas, incluyendo en primer lugar mucho más tiempo. Aun cuando todos habíamos aprendido nuestros papeles durante la noche, mediante los magnetofones, todavía quedaba por hacer lo más arduo de nuestro trabajo, y el tiempo de que disponíamos era terriblemente corto.

Los artistas no me convencían, pero no me preocupé demasiado. Me puse a trabajar con ahínco, olvidándome de todo lo que no fuera mi trabajo. Me olvidé del tiempo que nos quedaba, de las ganas que tenía de beber y de lo que me había comprometido con los rebeldes. Nada excepto mi trabajo de director me importaba en aquellos momentos.

Nos pusimos a ensayar con demasiada rapidez y cada uno representaba su papel tal cómo le parecía. Pronto nos tropezamos con el conflicto de diferencias de pareceres y nos dimos cuenta de lo mal que estaba todo. Al primer ensayo, siempre se tropieza con dificultades, pero éste era seguramente de los peores. En cierto momento nos encontramos todos apilados en una esquina del escenario, sin saber por dónde salir. Era desesperante y no creí que hubiera hombre capaz de formar de aquella barahúnda una función teatral.

Tal como habíamos preparado nuestro escenario, para conformarlo con el lugar que teníamos destinado, resultaba que los bancos del público estaban frente y a la espalda del mismo, y los otros dos lados representaban los edificios que se alineaban a ambos lados de la calle. El tener que trabajar con el público en dos lados representaba para nosotros un trabajo mucho más complicado que el que debería ser. En un escenario normal se actúa de cara al público, pero en un escenario como el nuestro, ¿cómo se puede trabajar para dar la cara a ambos lados? Lo más que se puede hacer es estar en continuo movimiento.

Cuando pudimos terminar la última escena, dije desalentado:

—Bueno, descansen diez minutos. —Me fui a ver a Guthrie que fumaba su pipa al lado del fuego.

— ¿Hay alguna razón que nos impida alquilar un salón y arreglar esto? Ninguno de nosotros está acostumbrado a trabajar en círculo y aunque

dispusiéramos de tiempo suficiente, todavía...

—Lo siento, señor Rohan. Órdenes son órdenes.

—¿Y de dónde va a sacar los bancos?

Guthrie señaló hacia su camión.

—De allí. Tengo allí más de los que vamos a necesitar probablemente.

—¿De allí? —pregunté incrédulamente—. No lo puedo creer.

—Vamos y convénzase. —Creo que se sentía orgulloso de la forma en que el «Comus» los había colocado. Se levantó con dificultad (entonces recordé que también había recibido en San Andreas una buena paliza, y me sentí algo responsable) y abrió la puerta trasera del camión.

Parecía como si nos hubiéramos metido en el vientre de una ballena. Estaba lleno de cables y cuerdas convenientemente enrolladas, de barras de acero y bancos, todo muy bien colocado aprovechando el más pequeño espacio. En medio de todo esta había un espacio de unos tres pies de ancho por unos seis de largo y a uno de los lados se veía un banco y un cuadro de mandos y al final una pantalla de televisión con muchos dispositivos modernos de control a sus lados. Se me ocurrió que podía hablar con Nye directamente desde aquí con sólo manejar correctamente los botones correspondientes.

También se me ocurrió que si había algún propósito oculto sobre nuestra gira por California, algunas de las respuestas que lo aclararan debían estar seguramente en aquellos momentos bajo mis propias narices. Cualquiera que estuviera en la posición de pie como yo estaba y se inclinara hacia delante así. Me eché hacia delante y algo que estaba enganchado en el quicio de la puerta me tocó la cara. Lo aparté distraídamente y me encontré con que tenía entre los dedos una hilacha de lana marrón. Guthrie me miró desconfiadamente por encima de su hombro.

—¿Qué es eso?

—Nada —repliqué—. Una hoja. ¿Se alcanza Nueva York con este aparato?

Pero no escuché su respuesta. Me había metido en el bolsillo la hilacha de lana sin siquiera pensarlo. El instinto fue más rápido que la razón. Pero la razón lo comprendió rápidamente. Hoy había visto lana color marrón ¿en dónde? Un suéter con una manga estropeada sobre uno de los hombres de la Facultad de Medicina, uno de los que controlaban las esferas del detector de mentiras mientras mis verdades y mentiras se iban registrando en las mismos mediante las movibles agujas. Sí, el hombre que había hablado de libertad de palabra y de filosofía política Jeffersionana. Por lo tanto alguien se había apoyado aquí y había repasado el interior y probablemente averiguado mucho más de lo que yo pude. ¿Cuándo? Después de mi entrevista, mientras estaba apoyado en la barandilla de la carretera contemplando como el sol se movía hacia poniente.

De súbito comprendí porqué había volcado el camión de lechugas y se había incendiado precisamente en aquel lugar y a aquella hora. Vi ante mis

ojos el planteamiento completo y ejecución del plan que había logrado apartar a Guthrie de su camión el tiempo suficiente para que un experto repasase meticulosamente su carga y descubriera sus secretos. Eran unos rebeldes rápidos. Muy rápidos y de pensamiento flexible.

Naturalmente, podría estar equivocado. Era sacarle demasiado jugo a una simple hilacha de lana marrón. Pero sabía que no lo estaba, y que ahora habían va aprendido todo lo que podían saber sobre el vientre metálico de una ballena. Quizá cuando estuvieran satisfechos me permitirían conocer el secreto.

—Ya ve usted, señor Rohan —decía Guthrie—, tenemos aquí dentro un almacén completo. Y tenemos buenas razones para todo cuanto hagamos durante la gira.

—Muy bien —contesté—. Tendremos que continuar trabajando de esa forma. —Nos encaminamos hacia el escenario.

Silbé y todos se reunieron alrededor del fuego.

—Vamos a tener que hablar muy en serio sobre la obra y cuando hayamos terminado nos iremos a cenar. Pero tengan muy en cuenta que después nos vamos a poner a ensayar hasta que caigamos extenuados. ¿De acuerdo? Siéntense, pues, y ahora les voy...

Les participé mi opinión sobre la obra y les pedí después su parecer y ellos hicieron sus comentarios y yo les aclaré los diversos puntos en los que encontraban dificultades. Eran buenos actores, todos, y les vi suficiente experiencia para realizar sus cometidos con éxito durante la función del cercano sábado.

Parecía que estábamos todos muy bien avenidos cuando rompimos filas para cenar. Pero en el mismo momento de terminar se estableció de nuevo la anterior frialdad. Todos se fueron alrededor del fuego, interesándose por la cena y volviéndome la espalda. Todos me la volvieron. Me senté solo y cené, pensando en la obra y tomando apuntes.

Cuando nos reunimos de nuevo era ya de noche y el fuego chisporroteaba lanzando miles de chispas rojas y amarillas. El aire olía a humo de leña y a pino. El resplandor del fuego permitía ver los troncos de los pinos elevarse orgullosos hacia las alturas y sus copas mecerse silenciosamente al impulso de la brisa. Más arriba de sus enormes copas, brillaban las estrellas. Una de ellas centelleaba en una rápida sucesión de colores rojo, azul y blanco. Podía ver una parte de la Vía Láctea, de la que ya casi me había olvidado que estuviera en el firmamento. Miré otra vez a la centelleante estrella. Rojo, blanco, azul. La estrella de los rebeldes, pensé. Y después, con una risa silenciosa, Charlie Starr.

Guthrie colocó un farol encendido por encima del escenario, sujetándolo a la rama de un árbol. Nos pusimos a ensayar bajo aquella luz que se mecía silenciosamente a nuestro alrededor al compás del viento.

Ya nos íbamos empezando a acostumbrar a actuar de acuerdo con la especial disposición de nuestro escenario y ya no tropezábamos tanto. Se

trabajaba con el guion en la mano, aunque excepto yo, todos se sabían de memoria sus papeles y yo me lo estaba aprendiendo rápidamente.

Hicimos otro alto. La estrella de los rebeldes había descendido perceptiblemente y mis contusiones y arañazos se me hacían bastante molestos. Guthrie me prestó un suéter. Llamé a ensayo a mis artistas.

—Muy bien, vamos a empezar desde el principio. A escena para la once. Eileen, Pod, ¿preparados?

Once significa acto primero, escena primera. Eileen Henken dejó su taza de café y se fue corriendo a su puesto, colocándose entre dos ramas que serían, esperábamos, un hotel, cuando trabajáramos en San Andreas. Pod la siguió sin darse mucha prisa y se sentó en lo que sería el borde de una acera empezando a hacer con las manos como si cortara madera con un cuchillo.

—¡Papá! —exclamó en voz alta y clara Eileen—. Papá, ¿me oyes? Creo que habiendo esta noche en la ciudad tanta gente deberías dedicarte a algo mejor que entretenerte cortando madera.

—Ya te oí, mamá. —Pod continuó impertérrito entreteniéndose con el cuchillo—. Si esta noche estuviera en... —Se detuvo, mirándome indeciso.

—En el «Irish Rose» —supliqué.

—...el «Irish Rose», me gritarías aún más fuerte —prosiguió y después llenó el hueco de la pausa destinada a recoger las seguras carcajadas de la gente contemplando con exagerada curiosidad el invisible cuchillo.

Y así por el estilo.

Era una comedia bastante aceptable cuya acción se desarrollaba en una calle del corazón de cualquier ciudad. Ocurría todo durante unas cuantas horas de una noche, y se refería a los problemas del momento. Pero no aparecía la política en ninguna escena; al menos no se notaba.

Creo que cuando terminara la función habría mucha gente que se marcharía a su casa convencida que lo que habían presenciado había ocurrido en realidad. Creerían que cualquier joven de la ciudad, a la que no pudieron reconocer, se había citado realmente con un conquistador local yo, y a causa de ello se había visto en un serio compromiso con su novio y su familia. En el último acto se presentaba Polly representando un cómico papel de policía del «Comus» y a continuación Roy y yo nos enzarzábamos en una pelea. Todo terminaba felizmente después de una hora de función.

Las escenas se sucedían sin interrupción, y aunque la obra había sido repartida en actos y escenas, tenía que desarrollarse como una, función Isabelina. Naturalmente, no disponíamos de telón y por consiguiente no podíamos oscurecer el escenario, pero el argumento había tenido en cuenta este inconveniente, aprovechándolo a su favor. La intención del autor fue que pareciera a la vista del público que todo se desarrollaba espontáneamente ante sus ojos, logrando con ello un fuerte efecto psicológico.

Después de un par de ensayos se aprenden muchas. cosas sobre la gente. A primera vista me pareció que formaban un grupo unido, cerrado, y sentí cierta envidia por su compenetración. Debería haberme fijado mejor. No

hay compañía teatral que no tenga sus conflictos internos.

Por ejemplo, no me había dado cuenta de lo mucho que Roy Copley dependía de su esposa hasta que lo puse a trabajar en sus primeras escenas. Tenía mucho encanto juvenil y sabía emplearlo con acierto, pero lo que irradiaba de su rostro era la tranquilidad y despreocupación de un hombre que en su vida ha tomado una sola decisión. Polly le sacaba de todos los apuros y el resultado era el curioso efecto de un hombre que nunca parecía estar realmente presente. Sus reflejos eran rápidos e interpretaba correctamente su papel. Pero yo nunca tenía la sensación de que estuviera frente a mí.

Eileen Henken era sorprendente. Cuando trabajaba compartiendo la escena con otro se mostraba hostil hacia su compañero. Pronto lo averigüé. Le importaba un comino la función y todos sus compañeros. Lo único que pretendía era atraer hacia ella la atención del público. Fuera de la escena, era dulce y melancólica, una dama completa, pero en cuanto pisaba un escenario, un demonio.

Guthrie tenía en las manos el libro del apuntador y parecía que dedicaba especial atención a la duración de algunas líneas, anotando el segundo exacto de un diálogo cada vez que aparecíamos en escena. Pensé en preguntarle la causa de ello, pero creí mejor no hacerlo. Sabía que no me resolvería nada. Hasta entonces no habíamos tenido ninguna discusión sería. A la vista de todos, Guthrie era una especie de ciudadano de segunda clase de la compañía, lo que él mismo se complacía deliberadamente en demostrar. Si me desafiaba en alguna ocasión, los demás se extrañarían.

Me entretuve mirando la actuación de Cressy. Estaba entonces contemplando uno de los pinos, repasándolo con mirada de reproche de arriba abajo y viceversa y diciendo:

—No hace aún diez minutos que me fui y ya me estás gritando como si fueras mi dueño y señor. —Hizo una pausa como si estuviera escuchando lo que acababa de decir y luego, dando un paso atrás, empezó de nuevo —: No hace aún *diez minutos* —Después probó —No hace aún diez minutos que me *fui* —Dio unas palmaditas al tronco, a la altura del hombro, con mucha delicadeza, y se miró, el pie que había adelantado, como si se sintiera avergonzada de repente.

Era una buena artista. Tenía ingenio e imaginación y aquella personalidad en escena que sólo tienen los buenos actores. Deseé verla hacer su aparición en una escena muy apropiada para ella y grité a Roy para que se preparara a actuar.

Roy contestó:

—Muy bien, volvamos a «Has visto a Susana. No la puedo encontrar».

Era un espectáculo maravilloso el verla trabajar.

Pero mientras la contemplaba me vino a la memoria el escenario del «Teatro Raleigh» y los ensayos que yo tantas veces había supervisado. Me pregunté quién sería el actual director. Sabía los problemas con los que tenía que enfrentarse, quienquiera que fuese. Veía a los actores ensayando sus

papeles mientras los tramoyistas iban colocando las decoraciones y oía el ruido de golpes y martillazos que a veces impedían oír los diálogos. Todo el mundo preocupado nada más que en su propio trabajo. Quizá estuvieran probando las luces y el escenario quedaba iluminado de repente, como si hubiera ocurrido inesperadamente cualquier terrible suceso. Después desaparecía la luz y los actores continuaban impertérritos con sus diálogos y gesticulaciones.

La parte de mi atención que había quedado en guardia vigilando la escena, dio la voz de alarma.

Miré fijamente. Cressy y Roy estaban frente a frente, mirándose sin pestañear, callados. Mientras les contemplaba empezaron a reírse tontamente, uniendo sus frentes. Alguien se había olvidado de su diálogo. Probablemente Roy. Lo comprobó unos instantes después cuando Cressy dijo:

—No me vas a engañar ni un minuto más. —El tono de su voz era divertido.

—No me vas a engañar ni un minuto más, Susan Jones —repitió Roy cogiendo el hilo del diálogo—. Y de repente vi lo que estaba claro desde un principio. Al menos vi una parte de lo que le pasaba. Lo vi por la forma que la miraba, por la forma en que temblaba su mano antes de coger la de ella y por la distracción que demostraba cada vez que ella aparecía en escena.

Si esto era nuevo para mí, debía ser en cambio una vieja historia para su esposa.

—Más vale que te calles, Cressy —exclamó Polly en tono irritado—. No le hagas de apuntador. Ya sabe su diálogo y no necesita que se lo recuerden.

—Señor Rohan —dijo Guthrie a mis espaldas—. ¿Puede disponer de cinco minutos?

Me volví y entonces señaló hacia su autocar. Extrañado, me levanté. Di un silbido y todos callaron.

—Empiecen otra vez con la entrada de Cressy. Vuelvo dentro de un minuto. Continúen.

Guthrie abrió la puerta del autocar lo suficiente para que pudiera pasar una persona.

—Hay alguien que quiere verle —me dijo misteriosamente—. Pase adentro.

El interior del vehículo parecía ahora ser mucho más espacioso. Fue porque parecía que al fondo se había abierto una puerta y detrás de ella se veía una habitación que me era familiar, con cuadros vivientes colgados a las paredes. Ted Nye me miró sonriente desde detrás de su mesa. Encima de él aparecía la jaula del canario, que parecía estar durmiendo.

—Hola, Howard —saludó cortésmente Nye—. ¿Cómo siguen las cosas?

Sentí un sobresalto espantoso y deseé que se me tragara la tierra. Estuve a punto de decirle a la pantalla de televisión:

—¿Cómo llegaste aquí?

Se rio al ver la expresión de mi cara. Después se aproximó más a mí y exclamó:

—¿Qué te ha pasado, Howard? ¿Es que te has tropezado con una puerta?

—Fue muy gracioso —contesté—. Debería haberte ocurrido a ti. ¿Por qué no me dijiste que iba a meterme en una revolución?

—¡Oh! No hay para tanto, Howard —replicó en tono tranquilizador—. Ya sé que estás portándote bien. ¿Cómo te sienta volver de nuevo al teatro?

Me pareció que me estaba estudiando la cara con mucho cuidado. Contesté:

—Pues bien, me gusta. ¿ Por qué?

Pareció ofenderse un poco.

—Por nada. Estoy muy preocupado y pensé en ver cómo iba tu trabajo. Ahora mismo me estoy preguntando si podrías esforzaste un poco más. Hacer dos funciones diarias, por ejemplo.

—Bien... pues sí, creo que podremos —contesté—. Empezamos la función el sábado. Podría...

—Éste es otro asunto. —Se mordió la uña del pulgar, un gesto familiar que siempre significaba que estaba más nervioso de lo que quería representar —. ¿Podrías forzar también un poco el tiempo? Digamos, ¿podrías empezar el viernes, en vez del sábado?

Yo estaba a punto de estallar.

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó calmándose con un gesto de ambas manos—. Procura que sea el viernes, Howard. Es importante. Tengo mis razones. Más tarde te lo contaré. —Dio un suspiro y encogió sus huesudos hombros. Parecía un cadáver, pensé, más muerto que el mismo Raleigh, que ahora debía estar muy cerca ya de la muerte, pues de lo contrario no se hubiera celebrado esta entrevista tan precipitaba.

Con resignación, contesté:

—De acuerdo, y si es preciso empezaremos hoy si lo deseas. ¿Para qué sirven los ensayos?

—Significa mucho para mí, Howard —contestó, mirándome con ansiedad—. Si hay alguien que lo pueda hacer, es eres tú, y yo lo sé perfectamente.

—Lo procuraré —repuse.

—Howard... —titubeó—. ¿Va todo bien?

Un timbre de alarma empezó a sonar súbitamente dentro de mi cabeza. Ha oído algo de lo que me sucedió hoy, pensé. Debe tener un espía que se ha enterado de lo del Comité de Liberación, o quizá el mismo Comité no es más que una trampa para ver si yo... pero no, no puede ser, sería muy complicado. Pero por otra parte no emplearía cinco minutos de control sobre los Estados Unidos sólo para interesarse por mí salud. ¿Y por qué no? Observé con atención la descarnada y triste cara y pensé que quizá fuera un muchacho que

se encontraba solo y aburrido. Al fin y al cabo hacía ya muchos años que éramos amigos, casi la mitad de nuestras vidas.

No había tiempo para pensar y sacar conclusiones. Tenía que valerme del instinto. El instinto hizo que mi rostro apareciera sereno cuando contesté:

—Gracias, Ted. Todo va bien.

Me miró fijamente a los ojos. Después se pasó una mano por la cara, como un hombre completamente extenuado.

—Bien, Howard, haz cuanto puedas. Dentro de un día o dos te veré otra vez. Buena suerte.

—Muy bien —dije—. Buenas noches, Ted.

La pantalla empezó a temblar y desapareció la escena que me había conectado con Nueva York, a tres mil millas de distancia, y con ella la oficina de Nye y su somnoliento canario.

Durante un buen rato me quedé absorto en la contemplación de la pantalla, sintiéndome estremecido. ¿Habría cometido la mayor equivocación de mi vida al no decirle toda la verdad? ¿O por el contrario, habría obrado bien? ¿Tendría consecuencias para mí en uno u otro caso?

Al cabo de un rato me levanté de mal humor y me fui hacia el escenario y aquella función teatral que significaba tanto para tanta gente, aunque yo no sabía el porqué.

Ensayamos hasta medianoche. Cerca de la una caímos rendidos en nuestras literas. Muy cansados, pero también muy nerviosos para dormirnos inmediatamente. Afuera la silenciosa noche nos ofrecía su completa calma. Paul Henken y Roy hablaban en voz baja y desde el coche de las mujeres llegaban hasta mí voces altisonantes, pero Guthrie y yo permanecíamos en el más completo mutismo, cada uno con sus pensamientos particulares. Pensé en Guthrie, uno de los viejos del «Comus», cada vez más decrépito por la inevitable acumulación del calcio en sus arterias. ¿Qué estaría pensando de este país, revolucionado con la guerra de guerrillas?

Al cabo de un rato saqué mi botella y bebí varios tragos, sin molestarme en ofrecerle uno a mi compañero. La chica muy simpática. En varias ocasiones le había visto vigilarla por encima de su libro de apuntador. Todavía no comprendía su interés por ella. De todas formas no me quedaba duda de que Roy estaría pensando en ella. ¿Y Rohan?

No, en vez de eso pensé en Nye, que estaría entonces paseando intranquilo por su oficina de Nueva York. Pensé en Raleigh, echado sobre un lecho impresionante, sin apenas respiración. Pensé en lo mucho que podían cambiar las cosas cuando dejara definitivamente de respirar. Y por un' momento se me ocurrió que en la oscuridad que nos rodeaba podía sentir el secreto movimiento de toda la maquinaria de California, como si fuera un gigantesco cuerpo que tratara de unir el mecanismo del «Anti-Com», llevando a toda prisa hasta su más recóndito lugar las piezas que lo componían, uniéndolas entre sí para formar un artefacto que podría o no ser terminado a tiempo.

Empecé a sentirme amodorrado. Escuché el ruido de un camión que pasaba por la carretera con estrépito ensordecedor. No me molestaba. Era el «Comus» y me parecía que aquel estruendo era su voz, que clamaba a los vientos su potencia indestructible. Pensé en Cressy, acostada en su cama con sus amarillentos bucles acariciándole la cara.

Pensé en Miranda y después eché otro trago y dejé de pensar por completo.

CAPÍTULO XII

Por la mañana me fui a desayunar al restaurante de los conductores de camiones, puesto que nadie del pequeño grupo que estaba alrededor del fuego me invitó a unirme a ellos. Me sentí feliz de estar de nuevo en aquella pequeña parte del «Comus», sintiéndome seguro entre sus paredes, sabiendo que, a, pesar dé la sedición, aquí sus leyes se mantenían Armes y seguras.

Y había habido encuentros. Cuando me vieron cerca siguieron su conversación. Oí hablar de una incursión policíaca contra Carson City, en la que los del «Comus» se habían apoderado de un jefe rebelde y los rebeldes habían prendido después fuego a la ciudad para arrojar de ella a los gubernamentales. Lo que además de su jefe habían tratado de proteger con su drástica acción, era objeto de vivos y prolongados comentarios.

Uno de los conductores, atareado con su plato de huevos y jamón, dijo que los rebeldes se mostraban muy activos al nordeste y otro de ellos, un individuo de rostro sombrío con una venda en la cabeza, dijo:

—Los saqueadores de Paradise Valley se han echado de nuevo a la calle y hasta los mismos rebeldes los temen.

Recordé entonces la nota que había visto en el tablón de San Andreas y que comunicaba la misma noticia. Y pensé en seguida que si alguno de los de la Compañía se enteraba de ello probablemente no me iba a quedar ninguno ni para muestra.

Cuando regresé al campamento vi a Roy paseando de arriba abajo ensayando su papel a media voz y a Polly colgando una cacerola en un clavo de la mesa. Cuando pasé cerca de ellos Polly me miró desafiante y exclamó:

—He oído que por ahí han empezado a saquear. Muy malas noticias. Son desertores de ambos bandos. Creo que sería mejor que nos marcháramos.

—No haga caso. Se dicen muchas cosas en estos tiempos —contesté—. Empezaremos con la trece y a partir de ahora tendremos que hacerlo bien. En vez del sábado empezaremos la función el viernes. Muy bien, todos a ensayar.

Y otra vez bajo la luz del sol representamos un episodio que nunca había ocurrido en realidad, pero que para nosotros se repetiría muchas veces. Roy y yo practicamos nuestra pelea a puñetazos, ensayando la acción como si fuera un ballet, lentamente, hasta que empezó a parecer una pelea espontánea. Si se acordaba de nuestra pelea real, no lo demostraba en absoluto. Su anterior hostilidad había desaparecido tras su retraído carácter, quizá borrada por imposibles sueños, quizá por el recuerdo de Cressy.

Hacia el mediodía. se presentó Guthrie, que hasta entonces había estado metido en su madriguera electrónica con la puerta cerrada. Sin decir palabra condujo los autobuses, uno a uno, hasta la zona pavimentada de detrás del restaurante, aparcándolos juntos. Cuando Pod le preguntó el motivo del cambio contestó que tenía noticias de que se acercaba un huracán por la parte

del Pacífico y que era peligroso tenerlos aparcados sobre la tierra. Polly preguntó si no se oiría demasiado ruido para dormir, dada la vecindad del restaurante, y Guthrie respondió que los conductores también tenían que dormir. Yo por mi parte dije que a la hora en que nos fuéramos a dormir estaríamos demasiado cansados para preocuparnos.

Trabajamos duramente durante todo el día y gran parte de la noche. Ya ahora conocíamos perfectamente nuestros papeles y nuestros diálogos y no teníamos necesidad de esforzar la memoria. Habíamos llegado al momento en que nuestros movimientos se hacían mecánicamente, con esa extraña espontaneidad que parece como si nadie en el mundo hubiera efectuado antes tal movimiento o pronunciado tal frase.

También emergían los personajes que representábamos, superponiéndose incluso a nuestra propia personalidad, hasta tal punto que yo empecé a conocer mejor a Susan Jones que a Cressy Kellog. Y yo mismo era otra persona, alguien completamente diferente, un hombre que nunca había trabajado en las labores del campo ni había visto su nombre en letras de oro en los anuncios de Broadway ni aun siquiera oído el nombre de Miranda. A nuestro alrededor estaba el bosque y dentro de él había tomado forma la plaza de nuestra ciudad y para nosotros las frases de nuestros guiones eran las únicas palabras que el hombre había pronunciado sobre la Tierra. Aun fuera de los ensayos me di cuenta que escuchaba como crítico las palabras de mis compañeros, tratando mentalmente de corregirlos.

Llegaba la noche, no éramos ya más que simples autómatas repitiendo incesantemente los mismos movimientos y las mismas frases, cansados terriblemente unos de otros, agotados moral y físicamente. Roy y yo continuamos ensayando nuestra pelea, pero nuestros movimientos eran cada vez más lentos.

Con respecto a la pelea, tuvimos una pequeña diferencia con Guthrie. En cierto momento yo tenía que levantar la mano a la altura de la barbilla con la palma abierta, a fin de que el puño de Roy diera de lleno en ella, dando la sensación de que me había alcanzado en la barbilla. Bien cronometrados los movimientos, el efecto parece real, pero a este respecto teníamos alguna pequeña diferencia.

Para solucionarlo, Roy y yo acordamos intercalar la frase «Como es que usted», contando a la vez hasta tres. En el momento en que Roy pronunciara «usted» me descargaría el puñetazo, al mismo tiempo que la palma de mi mano cubriría mi barbilla.

Lo probamos y dio resultado perfecto. Pero en aquel momento Guthrie asomó la cabeza por la ventanilla de su coche como si fuera un cuchillo saliendo del reloj para dar la hora.

—Lo siento, señor Rohan —exclamó—. Eso se sale de mi cronometraje. Las órdenes son estrictas; no se pueden alterar las frases.

Así es que abandonamos la idea.

Fue un día muy largo. Los artistas caminaban tambaleándose. Sus

movimientos eran cada vez más penosos y los ánimos estaban muy excitados. A las once ordené un descanso y nos alejamos del lugar de ensayo cabizbajos y sin mirarnos mutuamente.

En este momento nos sorprendió Guthrie, que salió a nuestro encuentro portador de una botella de buen whisky escocés y una bandeja con vasos. Empezó a llenar los vasos, y cuando me llegó el turno, había agotado la botella. Fue a por otra y repitió la operación, llenándose la suya en último lugar. Bebimos silenciosamente y después nos separamos del mismo modo, cayendo extenuados sobre nuestros lechos.

Apenas me di cuenta que Guthrie no estaba en su litera. Los grandes camiones que cruzaban la carretera hacían un ruido ensordecedor. Cuando no pasaban, se oía el estridente chirrido de los grillos. Poco a poco, el mundo fue desapareciendo de mis pensamientos...

CAPÍTULO XIII

Alguien me estaba tirando del pie silenciosamente. Me desperté con gran pesar. Vi el rostro de Guthrie iluminado por la luz de la luna que se filtraba a través de la abierta ventana. Estaba a mi lado haciéndome señas de que guardara silencio con una mano, mientras la otra señalaba a mis compañeros de dormitorio. Di media vuelta lamentándome de su interrupción, pero me tiró del pie con más fuerza. Demasiado cansado para sentirme furioso, me levanté apesadumbrado del lecho. El suelo tembló bajo mis pies, pero ni Pod ni Roy hicieron el menor movimiento. Salí afuera extrañado.

Tan pronto mis pies tocaron el suelo Guthrie me puso algo duro y frío entre las manos. Miré hacia abajo estúpidamente. Era un fusil cuya boca estaba rodeada por un anillo metálico. Un arma de aspecto terrorífico.

—Un fusil ametrallador —indicó Guthrie en voz baja—. ¿Sabe manejarlo?

—Sólo los he empleado en escena, pero inútiles. ¿Qué sucede?

—Salteadores —replicó en voz baja—. Quizá tengamos suerte y no nos descubran, pero aunque no sea así los demás lo van a pasar durmiendo. Les puse algo en el whisky que les irá bien. Estos fusiles son silenciosos y no se puede fallar.

Miré asombrado a mi alrededor, todavía no convencido de que estuviera despierto. La estación permanencia silenciosa, iluminada sólo por la luz de la luna, pero entonces me di cuenta del gran número de vehículos que estaban estacionados junto a ella formando un círculo como si se tratara de los carromatos de las películas del viejo Oeste. Dentro del círculo estaba la estación y algunos «Hedgehoppers» temblando sobre sus dobladas patas y nuestros tres preciosos autocares con su personal durmiendo plácidamente en sus interiores. Oí el ruido de pasos sobre el pavimento y vi a dos o tres oscuras figuras que andaban apresuradamente y el brillo de sus largos fusiles ametralladores bajo la luz lunar.

—Escuche —dijo Guthrie. Afiné el oído y a larga distancia, hacia el sur, escuché el ruido de descargas de fusilería. Las descargas se repitieron y después se hizo el silencio más absoluto.

—Seguramente están asaltando una granja —manifestó Guthrie—. Es una banda muy numerosa que está desparramada por el sur. No acostumbra a atacar los lugares fortificados. Verdaderamente no me gustaría que me cogieran dentro de esa granja.

—¿Cómo sabe todo eso? —pregunté distraído, mientras levantaba el arma y me preguntaba si sabría manejarla. Mi corazón había empezado a latir violentamente y sabía que sentía verdadero miedo.

—Hemos estado recibiendo informes desde la pasado noche —replicó Guthrie—. Esperábamos que no nos localizaran, pero hace unos diez minutos

llegó aquí un camión y el conductor nos dijo que había visto a algunos bandidos que venían en esta dirección deslizándose por los bosques. Lo principal es no hacer demasiado ruido cuando los ataquemos, pues de lo contrario se nos va a echar encima toda la banda. Vamos.

—¿Adónde? —Le seguí los pasos bajo la serena luz de la luna—. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

—A unirnos a los demás, y a rogar —se rió entre dientes— que nuestros artistas no se enteren. Si los vieran no los podríamos mantener en California ni con cadenas—. Hablaba en un tono de voz divertido. Me pregunté si recordaría que ya hacía tiempo que había cumplido los sesenta.

Un monstruo de acero nos cerraba el paso, bañado por la luz de la luna. Guthrie dijo:

—Por aquí. —Nos deslizamos entre dos camiones y vimos enfrente la ladera de la colina que descendía al oculto río.

Detrás de nosotros apareció un individuo de aspecto terrorífico vestido con una cazadora de piel y tocado con una gorra. Nos miró fijamente y después exclamó en voz alta:

—¿Todo dispuesto? Si es posible, que no haya mucho ruido. Si tenemos suerte, quizá no nos descubran, pero si se tiene que disparar procuren no fallar. No nos interesa que se oiga jaleo.

—No se preocupe —replicó Guthrie—. El individuo dio un gruñido de aprobación y desapareció.

Miré hacia la iluminada ladera y noté que las manos me temblaban. Sí, estaba asustado, pero también era que veía con anticipación un importante suceso que se iba a desarrollar en mi presencia por primera vez en la historia. Me dije que quizás en los próximos minutos tendría que disparar mi arma y matar a un hombre. No lo podía creer, pero mis manos estaban frías y apretaban nerviosamente el fusil. Estaban preparadas para lo que fuese.

Recordaba el funcionamiento, de estos fusiles y la mortalidad que causan. Esto lo había visto practicar fingidamente en la escena. No lo podía creer, pero sin embargo, no había razón para que dudara de su efectividad.

Nada de lo que veía me parecía real. Era un escenario teatral. El silencio, la fuerte luz de la luna, las estrellas, los sordos ruidos del movimiento de hombres que se ocultaban en las inmediaciones, las palabras en voz baja, alguien que tosía... nada, nada de esto era real. Después se oyó el intermitente chirrido de un grillo. Me pregunté qué más oiría. ¿Cómo nos enteraríamos de que se acercaban?

—¿Y quiénes eran? ¿Seguidores de Charlie Starr? ¿Hombres que luchaban en el lado al que yo pertenecía? Me pregunté cuál sería mi verdadero lado. Quizá ninguno, excepto que si Nye perdía, yo también, y por consiguiente .mi sitio estaba al lado del «Comus». Pensé inmediatamente en el «Comus» y me reconforté al recordar su inmensa red de nervios potentísimos que unían estrechamente la nación entera. Y pensé que, hiciera lo que hiciera, nunca podría dañarle en lo más mínimo. Nada ni nadie podría

destruir aquella inmensa red.

Me sentía satisfecho, y al mismo tiempo triste.

Guthrie me advirtió:

—Escuche. ¿Ha oído eso?

Oímos el ruido de una rama seca al romperse no muy lejos de nuestra posición, probablemente entre los árboles de la ladera. Otro ruido similar a la derecha. Ahora dos o tres más a la izquierda. No cabía duda de que eran muchos los hombres que subían por la colina al amparo de los gruesos pinos que la cubrían.

Todos permanecíamos silenciosos, las armas dispuestas. Nadie se movía. Todos nuestros sentidos estaban ocupados con la idea de la defensa. En aquel momento yo estaba completamente compenetrado con el «Comus» y los defensores de la estación y me mantenía vigilante como los demás, dispuesto a defender aquel reducto circular que esperaba confiado la acometida de sus enemigos.

Guthrie me susurró al oído:

—Hacia abajo. ¿Lo ve?

Hacia la parte izquierda vi un resplandor azulado acompañado de un silbido y una suave tos. Inmediatamente vi a un hombre aparecer entre la espesura y caer al suelo sin el menor lamento, oyéndose sólo el ruido de su cuerpo al chocar pesadamente contra el suelo. El silbido y la tos fueron producidos por un fusil silencioso. Siempre me sorprendía de lo silenciosos que eran. Al ser disparados escupen una bocanada de fuego azulado y tosen delicadamente, pero sin embargo, destrozan terriblemente lo que tocan.

Me encontré que tenía mi propio fusil echado al hombro y el dedo presto en el gatillo, pero no sabía adonde disparar. Pasó instantáneamente por mi mente la visión de la ancha cara de Harris y la figura del hombre del suéter marrón. Rebeldes, eran en efecto rebeldes, pero ¿tenía necesidad de destrozarlos con mi terrible arma? ¿Lo debía hacer?

Alguien de los que subían por la ladera hizo una urgente pregunta y otro contestó con acento vacilante. En seguida apareció un individuo que se lanzó corriendo hacia nuestras posiciones y el fusil de Guthrie tosió y echó una bocanada de fuego azulado y el grito de muerte de nuestro enemigo quedó cortado en su garganta mientras caía para no levantarse más.

Sonó el disparo de un rifle desde los árboles y algo pasó por encima de mi cabeza haciendo un ruido como si fuera un gemido gangoso, seguido inmediatamente por un impacto en la carrocería del camión que estaba junto a mí.

Instantáneamente del círculo de camiones empezaron a salir bocanadas de fuego azulado y a oírse toses y silbidos. Parecía que estuviéramos dentro de un dragón articulado que se defendía vomitando fuego por todas partes. Guthrie me miró irritado, exclamando:

—¡Dispare, dispare! ¡Ametrállelos!

Vi varias sombras que se desplomaban y se movían algo antes de

quedar inmóviles. Vi los resplandores de los disparos de nuestros enemigos y oí el silbido de sus balas. Me pregunté si nuestra gente continuaría dormida en sus literas bajo el efecto de la droga. Quizá estuvieran ya casi despiertos y pensaran que los disparos de los rifles no eran tales, sino el ruido del paso de los camiones por la carretera. ¿No estarían ya completamente despiertos y asustados?

Todo el cuerpo del dragón vomitaba fuego y metralla, silbando continuamente como una serpiente enfurecida. Y sin embargo, yo todavía no podía disparar.

Todavía no había decidido cuál era mi lado.

Guthrie dio un seco grito. Jamás había oído un grito semejante, pero comprendí en seguida su significado por el dolor. La sangre empezaba a manchar su camisa a la altura del hombro. Se quejó algo y mirando la sangre dijo:

—No es grave. Me han dado demasiado alto. —Después levantó la cara y exclamó súbitamente—: ¡Dispare Rohan, dispare! ¡Allí!

Miré hacia donde me indicaba. Vi inmediatamente a tres individuos que subían velozmente por la ladera aprovechando las asperezas del terreno. Los veía ahora claramente. El primero me miró fijamente a la cara y al verle sentí en mi alma un huracán de indignación, horror y asco.

Lo recuerdo perfectamente y creo que siempre lo recordaré mientras me quede un aliento de vida. Sólo sé que cuando le vi mi ánimo se irritó terriblemente, como si una ola de odio y venganza se hubiera hecho dueña de todo mi ser. Me bastó una mirada para comprender lo que mi inteligencia se negaba a creer.

Iba vestido con una sucia guerrera del «Comus» perfectamente ajustada, como hecha a medida. La llevaba desabrochada, dejando ver su velludo pecho manchado de sangre y suciedad. De su cinto pendían sujetos por las patas dos pollos descabezados, cuya roja sangre manchaba los pantalones grises de su dueño.

De otra parte del cinto colgaba un bolso de noche de señora repleto de joyas. Alrededor del cuello llevaba dos collares que descansaban sobre la sucia guerrera y la destrozada camisa. Uno era un collar de perlas. El otro.,.

Me asombré de que hubiera alguien que se molestara en hacer un collar de albaricoques secos como aquél, pero antes de que hubiera terminado de pensarlo comprendí que no lo eran. Los albaricoques no sangran, así es que comprendí de qué se trataba. Es extraño lo mucho que las orejas humanas se parecen a albaricoques secos partidos por la mitad, cuando son unidas entre sí formando un trofeo de guerra. Muchas orejas humanas.

Si me lo propongo, todavía puedo recordar su cara. No había nada de humano en ella. Era un verdadero monstruo, en cuyos ojos se leía su perversidad de sentimientos. Apreté tranquilamente el gatillo, sabiendo perfectamente lo mortífero de la descarga.

Sentí un gran placer al oír su grito de agonía cuando la metralla le

destrozó el pecho y noté en mi hombro el retroceso del arma. Oí su suave tos y vi la llamarada azul que surgía de su boca como un mensaje de muerte. Volví el cañón contra el hombre que estaba a su lado, que también llevaba un collar de la misma clase, y le rocié de metralla. La llamarada me permitió ver que llevaba junto al collar un trozo de papel que falsificaba la insignia de Charlie Starr. Quizás no fuera falsa, pues había renegados de ambos bandos.

Mientras oprimía el gatillo dos veces más y derribaba al tercero de mis enemigos, los pensamientos pasaron por mi mente con la misma rapidez que las llamaradas de mi fusil.

No recuerdo casi nada de lo que ocurrió después de aquello, pero sí sé que todo el episodio transcurrió en menos tiempo del que yo jamás hubiera creído posible. Desde el primer disparo hasta el último, no pasaron más de quince minutos, y durante casi todo el tiempo la acción se desarrolló tan silenciosamente como si hubiera sido una pesadilla. Ya estaba todo otra vez tan callado como antes de empezar la refriega. El bosque había recuperado su ancestral calma. Los saqueadores habían huido despavoridos y el combate había terminado, pero a lo lejos, en las distantes montañas, había lucha, puesto que hasta mis oídos llegaban los apagados disparos de rifles. Mientras me encaminaba a la estación oí nuevos disparos lejanos procedentes de otra dirección.

Al pasar frente a los autocares de la Compañía me detuve a escuchar tras la la puerta de mi coche, incapaz de creer que, aún bajo los efectos de la droga, pudieran estar dormidos, sin darse cuenta del combate que se había desarrollado tan cerca de ellos. Cuando abrí la puerta y metí la cabeza dentro se empezaron a mover las mantas y la voz de Pod Henken preguntó si había ocurrido algo. Le contesté que todo iba bien y le oí arrebujarse otra vez en su manta. Roy no hizo el menor movimiento. Me quedé un momento contemplando los dos autocares, sintiendo un estúpido cariño paternal por los que dormían plácidamente y por los que yo había luchado defendiéndolos de la agresión de los salteadores.

Me encontré a Guthrie sentado en una silla de la estación, con los codos apoyados sobre la mesa y sosteniendo en las manos un vaso en el que todavía quedaba una pulgada de whisky escocés en su fondo. La estación seguía todavía a oscuras, exceptuando la claridad que procedía de la cafetera, y sólo le podía ver el rostro entre sombras. Aun a pesar de la poca luz, se notaba que estaba demacrado, y parecía estar más abatido que diez minutos antes. Se volvió haciendo un esfuerzo hacia mí, moviendo su vendado hombro con un gesto de dolor.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté.

—No estoy mal del todo. —Bebió un trago de whisky y cerró los ojos al pasarle por la garganta—. La herida no es grave, pero perdí mucha sangre. Nadie tiene que enterarse de esto si sabemos guardar silencio.

Me senté a su lado y cogí la botella sin esperar a que me invitara. Me había vuelto el nerviosismo y el licor me alivió algo.

—¿Quiénes eran? —pregunté—. Quiero decir los de fuera... los atacantes. ¿Son rebeldes?

Guthrie movió negativamente la cabeza.

—Renegados de ambos bandos. Desertores del «Comus» y de los nuestros, además de escapados de presidio y criminales profesionales.

—¿Es que el «Comus» no puede...?

—Al «Comus» no le interesa. Emplee la cabeza. Estas gentes querían hacer las cosas a su modo... pues se les deja que las hagan.

—¿Y qué pasará con nosotros? —pregunté—. ¿Qué ocurrirá mañana? ¿Podremos estar seguros en el campamento? Volví la cabeza para escuchar lo que parecían disparos de fusilería a distancia. Quizá estaban atacando una granja aislada a cuyos moradores no habían avisado a tiempo. —Si hubiera sabido que las cosas se iban a agravar tanto... No sé lo que hubiera hecho, pero yo puedo elegir mi propia suerte y creo que no tengo derecho a decidir por los demás. ¿Qué derecho tengo yo para decidir la suerte de Cressy, o de los demás?

Advertí la emoción que en su rostro produjeron mis palabras. Bajó la cabeza y se quedó un momento contemplando el suelo como si tratara de hallar en él la respuesta que necesitaba. Sus ojos estaban tristes cuando me miró y dijo en voz melancólica:

—Cressy...

Le puse una mano suavemente en el brazo, repitiendo:

—¿Cressy?

Suspiró profundamente, mostrando su dolor cuando se movieron los músculos de su hombre herido. Su respiración olía tan fuertemente a Whisky que me pregunté cuánta cantidad había ingerido ya cuando llegué a su lado.

—Rohan —exclamó de improviso buscando mirarme a los ojos—. Quiero que me conteste una pregunta. Esta noche ha matado a un hombre, probablemente el primero. ¿Qué siente por ello?

Cerré los ojos y busqué cuidadosamente entre mis pensamientos tratando de. hallar la respuesta.

—No lo sé, todavía no sé qué pensar. Sí, fue el primero, pero maté dos más y podía haber matado muchos más. En aquellos momentos no los consideré cómo hombres, sino como fieras salvajes. De momento eso es lo que pienso, aunque tal vez mañana, cuando los ánimos estén calmados, me sienta condolido. ¿Por qué?

—Siempre se siente —repuso—. Yo he matado a muchos en acto de servicio, como usted ha hecho esta noche. Nunca me he podido acostumbrar, pero es una parte de mi trabajo. —Bajó el tono de su voz, apartando la mirada de mí y fijándola en el vacío vaso—. Pero hay partes de mi trabajo que no me gusta. Probablemente fue una equivocación volver de nuevo al servicio activo después de años de ausencia. Cuando uno es joven no piensa en ciertas cosas. Nunca se preocupa si su acción ha estado justificada, pero cuando se echan los años encima es cuando se empieza a dudar si puede hacer tal cosa... o si debe

hacerla.

Se frotó los ojos con una mano y, después de titubear un poco, prosiguió:

—Usted y yo tenemos bastante en común, señor Rohan. Ambos hemos estado apartados de nuestro trabajo durante mucho tiempo, ambos hemos tenido que volver a un mundo real que es a veces bastante cruel. —Me lanzó una rápida mirada—. He estado bebiendo —dijo— o de lo contrario no le contaría estas cosas. El caso es que yo también perdí a mi esposa hace poco más de un año. Hemos estado casados durante treinta años.

No sé si es que hizo un pausa o es que mi cerebro dejó de funcionar, pues en mi mente se estableció un completo silencio durante cierto tiempo.

—Me nombró usted a Cressy —prosiguió—. Quizá se extrañe de que yo me preocupe más por ella que lo que debiera preocuparse un hombre de mi edad. No se trata de lo que posiblemente haya usted pensado. Es que... me recuerda muchísimo a mi esposa cuando yo la vi por vez primera. No sé si le ha contado de su vida, señor Rohan, pero puedo decirle que ha sufrido mucho en este mundo. La admiro; se parece mucho a ella, y no sólo físicamente, sino también por su forma de ser. Si hubiéramos tenido una hija... —Dejó que sus palabras murieran en el silencio. Después dejó el vaso sobre la mesa con mucho cuidado.

—Me formuló usted hace un momento una pregunta difícil, señor Rohan. ¿Qué derecho tenemos, usted y yo, de decidir la suerte de nuestros compañeros, cuando su seguridad está en peligro en este lugar? Sé lo que piensa usted y también sé cómo piensan los demás. Le he cogido mucha simpatía a los viejos, y Polly y Roy tienen un grave problema, y Cressy... Bien, sólo le puedo dar la respuesta que creo conveniente. —Se revolvió en su silla y clavó en los míos sus perspicaces ojos—. Pues vamos a continuar con nuestro trabajo hasta que lo terminemos —manifestó con voz firme—. Esto es lo que vamos a hacer.

CAPÍTULO XIV

Los pájaros cantaban, las ardillas saltaban de rama en rama, el rojizo sol asomaba por encima de los enormes pinos californianos. Se les llama sempiternos, los pinos de vida eterna. Han visto muchas cosas durante los dos pasados milenios y se quedarán aquí para ver más, muchas más. Lo de anoche no fue nada. No había pasado nada

Cuando regresé al claro después de almorzar me asombré al ver desde lejos enormes flores de diversos colores, tan grandes como personas, que colgaban de una cuerda extendida entre dos pinos. Polly estaba escurriendo el agua de una falda color rosa y se echó a reír descaradamente al ver la expresión de mi cara.

—¿Mañana estrenamos, verdad? Pensé que querría usted que hoy ensayáramos con los trajes. —Levantó un pesado cubo de lavar y echó afuera la jabonosa agua. Parecía cansada. Sus azules y prominentes ojos estaban colorados y su rostro aparecía más ajado que normalmente.

Lo que pasó la noche anterior me había reorganizado en cierto modo. Me había olvidado de la función, de los rebeldes y de mis promesas. Me había olvidado también de Nye y de lo que hubiera de extraño en su imprevista conferencia. Me había olvidado de todo, excepto de lo que había ocurrido frente a la boca de mi fusil ametrallador. Pero al ver a Polly, todavía cansada por los ensayos exhaustivos del día anterior y los trajes colgados de la cuerda para secarse al sol, volví de nuevo a los problemas que momentáneamente había olvidado. Noté dentro de mí una desagradable sensación.

—Rohan —dijo Polly de pronto—. Quiero hablarle. ¿Quiere llevarme este balde al lavadero? Quiero hablarle a solas.

Nos encaminamos al lavadero y mientras lo hacíamos estudié cuidadosamente los alrededores, buscando vestigios de la lucha de la pasada noche. No se veía nada. Si alguien había caído por allí, otros lo habían retirado.

Polly dijo bruscamente, pero en tono que no denotaba animosidad:

—Rohan, anoche ocurrió algo. ¿Qué fue?

La miré inquietante, y traté inmediatamente de soslayar la pregunta.

—No sé a qué se refiere.

—No me salga con esas. Necesito saberlo. Anoche ocurrió algo en la carretera, ¿verdad? ¿Tiroteo?

—Seguramente sugirió usted una pesadilla, señora —contesté—. Sí, hubo mucho ruido en la carretera, pero tenga en cuenta que cada noche pasa lo mismo. Los tubos de escape de los camiones hacen un ruido que parecen disparos.

—Oí gritar —insistió Polly, que ya parecía indecisa—. Dormimos como si estuviéramos muertos, pero estoy segura que oí gritos y disparos no

muy lejos de aquí.

—¿Se levantó a verlo?

—No, no lo hice. Estaba demasiado atontada y cuando me decidí a levantarme ya había terminado todo. Pero estoy segura que ha ocurrido algo, Rohan. Hay algo... No sé qué es, pero noto algo raro en el aire y no me gusta. Tengo derecho a saber lo que pasa.

—¿Y por qué cree que yo sé más que usted? —pregunté.

Me miró nerviosamente. En sus ojos había intranquilidad, cansancio y mucho tiempo de sufrimientos. Nadie mejor que yo podía saber que aquella mujer estaba llevando una carga muy pesada durante mucho tiempo. Contestó en voz baja:

—Señor Rohan, Roy y yo necesitamos este trabajo. Si lo terminamos nos darán una espléndida gratificación. ¿Lo comprende? Yo tengo que decidirlo por los dos y ahora no estoy segura de si hemos de seguir adelante. *Tengo* que averiguar si el peligro es mayor que la recompensa. Míreme a los ojos, Rohan. ¿Qué ocurrió anoche? Creo que usted lo sabe. Dígamelo.

No quise mirarla. Desde que dejé a Ted Nye en su oficina de Nueva York la confusión de mis pensamientos había ido en aumento y ahora mis ideas estaban más revueltas que las de Polly. Mucho más revueltas.

En Nueva York lo habían presentado todo muy sencillo. Irse a California y hacer el trabajo. Volver a la vida, en cierto modo volver al mundo que abandoné cuando Miranda lo abandonó, a él y a mí. Guthrie y yo volvíamos de nuevo a nuestra vida anterior, pero yo no creí que fuera todo tan difícil. ¿Tenía sentido el mentir a Polly y decirle que no existía peligro? ¿Debía yo mismo mantenerme en mi puesto, sabiendo lo que sabía?

—Roy depende de mí, Rohan —siguió Polly con timidez—. Necesitamos ese dinero y no quiero retroceder, pero si nuestras vidas corren peligro, es preciso que lo sepa. Dígame la verdad, Rohan. ¿Estamos seguros?

No le podía contestar. No le podía decir la verdad. Yo mismo estaba atemorizado. Ahora lo sabía si es que antes lo ignoraba. Pero los trances por los que había pasado, la paliza que trataron de darme, el trabajo agotador, los peligros pasados y futuros, incluyendo la traición contra Ted Nye y el temor de que la descubriera, no significaba nada si podía ganar la recompensa que deseaba. La pasada noche sentí un estúpido sentimiento de cariño y de responsabilidad por esta gente. Todavía lo sentía, pero no era lo suficientemente fuerte como para hacerme desistir de alcanzar la meta por la que tan duramente trabajaba.

Todo cuanto pude hacer es mirar a Polly con simpatía y resolución y mentirle.

—Según mi parecer, no hay peligro. ¿Está satisfecha?

Los prominentes ojos azules buscaron ávidamente en los míos. Sin decir palabra volvió la cabeza y se marchó. La seguí en silencio. Guthrie apareció como casualmente por la ventanilla de su autocar y me saludó con su brazo sano. Estaba serio, pero parecía hombre que mataría sin

contemplaciones cuando llegara la ocasión.

Vi a Cressy peinándose delante de un espejo colgado en el tronco de un pino, sujetándose al mismo tiempo un pendiente de la oreja. Pensé en los hombres con los trofeos de orejas colgados de la cintura. Hombres que luchaban en ambos bandos, me dije, pesándose al lado que más les convenía de momento.

Hombres como yo.

El jueves transcurrió como una pesadilla. Trabajamos durante todo el día y a medianoche nos desplomamos en nuestros lechos completamente extenuados, demasiado rendidos para pensar. Los autocares continuaban estacionados en la estación de control y supongo que aquella noche pusieron una guardia permanente para prevenir la posible vuelta de los merodeadores, pero no me preocupé de nada desde el mismo momento en que caí en mi lecho.

El viernes fue lo mismo que el jueves, excepto que era más desesperante. Estrenábamos aquella misma noche y a ninguno de nosotros nos parecía que fuera posible que lo hiciéramos. Parecía que la comedia era más difícil que cuando empezamos. Esto, naturalmente, es normal, pero ensayar sólo tres días no lo es, y quizá esta vez la representación resultara tan mala como esperábamos.

A las tres habíamos terminado el último ensayo con los trajes adecuados puestos, sin que yo les interrumpiera. Cuando terminaron de actuar les informé detalladamente de sus errores. Pod Henken no abandonaba el escenario con suficiente rapidez.

Roy continuaba olvidándose de que trabajaba en un teatro circular. Cressy vacilaba todavía en los diálogos. La señora Henken había perfeccionado una artimaña a toda prueba que atraía la atención del público hacia ella durante una escena de amor al finalizar el último acto de la comedia, pero en cuanto se lo indiqué puso una cara como si nunca hubiera roto un plato, y como no le pude demostrar la forma de que se valía para hacerlo, no le pude exigir que no lo repitiese.

—Bien, ya hemos terminado —dije tristemente—. Estrenamos esta noche, estemos o no preparados. Tienen la tarde libre para descansar, si pueden. Debemos llegar a la ciudad a las ocho, así que saldremos de aquí a las siete como máximo. Guthrie... ¿Y usted?

Contestó que se marcharía a las seis y preguntó si Roy podría ir a ayudarle a montar las gradas. Roy aceptó y los artistas se alejaron preocupados. Un repentino pensamiento cruzó por mi mente y les llamé.

—Que nadie se aleje del campamento, nadie, ¿comprenden?

Polly se puso en jarras y me preguntó en tono desafiante el motivo de mi orden. Quise empezar a gritarle, pero algo ahogó el grito en mi garganta. Y no fue porque le había mentido y ahora no podía decirle que todavía

corríamos peligro y yo ya lo sabía. No, no fue eso. Fue el dolor que vi en su cara el que me hizo sentir lástima por ella. Yo sabía la gran preocupación que escondía en su alma. Todos estábamos preocupados, pero el dolor que la embargaba era sólo suyo, y no se trataba simplemente de la preocupación de los graves momentos por los que atravesábamos, sino el miedo al futuro, miedo al tiempo, a Cressy, y a la próxima versión de Cressy. Comprendí sus pensamientos. El tiempo se le estaba echando rápidamente encima y pronto no valdría más que para hacer papeles de carácter, mientras Roy continuaría siempre joven para desempeñar papeles de galán simpático. No podía gritarle, pero tampoco podía mostrarle compasión.

—Limítese a cumplir lo que he dicho —repliqué bruscamente—. Todos ustedes lo han oído. Quiero que todo el mundo descanse, pues esta noche vamos a tener que estar muy despiertos.

Dio media vuelta, demasiado agotada para protestar. No me consideraba todavía una persona, ni tampoco ninguno de ellos. Trabajaban duramente y admitían mis críticas con buen humor. Yo era un buen director y ellos lo sabían e individualmente parecían bien dispuestos a confiar en mí, hasta cierto punto. Pero en cuanto se agrupaban, ya no era igual; yo continuaba siendo para ellos el intruso. Siempre se separaban de un modo u otro y me dejaban solo.

A las tres y media llegaron zumbando por la carretera unos cuantos «Hedgehoppers» que saltaban con sus extrañas patas de saltamontes, mientras sus antenas husmeaban incesantemente el aire. Se estacionaron en la zona de aparcamiento de la estación. Salieron de ellos hombres vestidos de paisano que no podían ocultar su identidad del «Comus» y se introdujeron en el interior de la estación, aparentemente para celebrar una conferencia a puerta cerrada. Me pregunté si al fin de cuentas el «Comus» se había decidido a dar una batida a los merodeadores de las montañas.

Unos minutos después de las cuatro levanté la vista del guion que estaba estudiando y vi a un hombre vestido de color marrón que permanecía de pie entre los árboles que bordeaban el camino hacia la carretera. Se confundía tan bien con los troncos de los árboles y la alfombra de hojarasca del suelo que casi no lo podía ver. Cuando advirtió que le estaba mirando hizo un gesto con un dedo, indicándome que guardara silencio y después salió de su escondite y desapareció de mi vista.

Eché un vistazo por el claro. Los Henken estaban descansando sobre mantas extendidas en el suelo, oyendo tranquilamente la música de un aparato que estaba entre ambos. Polly y Roy se habían metido en uno de los autocares y Cressy hablaba con Guthrie junto al coche guardarropía. No parecía que nadie, excepto yo, se hubiera dado cuenta del extraño desconocido.

Me levanté y me fui a pasear por el camino. El desconocido me esperaba oculto detrás de uno de los inmensos secuoyas.

—Me mandó Harris —dijo el desconocido—. Tiene un trabajo para

usted.

—No estrenará a menos de que haga el trabajo que le ha sido encomendado.

—¡Maldito Harris! —exclamé en un arranque incontenible de ira—. Él me dijo...

—Él dijo que quizá pudiera hacer la función antes de que nos ayudara. No dijo ni sí ni no. Sólo quizá.

—Escuche —dije desalentado—. He trabajado como una muía durante tres días de agotadores ensayos. Estuve levantado la noche antes de la última lucha contra esos bandidos que llevan collares de orejas humanas en el cuello. Esta noche tengo que estrenar una comedia y no sólo actúo en ella, sino que también la dirijo. Hay un límite hasta el que puede llegar un hombre de carne y hueso, de modo que se va a ir usted a ver a Harris y le va a decir de mi parte...

—¿Qué es lo que quiere que le diga? ¿Que no se va a efectuar esta noche la función? —Sus pequeños y maliciosos ojuelos me observaban amenazadoramente, como si quisieran clavarse en mí—. Después de todo —continuó— ya sabemos perfectamente el motivo de la función al aire libre y hay alguno de los nuestros que le encantaría deshacerse de todos ustedes.

—¿Así que lo sabemos, verdad? —pregunté, tratando de descubrir si se trataba de una mentira o no y sintiéndome excitado por si no lo fuera.

—Nosotros lo sabemos. Usted no lo sabe, todavía no. —Se rio descaradamente—. Le diré lo que tiene que hacer, Rohan. Usted realiza la labor encomendada y tal vez Harris crea conveniente informarle del porqué está usted aquí. —Me estaba dando dentera. Sus ojuelos esperaban ansiosamente mi respuesta.

Suspiré.

—¿Qué trabajo es?

Se acercó más a mí y bajó el tono de su voz:

—Parece que la organización podría disponer de un «Hedgehopper» extra. Harris me dijo que a usted le toca apoderarse de él.

Contesté:

—De acuerdo. —Me sentía resignado—. Me apoderaré del primero que pueda, ¿conforme?

Rio entre dientes.

—Tiene usted un policía del «Comus» entre su personal. ¿A qué hora se marcha éste para la ciudad?

—Pues una hora antes que los demás.

—Muy bien. Diga usted la hora. A la hora que a usted le convenga habrá una explosión en la estación del «Comus». Después de esto le toca a usted arreglárselas para apoderarse del aparato.

-—¿Y si no lo consigo?

—Será mejor que lo consiga. Una vez lo haya hecho corte por los bosques con dirección a la ciudad. ¿Conoce usted las granjas que están al pie

del valle? Hay una que es la que está más metida hacia el fondo y es de un color marrón. Las puertas estarán abiertas. Deje el aparato adentro y nosotros nos cuidaremos de recogerlo por la mañana. ¿Entendidos?

—¿A qué hora le parece bien que empiece el jaleo?

Me quedé pensativo un momento.

—A las seis y media —dije.

—Muy bien, pero no lo olvide: Si no hay «Hedgehopper» no hay función. La veré en otra ocasión. —Dichas estas palabras se marchó fumando tranquilamente un cigarrillo.

CAPÍTULO XV

Guthrie y Roy cargaron el coche guardarropía a las seis. Poco antes de que se pusiera el coche en marcha hice señas a Guthrie para que hablara conmigo un momento en privado. Una vez frente a él, le dije:

—Desde la otra noche no me siento seguro cuando salgo del campamento desarmado. Creo que necesito un arma.

Me miró con cierta suspicacia en la mirada, pero se metió en el autocar y después asomó la cabeza y alargó la mano, entregándome una pequeña pistola de cañón chato que pesaba mucho. La metí en el bolsillo de mi chaqueta, que se hundió un poco por su lado al recibir su peso. Me sentí reconfortado al notarla a mi alcance.

Diez minutos después de que el autocar desapareció de mi vista me dirigí al silencioso grupo que estaba sentado en los bancos, esperando nerviosamente:

—Tengo que solucionar cierto asunto y si no estoy de vuelta a las siete, váyanse sin esperarme. Les encontraré en la ciudad.

Asintieron sin demostrar interés alguno, demasiado molestos con sus trajes de la función encima para preocuparse de si me iban a volver a ver.

Me fui paseando hasta la estación, procurando parecer despreocupado y tratando al mismo tiempo de controlar mi rápida respiración. Desconocía el castigo inherente al robo de un «Hedgehopper», pero, tal como estaban las cosas, lo más seguro sería que primero dispararían y después preguntarían. Todavía no me había resuelto a practicar la operación y lo único que pretendía era estudiar mi plan sobre el terreno, calculando mis posibilidades de éxito.

Había unos veinte aparatos en la zona de aparcamiento. Me entretuve un minuto estudiando su situación y después saqué del bolsillo un pañuelo y al hacerlo me cayó un dólar que sonó ruidosamente y se fue rodando perdiéndose entre los aparatos. Me fui tras él agachándome y buscándolo ávidamente, hasta que pude descubrir dos de ellos que tenían puestas las llaves del encendido.

Terminado el reconocimiento me fui al restaurante a tomar un vaso de cerveza que no deseaba en aquellos momentos. No dejé el reloj de vista y cinco minutos antes de la hora señalada me salí afuera paseando lentamente. Encendí un cigarrillo y me dediqué a contemplar filosóficamente la copa de los gigantescos árboles. Fui caminando de esta forma hasta llegar a la parte posterior del edificio, en donde se veían unas cuantas cuerdas de las que pendían sábanas y ropas en abundancia. Me detuve en un ángulo de la estación para apartar de mi camino una piedra, tomándomelo con gran calma.

Cuando se produjo la explosión fue algo terrorífico. No sé lo que me había imaginado, pero aunque tuvo efecto en la otra parte del edificio, tembló la tierra bajo mis pies y me hizo vacilar. Oí claramente el ruido de cristales

rotos y el desplome de paredes. Después un profundo silencio. Con mucho cuidado saqué la cabeza por la esquina e inspeccioné las inmediaciones. Vi un coche volcado en la carretera que estaba ardiendo por los cuatro costados, iluminando siniestramente con el fuego una buena parte del edificio. Poco después se rompió el silencio y empezaron a oírse gritos y el ruido de pasos precipitados.

Agachándome, me fui rápidamente hasta el más cercano de los aparatos, colándome en la cabina sin pensarlo y poniendo en marcha el motor. El pequeño artefacto empezó a temblar y se puso en movimiento. No parecía ser diferente de cualquier otro coche, excepto en aquellos impetuosos saltos que daba al correr. Lo eché hacia atrás y después lo dirigí a toda velocidad montaña abajo, con dirección al río, confiando que la ropa tendida me ocultaría de las miradas ajenas, y confiando en la Providencia en el caso que yo hubiera estimado en exceso la propiedad de estos vehículos de subir y bajar montañas sin perder su estabilidad.

Comprobé que no me había equivocado. Su estabilidad era maravillosa. Bajaba rápidamente montaña abajo y me di cuenta que estaba atravesando el campo de batalla de dos noches atrás y que quizá en aquel lugar todavía estaría la sangre seca de los tres hombres que había matado, mezclada con las hojas de los pinos y la tierra. Luego la terrorífica velocidad del aparato me lo hizo olvidar todo. Crucé el río de un vertiginoso salto y me encontré en la otra orilla. El aparato continuó su incontenible marcha salvando a grandes saltos los matorrales y otros obstáculos que se oponían a su avance, y haciendo continuas eses para evitar los grandes pinos que hallaba a su paso. Sabía que iba a demasiada velocidad, pero el mismo pánico que sentía me impedía aminorar su marcha.

¿Y si me había visto alguien de la estación? ¿Me estarían siguiendo? Yo conducía el coche casi echado encima del volante. Y además estaban las bandas de renegados, que no hacía aún mucho tiempo que se habían paseado por aquí. ¿No habría por aquí algunos rezagados? Al pensar en esta posibilidad sentí tras las orejas un escalofrío como si un frío cuchillo me las estuviera cortando.

En mi rápida marcha vi un grupo de ciervos que huyeron despavoridos al verme y en otra ocasión vi dos cadáveres tendidos en el suelo boca abajo. Quizá hubieran sido muertos durante ia lucha, quizá fueran bandidos desperdigados que estaban durmiendo en los bosques, pero no se movieron cuando pasé cerca de ellos. Quizá sólo fueran alucinaciones mías, pero el caso es que nunca lo averigüé.

Ya estaba casi a medio camino de mi destino cuando me sobresalté al oír de súbito la voz de la radio que tenía enfrente. Sin embargo, pasado el primer momento de estupor, me sentí aliviado al tener la sensación de que no me encontraba solo en aquellos espesos bosques.

La radio comunicaba la noticia de que había sido robado un «Hedgehopper» de la Estación 12-101 y que había sido visto atravesando el

río con dirección a San Andreas. Se solicitaba que todo el mundo estuviera alerta y denunciara a las autoridades cualquier pista que condujera a su recuperación. Aquella noticia debería lógicamente haberme puesto nervioso, pero no fue así, puesto que la sensación de tener un ser humano a mi lado me reconfortó grandemente. Mi corazón latía ya casi normalmente cuando salí de los bosques y me encontré a la vista de los campos cultivados hacia los que me dirigía.

La voz continuó comunicando la noticia del robo mientras el coche saltaba por encima de un arroyuelo y me metía en un espeso matorral que terminaba bruscamente en el valle de San Andreas

Pero antes de que pudiera meterme en el valle apareció entre la maleza un hombre que me apuntaba con un fusil ametrallador y que me miraba amenazadoramente. Frené el aparato en seco, que quedó parado temblando sobre la hierba.

—Me envió Harris —exclamé inmediatamente—. Estoy buscando un granero de color marrón.

El extraño me estudió cuidadosamente, escuchándome con atención y después de un par de minutos, comprendiendo que no se trataba de la vanguardia de una invasión, me dijo:

—El granero que busca está hacia allí abajo, a una media milla. Ya puede marcharse. Yo borraré sus huellas. —Se rio entre dientes al oír la voz de la radio comunicando la noticia del robo. Emprendí de nuevo la marcha, mientras él se dedicaba a hacer desaparecer todo vestigio de mi paso. Todo estaba en silencio, excepto la voz de la radio y el zumbido del motor. La noche se estaba echando encima y ya se veían algunas estrellas titilando en el firmamento.

Al fin descubrí el granero entre las sombras de la noche. Salí del coche y abrí una de las grandes puertas y después me puse de nuevo al volante introduciéndome en el interior. Olía a grano y a alfalfa y la temperatura era más elevada que afuera.

Me sentí tranquilo, fuera de peligro. Cerré cuidadosamente la puerta y después volví a meterme en la cabina del coche, encendiendo un cigarrillo y disponiéndome a descansar. Encendí el único faro de que disponía para ver el lugar en el que me encontraba. El rayo de luz abrió un camino entre el polvo y la oscuridad. Había un montón de alfalfa y de sacos de grano y, colgado de la pared, un cabestro muy viejo que debía haber llevado un caballo hacía ya mucho tiempo. También se veía un amarillento y estropeado retrato de Raleigh clavado en la pared y me quedé contemplándolo pensativamente preguntándome qué sería lo que iba a ocurrir próximamente.

Mi mente siguió después repasando los acontecimientos que me habían ocurrido últimamente, deteniéndome de pronto a considerar las palabras del enviado de Harris.

—Ya sabemos perfectamente el motivo de la función al aire libre... —Recordé la hilacha de lana del quicio de la puerta del coche de Guthrie y las

palabras—: Y hay alguno de los nuestros a quien encantaría deshacerse de todos ustedes. —Recordé entonces la voz de Ted Nye que se sobrepuso a la del enviado de Harris como si fuera un eco de advertencia—. Digamos que lo que necesito es que en California se diviertan mucho. La gente tiene que divertirse mientras se van haciendo algunas grandes realizaciones...

De una cosa estaba seguro y era que todavía formábamos parte del «Comus». Y de que era muy extraño que tuviéramos en el coche guardarropía demasiado instrumental y aparatos eléctricos para iluminación de la escena de una función que verdaderamente no necesitaba casi nada de eso. Al hombre del suéter marrón no le había costado demasiado tiempo el descubrir lo que había ido a buscar. No pudo haber estado buscando mucho tiempo, pues no dispuso apenas más que del suficiente para entrar y salir. Y ahora los rebeldes conocían el misterio y tal vez yo también lo supiera cuando me entrevistara con Harris...

La pregunta que me formulé fue:

—¿Y qué haría yo cuando lo supiera?

¿Advertir a Guthrie que la pequeña trampa que se ocultaba en nuestra jira había sido descubierta? ¿Avisar a Ted? Pensé que ya tendría tiempo de decidirlo cuando conociera el motivo de que Ted me hubiera metido en este lío.

Sentí sequedad en la garganta y un imperioso deseo de licor. Los problemas que tenía delante me acuciaban despiadadamente y necesitaba imprescindiblemente beber para forjarme un mundo que me apartara de mi triste realidad. Después que me había decidido a volver a la vida no había experimentado un deseo tan vehemente de whisky. Me aferré a la idea de que si podía volver pronto a la ciudad podría echar un par de tragos antes de que empezara la función.

Di unas palmaditas en el flanco del «Hedgehopper», desconecté la radio, paré el motor y metí la llave del coche en el bolsillo, que resonó metálicamente al dar contra la pistola.

—Buenas noches —le dije—. No te preocupes chico. que ya vendrán por ti.

La gente que pululaba por las calles de San Andreas era mucho más numerosa de lo que yo suponía para una noche como la del viernes. Las calles estaban intensamente iluminadas y muchos comercios tenían abiertas sus puertas. Los hombres se paseaban tocados con sus anchos sombreros y las mujeres luciendo sus trajes domingueros. Todos hablaban nerviosamente y parecía que estaban dominados por la intranquilidad. No me extrañó su estado de ánimo, sabiendo lo que habían pasado últimamente, pero no me gustó su actitud.

Todavía sentía la necesidad de beber, pero ahora temía hacerlo. No había contado con encontrarme con una gente con un ánimo tan excitado. Pensé que para encontrar a mis artistas lo mejor que tenía que hacer era seguir la dirección que llevaba la mayoría. Así lo hice y la corriente me llevó hasta

frente las relucientes gradas de acero que se levantaban por encima de las cabezas del público. Guthrie las había montado convenientemente de forma que la marmórea y severa cara de Raleigh se viera perfectamente. .El grandioso monumento ya no estaba iluminado como antaño, pero se podía ver el sereno rostro mirar resueltamente hacia el infinito por encima de los tejados de las casas colindantes.

Las gradas estaban colocadas frente a frente y en medio de ellas quedaba el espacio destinado para nuestra representación teatral. A diestra y siniestra estaban las fachadas de los comercios que debían ser parte de nuestro escenario. Comprobé admirado la maña que se había dado Guthrie para colocar los focos por encima de las cabezas del público de modo que sus rayos privaran la visibilidad de cualquiera que no estuviera en las gradas.

El coche de Guthrie había sido aparcado detrás de las gradas y me di cuenta de que había dejado entre éstas un espacio lo suficientemente amplio para que le permitiera poder contemplar toda la escena desde la puerta trasera del mismo. Los otros dos vehículos estaban arrimados a la acera y por el continuo movimiento de balanceo que se observaba deduje que los artistas debían estar dentro de los mismos arreglándose los trajes y maquillándose y sin duda alguna nerviosos, como ocurre comúnmente en una noche de estreno. Yo tenía que vestirme y maquillarme, pero deseaba primero hablar con Guthrie.

Le encontré debajo de las gradas comprobando los soportes. Parecía muy preocupado y tenía motivo para ello. La mayoría del público que se agolpaba a su alrededor estaba compuesta de jovenzuelos, muchos de los cuales llevaban en la solapa triángulos de papel con el 93 escrito en el centro de la estrella azul. Parecía que se estaban preocupando de nosotros más de la cuenta y en especial se entretenían en ridiculizar a Guthrie, quien trataba de hacerse el desentendido, aunque su rostro denotaba la tensión a que estaba sometido. Me di cuenta que todavía continuaba con el hombro inmóvil, pero aparte de esto sus movimientos eran sorprendentemente ágiles para un hombre de su edad.

No cabía duda de que se alegró cuando me vio.

—Ha llegado tarde —me dijo—. Creí que dijo que se había puesto la ciudad en el bolsillo y de que trabajaríamos tranquilamente. Ya ve como está todo. ¿Qué piensa hacer ahora?

Mientras hablaba se abrió paso entre la multitud un pequeño grupo de jovenzuelos que arremetió vociferando histéricamente contra los soportes de las gradas. Todo el conjunto vaciló ante la bestial acometida y se tambaleó peligrosamente produciendo un estridente chirrido metálico.

Al ver aquello Guthrie exclamó:

—Esto está ocurriendo desde el mismo momento en que empecé a montarlo y cada vez se está poniendo peor. ¿Qué es lo que tenemos que hacer?

Empecé a decir algo pero un estrépito como el que pudiera ser

producido por una enorme plancha de hojalata siendo arrastrada por la calle a toda velocidad, cortó en seco mis palabras. En seguida empezaron a oírse carcajadas y un griterío ensordecedor. La gente se apartó y apareció una pandilla de hombres que tenían trazas de ser cosechadores y que reían y gesticulaban frenéticamente mientras arrastraban por el suelo unas planchas enormes muy finas de color rojo claro, que reverberaban la luz de la iluminación callejera cuando eran sacudidas. El rojo era color del «Comus».

Yo sabía de dónde procedía aquel material. Eran planchas de plástico arrancadas de la estación de control del «Comus» que estaba junto a la carretera. Uno de los cosechadores gritó desaforadamente y arrojó contra nosotros una de las planchas, que se deslizó a toda velocidad al nivel de la calle hasta que pegó violentamente contra las patas de acero que sostenían las gradas, rompiéndose en mil pedazos con un terrible fragor y saltando muchos de ellos hasta alcanzar a la multitud vociferante que rio y protestó gesticulando.

Guthrie me miró en tono expectante.

—Espere un minuto —le dije. Eché un vistazo a la calle que estaba a nuestras espaldas, atestada completamente de gente. Como había supuesto, vi un rostro que no me era desconocido. Me fui hasta la acera y me detuve en la esquina durante un minuto para vigilar a la gente. Después torcí a la izquierda y bajé por la calle, caminando casi pegado a las fachadas. Al cabo de un momento volví la cara y vi una oscura silueta que seguía cautamente mis pasos.

—¿Harris? —pregunté tranquilamente.

—Hola, Rohan —contestó.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté, no pudiendo impedir el tono irritado de mi voz.

—Todavía no ocurre nada -— replicó cínicamente—. Lo único que tratamos de asegurarnos es de que usted cumplió el compromiso que establecimos de común acuerdo. ¿Consiguió lo que habíamos convenido?

—Lo conseguí. ¿No le informó de ello el centinela que tiene apostado cerca de la granja?

—Todavía no. ¿Puede probar que entregó el género?

—¿Pero... ¿cómo diablos quiere usted que lo pruebe? i No me lo puedo meter en el bolsillo!

—¿De verdad?

—Pero si quiere la llave, eso si que cabe —le contesté irritado, al tiempo que metía la mano en el bolsillo—. Es ésta. Tómela.

La cogió y se la guardó.

—Está bien. Mañana me haré cargo. Muy bien, deme diez minutos y ya puede usted empezar la función.

—Espere un momento, por favor. He oído que tiene usted noticias para mi informándome del motivo por el que estamos aquí.

Vaciló brevemente.

—Creemos que lo sabemos y creo que tiene usted derecho a conocerlo. Usted es de los nuestros. Según tenemos entendido llevan ustedes en ese coche de los trastos una especie de detector de minas, pero en realizar no sirve para detectar minas.

—Entonces para qué sirve?

No me respondió directamente.

—El «Comus» tiene una serie de aparatos desparramados por toda California. Este artilugio es uno de ellos. Es sensitivo, muy sensitivo, y está ideado para detectar cierta clase de radiación, y sólo hay una clase de radiación en California que le pueda interesar al «Comus».

No me costó mucho tiempo en adivinar de lo que se trataba. No cabía duda que era el «Anti-Com» lo que el «Comus» andaba buscando. Así es que nosotros íbamos viajando con el detector del «Anti-Com» encima. Esto si Harris no estaba equivocado. Y si el hombre del suéter marrón tuve tiempo suficiente para descubrirlo de un vistazo, que es lo máximo que pudo hacer cuando se introdujo en el coche. Se me ocurrió preguntarme si no habría pensado Ted en la posibilidad de una irrupción enemiga y hubiera colocado una trampa fácilmente visible para engañar a los enemigos del «Comus». No, posiblemente no lo habría hecho, pero me quedó la duda.

—No parece estar usted demasiado preocupado por esto —le dije.

—¿Va usted a impedirnos la jira?

—No. Todavía no, por una serie de razones.

—¿Por qué me lo dice? —pregunté súbitamente.

Empezó a reír.

—Quizá sea que quiero ver lo que hace —dijo mirándome de una forma extraña—. No se preocupe, Rohan. Sabemos lo que nos traemos entre manos. ¿Por qué no se va ahora a la plaza y empieza la función? Estaré en primera fila, de modo que espero que trabajen bien.

—Sí, actuaremos lo mejor posible —contesté entristecido. Vámonos.

CAPÍTULO XVI

Quedaba bien patente que los cosechadores y los mozalbetes habían respondido a la orden de Harris como si fueran un solo hombre, porque cuando regresé todo estaba completamente calmado. Sin embargo, no dejé de vista a los cosechadores. Yo sabía lo que era trabajar de la forma que ellos lo hacen, trabajar sin parar la mayor parte del día y sin más diversión que la de irse a dormir extenuados y volver a hacer lo mismo al día siguiente. Cuando se vive así se necesita un poco de excitación y se desea que haya camorra, Para hombres como éstos una revolución al por mayor significaría un magnífico modo de divertirse. Y me imaginé que muchos de ellos no sentirían demasiados remilgos en unirse a los renegados y dedicarse como ellos a cortar orejas.

Obtuvimos una magnífica entrada. Cuando Guthrie, que era el encargado de la taquilla, me indicó que ya podía empezar la función, las gradas estaban ya casi Llenas de público.

Sentía molestias en la cara de resultas del maquillaje y me notaba las manos y los pies fríos. Me di cuenta de esto desde un principio, pero estaba demasiado preocupado con lo que me había dicho Harris y con las cosas de la función para meditarlo con calma. Me tenía que asegurar de que los Henken estaban preparados para salir a escena y de que los demás también. Me estaba pasando algo extraño, pero hasta que los Henken hicieron su aparición no tuve tiempo para reflexionar seriamente.

Cuando hicieron su aparición vi que ambos estaban maquillados exageradamente. Se colocaron en el escenario pasando por el espacio libre que quedaba entre el final de las gradas y las fachadas de las casas. Entraron pausadamente, como si fueran a pasear en vez de salir a trabajar. Eileen se fue a cobijar en un portal. Pod se paseó tranquilamente por el escenario llevando el sombrero casi en el mismo cogote y más parecía uno del público que se hubiera extraviado que un artista que estaba actuando. Llegado que hubo a la acera se levantó calmosamente los perniles hasta las mismas rodillas, sentándose en el bordillo al tiempo que manifestaba ruidosamente, sin recato alguno, el dolor que en sus huesos causaba el movimiento. Después metió mano al bolsillo y sacó un grueso pedazo de madera, poniéndose a mondarlo y a levantarlo de vez en cuando para comprobar si su trabajo respondía a sus deseos. Poco a poco el público fue callándose, hasta quedar en el más absoluto silencio, extrañado de aquella clase de función teatral.

La voz de Eileen procedente del portal atrajo la atención del público. Era una voz firme y perfectamente controlada.

—¡Papá! —exclamó—. ¿Me oyes, papá? Creo que habiendo esta noche en la ciudad esta gente deberías dedicarte a algo mejor que entretenerte cortando madera.

—Ya te oí, mamá —respondió Pod sin levantar la cabeza—. Si esta noche estuviera en el «Irish Rose» me gritarías aún más fuerte.

Un estruendo de carcajadas coreó las palabras de Pod. Pod se entretuvo comprobando el filo de la navaja con los dedos, dando tiempo a que la gente expresara su complacencia. La función ya estaba en marcha.

Respiré profundamente y tuve tiempo de pensar en el próximo a salir a escena, yo mismo. Al pensarlo no pude contener que los nervios se apoderaran de todo mi ser, que mis labios se pusieran rígidos y mis manos heladas como si fueran de hielo y temblorosas a la vez. Era curioso el ver que a pesar de que mi mente había estado preocupada intensamente con tantas cosas, era mi cuerpo el que ahora se asustaba. Se trataba del nerviosismo de la escena. Yo sufría entonces un fuerte ataque, quizá el más fuerte que había experimentado en mi vida. Todo el mundo que ha pisado las tablas sabe lo que es esta clase de terror que se apodera inhumanamente de uno. Apreté los puños con fuerza para dominar el temblor de mis manos y busqué con la mirada a los demás.

Cressy, que llevaba puesto un vestido de color amarillo claro de falda acampanada, se mantenía con la cabeza mirando al suelo, los labios temblorosos y la mente concentrada en el papel que dentro de unos minutos tendría que desempeñar frente al público; su versión de Susan Jones. Polly tenía una mano sobre los ojos y se veía que sus labios se movían visiblemente, concentrada también en su papel, olvidándose incluso de Roy, quien se paseaba arriba y abajo con pasos rápidos y cortos, mientras murmuraba seguramente los diálogos de su papel. A pesar de la caracterización se notaba que estaba pálido. Tenía un punto rojo marcado a cada lado de los ojos y viéndolo de cerca le daba un aspecto extraño.

Les miré sólo una vez y después aparté la mirada, olvidándome de sus preocupaciones, de la revolución que se estaba incubando, del peligro de que el público nos reservara alguna mala sorpresa y de todo. Padecía como una especie de amnesia. No tenía ni la menor idea de cuál era el momento en que tenía que salir a escena ni de lo que tenía que empezar a decir. Y a pesar de todo no tenía importancia alguna este estado de ánimo, pues aunque me acordara de todo no podría ni hablar porque mis labios parecía que se habían quedado congelados de repente y mis rodillas demasiado débiles para poder soportar mi pobre y atemorizado cuerpo.

—Y aunque todo esto no fuera verdad —me dije para mis adentros— no podríamos hacerlo bien porque no hemos ensayado lo suficiente. No podemos efectuar la función. Si salimos nos sacarán a bofetadas. No somos más que seis pobres estúpidos que nos vamos a comprometer demasiado si salimos.

Vi entonces a Cressy que continuaba nerviosa y se estaba arreglando la ancha falda, escuchando con mucha atención las voces procedentes de la escena. Contó hasta cinco cuidadosamente y al llegar al cinco salió airosamente a la vista del público. Escuché su voz que decía palabras que para

mí no tenían ningún significado.

Polly me estaba tirando del brazo.

—¡Le toca a usted! ¡Rohan, salga a escena!

Por unos instantes empezó a dar vueltas bajo mis pies el continente entero y esto era Nueva York y el Teatro Raleigh, y yo estaba en los bastidores escuchando la voz familiar de aviso para que saliera a actuar. Pero la última vez que oí aquellas palabras estaba sumido en los vapores del alcohol, y las mismas sonaban incoherentemente en mi mente. El recuerdo fue tan real que por un momento me sentí como si estuviera por completo bajo los efectos de su intoxicación, porque no hubiera bebido. Pensé repetidamente: *No lo puedo hacer, no lo puedo hacer, no puedo. He fracasado demasiadas veces y esta vez también fallaré.*

Pero imprevistamente las manos de Polly me empujaron suavemente hacia la salida y mis débiles piernas me llevaron frente al público.

Me sentí deslumbrado. Notaba el calor de la iluminación en la cabeza, hiriéndome cruelmente. Me encontré con una cantidad enorme de rostros que me contemplaba con atención. Extrañé inmediatamente el escenario. Me vigilaban de todas partes, ¡de todas! Estaba acostumbrado a tener el público delante, pero aquí no había escenario ni decorados ni nada. No había más que la calle y un público del que desconocía sus intenciones. Era como si de repente me hubiera apartado de las sombras que por tanto tiempo me rodearon y hubiera saltado a encararme con la propia vida. Por un momento me sentí como paralizado ante aquella masa de gente que me contemplaba en el más absoluto silencio.

Entonces Cressy se me acercó, deteniéndose a un paso de mí y ladeando graciosamente la cabeza me dijo con voz firme:

—No creí que vinieras. Verdaderamente no lo creí.

Mi helada mano se levantó por sí misma sin que mi cerebro lo ordenara y le acarició la barbilla. Me di cuenta que se sobresaltó un poco al notar la frialdad de mí mismo, pero sonrió inmediatamente. Entonces oí mi propia voz...

Y es entonces cuando se realizó el milagro. Oí mi propia voz que pronunciaba las palabras con toda precisión, quizá más firme aún que antes. Las oí asombrado de que pudiera hablar con tanta confianza, cor. tanta riqueza, frescas, espontáneas, quizá mejor que nunca. Me sentí embargado por la emoción de tener frente a mí a aquella muchacha de cabellos de ore que no era Cressy, sino Susan Jones, una muchacha, joven, fresca, hermosa, cuya juventud pudiera marcar el camino de la recuperación de la mía si podía ganarla para mi causa. Y yo tenía que lograrlo.

Yo ya no era el mismo, el derrotado. Yo era un hombre de la ciudad que trataba de enamorar a una joven campesina. Pero yo ya no estaba haciendo teatro. Yo *era* el hombre que estaba conquistando a la joven y que queda sin darse cuenta prendido en las finas redes de los encantos de la campesina, incapaz de desasirse de sus mallas. Yo era el hombre que sabía

que no la podría conseguir nunca, pero que tenía que luchar por ella aunque supiera que su lucha sería inútil. Sentí en mi alma el dolor y la angustia de aquel hombre como si fuera verdaderamente yo mismo. Las palabras que iba pronunciando eran las que yo había ensayado tantas veces y así mismo los movimientos, hasta el último gesto, pero ahora mi sentida actuación imprimía a la comedia un aspecto más serio del que debía tener, y no afectaba a mí sólo, sino a todos los artistas que intervenían.

No cambiamos lo más mínimo del diálogo ni de la mímica de la obra, pero ahora, aunque seguía siendo todavía una comedia, tenía unos valores espirituales que ensalzaban notoriamente su calidad y afectaban visiblemente los sentimientos del público que nos contemplaba.

Podía sentir perfectamente la emoción del público y sabía que delante de él tenía que ganar el amor de la muchacha y renovar mi perdida juventud en la fuente de su lozanía. Y el poder que desarrollaba para conseguirlo era enorme. Parecía que la gente se había quedado sin respiración esperando el desenlace de la comedia. Todos los que actuaban conmigo se sintieron contagiados por mi forma de actuar y expresaron con sus gestos y palabras lo que sentían en el alma. Sé que no habría triunfado sin su pleno concurso, pero creo que mi sentida actuación les impelió a seguirme del mismo modo y aunque se lo hubieran propuesto no lo hubieran podido impedir.

«Crossroads» ya no era una comedia que trataba de una pareja que estaba siempre riñendo ni de un hombre ya maduro que lucha incansablemente por un amor imposible. Quizá si lo pudiera conseguir lo despreciaría. Quizá jamás podría conseguirlo, pero mientras lo desea y lucha ardientemente por él, el público se alinea a su lado para ayudarle con todas las fuerzas de su alma.

Estábamos ya cerca del final y volví un momento a mi verdadera personalidad, dándome cuenta que pronto nos encontraríamos con algo que no cuadraba con la nueva versión de «Crossroads» que yo estaba creando a medida que actuábamos. La canción de Polly y mi pelea con Roy. Eran de primordial importancia para el auténtico final de la comedia, pero en cambio significaban un obstáculo para la impresión que yo deseaba dejar al público.

Ya sabía lo que iba a hacer para solucionarlo. Yo era el eje de la función y no había nada que yo no pudiera hacer. La confianza en mí mismo que sentía en mi pecho era más grande que el mismo mundo. Notaba que la tierra se movía bajo mis pies y estaba convencido que lo hacía a impulsos míos, como si yo tuviera fuerza suficiente para ello. Había creado un mundo mágico que daba vueltas alrededor de todos nosotros no mayor que el pequeño mundo al que yo acostumbraba antes a acogerme para rehuir las responsabilidades de la realidad. Pero ahora este mundo acogía en su seno a muchos más y las realidades de su interior eran tan intensas que quemaban al tocarlas.

El momento en que Polly debía empezar a cantar se iba acercando inexorablemente a medida que íbamos pronunciando nuestros diálogos. Pero

la canción seguía inmediatamente a una frase guía que yo debía decir y, cuando llegó la ocasión, no la expresé. Con toda calma y dueño de mí mismo corté una docena de líneas de diálogo de la obra y salté completamente toda la secuencia de la canción. Inmediatamente recalqué el tono de una pregunta que le hice a Polly, que correspondía a la siguiente página del guion, una pregunta que ella tenía que contestar y que debía conducir a mi pelea con Roy.

Lo comprendió admirablemente, sin titubear, sin azararse. Sólo me di cuenta de un breve titubeo de los demás, que empezaron inmediatamente a hacer cálculos mentales para cortar en el mismo sentido sus respectivos diálogos. Sólo unos instantes duró su vacilación, pues rápidamente se movieron en el callejero escenario y ocuparon los lugares adecuados para encajar con los mismos.

Y pronto llegamos al momento culminante de mi pelea con Roy. Pero lo representamos sin la pelea. Seguimos el guion al pie de la letra, pero sin golpes. Al menos físicamente.

El hombre al que yo representaba estaba luchando por una causa perdida y ya ahora lo sabía y el público también y era justo que perdiera. Pero no era en cambio justo que el amante victorioso ganara por un puñetazo. El golpe era emocional, no físico.

Había algo extraño en nuestra representación, algo de gran calidad, porque no empezamos a darnos golpes y esto tuvo como consecuencia que la emoción del público se excitara, puesto que no la habíamos descargado en la escena. Yo sentí la angustia del derrotado enamorado como si se tratara de una realidad. Era intolerable tener que renunciar a la juventud y a la fuente de alegría que para mí representaba la joven campesina. Sentí en mi pecho la desolación y el desespero...

Y en aquel momento me di cuenta que yo no era el hombre a quien representaba y que si fuera él, tendría que conformarme con la derrota, pero no era el mismo.

Así es que estuve conforme en ofrecer la derrota a los ojos del público. No había sido más que una pesadilla, pero al público le gustó. Me encogí ligeramente de hombros mientras me quitaba un peso de encima, un peso que en realidad no había querido llevar... quizá no lo había querido llevar... al fin y al cabo.

La función terminó y durante un prolongado momento el público permaneció en el más completo silencio, pero de repente estalló en un aplauso general que hizo temblar los cristales de las casas.

La ovación duró casi cinco minutos y podía haberse prolongado durante toda la noche. Después la gente saltó de sus asientos y se nos echó encima enfervorecida, deseando estrechar nuestras manos y expresarnos vivamente su agradecimiento.

Cuando por fin cesaron las manifestaciones y estábamos casi solos, oí la seca vez de Guthrie que me llamaba desde su coche.

—Señor Rohan, ¿quiere pasar un momento? Tengo algunas palabritas

que decirle...

Jamás he visto a un hombre tan enfurecido. Durante unos diez minutos estuve frente a él dejándole descargar su ira en voz baja, la cara congestionada por el esfuerzo que hacía para contener los alaridos que pugnaban por abrirse paso en su garganta.

No oí ni una sola palabra de las muchas que me dijo.

Porque Rohan era otra vez el auténtico. Mejor todavía que el auténtico, mejor que nunca en su vida. Todos los sufrimientos que había pasado no eran un precio excesivo para la confianza que mi triunfo teatral me había dado. Ya nada de lo que todavía me quedara por sufrir sería demasiado si podía ganar de nuevo el puesto que me correspondía. Continuaba viendo ante mis ojos el Teatro Raleigh brillando fantásticamente en su oscura calle, con la gente agrupada bajo su iluminada fachada contemplando los brillantes titulares en letras de oro: «LA VUELTA DE HOWARD ROHAN». Rohan había vuelto a la vida. Rohan se encaminaba de nuevo rápidamente hacia la cumbre de la gloria, y nada de lo que Guthrie pudiera decir o hacer podría penetrar las paredes de la nube de gloria y seguridad que me envolvían.

Dejé que Guthrie se desahogara. Dije que sí y después que no, y no dije nada más. En verdad no le oía y dejé tranquilamente que su encendido rostro fuera palideciendo y las hinchadas venas de su frente fueran recuperando su forma normal. No me importaba. Ni siquiera le veía. El mundo daba vueltas sólo porque yo tenía los pies encima y lo hacía moverse a capricho y no existía sobre él nadie más que yo.

CAPÍTULO XVII

El viento soplaba terriblemente cuando llegamos a nuestro destino. De una forma u otra hicimos el viaje completamente callados. Guthrie estaba demasiado enfurecido para brindar o aceptar conversación y los demás también estaban extrañamente en silencio. No sé lo que había esperado de ellos, pero ciertamente, esto no. Pero no me importaba. Apenas me enteraba de que estaban vivos.

Cuando Guthrie se apeó de su coche, le dije:

—Venga aquí. Quiero hablarle. —Al decirle estas palabras le señalé la puerta posterior que daba acceso al vientre de acero de la ballena dentro del cual estaba el aparato de televisión. Puede que se pusiera otra vez rojo de ira y empezara a argumentar. Ni siquiera lo noté.

Yo era aquella noche varios Rohans y uno de ellos había estado pensando mucho durante el viaje de regreso. Otro había permanecido respirando profundamente, contemplando las estrellas y sintiendo el fuerte y cálido viento. Y el último estaba todavía en el escenario rodeado de un entusiasta público que formaba un solo hombre, que respiraba cuando Rohan lo hacía.

Pero el Rohan pensador había descubierto algo importante durante el camino.

—De modo que soy otra vez el de antes. Soy otra vez célebre, incluso más apreciado que antaño. He conseguido todo lo que deseaba. Me ha llegado como un torrente de energía que sólo necesita que lo canalicen. Así es que tengo que canalizarlo. Tengo que volver a la escena. He malgastado ya demasiado tiempo. Necesito dinero para empezar en el mismo sitio en que la abandoné. Mucho dinero. ¿Pero quién me va a respaldar? Ya he fracasado demasiadas veces. Tengo delante muchos telones que me cierran el paso. No me quedan amigos y no habrá nadie dispuesto a gastarse ni un centavo conmigo para que yo me abra camino hacia la cumbre por los medios heroicos. Y yo ya estoy cansado de tener que luchar con las penalidades que a no dudar se presentarán en mi ascensión.

No, ni un centavo. Podía ver frente a mí el centavo que no podía esperar, redondo y brillante, al lado del aguileño rostro de Raleigh y la nube en forma de hongo detrás de su cabeza, para demostrar cómo luchó y conquistó mucho tiempo atrás. Y flotando entre mí y el rostro de Raleigh descubrí la escuálida cara de Ted Nye.

Y entonces pensé en lo tonto que había sido cuando estuve en Nueva York y me comprometí a hacer un trabajo como éste por una pobre recompensa. Podía haber exigido... bien, ¿cuánto? ¿La suficiente para permitirme empezar una nueva función? Probablemente no. De todos modos aquella ocasión ya estaba perdida. Pero quizá hubiera otra ocasión. Esto es lo

que ahora necesitaba... una oportunidad como aquélla. Algo nuevo de Nueva York que me proporcionara dinero.

El Rohan pensador había estado revolviéndolo todo en busca del tesoro. «Ya estoy aquí —se dijo—. Ya estoy metido en medio del peligro, en un lugar en donde ocurren cosas graves, en donde han pasado muchas cosas y pueden pasar muchas más.»

—Quiero hablar con Nye —dije en tono confidencial a Guthrie.

Ya se puede pensar como se puso. No hace falta describirlo.

Contestó que no lo haría, que no podría hacerlo aunque quisiera, que no tenía autoridad suficiente para molestarle. Y aún, después que lo hizo, gruñendo y maldiciéndome, los hombres del otro lado de la línea manifestaron qué no les gustaba la idea. Me senté en el estribo del coche fumando y contemplando las espirales de humo de mi cigarrillo y escuchando el latir del viento contra las altas ramas de los pinos, con la confianza de que todo saldría bien.

Quince minutos después apareció en la pantalla el rostro malhumorado de Nye. Las luces de Nueva York brillaban intensamente detrás de él a través de la ancha ventana abierta a sus espaldas. Pude localizar un rincón de Times Square muy iluminado, que aparecía y desaparecía según los movimientos de su cabeza.

—Escucha, Ted —empecé a decir con plena seguridad, interrumpiéndole lo que iba a manifestar—. Aquí están ocurriendo cosas de las que tú no sabes nada. Yo estoy metido en el ajo y por lo tanto lo puedo saber mejor. Quiero negociar contigo, Ted. Esta noche he tenido el éxito más grande de mi vida y estoy de vuelta hacia la cumbre.

Ted contestó:

—Howard, estás borracho. —Y yo repliqué inmediatamente:

—Cierra el pico y escucha. Si estoy borracho, no es consecuencia de los vapores del alcohol. Ted, necesito dinero, necesito el suficiente para poder financiar una nueva obra. Me lo puedo ganar. Aquí están pasando muchas cosas.

Contestó agriamente:

—No. Estás hablando como si estuvieras loco. Howard. Dispongo ahí de hombres especializados en la materia, así es que no te inmiscuyas en asuntos que no te incumben. Lo único que harías sería estropearlo todo.

—Muy bien, pero te tengo que decir que la otra noche no te lo conté todo, Ted —repliqué—. Han *sucedido* cosas. No estaba seguro de cómo te lo tomarías, y, además, entonces no me preocupaban. Ahora no me importa un bledo lo que pienses. Me voy a introducir de la forma que sea en la organización rebelde y voy a averiguar lo suficiente para ganar con el valor de la información el dinero que me permita volver de nuevo a mi teatro. ¿Qué me dices de esto, Ted?

Empezó a negarse, pero hizo una pausa y sus penetrantes y ansiosos ojuelos trataron de escrutar en mis pensamientos. Finalmente dijo con voz

cansada:

—Continúa hablando. Te escucho.

Un rápido destello de mi imaginación me advirtió que no lo contara todo de golpe. Ahora no era conveniente. No debía contárselo todo.

—Cuando llegué aquí me encontré que las cosas estaban aún peor de lo que dijiste —empecé a relatar—. Para poder llegar hasta los gerifaltes de San Andreas tuve que sostener un mal encuentro con los muchachos que me habían designado. Ya me vista más tarde. Ya sabes de lo que se trata. Bien, pues entonces no te dije a quién vi, ni te dije que los que me concedieron el permiso para actuar en San Andreas son los componentes del Comité de Liberación local.

Nye se inclinó para mirarme escrutadoramente, permitiendo ver casi todo Times Square detrás de su oreja izquierda. Las luces de Nueva York brillaban intensamente a tres mil millas de distancia.

—¡Al diablo con nombres! Les podría identificar, pero no quiero. Son gente de poca categoría y los puedo utilizar para descubrir a sus amos. Necesito dinero, Ted. Quiero que me asignes una misión oficial y te aseguro que obtendré resultados. ¿Quieres información sobre armas y municiones ocultas? ¿Quieres los nombres de los altos jefes de por aquí? ¿Quieres saber lo que es el «Anti-Com»? No tienes más que decidirte y yo te daré las respuestas. Claro, por un precio adecuado.

—Estás soñando, Howard. —Parecía estay muy cansado—. ¿Quieres decir que confían en ti? Fuiste a la ciudad y te dieron el permiso sin pedirte nada a cambio. ¿Nada de detector de mentiras? No lo puedo creer.

Le miré fijamente.

—No tienen aquí detector de mentiras, Ted, y además confían en mí poco más o menos como yo confío ea ti. Pero yo me gané el permiso. Les hice un pequeño trabajito. Robé un «Hedgehopper» y lo entregué al Comité local, así es que ahora soy un rebelde como ellos. ¿Qué te parece esto?

Parecía un perro rabioso.

—¡Miserable bandido! ¡Eres un estúpido, Howard. Yo te avisé! No me quiero meter contra las autoridades locales. Te has metido en un lío mayúsculo que te puede costar el cuello. —Después cambió el tono de su voz —. ¿Para qué quieren un «Hedgehopper»?

—Ni me lo dijeron ni lo pude averiguar. Y te ruego que no te preocupes de mi pescuezo, Ted. Déjame que yo mismo me cuide de él.

—Me tendré que preocupar de tu cuello hasta que hayas terminado tu misión. Te necesito para que dirijas la Compañía, no para que hagas de espía. Espera un minuto, tengo que pensar. —Se frotó la frente con la palma de la mano y suspiró profundamente. Me pregunté qué sería de Raleigh, tendido en su ornamentado lecho. ¿Estaría moribundo? ¿Muerto?

—Muy bien —prosiguió—. Te apoderaste de un «Hedgehopper». ¿Está todavía a tu alcance? ¿Podrías llegar hasta él sin ser visto?

—Creo que sí.

—Muy bien. Le diré a Guthrie que te dé una caja localizadora. Quiero que la coloques debajo de él, en un sitio en donde no pueda ser descubierta. Así podremos ir recogiendo sus señales y sabremos a dónde se dirige. Después de que lo hayas efectuado te vas a dormir y te olvidas para siempre de jugar a espías. Ya tengo hombres bien compenetrados con su trabajo actuando activamente. No necesito aficionados.

—¿Cuánto habrá para mí? —le pregunté.

—Te daré cien más —repuso suspirando.

Le dije con pocas palabras lo que pensaba de él. Se limitó a reírse complacido. La transmisión osciló brevemente. Después movió la cabeza y su oreja eclipsó Times Square.

—Descansa y haz primero lo que te he dicho —continuó—. Ahora dile a Guthrie que pase. Él sabe bien su trabajo. Haz siempre lo que él mande, Howard. Buenas noches. Tómate las cosas con calma y por amor de Dios deja de hacer el héroe y limítate a cumplir órdenes.

—Así lo haré, Ted. Te lo aseguro. Buenas noches, Ted.

Permanecí un momento contemplando el autocar dentro del cual estaba mi litera, sintiendo el cálido viento que me azotaba el rostro y sabiendo que todavía no podía dormir. El amor que el actor había sentido por Susan Jones latía todavía en mí. Miré a las estrellas y comprendí la necesidad que tenía de estar al lado de ella, el amor de Rohan por una joven como Cressy Kellog. Era un sentimiento extraño, fresco, lozano y nuevo, como si todas mis tribulaciones hubieran desaparecido ante los atronadores aplausos de esta misma noche.

Al cabo de dicho momento volví la espalda a los autocares y me fui paseando a través del claro. Todo estaba tranquilo. Todos los artistas se habían retirado a sus camas silenciosamente, ignorándome, y yo continuaba estando solo en el mundo, pero ahora lleno de felicidad y confianza y embargado con este cálido sentimiento de amor. La luz de la Luna penetraba en el claro a través de los pinos, bañándolo con largos rayos azules que daban al ambiente un aspecto de irrealidad, como si realmente fuera un escenario iluminado por los focos. Los helechos parecían de color de plata comparados con los otros árboles, y parecía que todo el bosque secular se había despertado de su letargo. Los pinos, los helechos, todo cuanto me rodeaba estaba vivo esta noche... Hasta el aire tenía vida propia. Hasta yo mismo...

Encendí un cigarrillo y contemplé como el humo de color azul pálido era llevado por el viento a destino desconocido y entretanto me pregunté si Cressy estaría todavía despierta. Me pregunté también si la podría despertar sin que los otros se enteraran. Con este pensamiento en la mente continuó paseando siguiendo la dirección del humo de mi cigarrillo, como si fuera un hombre que caminara soñando, atravesando en su marcha anchos rayos alternos de color azulado y oscuro.

Había alguien recostado en un árbol. Vi que de su mano salía humo de un cigarrillo y oí el roce característico de una falda almidonada. Comprendí

que no había sido yo sólo el que esta noche sentía la nostalgia del papel desempeñado. Cressy también había tomado parte en la función y se había sentido afectada.

Continuaba apoyada en el tronco del árbol mirándome sin demostrar sorpresa, sin decir una palabra. Yo también permanecí en silencio. La función había hablado ya para ambos. Empleando palabras de otro nos habíamos dicho esta misma noche todo lo que queríamos decirnos. Apagué mi cigarrillo cuidadosamente en el tronco del árbol e hice lo mismo con el de Cressy.

Se vino a mí antes de que mis brazos se abrieran para abrazarla, su cabeza se reclinó en mi mano y sus ojos se encontraron con los míos. Su boca dejó de reír y esperó el cálido beso de amor que yo le ofrecía.

Todo cuanto había tenido que perder en mi papel de la comedia se brindaba ahora apasionadamente ante mis ojos. Pero había algo en mi mente que me atormentaba... Mis manos resbalaron poco a poco por su cuerpo y la dejaron libre. Había algo que me atormentaba.

Sentía como si una puerta se cerrara lentamente.

Una voz de mi interior me decía:

—No, no. Este no es el momento oportuno. No es para ti, todavía no.

—Y después el incontrolable recuerdo del sueño parecía que me miraba como si fuera un relámpago y que desaparecía súbitamente de mi vista antes de que pudiera verle la cara. Vi algo brillante que desaparecía rápidamente hacia abajo, demasiado fugaz para ser leído y demasiado brillante para ser ignorado. Eran las palabras de fuego que yo quería conocer, pero que no debía saber. Todavía no.

Cressy se marchó. No nos dijimos nada.

Antes de que mis manos la dejaran libre estuve contemplando su asombrado rostro y moví la cabeza aturdido. Después caminé lentamente a través de la oscuridad encaminándome hacia la caravana, en busca de mi cama.

Me estuve mucho tiempo despierto, incapaz de dormir. Estuve contemplando las estrellas y oyendo ulular el viento. Estaba demasiado aturdido para poder conciliar el sueño.

Una cosa parecía cierta. Todo cuanto había soñado en la habitación de Nueva York no era producto de un sueño, sino que se trataba de una realidad. Tenía que ser real. Ofuscado mentalmente por los vapores del alcohol y bajo los efectos de las drogas debía haber percibido la figura borrosa de un hombre de carne y hueso que me estaba diciendo al oído palabras reales que mi estado semiinconsciente iba deformando a medida que las pronunciaba. El saber quién era y porqué me habló todavía continuaba preocupándome a través de las nieblas de la alucinación. Pero lo cierto era que me había dicho algunas cosas que era imposible que yo hubiera soñado. Me había...

Miré a las estrellas. Me *había* enviado aquí, hasta esta gente, hasta este bosque. Había elegido este lugar entre todos. ¿Por qué? ¿Qué es lo que me dijo que todavía no debía recordar? Me golpeé la frente con los nudillos

tratando de encontrar la respuesta, pero de este modo no es posible lograrlo.

Una cosa me parecía cierta y era que aquel hombre había plantado en mi cerebro alguna guía que me conducía directamente a... algún sitio. Y esa guía no actuaba precisamente contra mi voluntad, sino contra mi conocimiento. Cuando me apartaba de su derrotero me avisaba inmediatamente, como había ocurrido esta misma noche. Y cuando yo seguía el camino que me trazaba... Recordaba la felicidad que había experimentado durante la función y al venirme a la memoria me sentí de nuevo extasiado en su recuerdo. De pronto me sentí muy cansado, muy tranquilo. Ocurriera lo que ocurriera, estaba seguro de que vencería todos los obstáculos que se interpusieran en mi camino, siempre y cuando siguiera mi propio instinto.

El cielo estaba completamente estrellado y la estrella de los rebeldes centelleaba en sus diversos colores, rojo, azul y blanco por encima de las copas de los perennes pinos. El viento arreciaba su furia y estuve escuchando sus lúgubres silbidos hasta que me hundí en el olvido.

CAPÍTULO XVIII

Una voz vibró intensamente debajo de mi almohada. Era mi propia voz.

—¡Levántate. Rohan! ¡Ya es hora de que te levantes! —Me costó mucho trabajo volver a recobrar los sentidos, y cuando me desperté ni siquiera estaba seguro de quién era yo. Cuando pude desconecté el pequeño magnetofón que había colocado debajo de la almohada en vez de un despertador. El día empezaba a apuntar en el horizonte. Mis compañeros de dormitorio permanecían completamente inmóviles en sus literas. Pod Henken, Roy y Guthrie no hacían el menor movimiento. Estaban profundamente dormidos, cansados del ajetreo del día anterior. El viento iba amainando su furia y las estrellas aparecían cada vez más pálidas. A lo lejos pasaba un camión a toda velocidad y el ruido producido por su marcha llegaba claramente a mis oídos.

Salí del autocar sigilosamente. Nadie se movió. Todavía estaba bastante oscuro bajo los árboles y las pinochas crujían bajo mi paso mientras me dirigía hacia la parada de los camiones. En un bolsillo llevaba la pistola y en el otro la pequeña caja localizador a, la que Guthrie me entregó para que la sujetara al «Hedgehopper». No era mucho mayor qué una caja de cerillas, pero pesaba extraordinariamente con relación a su reducido tamaño. Me detuve en el límite del claro y miré hacia atrás.

En los silenciosos coches estaban todos dormidos. Naturalmente, les debía una excusa. Les había arrebatado durante la función una parte de sus respectivos papeles. A Polly le quité una buena oportunidad y a Roy le robé la personalidad que debía representar y me la pasé a mí mismo sin contemplaciones. Era cierto que me habían seguido magníficamente, pero sin embargo, era evidente que yo les debía presentar mis escusas. Tendría que arreglarlo tan pronto como pudiera. Ahora tenía que arreglar algo más peliagudo que lo de la función y sabía que ya no volvería a ver el campamento ni sus inmediaciones.

Nuestro campamento parecía estar vacío. El viento había borrado las marcas que habíamos hecho en el suelo para representar nuestro escenario, aunque todavía se podían ver sus huellas. Me quedé mirando nuestro viejo escenario y sentí cierta nostalgia por él. Como en sueños pude ver las fantasmagóricas siluetas de todos nosotros ensayando incansablemente, alumbrados por el farol que Guthrie había colgado de la rama de un árbol. Mucho me había ocurrido en este claro del bosque. De él salió un nuevo Rohan, un hombre diferente y seguro de sí mismo.

La certeza que tenía de que nada me podía ya salir mal me había vuelto con todo el ímpetu de un río desbordado, llevándose con su caudal todas las dudas que todavía pudieran albergarse en mi antaño atormentado cerebro. En mis bolsillos, la pistola y la cajita se contrabalanceaban mutuamente. Caminé

entre los dos a través de la semivencida oscuridad, un poco aterido de frío y un poco asustado por la soledad del bosque, pero sintiendo en el corazón la alegría de vivir y de vencer.

Desayuné un par de huevos y café en la estación, servido por una soñolienta camarera que estaba tras el mostrador. Después hablé con el chófer de un camión que iba hacia San Andreas y conseguí que me llevara en su coche. Me apeé en el lugar oportuno y me puse en marcha a través de los campos con dirección al granero. No fue nada difícil.

Era un día en que yo no podía cometer la más mínima equivocación. El episodio de la última noche con Cressy se había disuelto en mi mente como si se hubiera tratado de un sueño. Pensé después que si hubiera por las inmediaciones del granero algún centinela debía estar seguramente dormido o bien estaba vigilando por la otra parte. La puerta se abrió bajo mi impulso rechinando ruidosamente y me metí adentro sin pérdida de tiempo. El «Hedgehopper» continuaba en el mismo lugar en que lo dejé. No podía cometer equivocaciones. Me iba en ello la vida.

Acaricié su flanco y vibró todo su cuerpo, como si se sintiera satisfecho de tener mi compañía. La cajita localizadora pesaba en mi mano. La coloqué debajo de su nervioso cuerpo y antes de que tocara su superficie se levantó por sí sola y quedó fuertemente adherida a la misma. Supuse que estaba fuertemente magnetizada. De cualquier forma, se quedó pegada como si fuera una lapa.

Me parecía estar escuchando la agria voz de Nye mientras me decía:

—Y por amor de Dios déjate de hacer el héroe y cumple las órdenes.

Me reí de ello y después de dar al «Hedgehopper» unas cariñosas palmaditas salí afuera rápidamente. No tenía la menor intención de cumplir órdenes de nadie.

Desde el punto de vista de Nye, todavía no había terminado mi misión. Desde mi propio punto de vista, todavía no había empezado. Esta ocasión, ganada con mi sangre, sudor y lágrimas, no me la iba a perder bajo ningún motivo. Yo me arriesgué la cabeza poniéndome en contacto con los rebeldes y robando el «Hedgehopper». Aprovechándose de los peligros que yo había pasado habría alguien que iba a hacer descubrimientos. a encontrar pistas interesantes y a ganarse crédito. Mi intención era que ese alguien fuera yo mismo.

El aparato en sí mismo no era nada. Podía o no llegar a algo importante. Yo necesitaba algo verdaderamente importante que me facilitara mi vuelta al teatro. Permanecí en la débil oscuridad estudiando atentamente mis ideas. ¿Lo podría hacer? ¿Se mantendría firme la tierra bajo mis pies? Sí, pisaría terreno firme. La confianza invadió todo mi ser, instándome a que no vacilara en mis propósitos. Iba por el camino recto y no habría retroceso posible.

Cuando me decidía a hacer algo no había nada que me detuviera.

Mientras subía la cuesta de la montaña el bosque había empezado a despertarse. Los pájaros revoloteaban alegremente entre las ramas de los

árboles y sus trinos alegraban el ambiente. La fragancia del bosque me embargaba, dándome una sensación de felicidad. Me senté debajo de un árbol para contemplar extasiado las bellezas de la Naturaleza. Era maravilloso vivir.

Si no me había equivocado, cualquiera que fuera a por el aparato tendría que pasar con él por el lugar en que estaba sentado. Seguramente no se lo llevaría por el mismo camino que recorrió para llegar al granero, y todavía era menos posible que se lo llevara con dirección a San Andreas. Desde mi elevada posición podía ver la dirección que tomaba y llegar al camino antes que él.

Hacía ya mucho rato que esperaba en vano su aparición y ya me estaba amodorrando. Seguía sintiendo la fragancia del bosque y oyendo el canto de los múltiples pájaros que jugueteaban alegremente. Pero de pronto me despertó de mi modorra un zumbido lejano. De momento no vi ningún movimiento sospechoso, pero pronto descubrí que las altas espigas de trigo de uno de los campos cultivados se abrían unos instantes para dejar pasar al «Hedgehopper», que desapareció otra vez de mi vista, aunque podía observar el movimiento de las espigas abriéndose a su paso. Iba tripulado por un solo hombre y de esto estaba bien seguro. Se dirigía hacia la montaña a juzgar por su casi imperceptible zumbido.

Me lancé inmediatamente a la carrera cortando por un atajo que me conduciría a la cumbre antes de que llegara. Tenía tiempo suficiente para ello. Me sentía optimista, pensando que la suerte no me abandonaba. No sabía exactamente lo que iba a hacer, pero esto no me preocupaba en absoluto. Me había vuelto la buena suerte y sabía que ya nada me podría salir al revés. Percibía cada vez más potente el zumbido del aparato a medida que se iba acercando a mi posición. Saqué la pistola y seguí corriendo evitando al mismo tiempo las peligrosas ramas de los árboles que estaban muy bajas en aquellos andurriales. El «Hedgehopper» se dirigía hacia una hondonada que había en la cumbre del monte y deseaba llegar yo primero allí.

Llegué muy poco antes que él, pero en mi veloz carrera di con la frente en una rama rota y sufrí un fuerte rasguño. A pesar de todo tuve suerte, pues el accidente podría haberme sido fatal. Noté que la sangre me corría por la cara y la aparté como pude con un pañuelo, enfurecido conmigo mismo por no haber tenido más cuidado. Llegué al fin a la hondonada jadeando y miré inmediatamente hacia abajo, viendo a poca distancia el ovalado torso del «Hedgehopper» que saltaba vivamente ascendiendo rápidamente la cuesta que le separaba de mí. El conductor estaba sentado en la cabina y le veía perfectamente sus rodillas. El aparato saltaba sobre sus patas traseras, alargándolas para dar los saltos y encogiendo las delanteras. Ya estaba lo suficientemente cerca para que mi disparo no pudiera errar el blanco.

Apunté con mucho cuidado a su rodilla izquierda y oprimí el gatillo. El estampido del disparo repercutió en el bosque y su eco fue saltando de árbol en árbol hasta parecer verdaderamente como si se tratase de un nutrido tiroteo. Quizá de esto saqué mi nueva idea.

Vi que el conductor se doblaba sobre sí mismo y se cogía la pierna con las manos, mientras el aparato describía un peligroso semicírculo y después se detenía. Entonces la idea brilló en mi cerebro y me marché corriendo del lugar que había escogido. Me fui montaña abajo durante unos segundos, y cuando había recorrido unas cien yardas empecé a gritar como un energúmeno, cambiando de voz tres o cuatro veces. Acto seguido empecé a disparar mi pistola en todas direcciones y después continué gritando otra vez, cambiando la voz y lanzando exclamaciones. Una de mis balas rebotó en una roca y la bala pasó silbando sobre mi cabeza. Los ecos de mis disparos continuaban repercutiendo en el bosque y parecía como si se estuviera riñendo una peligrosa batalla a tiros entre media docena de pistoleros. Cargué de nuevo el arma y disparé tres tiros más, gritando otra vez en diferentes voces. Después me fui tranquilamente en dirección al «Hedgehopper».

Mi hombre estaba ahora tendido sobre la hierba apoyándose en una roca. Me apuntaba directamente con una pistola y sus ojos parecían demostrar sorpresa. Dejé mi pistola en el bolsillo y levanté las manos.

—No hay ya peligro —le dije—. Se han marchado. ¿Está usted herido?

—¿Quiénes eran? —inquirió, sin dejar de apuntarme.

—Del «Comus» creo, o quizá renegados. ¿Cómo lo puedo saber? No pude verlos bien. —Notaba que la sangre me bajaba de la frente y pensé que esto me ayudaría en mis propósitos—. Tuve suerte —le dije con modestia—. Todo lo que me hicieron fue esto. ¿Y a usted?

—No se preocupe de mí —replicó sin dejar de vigilarme por encima del cañón de su pistola—. ¿Quién es usted? ¿Qué está usted haciendo aquí?

Le miré con ojos de inocencia y de sorpresa.

—Pues yo soy Rohan. Estuve en San Andreas con mi gente trabajando en una función de teatro. Y además soy el hombre que robó este «Hedgehopper» cumplimentando órdenes de Harris. —Me molestaba mucho la sangre de mi rostro y hice un gesto para volverme—. Si no está herido, me voy a marchar —dije.

—Le pregunté qué es lo que estaba haciendo por aquí. —Dio un golpecito con el cañón de la pistola en la roca para recordarme que la tenía en la mano.

—Le diré la verdad —le dije candorosamente—. No estaba seguro de lo que planeaba Harris hacer con el aparato. De todas formas, yo fui quien lo robé. Mis huellas digitales están impresas en él. Si Harris quisiera que me fusilaran no tendría más que hacer que llevarlo a la más próxima estación del «Comus». Estuve pensando durante toda la noche en esta posibilidad y no pude conciliar el sueño de ninguna manera. -Tenía necesidad de asegurarme. Cuando le vi a usted que salía del granero en dirección a la montaña creí conveniente subir aquí para ver quién era el que iba dentro. Quizá fuera conducido por los del «Comus»,

Entonces oí disparos —me aparté con la mano la sangre de la frente—. Probablemente no eran más que dos y ahora deben estar ya a una milla de

aquí. —Hice una pausa—. Bueno, ¿me puedo marchar ya? —añadí en tono de ruego.

Se incorporó un poco más y dejó de apuntarme con la pistola.

—Tuve suerte de que estuviera usted por aquí —dijo en tono no muy convencido—. Gracias. —se miró la pierna. A la altura de la herida la ropa del pantalón estaba manchada de sangre.

Contesté inmediatamente:

—No parece ser leve. Es mejor que lo vea. —La bala le había atravesado limpiamente el muslo, dejando un agujero a cada lado de él, y por ambos agujeros la sangra manaba en abundancia. No creía que la herida fuera verdaderamente grave, pero me convenía que él creyera que lo era. Esperaba tener delante de mí a un individuo que no fuera precisamente un héroe, y al parecer no me equivoqué—. ¿Tiene un pañuelo? —le pregunté—. Está usted perdiendo mucha sangre y esto es muy peligroso. Quizá sea mejor que se vaya a la ciudad. —Hice una pausa para dejarle tiempo para pensar y después añadí —: Si quiere, puedo conducir yo. Creo que usted no está en condiciones de hacerlo.

Parecía estar muy pálido, pero no dijo ni sí ni no. Se limitó a decir:

—Probemos a ver si puedo meterme dentro. Quizá se pare la hemorragia.

Le ayudé con la mejor voluntad.

CAPÍTULO XIX

Quince minutos después estábamos los dos en la cabina del «Hedgehopper», yo en el volante. Continuábamos el camino que llevaba cuando fue alcanzado por mi disparo. Todo me salía a pedir de boca. No podía cometer ninguna torpeza.

Corríamos a toda velocidad por las montañas. Nos dirigíamos hacia el norte, siguiendo la dirección que mi nuevo amigo me iba indicando en ruta. Se llamaba Cliff. No quise hacerle ninguna pregunta, pues tampoco necesitaba hacérsela. Sabía que en el vientre del aparato continuaba fuertemente aferrada la cajita localizadora que iba emitiendo sin cesar sus invisibles ondas a los hombres del «Comus». En algún mapa de la organización habría un puntito luminoso que iba avanzando a medida que nosotros lo hacíamos. Seguramente en el mapa podían seguir la dirección que llevábamos. Yo, sin embargo, no sabía hacia dónde íbamos, aunque no me importaba. Cliff lo sabía y yo también lo iba a conocer pronto sin lugar a dudas. Por dos veces oí el lejano zumbido de helicópteros que volaban muy lejos siguiéndonos la pista. En ambas ocasiones hablé a Cliff rápidamente, pero éste estaba demasiado preocupado con su herida para darse cuenta del peligro.

Pensé en mis artistas, que en aquellos momentos estarían recogiendo los enseres del campamento preguntándose qué es lo que me había ocurrido. Dejé que sus imágenes pasaran una a una por mi mente. Guthrie y sus conflictos. Polly y Roy con sus diferencias, Cressy, el foco de la atención de todos nosotros y los Henken, con tan poca vida por delante. ¿Cuánto tiempo me esperarían?

Lo sentí un poco por Guthrie, que seguramente §hora estaría completamente indeciso, no sabiendo qué iba a hacer en la próxima función si faltase Rohan. Déjale que sude un poco, me dije. Douglas Flats no está demasiado lejos y yo sabía de cierto que llegaría a tiempo para trabajar allí y mis artistas también confiarían en ello. Llegaría a tiempo aunque tuviera que atravesar las montañas, pero mientras tanto tenía delante otra clase de trabajo que prometía ser muy remunerador.

Una media hora después llegamos a la cima de una montaña y empezamos a descender por la ladera hasta meternos en un fértil valle, uno de los más bellos que había visto en mi vida. En medio de él serpenteaba un río de aguas azules que se perdía en la lejanía. Las hierbas alcanzaban una altura suficiente para cubrir a un hombre, y las flores de todas clases y colores se veían por doquier.

Cliff señaló hacia adelante, diciendo:

—Allí está.

Se tenía que mirar dos veces para ver la casa. Era ancha y muy baja de techo y sobre el mismo crecía abundante hierba. Seguramente la hierba había

sido plantada allí con el propósito de despistar a los helicópteros de reconocimiento del «Comus».

Dije:

—¿Qué es eso?

Y Cliff respondió:

—Un centro de distribución.

Después continuó cuidándose de su herida, sobre la que había un pañuelo impregnado de sangre. Desde el momento que vi la casa no aparté la vista de ella, y mi corazón empezó a latir violentamente. Dependía mucho para mí de lo que ocurriera en los cinco próximos minutos. Lo que pudiera hacer antes de que los helicópteros tomaran por asalto la casa, significaba mi éxito o mi ruina total. Significaba si Rohan iba a volver a ser de nuevo cosechador o a pisar los escenarios de Nueva York. Y todavía no tenía una idea fija de ¿o que iba a hacer. Tendría que decidirme a actuar en el interior de la casa, aprovechando las oportunidades que se me brindaran.

La alta hierba golpeaba contra el cristal del aparato a medida que avanzábamos a través de la superficie del valle. Por dos veces nos detuvieron los centinelas apuntándonos con sus fusiles, pero después de ver a Cliff nos dejaron pasar. Dejamos el «Hedgehopper» bajo un árbol que se erguía en una esquina del edificio y Cliff, apoyándose en mi hombro, fue avanzando poco a poco hacia la puerta. Al llegar al umbral pude oír un murmullo de voces que procedía del interior. Me continué diciendo que los próximos minutos eran decisivos para mi vida. Tenía que introducirme en la casa y lograr en breve espacio de tiempo alguna información de valor. Lo tenía que conseguir antes de que llegaran los del «Comus».

El interior parecía una colmena. Con una rápida mirada repasé todo cuanto estuvo al alcance de mi vista y me di cuenta que en realidad era una fábrica de municionamiento de los rebeldes. No quise molestarme en pensar cómo había sido posible que tanta gente y tantos pertrechos de guerra hubieran llegado allí sin que los servicios de información del «Comus» lo hubieran registrado. Había largas mesas ocupadas por obreros que estaban al parecer cargando cartuchos y fabricando armas y otro material de guerra. Se veían en las paredes largos estantes repletos de cajas de raciones de combate, uniformes, botas y mantas, así como botiquines individuales de urgencia.

Y en un rincón, casi oculto por una mampara, se veía un hombre que estaba operando sobre una extraña máquina que de vez en cuando emitía un sonido metálico. De allí procedía un fuerte olor a yodo quemado y había otras personas en las inmediaciones que se movían alrededor de una mesa, al parecer absorbidas en un complejo problema de montaje mecánico. Pude ver dos o tres cabezas de los que trabajaban sobre la mesa, y una de ellas era de mujer. Me pareció recordar aquella negra cabellera.

En este momento alguien que estaba cerca de la puerta advirtió nuestra presencia. A partir de entonces se formó un revuelo entre todos los que estaban allí. Todo el mundo quería saber sin pérdida de tiempo qué es lo que

le había pasado a Cliff, y si lo acaecido tendría consecuencias graves para todos. Se entremezclaron varias voces que pedían con ansiedad la presencia de Elaine y del Doctor Thomas. Era visible que temían una emboscada del «Comus». Resultó que Elaine y el doctor Thomas eran la misma persona. Cuando llegó lo hizo calmosamente, fría y meticulosa y vistiendo una blusa azul y pantalones cortos que en verdad la favorecían aún más que la bata que llevaba la primera vez que la vi. Cuando sus negros ojos se posaron en mí parecieron alarmarse.

Según colegí por su actitud, un hombre de cabello gris que lucía una cicatriz en la mejilla debía ser el cabecilla de la fábrica. Elaine Thomas cogió un botiquín de urgencia y empezó a curar la pierna de Cliff, mientras yo le explicaba mi cuento. Seguramente fue una suerte para mí que Elaine hubiera estado presente cuando estuve en la Facultad de Medicina con los gerifaltes del Comité de San Andreas.

—Yo misma le controlé con el detector de mentiras —dijo mirando al hombre del cabello gris que empezaba a hacerme molestas preguntas—. A menos de que haya cambiado por completo de corazón, podemos asegurar que está a nuestro' lado. —Me lanzó una rápida mirada de abajo arriba—. ¿No es así? —preguntó.

—Ya le dije que trabajaría con ustedes, que estaba a su lado mientras no interfirieran mi labor profesional. —Le devolví la mirada. Los negros ojos parecían indicarme que quizá habría algo excitante e interesante entre los dos cuando se presentara la oportunidad de no tener demasiada gente delante, pero después volvió al trabajo de vendar la pierna de Cliff, haciéndolo con gran pericia.

El hombre del cabello gris continuaba muy interesado en la historia de los dos hombres que atacaron el «Hedgehopper» en las inmediaciones de San Andreas. Me costaba ya mucho trabajo lograr que mi argumento pareciera auténtico. Procuré hablar con mucha rapidez, embrollando el asunto continuamente, sabiendo que todo lo que tenía que hacer era continuar hablando para dar tiempo a los del «Comus» a que llegaran y tomaron por asalto la fábrica. Le estuve hablando del «Hedgehopper» que estaba aparcado junto al árbol y le describí a los dos hombre que supuestamente me habían atacado, y entretanto buscaba desesperadamente conseguir de allí algo valioso que me facilitara el dinero para volver a mi teatro. Tenía que sacar algo de provecho. No podía volver con las manos vacías a enfrentarme con la poca cariñosa acogida que seguramente Nye me daría.

Mientras estaba pensando esto oí el primer zumbido de los helicópteros del «Comus». Lo oí porque estaba escuchando atentamente, pero los demás no lo oyeron, pues ninguno levantó la cabeza. Elaine terminó el vendaje y se puso derecha, dedicándose a limpiarse las manos y a mirarme con una delicada sonrisa en los labios.

—¿Y qué es lo que vamos a hacer ahora con usted, Rohan? Esto es un centro privado. Usted no debía conocer su situación, señor Rohan. Significa

un problema para nosotros.

—Pues podría fusilarme —le insinué, regalándole mi mejor sonrisa. Los negros ojazos se clavaron en los míos con un brillo extraño que quería indicar mucho, y no precisamente malo. Pero en su mirada había algo que me daba confianza y se me ocurrió pensar que ya hacía mucho tiempo que nadie me había mirado de aquella- forma.

Me hizo pensar en Miranda. Era una mujer inteligente y hermosa, una mujer apta en su profesión, una mujer que me miraba con interés. Miranda me había mirado como ella lo hacía ahora, pero Miranda había desaparecido y a mí lo que me interesaba era volver a ser el que tenía derecho a ser en la vida.

De repente el sentimiento de amistad que se estaba creando en mí hacia aquella mujer retrocedió y dio paso al resentimiento y a la frialdad. La miré con rencor. La quería gritar en la cara —No me importa lo que quiera ni me interesa su amistad. Lo único que me interesa es progresar yo, nadie más que yo. Yo o nadie, ese es mi lema. No me importa que tenga que olvidar para siempre a Miranda, ni me importa que trabaje con los rebeldes o con Nye, o con ambos a la vez. Sólo me interesa seguir yo adelante. ¡Yo soy Rohan, y hago las cosas como me parecen!

Todo esto pasó por mi mente en cuestión de segundos, mientras la muchacha continuaba mirándome sonriente. Unos segundos después se oyó un fuerte tiroteo y alguien desde la puerta empezó a gritar dando la voz de alarma.

Al oír los disparos se armó una baraúnda espantosa.

Al ver aquello se me cayó el alma a los pies. Todo se me había estropeado. Había perdido mi única posibilidad. Aquí terminaban mis aspiraciones para volver a ser el que fui.

Pero el desorden duró muy poco tiempo, pues unos instantes después se habían organizado y de nuevo la confianza en el éxito renació en todo mi ser. De aquel orden me tenía que aprovechar para la consecución de mis propósitos. Era otra vez el Rohan seguro de sí mismo.

Vi como los hombres y mujeres corrían a empuñar las armas y formaban militarmente, con una precisión y rapidez que hablaban bien a las claras de la instrucción militar que habían recibido para enfrentarse con los hombres del «Comus» cuando negara la ocasión. El hombre del cabello gris se apartó de mi lado y empezó a dar órdenes tanto a los de dentro como a los que luchaban fuera. Los hombres del «Comus» y los centinelas rebeldes destacados en las inmediaciones de la posición rebelde sostenían un nutrido fuego de fusilería. Ninguno de los del interior había disparado todavía su arma, pero todo el mundo estaba preparado en la correspondiente aspillera con el dedo en el gatillo y esperando las órdenes de su jefe.

Yo hice lo mismo que hicieron los demás. Tenía otra vez mi racha de buena suerte y ahora estaba seguro de que no me iba a fallar. Me interesaba mucho lo que algunos rebeldes estaban tratando de salvar, porque lo que querían llevarse era sin duda lo más precioso que tenían. Me estaban diciendo

sin palabras que aquella era mi ocasión.

Continué haciendo el papel como si fuera uno de ellos, mostrándome muy dispuesto a cooperar. Vi a dos mujeres que estaban tratando de levantar la tapa de una caja de rifles y corrí en su ayuda, cogiéndoles las herramientas de las manos y levantándola en un santiamén. Después vi a dos hombres que estaban ocupados en vaciar unos estantes, metiéndose en los bolsillos las cajitas que iban sacando de los mismos. Cogí una silla y subiendo en ella me dediqué afanosamente a vaciar los estantes más altos, poniéndoles en las manos las cajitas que iba sacando de ellos.

Fue entonces cuando pude ver una caja que contenía anillos. Estaba en el estante más alto y a un lado se leía: PELIGRO-VENENO en letras rojas muy grandes. Abrí la tapa mientras alcanzaba con la otra mano más cajitas de antibióticos y entonces vi dos hileras de brillantes anillos dorados que tenían cada uno una bolita azul que parecía ser un ojo inocente. En el revés de la tapa pude leer lo siguiente, que estaba impreso en una etiqueta fijada a la misma.

«Rómpase la bolita con los dientes. Cianuro. Muerte instantánea.»

Permanecí inmóvil durante un momento, aturdido por lo que me parecía ser la mirada de los ojos azules de los anillos, unos ojos que presagiaban muerte instantánea. Después cerré la caja cuidadosamente.

Estuve pensando el porqué los anillos no me habían parecido desconocidos completamente. Estaba seguro que no hacía aún cinco minutos que había visto a alguien en la fábrica que llevaba uno similar a ellos puesto en un dedo. Pero... ¿quién era? Quienquiera que fuese el que lo llevaba, era sin duda un pez gordo, alguien que sabía demasiadas cosas. No hay nadie que lleve un anillo con una bolita conteniendo cianuro por puro capricho. Se tienen que saber cosas muy importantes para decidirse a quitarse, la vida antes de que le arrebaten a uno el secreto por medio de los instrumentos especiales. ¿Quién era?

Entonces lo recordé. Lo llevaba el hombre del cabello gris.

Estaba pensando en todo esto cuando cesó casi de repente el fuego de fusilería del exterior. Casi inmediatamente atronó el espacio una potente voz metálica procedente de afuera.

—Contaremos hasta diez y emplearemos contra ustedes bombas adormecedoras. Salgan con las manos en alto antes de que lleguemos a diez. ¡Uno, dos...!

Me sobrecogí de pánico.

No he sufrido nunca los efectos de una de tales bombas, pero sé de cierto que un buen porcentaje de sus víctimas no despiertan jamás de su letargo. No ha habido nunca dos personas que se pongan de acuerdo sobre el tanto por ciento, pero a mí no me cabía duda de que era bastante elevado.

Si había alguien más asustado, no lo demostró. Se sucedieron rápidas órdenes que fueron acatadas sin la menor vacilación.

—Todos los que lleven munición deben salir por aquí. Se pondrán en contacto con Pedro en el lugar convenido a las once.

—Los de los antibióticos que se desplieguen y deben encontrarse con Olsen al anochecer.

—Que los equipos de diversión salgan a cubrir la retirada del «Hedgehopper». —Esta última voz era la del hombre del cabello gris, quien se subió encima de una mesa para asegurarse de que todo el mundo le había oído. Le miré la mano y vi que llevaba en un dedo un anillo sobre el que brillaba una perla azul.

—¡Cubran la salida del «Hedgehopper»! —repetía a pleno pulmón—. Distraigan la atención del enemigo. ¿Comprendido? ¡Háganlo como puedan, pero sin fallos!

Desde afuera, la metálica voz continuaba:

—¡Cinco...! Les quedan sólo cinco números más para salir con las manos en alto. ¡Atención los de adentro! ¡Seis, siete!

El hombre de encima, de la mesa dirigió la mirada a los que estaban tras las aspilleras con los dedos en los gatillos de sus rifles.

—¡Atención todos los de las aspilleras! ¡Prepárense! ¡Fuego a discreción!

Las detonaciones se sucedieron casi simultáneamente en las cuatro paredes de la casa. Estaba preparado para oírlas, pero lo que me cogió de sorpresa fue el terrible estruendo que se produjo en el exterior, tan súbitamente que me dejó como atontado. Fue algo infernal, difícil de describir con palabras. Luego siguió un silencio casi completo.

La explicación que me di a mí mismo de la horrísona explosión fue que los rebeldes debían haber colocado una serie de minas subterráneas con explosión simultánea. La cierto fue que todos, aún los que la esperaban, fuimos afectados hondamente por el ruido infernal que se produjo. Aprovechando el momento, se abrieron en las cuatro paredes del edificio pesadas puertas que quedaron inmediatamente invisibles a causa de una nube de humo azulado que se extendió inmediatamente por el interior y exterior del mismo. Todo el mundo corrió hacia las salidas aprovechando la nube de humo. Todos sabían exactamente lo que debían hacer, todos menos yo.

Pero mi vacilación duró sólo unos instantes. Pronto supe cuál era mi misión. El «Hedgehopper», tenía que hacerme con el aparato del modo que fuera. No cabía luda alguna que lo que hubieran cargado en él era lo más interesante. Aquí estaba mi misión, la que no debía fallar, la que llevaba implícita mi salvación o mi perdición. No me podía permitir el lujo de perder.

Al salir afuera pude ver a alguna distancia los helicópteros del «Comus» que estaban descansando sobre la alta hierba. En todo el contorno de la casa la tierra estaba levantada y revuelta y se veían muchos cuerpos destrozados de hombres del «Comus». Había otros hombres que se mantenían en pie como paralizados, pero parecía que se estaban recuperando rápidamente.

Entonces oí un griterío por la otra parte del edificio y una serie de disparos. Comprendí que se trataba de los equipos de diversión y que lo

importante era el aparato.

Los rebeldes que huyeron aprovechando la cortina de humo lanzada al efecto se desperdigaron en diferentes direcciones, pero unos pocos, entre los que yo era el primero, nos juntamos al lado del «Hedgehopper». Una vez allí vi que los que habían llegado al mismo tiempo que yo se dedicaban a meter junto al asiento del conductor los paquetes y cajas de que eran portadores. Elaine Thomas, que estaba en el volante, se puso a colocar todo en un rincón, a fin de dejar espacio para un paquete de regular tamaño envuelto cuidadosamente en mantas como si se tratara de un niño enfermo susceptible de coger resfriados. La forma con que lo manejó y las miradas de respeto de todos los que estaban allí, me obligaron a observarlo con detenimiento y cada vez con más excitación.

Me pregunté de qué se trataría. El respeto con que se manejaba y las miradas de todos, rayanas en el pánico, me hicieron pensar si sería...

El hombre del cabello gris daba rápidas órdenes a media voz.

—Muy bien, ya está listo —dijo después de treinta segundos, que a mi me parecieron mucho más tiempo—. Métase dentro, Elaine. No replique... ¡Rápido! Diríjase hacia la hondonada de la montaña a través de la hierba y desaparezca de aquí cuanto antes. Los demás que huyan inmediatamente y se desparramen para ofrecer el menor blanco al enemigo. ¡Pronto! ¡Buena suerte a todos!

Cumplimos inmediatamente sus órdenes. Salimos huyendo a campo traviesa, y nos metimos en la hierba, cada uno corriendo en una dirección diferente. Pronto me encontré solo corriendo velozmente sin saber a dónde me dirigía. La alta hierba me azotaba el rostro mientras corría y mis zapatos se hundían en el húmedo terreno que pisaban. Detrás de mí los del «Comus» empezaban a dar señales de vida pues disparaban cada vez con mayor intensidad. Cerca de mi pasaron varios hombres corriendo como yo que respiraban afanosamente y a mi derecha escuché el zumbido del motor del aparato que conducía Elaine, llevando en la cabina el desconocido tesoro cada vez más lejos de mí.

Sabía que si continuaba corriendo como hasta entonces no iba a llegar a la meta que apetecía. Sólo por unos breves segundos había podido ver el bulto de

Lo que posiblemente era lo más importante de California, o una parte de lo más importante. Pero en pocos minutos el «Hedgehopper» llegaría a la montaña y ascendería la cuesta saltando y después se perdería en los bosques, y después que esto ocurriera todo para mis habría terminado. Cualquier otro seguiría su pista mediante la cajita localizadora y se llevaría los laureles de la victoria. A menos que...

El tiroteo que se oía a mis espaldas era cada vez más nutrido. Oí el runruneo de un helicóptero que se ponía en marcha y comprendí que lo que tuviera que hacer lo habría de efectuar sin pérdida de tiempo. Mi situación era bastante peligrosa. Si los del «Comus» me veían correr, dispararían sin vacilar

contra mí y si los rebeldes veían alguna maniobra extraña por mi parte no se lo pensarían dos veces para abrir el fuego. Estaba entre dos fuegos.

El terreno que pisaba iba haciéndose cada vez más firme y pronto me encontré corriendo cuesta arriba, metido todavía entre la espesa hierba. Oía cada vez más firme el ruido del motor del helicóptero, a la par que el batir de sus hélices de eje vertical contra el aire. Entonces llegué a un terreno en el que la hierba desaparecía casi por completo y esto me permitió ver la pequeña máquina que conducía Elaine subiendo la cuesta de la montaña. En muy poco tiempo llegaría a la cima y quedaría fuera de mi alcance.

Me agazapé entre las escasas hierbas y saqué la pistola de mi bolsillo, apuntando con mucho cuidado. Esperé a que el ruido de los disparos a mis espaldas fuera un poco más intenso. Cuando llegó la ocasión, que era en verdad un poco tarde, pues el aparato llegaba ya casi a la hondonada, apreté el gatillo con recisión.

El «Hedgehopper» dio una violenta sacudida y empezaron a salirle chispas del flanco en donde el proyectil había hecho blanco. Un instante después salió del motor un chorro de negro lubricante que se derramó por las rocas. Retuve emocionado la respiración sin darme cuenta de ello, pues esperaba una explosión. Me pareció que por un momento los asustados ojos de Elaine me pidieron algo que yo no podía darle. ¿Protección? ¿Le debía salvar la vida, a cambio de perder lo que yo más deseaba? Nunca tuve piedad ni de mí mismo, y ahora comprendía que tampoco la tuve de

Miranda. No, si Elaine esperaba que yo la salvara, estaba muy equivocada.

Pero cuando vi que el negro aceite corría por el cuerpo del nervioso aparato como un reguero de pólvora, sentí una estúpida piedad por la máquina, una piedad que jamás habría podido sentir por una persona.

Todo esto ocurrió en una fracción de segundo. Tan pronto como apretó el gatillo y me lancé cara al suelo pasaron silbando por encima de mi tres o cuatro balas. No supe si eran de los del «Comus» o de los rebeldes. Pronto oí pasos y voces de gente que se acercaba llamándose unos a otros. Yo también empecé a dar gritos y a preguntar qué es lo que había sucedido. Nadie parecía saberlo.

Un momento después me encontré con varios rebeldes que me miraban con cierta suspicacia. El helicóptero aún continuaba sin despegar del suelo, aunque sus hélices giraban cada vez con mayor rapidez. El tiroteo seguía esporádicamente alrededor de la casa que habíamos abandonado y de vez en cuando una bala perdida silbaba siniestramente. Mientras hablaba con los recién llegados me olvidé del aparato y cuando lo busqué con la mirada tuve sólo el tiempo justo de ver como desaparecía de mi vista. Tres o cuatro hombres lo habían llevado arrastrando hasta la cumbre de la montaña.

Las detonaciones se oían cada vez más cerca y los rebeldes que estaban a mi lado huyeron despavoridos perdiéndose de nuevo en la espesura. Empecé a subir la ladera con la mayor rapidez que me permitían mis cansadas piernas

yendo en pos de la que había creído ya de mi pertenencia. Me pasó una bala al lado de una oreja y dio de lleno en una roca que estaba muy cerca de mí, saltándome microscópicas esquirlas de la misma a la cara. En aquel mismo momento oí un extraño ruido a mi izquierda, como si un montón de piedras desprendidas bajaran hacia mí. Era un hombre que había resbalado, arrastrando en su caída muchas piedras de la cumbre. Me llené de valor y me fui tras él, llegando al fin a la cima, resbalando un par de veces antes de llegar.

Vi que el hombre del cabello gris abría la puerta del «Hedgehopper» y que Elaine se inclinaba sobre el asiento y se retiraba llevando en sus brazos el paquete envuelto en una manta. Aún en aquellos momentos de gran peligro, era patente que lo levaba con mucho miedo. Quizá fuera una cosa muy peligrosa, quizá una parte de una de las cosas más importantes de California. Mayor que los bosques que nos rodeaban, mayor que la bahía de San Francisco, mayor de Los Angeles, mayor que el mismo mundo. Al menos para mí y para Nye y todos los rebeldes de todo el país. Si supiera lo que pudiera ser...

Empezaron a sonar disparos muy cerca de nosotros... Solamente nos quedaban muy poco minutos de seguridad, antes de ser alcanzados por los del «Comus».

Vi como el hombre del cabello gris miraba en todas direcciones para percatarse de la situación. Salté hacia Elaine para ayudarla. Alcancé con las manos el precioso bulto. Al menos, si todo lo que me había forjado se venía abajo desde este momento, podría decirle algo tangible a Nye. Cogí el paquete entre mis brazos con más cuidado que un padre abraza a su hijo recién n acido. Durante un emocionante momento sentí su misterioso cuerpo latir junto a mi pecho.

Entonces se oyeron gritos y el estampido de disparos desde el lugar en que estaba el helicóptero. Estaba demasiado ocupado en mi trabajo para darme cuenta de lo que significaban. El hombre del cabello gris estaba más atento para lo que pasaba allá abajo. Inesperadamente me cogió del hombro y me hizo dar media vuelta, arrebatándome de las manos el precioso bulto. Lo colocó otra vez encima del asiento del aparato y después, cogiendo a Elaine por un brazo, la separó a la fuerza de allí.

—¡Márchese pronto! —me gritó—. ¡Elaine, apártese inmediatamente de aquí!

Aunque yo no comprendí lo que significaba su actitud, en cambio Elaine parecía saberlo.

—¡Oh, no! —gritó angustiada—. Tony, lo podemos salvar de algún modo. Es casi la última pieza. Tony, no podemos...

—¡Tenemos que hacerlo, Elaine! —contestó gritando—. Estamos rodeados y no nos queda más remedio que hacerlo. Apártese. —Sacó rápidamente la pistola, gritando a los hombres que estaban más cerca—: ¡Apártense todos!

El tiroteo era cada vez más fuerte por ambos bandos. El hombre del

cabello gris atontó resueltamente al bulto.

Elaine gritó:

—¡No, Tony, no dispare! —Trató de interponerse entre él y el bulto. El hombre del cabello gris no dijo ni una palabra, pero le dio una bofetada en pleno rostro que la hizo recular rápidamente. Y entonces apretó el gatillo.

La explosión pareció enorme. Miles de fragmentos de cristales y de metal volaron por los aires en todas direcciones y la llamarada de vivísimo brillo que se produjo me hizo cerrar los ojos aterrado. Cuando los abrí de nuevo no vi más que una negra humareda que oscurecía todo, y en medio de ella los destrozados restos del aparato, que yacían calcinados.

A mis espaldas el hombre del cabello gris continuaba gritando a pleno pulmón:

—¡Márchense todos! ¡Huyan! Vi a varios hombres que escapaban corriendo hacia el bosque, y entre ellos al hombre del cabello gris. Al fin el «Comus» nos había alcanzado.

Y todo estaba terminado. No había ganado nada con mis esfuerzos y los peligros por los que había pasado. No había logrado más que tocar con las manos el precioso secreto, pero nada, nada más. No me cabía duda que tenía que ser una pieza del «Anti-Com». Lo había tocado con mis manos, pero ahora se había desvanecido en el aire como si hubiera sido un relámpago cuya luz fuera siete veces más brillante que la del sol.

Miré aturdido a todo mi alrededor. Elaine había desaparecido. Vi correr a lo lejos a varios rebeldes y vi entre ellos un hombre de cabello gris que se metía en el bosque. Una súbita ola de indignación se apoderó de mí al verle. Era el hombre que me había arrebatado de las manos el éxito de mi vida, el hombre que lo había echado todo a perder.

En medio de mi cólera presentí una fina voz que me decía:

—Si no te puedes llevar el paquete, ¿por qué no te llevas al hombre que sabe lo que contiene? —Sin pensarlo más, me lancé a la carrera en pos de mi hombre.

Recuerdo que una bala me rozó el brazo produciéndome un arañazo y que acto seguido un hombre que corría delante de mi se paró en seco y se lanzó como una fiera acosada contra mí. Recuerdo que repelí su ataque y que lo cogí por ambas piernas y que los dos bajamos rodando una pendiente enzarzados en una lucha a muerte. Después recuerdo que sentí que de su garganta brotaba un gemido de sorpresa y de dolor, y que me encontré con una piedra en la mano, con la que le había golpeado la cabeza. Rogué que no le hubiera golpeado demasiado fuerte. Se lamentó nuevamente y después perdió el conocimiento.

Le cogí la mano y traté de quitarle el anillo con la bolita de cianuro, pero no pude desprenderlo de su dedo. Seguramente lo llevaba puesto hacía mucho tiempo, pensé admirado. Me quedé contemplando su grisácea cabeza y me imaginé lo mucho que se ocultaba en ella. ¡Cuánto daría por los secretos que en su cerebro albergaba!

La bolita de cristal no era dura. No debía serlo, puesto que el que la tenía que usar tenía que romperla con los dientes. La restregué contra una roca y al romperse el incoloro líquido que contenía se desparramó por la misma, desprendiendo un olor a almendras amargas, un olor que presagiaba la muerte. Contuve la respiración hasta que la brisa lo hizo desaparecer por completo.

Después me tumbé junto al inerte cuerpo y esperé los acontecimientos. El fragor de la lucha iba desapareciendo paulatinamente, hasta que todo quedó casi en silencio. Finalmente sentí sobre mi hombro la presión de una bota y me volví lentamente, contemplando sobre mí el disciplinado rostro de un desconocido.

—Levántese —me conminó—. Está usted detenido.

Me levanté en seguida.

—Creo que he capturado para ustedes uno de los jefes rebeldes —repliqué—. Llévennos al Cuartel General.

Me miró escépticamente.

—Esta estratagema no la conocía, pero no se preocupe. Al Cuartel General es a donde precisamente vamos a ir.

CAPÍTULO XX

Nadie sabe el tanto por ciento de los impuestos nacionales que el «Comus» se aparta para sí, pero sin duda no debe ser pequeño. El «Comus» no se anda con chiquitas. La oficina del capitán estaba ricamente alfombrada y el mobiliario era todo de cristal. El mismo capitán parecía estar vestido de colores verde y amarillo, efecto de la reverberación de la luz en su brillante uniforme al pasar atravesando los cristales de colores de las ventanas.

Me senté en un magnífico sillón de cristal negro ribeteado de oro en las orillas del asiento y argumenté fogosamente con el oficial, que me estudiaba escépticamente tras su rica mesa de cristal. Era un hombre enérgico y gallardo, a quien al parecer no le hacía yo mucha gracia.

Por un momento creí que no me quedaría más remedio que solicitar la intervención de Nye para que me dejaran libre. Me sentía arrogante y seguro de mí mismo. Creo que mi propia seguridad y desenvoltura hicieron mucho en mi favor. Me escucharon atentamente y después comprobaron mis documentos de identidad, comprobando mi fotografía y mis huellas digitales, y finalmente consintieron a regañadientes que me pusiera en contacto con Guthrie. No hablé más de la cuenta.

—El hombre que he capturado para ustedes es uno de los más altos gerifaltes rebeldes —les repetí una y otra vez—. Por lo que más quieran, tengan mucho cuidado con él, me crean o no. —Al fin el capitán me aseguró de mala gana que así lo harían.

Tuvieron que dirigirse a Washington para averiguar el número de aviso de Guthrie, pero después que lo consiguieron la entrevista no tardó mucho tiempo en celebrarse. En la pantalla de la oficina del capitán apareció vacilante la figura de Guthrie. Pude ver detrás de Guthrie el interior de su coche, desde la testera hasta la trasera del mismo. La puerta posterior estaba entreabierta y a través del espacio libre pude ver serpentear la carretera que conducía sin duda a Douglas Flats. Debían haber esperado mucho tiempo por mí.

Guthrie estalló en ira.

Le dejé tranquilamente que se desahogara. Me dijo lleno de cólera que lo que tenían que hacer era ahorcarme. Me dijo que dónde diablos me había metido y en qué situación le había dejado, y que si no llegaba a tiempo para la función nocturna en Douglas Flats me iba a...

Le atajé vivamente:

—¡Oh, querido Guthrie! Escuche amigo. Tengo noticias frescas para usted. Han ocurrido algunas cosas muy interesantes y quiero hablar con Ted Nye en privado tan pronto como me sea posible, así es que le ruego que me facilite una conferencia con él. No crea cae le va a molestar, pues me está esperando... —Dije esto último para influenciar a mi favor el ánimo del

capitán. Guthrie empezó a querer interrumpirme, pero lo acallé al instante.

—Estaré con usted tan pronto como tarde un helicóptero en llevarme ahí —espeté—. No tiene nada de qué preocuparse. Dígale por favor al capitán quién soy, pues no puedo perder más tiempo.

Guthrie me apuñaló con la vista y empezó a contar hasta diez tamborileando al mismo tiempo los deles sobre la mesa. La dureza de sus facciones se fueren dulcificando a medida que ganaba el control de sus nervios. Finalmente empezó a hablarle al capitán con gran pesar de sí mismo.

Media hora después, afeitado, lavado y curado de tedas mis rozaduras, subí al helicóptero preparado al efecto. Media hora más tarde pisaba las calles de Douglas Flats.

Los tres autocares de nuestra caravana estaban acareados en un parque sombreado de árboles en las afueras de la ciudad. Detrás de sus ramas se veían jes tejados de las casas. La misma mesa usada en nuestro anterior campamento había sido colocada allí.

Pod y Eileen Henken estaban jugando a cartas en una esquina de la mesa. Roy Copley, que parecía verdaderamente un jovenzuelo, hablaba con Polly, mientras tomaba una taza de café muy caliente y ésta le escuchaba atentamente, la cabeza inclinada ligeramente hacia un lado. No vi ni a Cressy ni a Guthrie.

Polly fue la primera que me vio. No sé lo que esperaba de ellos, quizá agrios reproches o tal vez una completa indiferencia, pero el recibimiento que me dispensaron me asombró en verdad. Polly me miró y dijo casi con satisfacción:

—Bien, bien, ya lo tenemos aquí. Ya era hora de que llegara. Pero, señor, ¿qué le han hecho a usted? Escuche, Rohan, ¿qué le parece esto? Continúa, Roy, ensaya otra vez tu diálogo y tartamudea un poco antes de empezar.

Y Roy dio unos pasos atrás y dando media vuelta se encaró y expresó espontáneamente su diálogo con palabras tan claras y firmes como si nunca las hubiera pronunciado antes. Hice un signo dubitativo con la cabeza y mi mente se centró completamente en los problemas de la «Cisney Company», como si jamás me hubiera alejado de ella. Para una parte de mi mente era una cosa muy difícil de lograr, pero para otra era la cosa más sencilla del mundo. Sentí como si verdaderamente nunca me hubiera apartado de mi gente. En realidad una parte de mi alca nunca los había abandonado.

—Ponga más corazón en la expresión —le indiqué en tono crítico—. Muy bien, volvamos a repetir.

Polly me sonrió a regañadientes.

—¿Ha comido? —me preguntó—. Abriré un par de latas de conserva.

—Gracias. Se lo agradeceré mucho —contesté secamente.

No, nunca me había alejado de ellos, pero sin embargo, así había sido en realidad y mi marcha había producido algún cambio en ellos. No estaba seguro de cuál era el cambio efectuado, pero no me importaba. Se habían

convencido de que volvería y de que ningún poder de este mundo era capaz de impedirme la entrada en Douglas Flats. Me sentí en cierto modo agradecido a todos por su módica cooperación. La vida sería más fácil si tenía a mi lado a los componentes de la «Cisney Company».

Pregunté sobre el permiso de las autoridades para celebrar la función y Polly me lo presentó, diciendo que Guthrie se había encargado de ello. Me dio un tenedor. Roy dibujó sobre la mesa un círculo con el dedo, valiéndose de un poco de café desparramado sobre la misma.

—Al parecer los rebeldes están poco respaldados en Douglas Flats —dijo, dibujando dentro del círculo ojos, nariz y boca—. Guthrie se entrevistó con el alcalde y éste le dijo que no habría ninguna dificultad. —Trazó una línea horizontal sobre la frente y un candado. Después escribió «Rohan» en vez de «Comus» y me sonrió con algo de ironía—. ¿Ensayamos esta tarde? Odio de verdad los ensayos.

Di un bocado al bistec y asentí con la cabeza. Me sentía seguro de mí mismo, pero mi cuerpo estaba completamente agotado y sabía que iba a caer exhausto de un momento a otro si no me iba pronto a dormir. Mis años como cosechador me habían hecho un hombre resistente, pero hay un límite para la fuerza humana.

—Es necesario ensayar. Lamento que ayer noche no estuviera con ustedes. Pero ahora estoy completamente agotado y quizá Guthrie quiera ocupar mi sitio.

En aquel mismo momento apareció la cabeza de Guthrie por la puerta de su coche y me gritó de una forma conminatoria:

—¡Señor, Rohan! —Dejé mi plato y me fui hacia él.

Cressy me miró sobresaltada desde la ventanilla que estaba detrás del asiento del conductor. Todo lo que pude ver de ella fueron sus brazos apoyados en la mesilla de la ventana y su rostro con la barbilla entre las manos, así como sus rizos de brillante color dorado. La miré esquivamente, pues después de lo de anoche, ¿quién sabía su estado de ánimo?

Entonces se dirigió a mí hablándome de una forma cariñosa.

—¿Cuándo regreso usted? Todos nos preguntábamos... —Aquí hizo una pausa y después preguntó—: ¿Algún problema?

Hice un signo negativo, moviendo la cabeza lentamente.

—No, no me ocurre nada malo. —Pero a decir verdad no escuché mis propias palabras. Viéndola dibujada sobre el marco de la ventana como si se tratara de una imagen tridimensional, me acudió a la mente el recuerdo de Miranda. Era una copia de Miranda, no exacta, pero sin embargo... Miranda.

Y lo extraño del caso es que desde que dejé por la mañana temprano el campamento no había vuelto a pensar en Miranda hasta este momento. Era el máximo espacio de tiempo que desde que murió, estando sobrio, bebido o dormido, su inquietante fantasma me había dejado libre. Me sentí extrañamente aliviado y como si me hubiera quitado un peso de encima y al mismo tiempo extrañamente entristecido.

—No —repetí—. No me ocurre nada.

Guthrie le dijo entonces en tono afable:

—Váyase, Cressy. El señor Rohan y yo tenemos que tratar de un pequeño asunto. —Ella le miró algo molesta y dirigiéndome una mirada vacía, exclamó:

—Muy bien, me iré.

Guthrie permaneció un momento viéndola marchar, mientras poco a poco sus facciones se endurecían. Era curioso que en aquel momento ambos nos íbamos sintiendo más apenados a medida que ella se alejaba de nuestra vista. Cuando volvió su rostro hacia mí su expresión era de indignación y rencor, pero ya en mi ánimo había desaparecido la tristeza y la confianza y seguridad en mí mismo habían ocupado sus posiciones. Volví la cara hacia la pantalla de televisión mientras Guthrie ponía en funcionamiento el receptor.

El terreno de la nación corría velozmente ante nuestros ojos. De una simple ojeada vimos pasar ante nosotros las Montañas Rocosas, pasamos por encima de las grandes llanuras, saltamos los Apalaches y sin necesidad de atravesar puertas ni ventanas nos encontramos de repente en Nueva York, centro nervioso del «Comus», poniéndonos al habla con nerviosas secretarias que desaparecían rápidamente para dar paso a las imágenes de otras secretarias que hablaban tan nerviosamente como las primeras. La última de ellas se disolvió dejando paso a la figura de Ted Nye.

Nos miró desde detrás de su mesa con mirada de pocos amigos. Sus ojos estaban hundidos en sus profundas órbitas y rodeados de un cerco oscuro, que daban una expresión cadavérica a su flaco semblante. Parecía que no había dormido durante una semana.

—¿Qué demonios quieren? —exclamó irritado—. Hablen a toda prisa. Les concedo un solo minuto.

Podía oír el murmullo de dos de sus intercomunica- dores y varias voces procedentes de una oficina anexa que hablaban excitadamente. Las cosas no iban bien en la cabeza y corazón del «Comus». Por encima del barullo de voces pude captar una franca risa y me satisfice interiormente al pensar que al menos había an ciudadano del mismo corazón del imperio que se sentía con ganas de reír.

—¿Algo nuevo sobre el «Anti-Com»? —le pregunté sin dar énfasis al tono de mi pregunta. Nye me miró con los ojos muy abiertos y pulsó inmediatamente uno de los botones de su mesa, cogiendo a continuación su auricular, tal como yo pensé que haría. A menos que detrás de él hubiera algún lector de movimientos labiales, todo cuanto dijera sería estrictamente confidencial.

Exclamó nerviosamente:

—No te detengas. ¿ Qué es lo que has averiguado?

—Buenas noticias. Si es que estás preocupado por el «Anti-Com», ya puedes dejar de preocuparte. Esta mañana conseguí que se destruyera una de sus piezas más esenciales. A menos que dispongan de repuestos para la

misma, les costará mucho volverla a construir.

Su ajado y menudo rostro se iluminó rápidamente.

—¿Cómo lo sabes? Cuéntame en seguida lo ocurrido. No pierdas el tiempo.

Me reí satisfecho. La descuidada confianza que me embargaba como una borrachera me estaba intoxicando con exceso. Ahora lo tenía en mi poder. Ahora no podía fallar. Se lo conté todo. El me escuchó atentamente dándose golpecitos en los dientes con un lápiz, mientras me examinaba cuidadosamente con ansiedad, como si quisiera arrancar con más rapidez las palabras que iban pronunciando mis labios.

Cuando terminé mi narración, me dijo:

—¿Pero no estás *seguro* de lo que contenía el paquete? ¿No estás *seguro* de que era lo que piensas?

—Casi me estaba rogando que contestara que estaba seguro y la mano que sostenía el auricular temblaba visiblemente.

—Estoy convencido —repliqué—. Sé cómo se comportaron con él, cómo lo manejaron y lo que sintieron cuando tuvieron que volarlo. No, no puedo jurar que se trataba de una pieza del «Anti-Com», pero sé de alguien que lo puede jurar y éste es el hombre que capturé y entregué a tus muchachos. Él era el jefe de la banda y me parece que conoce a fondo todo el asunto. Sométalo a una prueba psíquica con pentotal y después haz el favor de comunicarme el resultado.

Nye se quedó pensativo un momento y después, sin pronunciar palabra, adelantó la mano y desconectó la transmisión. Su rostro desapareció poco a poco de mi vista, convirtiéndose en un puntito que se perdió en la oscuridad.

Miré a Guthrie sonriente, diciéndole:

—Llámeme cuando vuelva a aparecer. Me voy a dormir y creo que con un poco de suerte mañana seré un hombre rico.

Me marché caminando reconfortado. Sabía que todo saldría a pedir de boca, que nada podía fallarme esta vez. Mis artistas se quedaron mirándome con la boca abierta, pero me limité a saludarles con un gesto de la mano. Ya no eran importantes para mí.

Cuando me eché en mi catre me pasó por la mente el rostro de Elaine y a continuación el del hombre del cabello gris, que se disolvieron como si hubiera ocurrido en una pantalla de televisión. Remotamente medité sobre lo que estarían pensando y sintiendo en aquel momento y lo que mi acción representaría para los rebeldes de todo el país. No me importaba un bledo lo que pensaran. Hice lo que debía hacer, pues yo sabía lo que necesitaba.

El sueño se fue haciendo dueño de mi persona, hasta que todos mis pensamientos fueron desapareciendo hasta convertirse en un puntito, como el que se llevó a Nye de mi vista.

CAPÍTULO XXI

Treinta segundos después alguien me sacudió vivamente. Alcé sorprendido la cabeza y me encontré con la mirada de Pod Henken. No pude comprender cómo era que estaba ya perfectamente maquillado. No había dispuesto de tiempo suficiente por una simple razón, y era que le había visto jugando a cartas no hacía más de un minuto. Pero la verdad era que afuera estaba oscureciendo, según pude ver por la abierta puerta.

—Guthrie quiere que vaya en seguida a su coche —me dijo—. Tiene un mensaje para usted. Dice que vaya sin pérdida de tiempo. De todas formas ya es hora de que se levante, pues empezamos la función dentro de media hora.

Me vestí a toda prisa y salí del coche, dirigiéndome con paso cansado y la mente ofuscada por el sueño hacia el coche de Guthrie. Iba pensando en mi modorra que el mismo Ted debía estar esperándome excitado, después de haberse teletransportado desde 'res mil millas en menos de un minuto. Pero no era más que su imagen reflejada en la pantalla de televisión la que al verme me ofreció una sonrisa tan ancha que le llegaba de oreja a oreja. Empezó a hablar antes de que yo pudiera abrir la boca.

—¡Lo has conseguido, Howard! —gritó pletórico de alegría—. El jefe rebelde cantó todo lo que sabía y sabía mucho.

—Así es que era una pieza del «Anti-Com» —dije sin manifestar sorpresa.

—Y una gran pieza. Una de las últimas. Howard, ahora ya son nuestros. Con un poco de suerte, ya los hemos vencido.

—¿Qué quieres decir con eso de un poco de suerte? —pregunté frotándome los ojos para hacer desaparecer la niebla que me ofuscaba el cerebro. Todavía me parecía que no hacía más que unos segundos que habíamos sostenido la anterior entrevista. El tiempo había dado un gran salto y todavía no me había acostumbrado—. ¿No se ha logrado destruir ya el «Anti-Com»? ¿No está todo terminado?

Una sombra cruzó por el rostro de Nye.

—Bien, pues no del todo. Todavía no. Necesitamos tu ayuda, Howard, y te debo comunicar que estaba completamente equivocado sobre ti. Tú mismo puedes fijar el precio, pues has realizado un trabajo que ninguno de mis hombres se ha visto capaz de hacer. Ahora me estoy preguntando... —Hizo una pausa y me miró fijamente. Su voz era lacerante—. Howard... ¿cómo lo supiste?

—¿Lo qué? —Sentí un estremecimiento.

Movió la cabeza con duda.

—No estoy seguro de mi pregunta, pero el caso es que fuiste tan directamente al lugar adecuado... Ya desde el primer momento preguntaste por la Cisney Company y fuiste a San Andreas precisamente, pudiendo haber

escogido cualquier otra ciudad de la zona. ¿Cómo supiste que la fábrica estaba en San Andreas? ¿Cómo es que preguntaste por los Cisneys?

Algo en mi subconsciente me dijo que tuviera cuidado.

—Se precavido, Rohan.

—Si lo supiera, te lo diría. Creo que es un caso de suerte. Tenía que ocurrírsele a alguien, y ese alguien he resultado ser yo. Esto es todo. ¿Qué es lo que quieres decir con eso de que todavía no se ha destruido al «Anti-Com»? ¿No sabe el rebelde dónde está el artefacto?

—No, no lo sabe. Sólo sabe sobre la pieza que supervisaba. No nos pudo decir cómo funciona ni el lugar en donde lo montan. Estos rebeldes están actuando astutamente. Ninguno de ellos sabe demasiado. Son listos,, pero no lo bastante, y creo que con un poco de suerte los derrotaremos. Aquí es donde empieza tu intervención, Howard.

Me froté otra vez los ojos. Me dolía la cara a causa de los rasguños que me había hecho durante la lucha. Esta noche tendría que perder mucho tiempo en maquillarme.

—Continúa, Ted —dije—. ¿Dónde empiezo a actuar?

—Esta noche vas a empezar la función siguiendo el guion al pie de la letra, ¿comprendes? Exactamente al pie de la letra, y mañana te voy a cambiar el itinerario. De acuerdo con lo que tu hombre declaró, Carson City es uno de los focos rebeldes. Quiero que atraigas a tus localidades a todos los rebeldes de la ciudad para la función de mañana noche. Te dejo a tu elección la forma de llevarlo a cabo, pero no olvides que es importante. ¿Puedes hacerlo? Vamos a investigar allí.

—Seguro —repliqué—. Ya me ingeniaré algo, pero ¿por qué, Ted? ¿Qué tiene que ver el teatro con esto? Yo no veo...

—Olvídalo. Déjame a mí preocuparme de eso. Más tarde te lo contaré, pero después de que hayamos vencido al enemigo.

Nos observamos mutuamente con desconfianza. Lo que él estaba pensando era un secreto para mí, pero en mi cerebro se albergaban un sinfín de pensamientos. Le tuve que preguntar el motivo de su plan, pues te lo contrario hubiera parecido que yo sabía más de lo que en realidad sabía. Naturalmente, él no me iba a contestar, pero ya me dijo bastante al manifestar que el teatro les serviría para practicar una investigación. Me pregunté si debía decirle: A propósito, Ted. Los rebeldes saben lo que se oculta en el coche de Guthrie y el motivo de ello. Saben que se trata ie un detector para localizar piezas del Anti-Com». ¿Afecta esta noticia a tus planes?

No se lo dije. Necesitaba encontrar el «Anti-Com» tan desesperadamente como él, pero la vocecita que hacía un momento me había dicho: Ten cuidado, Rohan, ahora me dijo: Cierra el pico, Rohan, es una orden.

Así es que me callé. En verdad, hasta añora me había llevado por buen camino. Ni siquiera traté de pensar lo que me había ordenado, sino que cumplí su mandato a rajatabla.

Nye me estudiaba atentamente con la mirada. Se veía que estaba alborozado, pero a la vez nervioso.

—Esta noche o mañana te mandaré un hombre de confianza, a quien podrás solicitar cualquier cosa que necesites —me dijo—. Tu misión es muy importante, Howard. —Se movió nerviosamente—. Bien, creo que esto es todo. Buenas noches y buena suerte en todo. Ya te veré próximamente.

Le mostré mis dedos cruzados mientras su imagen desaparecía.

Me quedé de pie debajo de las gradas montadas en una calle de Douglas Flats, escuchando los pasos de la gente que transitaba por entre ellas y los gritos excitados de la misma. Por sus exteriorizaciones se veía claramente que era una cosa para ellos enteramente nueva, casi exótica. Respiré profundamente el aire de la noche. Me sentía orgulloso y sabía que el mundo daba vueltas bajo mis pies porque yo estaba encima de él. Sentía imperiosos deseos de hacerle dar las vueltas con mayor rapidez. Tenía verdaderas ganas de que llegara el feliz momento en que yo saldría a escena y las luces me darían de lleno en la cara, llegándome de satisfacción y de triunfo. No hay en la vida cosa tan bella como ésta. Esta noche actuaría de acuerdo con el espíritu de la obra, pero seguiría siendo mi triunfo, mi único triunfo.

Roy y Polly estaban junto a mí, pero separados entre sí por sus pequeños mundos individuales, creando alrededor de ellos sus nuevas personalidades. Cressy se estaba componiendo nerviosamente la almidonada falda, la mirada abstraída, esforzándose en ser ya desde aquel momento Susan Jones, la mujer que sería dentro de uno o dos minutos cuando cruzara el umbral y saliera a enfrentarse con la luz y el público. Ella y Polly no se habían hablado durante el viaje hasta aquí. Podría comprender el motivo, pero no me importaba en absoluto.

Todo el mundo parecía nervioso y asustado. La segunda noche de estreno no es en verdad tan mala como la primera, pero es todavía bastante dura. Hay gente a quien siempre le cuesta trabajo poder salir a escena. Me sorprendí un poco de que yo no sintiera nerviosismo alguno. Esto era una cosa nueva para mí, que me parecía muy extraña.

Los largueros en que se apoyaba el graderío crujían bajo el enorme peso que sostenían. Miré hacia arriba y por vez primera me cii cuenta que a todo lo largo de los mismos y también de los asientos había una faja de pintura mate, y en mitad de la misma, corriendo en sentido longitudinal, otra faja mucho más delgada de un color plateado. Distraídamente froté con el dedo la fina faja de plata, con la esperanza de que de este modo el mundo daría sus vueltas con mayor rapidez.

Oí entonces la voz de Eileen Henken desde la otra parte de las gradas, una voz firme que decía:

—¡Papá! ¿Me oyes, papá? Creo que habiendo esta noche en la ciudad esta gente deberías dedicarte a algo mejor que entretenerte...

Calculé impacientemente el tiempo que me faltaba para salir a escena. En cuatro minutos más saldría a recoger victoriosamente el hilo de mi diálogo

y demostraría ante el público lo que valía y recibiría de él mi justa recompensa.

Cressy, que estaba a mi lado, vigilaba atentamente la actuación de los que estaban en escena, y cuando llegó el momento de su entrada respiró profundamente y dibujando una ancha sonrisa salió a escena.

Llegó mi pie. Me llené los pulmones de aire y salí enfrentarme con las brillantes luces que iluminaban nuestro escenario...

El hacha cayó.

El hacha que se había mantenido sobre mi cabeza durante veinticuatro horas y que yo no me había molestado en ver, cayó pesadamente sobre mi cabeza.

Cressy se encaró conmigo, el rostro radiante de alegría y belleza y me dijo con voz que sonaba algo más fuerte que la suya natural, a causa de la forma circular del escenario:

—No creí que vinieras. Verdaderamente no lo creí.

La miré a la cara y no pude articular palabra. Me sentía como paralizado totalmente. Mi diálogo había desaparecido en mi mente para siempre, completamente olvidado. No podía ni siquiera inventarme algo ni sabía de qué obra se trataba. Desconocía el papel que representaba Cressy ni me acordaba de mi propio nombre ni en qué planeta vivía. Me había olvidado absolutamente de todo, de todo. Y el público esperaba en silencio.

La pausa se hizo angustiosa. Sentía correr por mí un sudor frío. El mundo se había detenido bajo mis pies para siempre y si alguien confiaba en que yo lo hiciera dar vueltas de nuevo podía esperar tranquilo hasta el fin de la eternidad.

Cressy me miraba con creciente angustia. Repitió sus últimos diálogos, procurando que parecieran ser naturales.

—No creí que vinieras. Verdaderamente no lo creí. Pero ahora ten calma y procura dominar tu emoción. —Con sus últimas palabras me estaba tratando de ayudar. No constaban en el guion, pero hacía lo posible para hacerme hablar y vencer de este modo el vacío que se había producido en mi mente, para que pudiera inventar algo hasta recordar mi diálogo.

Lo único que hice fue quedarme mirándola como atontado. Un helado sudor me corría por las mejillas marcando su curso en el maquillaje de mi cara. Mi estómago estaba dolorido y me sentía tan enfermo que si hubiera podido mover los músculos, me hubiera ido corriendo a refugiarme bajo las gradas. Pero no me podía mover.

Jamás en mi vida me había ocurrido una cosa semejante. Sí, había sentido el miedo a la escena en más de una ocasión, pero nunca una agonía tan cruel como ésta. Me parecía increíble y a la vez imposible. Pero en aquel momento no podía pensar en esto. Estaba demasiado enfermo para preocuparme del porqué.

Cressy empezó a reír alegremente y de improviso se puso de puntillas y abrazándose a mí me dio un beso en el cuello.

—¿Estás sorprendido? —me preguntó, y a continuación me dijo al oído el diálogo con que yo debía continuar.

Lo repetí como si fuera un autómata, sin expresión en la voz ni en el gesto. En el mismo momento los demás artistas, que se habían quedado paralizados como yo al ver ni actitud, se pusieron en movimiento. Todo el mundo quería ayudar a Rohan a que se pusiera en acción.

Roy entró en escena y cogió a Cressy del brazo con violencia, empezando a gritarme por haberla yo besado en mitad de la calle. Pod Henken se interpuso entre ellos para calmarlos y Roy, deshaciéndose de él, se abalanzó contra mí y me susurró al oído mi siguiente diálogo.

Repetí insulsamente las palabras con aquella extraña voz, vacía de personalidad. Cressy me separó de Roy y se cogió de mi cuello con ambas manos, y al hacerlo vertió en mis oídos el diálogo que continuaba por mi parte. Repetí sus palabras como si fuera un loro, con la misma entonación que ella le había dado. Era como una máquina, que sólo podía pronunciar las palabras exactamente como las había recibido.

Pero ya una especie de vida mecánica se estaba creando en mí. Parecía que ya iba recordando algo del significado de la escena. Hasta podía darme cuenta de lo mucho que nos habíamos separado de la obra, y con grandes esfuerzos mi mente luchaba para encontrar la solución que nos hiciera entrar de nuevo en vereda. Ya me movía pesadamente, pero al fin me podía mover. Comprendí el significado de las palabras del último diálogo y respondí con algunas palabras de mi invención. Probablemente no tenían sentado, pero al menos había hablado por mi propia voluntad.

En alguna ocasión me había ocurrido algo parecido, pero fue cuando estaba completamente borracho o demasiado preocupado para poder actuar, pero nunca con tanta intensidad como en esta ocasión. Parecía como si de mi cuerpo hubieran extraído el alma y sólo me quedara la carne y los huesos moviéndose automáticamente.

Sin embargo, continuábamos actuando, pero sin ton ni son. Cada uno improvisaba libremente y así íbamos pasando. En cualquier otro teatro hubieran bajado el telón inmediatamente, pero en éste no existía nada parecido. Guthrie podría haber apagado las luces, pero era demasiado inexperto en la materia para comprender lo que estaba sucediendo. Me imaginaba remotamente la ira que desplegaría cuando se enterara plenamente de lo sucedido.

Hacia el final de la escena sentí un débil destello de recuperación y pude articular algunas frases, y de un modo u otro la terminamos de una forma que se parecía algo al espíritu de la obra que tantas veces habíamos ensayado. Noté bajar algo la tensión nerviosa a que estaban sometidos los que me rodeaban.

Cuando salí del escenario para el descanso de tres minutos que me correspondía hasta mi próxima aparición, Polly, que me esperaba bajo los graderíos, me cogió fuertemente del brazo y me dijo:

—Tome un poco. —Me ofreció una botella de whisky. La cogí como desesperado y bebí ansiosamente y sentí el líquido correr generosamente por mi garganta. Pronto sus efectos hicieron mella en mi desgraciado cuerpo. Me senté agotado y sentí una ola de calor que me reconfortaba. Se me ocurrió pensar que era el primer trago que echaba... ¿en cuántos días? y hasta ahora no había sentido la necesidad de beber, como me ocurría antes.

Polly me arrebató sin contemplaciones la botella cuando trataba de echar otro trago al coleto.

—¡Cuidadito! Dentro de un minuto tiene que salir a escena. ¿Cómo se encuentra?

Me sequé la boca con el helado dorso de mi mano.

—Dígame mi próximo diálogo —le dije.

Me lo dijo. Lo ensayé un par de veces, notando que mi mente iba recordando la escena de que se trataba. Pero para mí era una escena sin vida, sin ningún sentido práctico...

Y pensé en la última vez que me había ocurrido algo similar, cuando tomé a Cressy en mis brazos bajo la luz de la luna, dispuesta a corresponder a mi amor...

Sólo hacía una noche de esto? Sí. nada más que veinticuatro horas antes. ¿Estaré loco?, pensé. ¿Qué me pasa? ¿Qué está ocurriendo?

Polly interrumpió mis pensamientos.

—Se acerca su pie. ¿Está en condiciones de salir?

Erguí mi cuerpo y respiré profundamente el puro aire de la noche.

—Oh, sí, puedo salir —repliqué, oyendo mi fláccida voz.

Me armé de valor y salí a escena.

Mientras estuve ausente de escena mis compañeros se las habían arreglado para recuperar el hilo de la trama y cuando recogí mi pie pude pronunciar la frase que Polly me había recordado, y así pudimos seguir a trompicones hasta el final de la comedia. A cada momento me tenían que estar apuntando mis diálogos, pues continuamente me olvidaba de mi papel. Pero al fin pudimos llegar al final.

El público era más amable con nosotros de lo que merecíamos. Se oía toser continuamente y cuchichear también durante los vacíos que yo ocasionaba, pero nadie silbó ni gritó. Y tampoco nadie abandonó su asiento aburrido de tanta mentecatez. Probablemente habría muy pocos que alguna vez en su vida habían visto teatro y ahora se irían a casa con la impresión de que el teatro era una cosa estúpida comparada con el cine o la televisión.

Al final el público abandonó el teatro y se apagaron las luces. Me senté bajo los graderíos y cogí la botella de las manos de Polly, quien se la dejó quitar sin ofrecer resistencia. Todos se quedaron mirándome, demasiado extrañados para poder hablar demasiado. Esto era algo que no les había pasado nunca. Ni a mí tampoco. A todo el mundo le sucede algo parecido, pero nunca lo que me pasó a mi aquella noche. Ya se saben los trucos que hay que desplegar cuando ocurre una cosa semejante, pero en aquella ocasión no

valían ni trucos ni artimañas, pues el vacío que se había producido en mi mente era total y continuo. Todavía continuaban cuchicheando entre ellos cuando llegó Guthrie y se acercó a mí.

No levanté la cabeza. Veía sus piernas junto a mí, pero no me gustaba la idea de verle la cara para ver qué expresión tenía. No le oí hablar, pero vi que las otras piernas se empezaban a mover y desaparecían de mi vista, como si les hubiera dado una orden silenciosa. Los vapores del whisky navegaban por mi cabeza por encima de las orejas, corriendo un agradable telón de olvido entre mi mundo particular y el exterior. Levanté la botella para apurar el resto del contenido, agradeciendo sinceramente al hombre que inventó la bebida su feliz idea, y entonces vi la desagradable cara de Guthrie.

No estaba rojo como otras veces. Su cara estaba intensamente pálida y sus ojos parecían de piedra. Había dejado de ser un filósofo barato y se había convertido en lo que era, en un policía del «Comus», resuelto e impío. Empleando un tono de voz tranquilo, no exento de amenaza, me dijo:

—Desde que se unió a nosotros. Rohan, ha estropeado usted todo cuanto ha tocado con sus torpes manos. No sé qué clase de compromisos tiene usted con el señor Nye, pero en cuanto respecta a la Compañía, está despedido. Ya he solicitado un suplente. O sea, puede usted arreglar sus bártulos y largarse cuanto antes de aquí. Está usted despedido, Rohan.

Rodeado por la densa nube de whisky que me embargaba los sentidos, casi creía que no me hablaba con palabras, sino con letras de fuego que no leí porque no quise hacerlo. Porque era muy doloroso comprender lo que realmente significaban...

Creo que aquella noche recorrí varios bares, pues recuerdo débilmente haber escuchado barullo de voces y canciones. No puedo asegurarlo, pues en el pequeño mundo que se había construido alrededor de mí no penetraban las cosas desagradables. Yo estaba dentro de él y lo manejaba a mi gusto como si se tratara de una burbuja enorme que runruneaba a mi alrededor haciéndome olvidar el mundo exterior y sus complicaciones. Me figuré que me encontraba en aquel autobús que transportaba a los cosechadores a través de los resecos campos de Ohio y en otra ocasión creí estar de nuevo con los artistas, también recorriendo las carreteras, pero esta vez en uno de los autocares de la «Cisney Company» que se dirigía velozmente... ¿a dónde...? ¡Ah, sí!, a Carson City para trabajar en una nueva función teatral.

Pero en esto último no había tenido en cuenta que como artista había fracasado rotundamente.

No, no era posible que me encontrara en un autocar de la Compañía. Recordaba con precisión haber estado en la carretera con mi maletín en la mano contemplando cómo los autocares que los alejaban para siempre de mi vida disminuían rápidamente de tamaño. Me habían expresado su adiós sin mirarme a los ojos y sus semblantes demostraron su sentimiento. Y el pequeño mundo que les rodeaba se fue tras ellos, dejando un hueco en mi corazón demasiado helado para que el licor lo calentara y demasiado profundo

para llenarlo con él.

Pero traté de remediarlo desesperadamente con el whisky.

CAPÍTULO XXII

El cielo era de un azul transparente. Lo estaba viendo encima de mi rostro y también veía balancearse suavemente las altas copas de los pinos californianos. Sentía debajo de mi cuerpo la suave alfombra de las pinochas, pero no tenía idea de dónde estaba o de quién era. Un alfilerazo en mi memoria me avisó que era mejor no recordar quién era. No me podía traer nada bueno el saberlo.

Me incorporé lentamente. Al hacerlo sentí gran pesadez en la cabeza y me la oprimí fuertemente con ambas manos, sintiendo náuseas. ¿Había bebido? Paso a paso procuré recordar el pasado, empezando a rehacerlo desde la borrachera hacia atrás. Y mientras me esforzaba en recordarlo los suaves rayos del sol empezaron a acariciarme dulcemente.

Todo había terminado para mí. El deslumbrante futuro que preveía se había esfumado de mis manos como si hubiera sido humo y ahora estaba de nuevo en donde empecé. Ya no era actor ni nada parecido. Recordaba la espantosa hora de mi actuación y vi el rostro desencajado de Guthrie y el movimiento de sus labios cuando pronunciaron mi excomunión artística. Y ahora todo había muerto para mí.

Y otra vez había tenido un sueño extraño...

Repasé con la vista el pequeño claro del bosque en el que me encontraba y en el que había pasado la noche. La noche y una buena parte del día, si la altura del sol que veía por encima de las copas de los árboles significaba algo. Estaba procurando recordar el sueño.

Mirando. ¿Cómo empezaba? Además el teatro surgió en mi sueño... ¿Cómo? ¡Ah, sí!, algo ridículo. Los coches de la Compañía estaban dispuestos en forma circular y no eran autocares, sino bombas, sí, un anillo circular de bombas a punto de estallar y en su centro se erguía arrogante la figura de Miranda, representando una escena de infinita importancia para mí, pero era una escena muda y sus hermosos labios se abrían y cerraban para enunciar las palabras, mientras unas letras de fuego flameaban sobre su cabeza y sus bucles de color trigo flotaban dulcemente sobre su rostro...

Un momento... ¿Cabello color trigo? El cabello de Miranda era negro. Era Cressy quien tenía el cabello dorado. Había algo equivocado en mi sueño. ¿Miranda y Cressy fundidas en una sola persona? No me gustaba. Mirando y Cressy no tenían nada en común. Miranda significaba amor, lealtad, inteligencia y belleza. Miranda era lo más valioso que había encontrado en mi vida. Miranda era la roca en la que me sostenía y la luz que había guiado mis pasos y me convirtió en lo que fui. Sin ella el mundo era un cenagal y la luz oscuridad. Y yo sin ella no era nada en el mundo.

Durante mi sueño me había debatido en el dolor del fracaso. Miranda me dijo algo que tenía que saber, *tenía* que saberlo, pero las letras de fuego no

se estuvieron quietas y no las pude leer. Después una especie de huracán turbó mis pensamientos y recuerdo vagamente que estuve golpeando a alguien furiosamente con el puño, seguramente algún enemigo que se interponía entre mí y lo que yo deseaba. Le odiaba. Sentí el encontronazo de mi puño contra su rostro y le oí gemir.

Pero entonces, en medio del fragor del huracán abrí los ojos y me encontré con que estaba golpeando repetidamente la alfombra de alhumajos sobre la que estaba echado. El ruido del huracán fue disminuyendo poco a poco, perdiéndose en la distancia y mi mano estaba dolorida de tanto golpear a mi enemiga, la tierra. Y al despertarme me hundí en una confusión de pensamientos, porque mi despertar fue peor que el sueño.

Noté gran pesadez de cabeza cuando me incorporé y empecé a tratar de recordar. El ruido del huracán volvía a mí cada vez más fuerte y llegó un momento en que sacudió las hojas de los árboles que crecían junto a mí, perdiéndose rápidamente en la distancia. Era un camión que transitaba por la carretera. Esto me indicaba que la noche anterior salí a trompicones la ciudad y descubrí este pequeño claro entre los pinos al lado de la carretera por la que habían pasado los de la Compañía. Polly y Roy, Cressy y Guthrie y los Henken desaparecieron tragados por la misma, llevándose consigo sus propios problemas y dejándome a mí solo con los míos.

Me dolía mucho la cabeza. Me froté vigorosamente las mejillas y me pregunté qué pasaría ahora. Me iluminó un débil rayo de esperanza y me dije porqué tenía que haberse acabado todo para mí. Guthrie me había despedido, cierto. Pero... ¿quién tenía la última palabra? Nye era el hombre para quien yo trabajé, no Guthrie. ¿Le importaría a Nye que yo hubiera fracasado en la función? Quizá el papel de actor era algo negado para mí, pero yo estaba aquí para algo más que para hacer reír a la gente. Yo estaba aquí encargado de la búsqueda del «Anti-Com» y Guthrie no ejercía autoridad para arrancarme la misión que me había sido encomendada. Todo lo que tenía que hacer era ponerme en contacto con Nye, cumplir mi misión de encontrar el «Anti-Com» y... ¿Y qué? Pues... ¿recuperar un teatro para el que yo no serviría para nada? ¿Volver a mi antigua vida, en calidad de actor que no puede trabajar por incapacidad? ¿Qué lugar le estaría reservado a un Rohan en un mundo imposible para él? No, hacía mucho tiempo que estaba equivocado, que se podía contar a partir de la muerte de Miranda. Quizá fuera esto lo que quisieron significarme las letras de fuego que vi durante mi último sueño. Sin Miranda yo no era nadie y nunca lo había dudado. Con ella yo era un hombre fuerte, poderoso y lleno de vida y esperanza, pero sin ella la vida no tenía aliciente para mí...

¿Así qué es lo que podría Nye darme? ¿Qué podría ofrecerme que me interesara? ¿Devolverme a Miranda?

Sin embargo, tenía que hacer algo, tenía que moverme. No podía permanecer aquí sentado esperando la sopa boba. Me levanté penosamente y contemplé el azulado cielo, que ya empezaba a teñirse de un color grisáceo.

Dentro de unas pocas horas los de la «Cisney Company» empezarían a montar los graderías en Car- son City. ¿En dónde me encontraría yo entonces? ¿Y qué importaba esto? Imprevistamente me volvió a la memoria el recuerdo del sueño. El teatro era un círculo formado por bombas que estaban a punto de estallar y sentía la necesidad de estar allí antes de que esto sucediera. El porqué, lo desconocía, pero la ansiedad por llegar allí aumentaba por momentos por algo que ignoraba.

Caminando lentamente ascendí hasta la carretera.

El pesado camión se detuvo.

—Ya hemos llegado —me dijo el conductor—, Carson City. —Ladeó la cabeza para mirarme—. ¿Está bien, muchacho?

Separé la barbilla del pecho y esforcé una leve sonrisa. Tenía la mente ocupada por diversos pensamiento?. pero contesté:

—Sí me encuentro bien. —Salí de la cabina con algún esfuerzo, llevándome mis contusiones y rozaduras y mis estropeadas ropas. Se quedó mirándome y movió tristemente la cabeza—. Bien, muchas gracias por haberme traído aquí —dije.

Vaciló un momento, pero en seguida buscó con la mano en uno de los compartimientos y me echó un paquete.

—Cójalo, es para usted —me dijo—. Era un paquete que contenía alimentos, uno de esos que llevan los camioneros cuando hacen una larga ruta. Me pregunté si es que parecía estar tan hambriento, pero lo cogí agradecido. A partir de entonces no sabía de dónde iba a sacar el dinero para comprar o comer. El camión se puso en marcha, pero el conductor no dejó de mirarme hasta que se perdió en la distancia, y creo que oí que me decía:

—Me gustaban sus películas, señor Rohan. —Pero esto no lo he podido nunca asegurar.

Tomé café en un pequeño bar que estaba situado cerca de la carretera y me animó mucho. Carson City no es muy grande. Hay un parque en el centro de la ciudad y en medio de él un estanque rodeado de grandes y frondosos árboles que ofrecen una magnífica sombra a los que se cobijan bajo ellos para rehuir el ardiente sol del verano. Me senté en uno de los bancos y comí algo de lo que contenía el paquete. Me lo comí sin ganas, pero lo hice porque creí que sería mejor tener el estómago lleno.

Ya era completamente de noche y todo lo que tenía que hacer era seguir a la gente que se dirigía al teatro. «Crossroads» había caído muy bien en Carson City. Ésta era la ciudad que Nye había catalogado de muy importante y esta era también la ciudad de la que dijo Nye que quería que acudiera en masa a la función, en especial todos los rebeldes que fuera posible atraer. Desde el exterior contemplé el graderío y escuché las voces familiares pronunciando los no menos familiares diálogos y me pregunté en cuántas ciudades más de California se estaría representando la misma función. Y también me pregunté si en realidad había algo verdaderamente especial en Carson City, y de qué se trataría.

Reconocí todas las voces que procedían del anillo mágico, excepto una. Era la voz que me sustituía en mi papel. Me sentía como si fuera un fantasma.

Esperé hasta que estuve seguro de que Guthrie se encontraba dentro de su coche haciendo lo que siempre hacía, fuera lo que fuera, y que los artistas estuvieran todos actuando en escena. Cuando me cercioré de ello me colé dentro y subí los peldaños hasta llegar cerca de la última fila. Casi todos los asientos estaban ocupados. Me metí en la fila pisando de paso algún que otro pie y al fin encontré un lugar libre.

Allí sentado mirando hacia abajo me sentí muy extraño. No me podía hacer a la idea de que yo era un espectador, porque conocía tan de sobras todo cuanto se refería a la función. Y lo más extraño para mí fue contemplar al hombre que representaba mi papel. Era el hombre que pretendía ser Howard Rohan en un papel en el que yo había alcanzado tanto éxito y tanto fracaso. Lo representaba bastante bien, no había que negarlo. Era aproximadamente de mi estatura y actuaba con mucha seguridad, pero no ponía todo el alma en ello. Por primera vez se iba a ver «Crossroads» representada exactamente tal como se había escrito.

El reparto estaba nervioso. El hombre que representaba mi papel estaba algo descentrado con los demás, puesto que había ensayado con un grupo diferente y en más de una ocasión le vi que no estaba en la posición adecuada cuando alguien le hablaba. En cierto momento vi que el rostro de Polly demostraba desconcierto y que vaciló unos instantes antes de continuar su diálogo, y me pareció que me estaba contemplando, a Rohan, un fantasma ocupando el lugar que el otro había dejado momentáneamente vacío. Pensé al ver su cara que quizá, después de todo, me echarían de menos.

Mi borrachera había casi desaparecido por completo y casi me sentía satisfecho de estar vivo. Repasé con la mirada las caras de los espectadores y me pregunté qué estarían pensando de esta cosa tan exótica cono era para ellos el teatro en esta calle de Carson City. Reían con satisfacción cuando la ocasión lo merecía. Era la clase de público que gusta a los que se esfuerzan en las tablas para deleitarle.

Me encontré de pronto sorprendido al darme cuenta que estaba pensando en el «Anti-Com».

Advertí que el peinado de Cressy no era perfecto riéndolo desde la posición que yo ocupaba y que Roy había abusado un poco del lápiz al sombrearse las orejas, pues sus hundidos ojos parecían pequeños y miserables. Anoté mentalmente estos dos defectos para recordárselos después, pero pronto me sobrepuse a mi error y comprendí que yo no tenía ya nada que ver con los de la «Cisney Company».

Vi una cabeza que no me era desconocida un par de filas más abajo y me eché hacia delante sorprendido cara fijarme en ella con más atención. La había visto en San Andreas manejando el detector de mentiras, el cual yo había sido sometido. La vi en el valle, en el centro de distribución de los rebeldes; la vi frente al «Hedgehopper» al estallar, para evitar que las fuerzas

del «Comus» se apoderaran de él. Era la doctora Elaine Thomas. Estaba sentada tranquilamente luciendo un vestido amarillo y un sarape encima de los hombros. Su negra cabellera estaba peinada hacia atrás recogida en hermosos bucles y sus ojos contemplaban atentamente todo cuanto pasaba en el escenario. Eché un rápido vistazo a su mano y vi que llevaba puesto un anillo con la bolita de cristal intacta.

Cressy, iluminada brillantemente por los focos, giró rápidamente sobre sus talones haciendo describir un ancho círculo a su almidonada falda y extendió ambos brazos hacia el hombre que estaba desempeñando mi capel. Se unieron en un abrazo, sonrientes y felices. Sentí un aguijonazo en mi interior, como si estuviera celoso. Cressy acentuaba un poco más de la cuenta el papel amoroso que le correspondía a Susan Jones. Era Cressy, la oportunista, la que ponía toda el alma para complacer al nuevo artista de la pléyade. Porque, quien sabe, quizá se sintiera atraída hacia aquel hombre.

Movió la cabeza hacia un lado y al hacerlo los bucles de cabello de oro se balancearon sobre su rostro. En el mismo momento sentí una extraña ansiedad que se apoderaba de todo mi ser. Era otra vez Miranda, la Miranda de mi sueño que se movía dentro de un círculo de bombas a punto de estallar. Por alguna desconocida razón mi vista se dirigió hacia Elaine Thomas que continuaba contemplando sonriente la escena. Y se me ocurrió que el aire que respirábamos estaba vestido con el negro manto de la muerte, un manto frío que olía a polvo.

Algo extraño me estaba pasando con mis pensamientos. Era la lucha violenta entre lo que yo tenía que recordar y lo que yo no debía atreverme a saber. Miranda, pensé. Miranda...

¿Por qué odiaba ver a Cressy representar el papel que a Miranda había reservado en mi último sueño? ¿Por qué Cressy y Miranda eran mujeres que en mi mente ocupaban polos diferentes y no quería en modo alguno que se confundieran en una sola persona? Cressy no era Miranda. Miranda era la luz y la vida, la lealtad, el amor...

¿*Miranda*?

Sentí dentro de la cabeza como una especie de trueno.

De un modo u otro habían entrado ya en mi cabeza silenciosamente demasiados pensamientos. Elaine Thomas y el anillo con la perla de cristal intacta, la sensación de muerte, el sueño del escenario rodeado de un anillo de bombas, Cressy imitando a Miranda y mi mente rechazando la idea de su semejanza...

Durante unos instantes cruzó por mi mente el recuerdo de lo que quería olvidar a toda costa, lo que sólo me acudía a la memoria cuando estaba demasiado bebido o demasiado preocupado para poder rechazarlo. Vi otra vez con visión clara y vivida, el cuerpo muerto de Miranda vestido con el brillante quimono tendida inerte a un lado de la carretera, su mejilla pegada contra el suelo y su cabello flotando silenciosamente a merced de la brisa... lo único que de ella se movía.

Y unos pasos más allá vi el cadáver del hombre que había sido su amante.

El hombre que nunca conocí, el hombre que jamás pensé que existiera. Nunca me importó conocer su nombre. No me interesó nunca saberlo, pero quienquiera que fuese fue el hombre que se perdió en la Eternidad dejándome desamparado en la vida.

Miranda *no* significó para mí lealtad y amor.

¡Cuántas cosas extrañas pasan en la mente de un ser humano! ¡Cuántas veces me había negado a mí mismo la evidencia de la verdad con respecto a Miranda! La otra Miranda, la fiel, la leal, la amorosa, la que significaba la luz y la vida, no existió en realidad. ¡Cuántas veces había tratado de convencerme de mi propia mentira!

¿Y cómo es que ahora la verdad resplandecía ante mí? Algo raro sin duda me estaba pasando en la imaginación que permitía que la realidad se abriera camino entre las paredes de la mentira, que yo mismo había construido. ¿Y qué sería la extraña ansiedad que sentía aumentar constantemente como si fuera una marea creciente que amenazaba desbordarse e inundarme en cualquier momento?

Miranda no significó para mí lealtad y amor.

Necesitaba meditar sobre esto en silencio y a solas. Sentado sobre el banco de metal me pareció que me encontraba solo y no veía más que la cegadora luz del escenario. Sentía necesidad de meditar sobre Miranda a solas, un pensamiento que no debía compartir con ningún otro ser humano.

Me levanté casi sin darme cuenta que lo hacía y bajé los peldaños calmosamente, llegando a la silenciosa calle. Iba pensando en el pequeño parque y su estanque rodeado de árboles.

Aquel lugar era el que precisaba, un lugar silencioso y solitario.

No se veía un alma. Me senté en uno de los bancos situados bajo un frondoso árbol que crecía junto al estanque. Me recosté en el tronco y contemplé extasiado las brillantes estrellas que titilaban en el firmamento. Dejé que mi mente recordara...

—¿Quién fue la verdadera Miranda? Ciertamente no fue la diosa que yo me había imaginado, sino sólo una mujer de belleza y talento, pero sin fe. Fue una mujer que no encontró en mí lo que deseaba y que fue a buscar el amor que yo no había sabido darle a otra parte. Pero no fue ninguna diosa. No había nada de verdad en lo que había imaginado que ella fue el talismán cuya fe y amor fueron los pilares sobre los que se basó mi éxito. No me dio ni amor ni lealtad. Fue una mujer que hubiera sonreído a cualquier otro hombre que le hubiera ofrecido la felicidad, lo mismo que Cressy hubiera hecho.

A mi alrededor todo era silencio. Podía oír débilmente las voces de los actores y la risa del público. Sobre mi cabeza las hojas de los árboles se mecían llevadas por la brisa produciendo un suave murmullo y de vez en cuando cruzaba la silenciosa calle uno que otro coche. Pero la quietud de mi alma se sobreponía a cualquier otro ruido.

El pensamiento de Miranda acudió otra vez a mi mente. No quería pensar en ella. No podía enfrentarme con su recuerdo, pero me era imposible evitarlo. Sentí el impacto de la verdad de Miranda con una claridad asombrosa. Traté de ponerme en pie, pero mis piernas se negaron a sostenerme. Por primera vez me sentí físicamente derrotado. Los músculos de mis brazos y piernas temblaban misteriosamente, hasta el punto que me era casi imposible mantenerme erguido. Me dejé caer sobre el banco y me sujeté con un brazo al tronco para evitar que el mundo se inclinara a un lado.

Veía claramente ante mí los brillantes colores del quimono de Miranda que destacaban sobre la verde hierba. La hermosa soñadora que nunca más despertaría. Me sentía más conmovido que cuando recibí la impresión de su muerte, porque hasta ahora la había mantenido en mi pensamiento pura y leal, una parte de mi ser. Pero ahora había desaparecido para siempre, fuera de mi alcance, perdida en el olvido.

Olvídate para siempre de la deslealtad de tu esposa. ¿Quién dijo esto? No hay que preocuparse. Sentía la aspereza de la corteza del árbol contra mi mejilla. Abracé el tronco con ambos brazos para aliviar el temblor que en los mismos sentía y vi que mis lágrimas se deslizaban por su inanimada corteza. La tranquilidad de la noche era absoluta.

Sin abrir los ojos me daba cuenta de la quietud del ambiente que me rodeaba. Oía el suave murmullo del agua al batir contra la orilla y el susurro producido por las hojas del árbol bajo el que me cobijaba. Creí notar a través del tronco el reflejo del movimiento de las hojas que descendía hasta las raíces y se perdía en la profundidad de la tierra. El árbol se había mantenido enhiesto durante mucho tiempo, luchando contra todas las adversidades de la vida. Lo mismo que yo tenía que resistir contra todo cuanto se opusiera en mi camino.

Sentí latir su corazón. Sentí el constante ir y venir del agua, arrastrando molécula a molécula la tierra que nos sostenía a mí y a) árbol. El agua y el viento, el árbol viviente y la tierra y yo habíamos sido unidos estrechamente.

Pero no estaba solo. Miranda no se había perdido. Miranda no fue una diosa, pero tampoco me había traicionado... por lo menos ahora no me debía importar. Hizo lo que tenía que hacer. Yo no cumplí mis compromisos de esposo y no tenía derecho a impedirle su propia felicidad. Tenía que haberla dejado libre.

Ahora que estaba muerta trataba de mantenerla más a mi lado que cuando estaba viva. Pero ahora podía aceptar lo que fue y no fue y amarla y dejarla marchar.

No estaba solo. Yo era el árbol y el agua y las estrellas que brillaban en el cielo, yo era el viento y la oscuridad. Y Miranda estaba junto a mí, en todas partes y en ninguna, una parte del árbol, de la tierra y de mi propio ser. *Quizá ahora las nubes de... triste partida... Hermosa soñadora, despierta dentro de mí...*

Ahora ya estaba todo bien. Ahora podía despertar o dormir. Ya no la necesitaba más. Yo era otra vez mi propia personalidad.

Al cabo de un rato me levanté y me limpié la mejilla que había apoyado en el árbol con el cual había participado de aquella extraña comunión. Ahora todo estaba claro y tranquilo para mí. Miranda había sido hermosa y corrupta, lo mismo que el «Comus» era poderoso, perfecto y corrompido. No podía recuperarla, pero tampoco lo deseaba. No la podía aceptar tal como había sido. Ni ella hubiera querido volver a mí. Todo lo pasado, pasado estaba, perdido para siempre en el olvido. Era como el «Comus». Pasé por mi mente como un relámpago el recuerdo del renegado con el collar de orejas humanas... El «Comus», bello y terrible, demasiado peligroso para estar vivo.

Ahora sabía el terreno que pisaba. Había por fin aclarado mis ideas y sabía lo que necesitaba y lo que me podía costar. Pero no me importaba ya su precio, fuera el que fuera.

Cuando me alejé de aquel oscuro parque y salí de nuevo a la luz, sabía que ya era un rebelde. Y también sabía el trabajo que tenía por delante.

CAPÍTULO XXIII

Estuve un momento frente a los graderíos escuchando las voces de los intérpretes. Esperaba llegara la ocasión de una próxima carcajada general. La comedia se acercaba a su fin. Cuando llegó el momento oportuno me deslizó dentro y me abrí paso hasta Elaine.

Acerté el momento. En el preciso instante en que llegué junto a ella y le puse una mano en el hombro y le hablé al oído el público estalló en una ruidosa carcajada. Un esquelético individuo que ocupaba un asiento inmediato al de ella me lanzó una furibunda mirada.

—Aquí no queda sitio para nadie. —masculló mientras dirigía una mirada despreciativa a mi estropeada camisa y a las heridas de mi rostro.

Contesté:

—Perdone, no estoy más que un minuto.

Elaine me miraba muy sorprendida. Susurró en mi oído:

—No sabía... ¿cómo es que no trabaja usted en la función? Yo esperaba...

—Ya se lo contaré más tarde —repliqué—. ¿Está usted sola aquí?

Hizo un signo afirmativo con la cabeza y se apartó a un lado para dejarme sitio libre. Hice un signo negativo.

—No, quiero que venga inmediatamente conmigo. —Me acerqué a ella y le dije quedamente al oído—: ¡Salga inmediatamente de aquí!

Me miró asombrada.

—Ahora no. Espere a que termine la función.

—No hay tiempo que perder —le contesté—. Esperemos la próxima carcajada del público y después ¡huyamos!

Se quedó pensativa un momento y luego asintió, aunque sus ojos solicitaban vivamente una aclaración. Yo esperaba el momento oportuno escuchando atentamente el diálogo.

—¡Ahora! —exclamé.

Elaine se levantó tranquilamente cuando la risa empezó a brotar de las gargantas de los espectadores. Vi que Polly, desde el escenario, levantaba la cabeza para mirarnos, sin duda extrañada de que hubiera alguien que en aquel momento juzgara oportuno marcharse. Creo que a pesar de las luces me reconoció, pero aunque tuvo una breve interrupción de su diálogo después continuó como si no hubiera advertido nada anormal. Seguí a Elaine a través del estrecho pasillo hasta el final de los bancos y nos encontramos en la desierta calle. Sentía un fuerte hormigueo en la nuca. Pensé que alguien nos detendría, que alguien se interpondría en nuestro camino, pero casi a continuación pensé estremeciéndome que no tenían necesidad de hacerlo. Quizá ya ahora estaríamos controlados.

Al parecer nadie se había dado cuenta de nuestra desaparición.

Una vez que nos encontramos a solas en la desierta calle Elaine se volvió hacia mí escrutadoramente.

—¿Qué le ha sucedido. Rohan —me preguntó en voz baja—. ¿Qué es lo que está haciendo aquí? Creí que su misión estaba en la escena.

Me froté mi dolorida mejilla.

—Han ocurrido muchas cosas desde que la vi la última vez. Ahora no se preocupe. —Me pregunté cuántas de ellas sabría en realidad. Yo había entregado a las del «Comus» a su amigo y con dicho acto había facilitado la trampa tendida en la función teatral de Carson City. Pero ahora era demasiado tarde para meditar sobre todo esto.

—No hable, por favor. Escuche la función —le dije.

Elaine obedeció extrañada. Un momento después, le dije:

—Y ahora, ¿piensa usted en el «Anti-Com»?

La expresión de súbita sorpresa que se reflejó en su rostro me dio la respuesta, antes de que ella exclamara:

—¿Pero cómo es que usted sabe...? ¿Pero cómo pudo...?

—También se lo contaré más tarde —repuse—. Esto, si hay tiempo. El teatro es una trampa. Es un detector de mentiras que anda a la caza del «Anti-Com».

Una carcajada rompió el silencio de la noche. Elaine me miraba entre ansiosa y asustada.

—¿Está usted seguro? ¿Cómo es posible? —No quería creerme. Vi que su rostro se iba tornando pálido mientras sus ojos seguían investigando en los míos, tratando de no creer lo que le había dicho, pero a pesar de ella misma, empezando a percatarse que le estaba diciendo la pura verdad—. ¿Cómo lo sabe usted? —me preguntó con voz velada por la emoción.

Moví a ambos lados la cabeza.

—Es una larga historia. Si puede usted realizar algo para luchar contra la trampa es preciso que no pierda tiempo. ¿Hay alguien entre el público que sabe algo importante?

—¡Dios mío! —exclamó por toda respuesta.

—¿Debo interrumpir la función? —pregunté impaciente—. Lo podría hacer, pero...

De improviso Elaine dio bruscamente media vuelta y echó a correr desesperadamente, sin pronunciar palabra. Vacilé un instante al verla correr, pero inmediatamente me decidí y corrí en pos de ella procurando no hacer ruido, como ella hacía. Elaine me miró una vez por encima del hombro y continuó corriendo sin prestarme más atención.

Yo apenas podía respirar cuando la vi que se detenía ante el portal de una casa de dos pisos y sacaba una llave de su bolso. Abrió la puerta y se introdujo en el interior perdiéndose inmediatamente en la oscuridad. La seguí apresuradamente y oí que me decía jadeante:

—¡Cierre la puerta!

Cerré la puerta con llave y al volverme pude, ver a través de la

oscuridad unas escaleras que conducían al piso superior y a Elaine al final de las mismas abriendo otra puerta. Llegué a tiempo de verla atravesar el umbral de la oficina cuya puerta había abierto y separar un cuadro al óleo que estaba adosado a la pared. Inmediatamente la vi pulsar dos botones que sobresalían de la pared y aplicar el oído a la misma, escuchando atentamente con los ojos cerrados y sin separar los dedos de los dos botones.

Sentí el lejano gemido de una sirena que fue aumentando de volumen hasta alcanzar plena intensidad. Después su sonido fue decreciendo y aumentando a intervalos cortos, como si se tratara de una clave, un mensaje cifrado para la ciudad y el tranquilo campo. Me imaginaba a todos los habitantes de Carson City escuchando atónitos su primer gemido de advertencia, incapaces de comprender. Me imaginaba a las gentes del campo, a los que transitaban por las carreteras, a los pájaros y demás animales del bosque despertando de su sueño, todos sorprendidos y con la vista fija hacia la ciudad. Y por un momento tuve la impresión de que Carson City era como un buque hundiéndose en medio de las procelosas aguas del Atlántico mientras lanzaba al aire su mensaje de muerte.

Elaine suspiró y abrió los ojos, dando un paso atrás. El cuadro resbaló sobre la pared y recuperó su posición normal, ocultando de nuevo los botones. Se quedó un momento mirándome, todavía pálida, pero ya casi tranquila. La sirena dejó de gemir.

—¿La llamada para tomar las armas? —le pregunté.

Sonrió débilmente.

—En Morse, «H» y «C», que significan «Hola, Carlos» —contestó —-. Esta es la señal convenida. Escuche.

Un murmullo creciente de voces nerviosas llegaba caramente hasta nosotros. Eran voces de gente que se llamaba una a otro, ruido de pasos precipitados, de puertas abriéndose y cerrándose rápidamente y de gritos de advertencia.

—Significa disolverse —replicó Elaine—. Márchese inmediatamente y reúnase con su grupo correspondiente. ¡Deje todo lo que sea y póngase en movimiento! No se preocupe del teatro, pues el público debe estar saliendo a toda prisa. Así lo espero...

Pero ahora me tocaba hablar a mí.

— ¡Escuche! —Elaine estaba tranquila. Sentimos ruido de disparos procedente del lugar en que estaba emplazado el teatro—. Quizá algunos de los que están dentro no puedan salir tan apresuradamente —manifesté amargamente—. ¿Qué piensa hacer?

Hizo un rápido movimiento para huir, pero el parecer contuvo su primer impulso y giró sobre sus talones, cogiendo una silla y sentándose en ella. Cerró los ojos durante unos instantes y luego me miró fijamente. Su mirada denotaba preocupación y ansiedad.

—Siéntese, Rohan —me dijo—. Tenemos que aclarar algún punto oscuro. ¿Qué es lo que sabe usted?

Me sentí satisfecho de poder sentarme. Estaba como extenuado desde hacía una hora. Sentía un fuerte dolor de cabeza y algunos músculos de mi cuerpo brincaban cuando procuraba descansar.

—La aclaración puede cosíamos cierto tiempo —indiqué.

—Disponemos de unos diez minutos. Puede empezar.

Empecé mi relato:

—Hace cosa de una semana traté de recuperar mi contrato de cosechador. —Aquí hice una pausa, maravillándome del tiempo transcurrido. ¿Una semana? Me parecía que habían transcurrido luengos años—. El «Comus» se apoderó de mí —proseguí—, Ted Nye y yo éramos buenos amigos cuando yo trabajaba en Broadway. Necesitaba un actor y me ofreció trabajo. Antes de ofrecérmelo me sometió a la investigación cerebral de rigor para asegurarse de que no era un elemento subversivo. Declaré esto cuando la vi en San Andreas, ¿recuerda?

Asintió, sin dejar de mirarme.

—Vio usted en Nueva York a mi hermano, en el centro de análisis psíquicos.

—Se parece muchísimo a usted. —Vacilé—. ¿Está... bien? No recuerdo mucho, pero...

—Sí que recuerda —contestó sombríamente—. Joe... murió hace una semana de repente. Se dijo que había tomado una dosis excesiva de alguna droga—. Sus labios temblaban.

Continué, empleando una voz suave:

—Sabía lo que se le avecinaba. Creo que me dijo que debía darle a usted recuerdos de su parte. Y también que le transmitiera el mensaje del peligro que corren los teatros ambulantes de caer en la trampa tendida por el «Comus». —Me froté fatigosamente los ojos—. Yo estaba drogado y aquella noche tuve un sueño, bueno, creí tenerlo. Hasta ahora he estado preocupado con las cosas que me dijo su hermano. Todo lo que me había dicho había cambiado tanto en mi cerebro que no tenía lógica alguna, pero al cabo de cierto tiempo me convencí que a pesar de todo no podía ser un sueño. Sin embargo, aún no lo comprendo. —Hice una pausa y medité sobre el silencio del parque, de las aguas del estanque y del nuevo conocimiento sobre mí mismo que allí había adquirido esta noche. Después proseguí —: Había algo más que me lo imposibilitaba, algo que. me afectaba personalmente y algunas cosas que sucedieron hace ya mucho tiempo.

Hice otra pausa. Recordaba las letras de fuego que durante tanto tiempo había sido incapaz de leer. Ahora podía comprender lo que había ocurrido en Nueva York mientras el doctor Thomas verificaba mi análisis cerebral rutinario ordenado por Nye. Sin duda se dio cuenta por mis reacciones que yo podría llevar su mensaje a California con toda seguridad. Y tuvo razón, pues yo ya era entonces un rebelde, un hombre nacido para la rebeldía y viviendo en constante rebelión contra el mundo entero.

Pero lo que me había dicho era escalofriante. En esencia debía haberme

manifestado:

—Estoy trabajando con una organización rebelde que va a destruir al «Comus» con el «Anti-Com». He averiguado que los teatros ambulantes son una trampa tendida para localizar a los rebeldes que saben demasiado. Tiene usted que transmitir el aviso. Tiene usted que ayudarnos.

Pero yo debí protestar. No estaba dispuesto a tomar las armas para sacar de apuros a nadie, ni siquiera para resolver mis propios problemas. Y entonces él me dijo... ¿qué? Que no tenía que preocuparme de lo que me había dicho, pues, cuando llegara la ocasión lo sabría... ¿Sugestión hipnótica de efecto retardado? Algo de eso, no cabía la menor duda. Había acertado al escogerme, aunque probablemente no tenía demasiado donde elegir. Seguramente sus perseguidores debían estar rodeándole ya estrechamente, si no se hubiera decidido por un miserable Howard Rohan.

Me había costado mucho esfuerzo mental para llegar a pensar de esta forma. Había tenido que extirpar de mi mente la confusión de pensamientos que en tropel ocupaban mi memoria con el recuerdo de Miranda. Pero cuando lo conseguí me di cuenta de lo que necesitaba y cuál era mi bando. Me costó mucho tiempo el descubrir la verdad. Quizá demasiado.

Elaine interrumpió mis pensamientos:

—¿Puede usted recordar exactamente el mensaje. Rohan?

Cerré los ojos y me concentré en mis pensamientos.

—Su hermano quería que yo me uniera a la «Cisney Company» porque habían sido designados para actuar en la zona en la que estaban usted y Harris y también el... —Hice una pausa, mirándola fijamente—. ¿El «Anti-Com» también está aquí, verdad? ¿En Carson City? Sé que Nye cree que está aquí.

Me miró sin expresión.

—No, no está aquí. Prosiga.

Me encogí de hombros.

—Me dijo que el «Anti-Com» destruiría el «Comus»... Le haría suicidarse, son sus palabras exactas. Quería avisarle sobre lo de los teatros ambulantes. No disponía de tiempo para mandarle un mensaje directo y se decidió a valerse de mí. —Sonreí ligeramente, viendo otra vez las ilegibles letras de fuego que giraban a mí alrededor, ilegibles hasta ahora—. Era un mensaje arriesgado —continué.

—No había que preocuparse —replicó Elaine—. Esperaba que hubiera empleado con usted hipnotismo de efecto retardado. Si no estuviera seguro de que estaba usted de corazón a nuestro lado le habría plantado en el cerebro ciertos elementos de metal que le impedirían recordar hasta que llegara la ocasión propicia. ¿Quiere esto significar que no ha estado usted realmente a nuestra lado hasta esta misma noche?

—He tenido algunos problemas —repliqué molesto—. Pero...

—Espere... —cortó Elaine, dirigiéndose hacia la puerta. Sentí el ruido de pasos que subían las escaleras y voces apagadas de gente que hablaba animadamente, y después la cerradura al abrirse.

Elaine me dijo rápidamente:

—No tuve tiempo de decírselo. Este es el Cuartel General de Carson City. Ahora sabremos lo que ocurre y si usted llegó a tiempo de descubrir la verdad y de decidirse.

Entraron dos hombres en la oficina. Uno de ellos iba despeinado y el otro se estaba abotonando la camisa, como si no hubiera tenido tiempo de vestirse. Les siguió inmediatamente una mujer y después tres hombres más. Miraron a Elaine y después a mí.

—¿Dónde está Beardsley? —preguntó alguien.

—Estaba en el teatro —contestó Elaine con voz temblorosa—. ¿Qué ocurrió allí? ¿Lo sabe alguien?

El hombre despeinado contestó:

—Yo estaba allí. Cuando cundió la alarma todos procuramos escapar. No creo que esperaran tan pronto una cosa igual, porque al principio fue fácil huir. Pero actuaron rápidamente y antes de que Beardsley y Ferguson lograran salir al pasillo los de «Comus» ya los habían echado el guante.

—¡Pero no a los dos! —exclamó Elaine emocionada. El hombre asintió sombríamente. Elaine se sobrepuso a la emoción y preguntó con calma—: ¿Y los disparos?

—Fueron los del Comus» que disparaban sobre los que huían. No alcanzaron a ninguno de los nuestros, pero ha quedado claro que no se andan con remilgos —comentó el mismo hombre.

—¿Cree usted que lo saben? —preguntó alguien desde atrás.

—Rohan —dijo Elaine—. Cuénteles lo del teatro.

Me coloqué frente al grupo y les fui explicando todo. Mientras hablaba iban llegando continuamente más personas, todas excitadas, aunque ninguna de ellas demostraba el menor asomo de temor.

Les conté la trama de la comedia, la insistencia en que la misma se representara sin el menor cambio en el diálogo o en la acción. Les informé de los innecesarios aparatos que había en el coche guardarropía *y* les hablé del hilo de plata que corría bajo los bancos.

Y entonces pensé en lo mucho que había pensado en las palabras «Anti-Com» esta misma noche mientras estuve sentado en uno de ellos.

Siempre había notado algo raro en la comedia. Lo había presentido sin saber el porqué. Pensando con calma en «Crossroads» pude ver que en realidad eran dos y no una. Tenía dos niveles. Si uno sabía algo del «Anti-Com» respondía en ambos y si había alguien que sabía mucho de él los aparatos especiales instalados en el coche de Guthrie debían registrarlo con toda exactitud. Aquella profusión de intrincados equipos electrónicos, que no eran necesarios en modo alguno para la parte eléctrica de la función, debían haber sido ajustados convenientemente para recoger las más mínimas reacciones de la gente que sabía más de la cuenta.

El «Anti-Com» no se mencionaba para nada en la función, ni siquiera se hacía la más mínima alusión, pero de vez en cuando noté que acudía

irremisiblemente a mi mente como empujado por una mano oculta.

Alguien dijo en tono dubitativo.

—¿Pero pueden obtener resultados del público sin tenerlo conectado directamente?

Me encogí de hombros, pero alguien respondió por mí?

—Pues sí, pueden hacerlo. Es como si se tratara de un detector de mentiras actuando sobre un campo mucho más extenso. El campo electromagnético del propio cuerpo humano puede facilitarlo.

—¿Pero cómo pueden localizar a una persona entre tantas?

—¿Cómo localizaría usted una avería en un campo eléctrico? ¡Diablos, esto no significa problema alguno! La forma cómo lo consiguen no es cuenta nuestra, pero tenga por seguro que ellos saben cómo hacerlo.

Otro de los presentes preguntó:

—¿Y qué hay de los otros teatros ambulantes? A estas horas deben haber atrapado a muchos de los nuestros.

—Si lo han hecho, han perdido el tiempo miserablemente —dijo Elaine —. No hay nadie fuera de esta zona que sepa lo suficiente para poder ser peligroso. Pero en cuanto a Ferguson y a Beardsley, ya es otra cosa. Saben mucho, como yo misma. Si el «Comus» detiene a cualquiera de nosotros...

—Vivo —añadió alguien.

Una pausa. Elaine repasó con la mirada todos los rostros.

—Cogieron a Beardsley y a Ferguson —manifestó—. ¿Y bien?

Un momento de silencio. Después, desde el fondo, alguien exclamó:

—Y ambos vivos cuando los vi por última vez —Otro silencio, más breve esta vez.

Elaine lo rompió, diciendo:

—Ya sabremos algo. Todavía tenemos tiempo. ¿Alguna pregunta más?

—Sí —exclamó una voz—. ¿ Qué hay de este teatro? Ya ha dado dos o tres funciones. No es la primera vez que los detectores han sido empleados en esta zona.

Entonces respondí:

—Es la primera vez que los han podido emplear. Yo les estropeé las únicas dos anteriores funciones. Esta noche fue la primera que Guthrie tuvo la ocasión de salirse con la suya. —Me quedé un momento en silencio, comprendiendo por vez primera la posible explicación de mi aturdimiento de la pasada noche.

¿Era posible que mi aturdimiento hubiera sido causado por algún efecto pasajero? Sabía prácticamente lo que ocurriría si «Crossroads» fuera representada exactamente como estaba escrita. La primera vez la estropeé cuando me decidí a representarla según mi capricho y la segunda por mi total inercia.

Sentí la esperanza renacer en mi alma. ¿Sería mi incapacidad producida por el efecto hipnótico retardado? ¿Me habría impedido el efecto hipnótico recordar mi papel con el fin de lograr que la función fracasase, para que los

detectores no pudieran captar las impresiones del público? ¿Podría todo esto significar que yo no había perdido en modo alguno mi capacidad para actuar delante del público? Me quedé como paralizado, pero en mi rostro se reflejó sin duda la satisfacción que sentía en mi pecho. Así es que todavía podía tener una oportunidad de trabajar en el teatro...

Elaine me dijo de pronto:

—Rohan, ¿qué le pasa?

La miré estúpidamente.

— Nada, estaba pensando en algo de mi profesión. No creí que se diera cuenta.

—Pues es que parecía estar muy contento y pensé que estaba pensando en alguna buena idea contra ei «Comus». Dios sabe lo mucho que necesitamos de buenas ideas. —Eché un rápido vistazo a todos los presentes —. Como faltan Ferguson y Beardsley, creo que yo soy la que debo tomar el mando. George, ¿quiere ir a ver si averigua algo de los dos prisioneros? Johnny, suba al monumento y entérese de cómo está la situación. Creo...

Alguien subía rápidamente las escaleras. Todos se volvieron para ver al recién llegado. Apareció un joven que se apoyó jadeando en el marco de la puerta y exclamó:

—Están deteniendo a todos los que tratan de huir de la ciudad. Alguien me dijo que ha visto algunos «Prowlers» que vienen hacia aquí. ¿Dónde está Beardsley?

Elaine ordenó:

—Johnny, vaya en seguida al monumento. —Después, dirigiéndose al recién llegado, dijo—: Beardsley no volverá, Tony. Yo llevo ahora el control. ¿Qué le pasó?

—Cuando sentí la sirena me dispuse a huir —dijo el joven—. Cuando corría por la calle me detuvieron dos hombres, uno de ellos dispuesto a aplicarme una inyección, pero pude quitarle de la mano la jeringuilla y romperla. Algunos de los nuestros nos vieron luchar y llegaron a tiempo para salvarme.

—Muy bien —replicó Elaine—. Me alegro. Brewster, ocúpese de reclutar cuantos hombres pueda y organice patrullas para recorrer las calles para evitar los arrestos. Trate de salvar a los que han sido detenidos.

El aludido, un hombre corpulento, exclamó:

—Procuraré hacerlo, pero creo que es un poco tarde.

—¡Hágalo de todas formas!

Asintió con la cabeza y se encaminó inmediatamente hacia la salida, haciendo de paso señas a algunos de los presentes para que le siguieran. Una idea pasó entonces por mi mente.

—Espere un momento —exclamé en voz alta—. Le tengo que advertir que ninguno de los artistas del teatro tiene la más mínima idea de lo que están haciendo. Debe tenerlo en cuenta.

Mis palabras no produjeron ningún efecto. Nadie ' habló. Se hizo un

momento de silencio y luego Brewster dijo:

—Vamos. —Salió con sus nombres y entonces dirigí la vista a Elaine.

—¿Qué hay de mi gente?

—No lo sé —replicó moviendo la cabeza dubitativamente—. Tengo muchas cosas en que pensar Rohan. Ellos pueden cuidarse de sí mismos.

Antes de que mi protesta saliera a la luz penetró violentamente en la habitación una mujer que llevaba la cabellera en completo desorden. Hablaba emitiendo sonidos entrecortados, como si estuviera rendida de tanto correr.

—Johnny me ha dicho... que quiere que... suba al... monumento... Yo... he estado... arriba, —Hizo una pausa para recuperar 1a. respiración—. Estamos rodeados. He visto muchas máquinas. Jamás he visto tantas. Tanques, «Prowlers», «Hedgehopper». Nos rodean como un anillo. Ni un ratón podría pasar entre ellos. Seguramente han estado ocultos en los bosques. Disponen también de radar. Estamos cercados.

—¿Qué hay de mis artistas? —dije—. Nadie me prestó la menor atención.

—¿Qué hacen con las máquinas de guerra? —preguntó Elaine—. ¿Permanecen quietas? —La mujer asintió, apartándose al propio tiempo de la cara el cabello que le impedía ver.

Se oyó en aquel mismo momento un ruido de pasos y voces y entró en la oficina un hombre, cuyo rostro aparecía lívido. Se encaminó directamente hacia Elaine.

—Ferguson —exclamó, haciendo una pausa para respirar—, Ferguson ha muerto. Se llevó el anillo a la boca cuando lo subían a rastras por las escaleras del cuartel de la policía del «Comus». Beardsley... —Otra pausa, esta vez moviendo apesadumbrado la cabeza—. Sam no lo pudo hacer —continuó—. Lo tienen encerrado.

—¿Vivo?

El viejo asintió.

—¿Es que no pudo llevarse el anillo a la boca? —preguntó ansiosamente Elaine.

—Se lo llevó hasta la boca. Le vi hacerlo. Pero luego, no sé cómo... dejé caer la mano.

Silencio. Después Elaine preguntó:

—¿En dónde está ahora?

—Le están interrogando en el Cuartel General del «Comus».

—Supongo que bajo la directa intervención de Nye, a través de la televisión —manifestó Elaine, visiblemente afectada—. Bien, ahora ya está hecho.

—¿Qué consecuencias puede acarrear? —preguntó alguien.

Elaine contestó:

—Estaba segura de que Sam emplearía el veneno si lo exigiese la situación. —Se quedó contemplando pensativamente su propio anillo—. Creo que nadie lo sabe de cierto hasta que lo tiene que emplear. —Se quedó en

silencio durante un prolongado momento.

—Las consecuencias pueden ser nefastas —prosiguió—. Sam conoce la ciudad en la que está el «Anti-Com», aunque no el sitio en que se oculta, lo que quizás sea peor.

—¿Todavía peor? En cuanto controlen el cerebro de Beardsley y se enteren irán inmediatamente a la ciudad y...

—Tal vez —replicó Elaine—. Pero recuerde que Nye quiere apoderarse del «Anti-Com» intacto y mientras no sepa lo que es y cómo funciona no se atreverá a un ataque directo. Aunque destruyera éste podemos construir otro.

—¡Pero Nye temerá que lo hagamos estallar!

Elaine sonrió.

—No lo vamos a hacer estallar. Esto es algo que Beardsley no conoce.

Se hizo un silencio absoluto. Después alguien preguntó cohibido:

—¿Y cómo es que no lo vamos a hacer estallar?

Elaine replicó inmediatamente:

—¡Porque no es seguro! Porque ayer el «Comus» asaltó un centro de distribución y tuvimos que destruir la única pieza de seguridad de que disponíamos para el «Anti-Com». Este es el motivo que nos impide utilizarlo.

Una voz preguntó después de un corto silencio:

—Creí que ya estaba todo terminado, listo para operar.

—Y lo está —repuso Elaine con voz tranquila—. Está terminado y funcionará a su debido tiempo. Destruirá al «Comus» para siempre. La pasada semana hicimos averiguaciones con uno de nuestros cerebros electrónicos y descubrimos que producirá otros efectos que no esperábamos, algo en lo que no habíamos pensado. Desencadenará una tremenda cantidad de energía. Destruirá al «Comus», pero al mismo tiempo existe el peligro que nos destruya también a nosotros. Podría hacer saltar por los aires a todo el Estado.

—¿Podría o lo haría? —preguntó alguien.

Elaine se encogió de hombros.

—Existe una probabilidad de que no ocurriera. Pero la verdad es que no me gustaría tener que confiar en ella. Disponíamos de una pieza de seguridad que servía para eliminar el peligro. Desde que ayer por la mañana la perdimos, hemos estado trabajando activamente para conseguir otra. Ya está casi terminada, pero no la tenemos ajustada al «Anti-Com». Si lo estuviera... —Se encogió delicadamente de hombros—. Si lo estuviera, sería el fin del «Comus». No duraría ni segundos.

Todos nos miramos. ¿Qué fuerza podría desarrollar aquél ingenio para barrer del mapa al «Comus» en un abrir y cerrar de ojos?

—¿Dónde está la pieza de seguridad? —preguntó alguien.

Elaine movió negativamente la cabeza.

—Es mejor que no se sepa. Todavía tenemos una oportunidad, muy remota, pero al fin una oportunidad.

El silencio se adueñó de nuevo de la habitación, roto sólo por los lejanos disparos de fusilería. Alguien que estaba al lado de la puerta dijo:

—Si fuera yo quien tenía que decidir, me arriesgaría a probar fortuna. Emplearía el «Anti-Comus» y si es que nos salía mal al menos nos llevaríamos con nosotros a los del «Comus». Teniendo una probabilidad de éxito yo me decidiría a emplearlo. Estamos rodeados.

—En estos mismos momentos —dijo Elaine— Nye está probablemente interrogando a Beardsley desde Nueva York. Tan pronto como Sam hable sabrán en qué ciudad está oculto el «Anti-Com» y empezarán a registrar casa por casa. A corto o a la larga lo encontrarán, pero si tenemos suerte el «Anti-Com» funcionará y el «Comus»... —Vaciló antes de continuar—. Bien, el «Comus» desaparecerá y por todo el país se levantarán grupos armados que se adueñarán de la situación.

—¿Cómo lo sabrán?

Elaine se sonrió.

—Lo sabrán. Si el «Anti-Comus» se pone en funcionamiento no habrá nadie en el país que dude un instante de lo que se trata. Si sale bien, todo saldrá a las mil maravillas, pero en caso contrario la explosión podría encender la mitad del continente durante uno o dos minutos.

—¿Pero qué podemos hacer? —exclamó alguien con voz que denotaba impaciencia—. ; Debe haber algo que podamos hacer!

—Sí, hay algo —replicó Elaine—. Y ahora mismo lo estamos haciendo. Estoy esperando noticias del lugar en donde están fabricando el dispositivo de seguridad, que debe estar terminado dentro de media hora. Cuan- lo tengamos será cuestión de llevarlo a donde está el «Anti-Com» antes de que las fuerzas del «Comus» lo encuentren. Ahora hay una cosa que no hay que olvidar y es de estar bien armados y preparados a ofrecer una resistencia espartana si las tropas del «Comus» traten de entrar en Carson City. Espero que cada uno cumpla con su deber. Ha llegado el momento decisivo para todos. Les tengo que recordar que la ciudad es ahora más importante que nunca.

Dije en tono suave:

—¿Por qué?

—Es así como arrojamos al «Comus» de California —repuso Elaine—. Mientras tengamos la posibilidad de poderlo hacer funcionar los del «Comus» estarán alejados de nosotros.

—Al fin y al cabo, Andrew Raleigh es todavía el Presidente —dijo un hombre que llevaba un camisa destrozada y el rostro con varios rasguños—. El viejo puede todavía arrojar a Nye de su posición y lo haría sin contemplaciones si nosotros armáramos demasiado ruido. Si el artefacto estalla tendrá efectos por toda California, y Nye no se lo podría ocultar al Presidente, a pesar de sus servicios especiales. Todavía le tiene miedo a Raleigh.

—El «Comus» tendrá que tomar la ciudad en donde esté el «Anti-Com» —le recordé.

—Si es así habrá lucha. Tenemos mucha gente en armas y grandes cantidades de armas y municiones. Pero Nye tendrá una buena excusa.

Después de todo, si sabe en dónde está el «Anti-Com». ni el mismo Raleigh podrá objetar en contra.

Elaine indicó:

—Nye no se decidirá por ninguna acción drástica. Lo que tratará de hacer es infiltrarse en la ciudad. Recuerden que quiere apoderarse del «Anti-Com» completo para que los técnicos puedan estudiarlo y crear una defensa contra él. Sólo hay una cosa que podamos hacer ahora. —Paseó la mirada por todos los presentes.

—Johnny, reúne a tus hombres y trata de pasar a través del enemigo. Tenemos que atravesar el cinturón del «Comus».

Johnny movió la cabeza en señal de duda.

—Es muy difícil, pero procuraremos hacerlo. —Hizo señas a varios de los presentes para que le siguieran, señas a varios de los presentes para que le siguieran.

Entonces me dirigí a Elaine y le dije procurando no demostrar nerviosismo en la voz:

—¿Ha pensado en el motivo que les induce a rodear la ciudad? ¿Sabe usted lo que están buscando?

Sus ojos se encontraron con los míos y me contestó tranquilamente.

—Sí, lo sé.

—La están buscando a usted —afirmé.

Extendió el brazo e hizo como si admirara la perla que tenía en su anillo. Yo sabía que se estaba preguntando si cuando llegara el momento sería capaz de emplear su veneno. En mi interior pensé que sí lo haría.

—Y no solamente a mí —dijo— sino a cualquiera que sobre el «Anti-Com» sepa más que Sam. Tenemos que encontrar la manera de salir de esta ciudad.

Alguien subía precipitadamente las escaleras. Entonces, sin motivo alguno, me encontré pensando en los de la «Cisney Company», aislados y sitiados en la ciudad, probablemente poblada por habitantes al borde de la neurastenia. Empecé a decir:

—Elaine, hay que cuidarse de mis artistas. Ellos no sabían lo que estaban haciendo. Yo espero...

Pero en el mismo momento la puerta se abrió de sopetón y entró un hombre respirando fatigosamente, exclamando antes de estar completamente dentro:

—¡Han hecho cantar a Beardsley! ¡Ha contado todo lo que sabía. He oído casi todo. ¡Hay que salir de aquí inmediatamente, pues saben que aquí está el Cuartel General Están ya en camino.

Los presentes empezaron a gesticular y a hablar acaloradamente durante un breve momento. Después se oyó la clara voz de Elaine dominando a todas las demás. Empezó a dar tajantes órdenes con voz serena y dominante. Mirándola vi que sus manos estaban temblando y que el pulso le latía en el cuello, pero fijándose solamente en el tono de su voz nadie hubiera dicho que

estaba asustada. Deseé ardientemente que sus órdenes no fueran equivocadas. Les estaba diciendo por dónde tenían que huir y el lugar en que se debían reunir. Cinco minutos después se formaron varios grupos y mé vi en uno de ellos bajando las escaleras ordenadamente.

Afuera, las calles estaban casi completamente oscuras. Bajo nuestros pies crujían los vidrios rotos de los faroles de las calles. Alguien había pensado que había demasiada iluminación y se había dedicado a romperlos. Había estado en lo cierto, pues era mucho más fácil el huir amparado por las sombras de la noche. Me encontré la mano de Elaine en mi brazo.

—Quiero terminar la conversación que interrumpimos, Rohan —me dijo—. Espere un momento. Usted sabe demasiado y no quiero que le cojan.

Por una de las oscuras calles llegaba hasta nosotros el ruido creciente de motores. «Hedgehopper», pensé, y quizá uno o dos «Prowlers». No había visto un «Prowler» desde que [1] crucé la frontera de esta tierra de rebeldes. Me estremecí sin querer al recordar su enorme mole cuando se ve cerca de uno. Alguien gritó:

—¡Son ellos! ¡Huyamos!

Y todos nos pusimos en fuga.

Cuando al fin me detuve falto de respiración, entre dos edificios de madera, me encontré con que estaba completamente solo. Me quedé quieto escuchando atentamente y procurando recobrar la respiración. De lo lejos llegaban a mis oídos frecuentes disparos y gritos, pero no sentí el ruido de pasos cercanos. Me llegaba el olor a hierba fresca de algún oculto prado. Si es que había alguien oculto en estos dos edificios debía estar tan quieto como yo, escuchando y esperando. Hasta donde alcanzaba mi vista no veía ningún movimiento.

Después de cierto tiempo encendí un cigarrillo y me pregunté qué era lo que tenía que hacer. Pero yo ya sabía la respuesta a mi pregunta, sin necesidad de habérmela hecho. Hasta que estuviera seguro que mis compañeros de profesión estaban a salvo, no podía dar ningún paso más. No existía razón por la cual yo me viera ligado a procurar su seguridad. La Compañía me había echado de su seno. Al menos, Guthrie lo había hecho. Pero el sentido de responsabilidad que hacia ellos se había creado en mí era algo contra lo que no podía luchar.

Me orienté para encaminarme hacia el lugar en donde había sido levantado el teatro. Sabía que había sido montado en la parte sur de la ciudad. Busqué en el firmamento la estrella del Norte y dirigí cautelosamente mis pasos hacia donde debían encontrarse mis compañeros.

CAPÍTULO XXIV

Había caminado durante unos diez minutos cuando escuché las primeras campanadas de una iglesia. Me estremecí. No parecía ser de alarma, pero unos segundos después oí otro repique de campanas en otra parte y después otro por la parte norte. El sonido de una de ellas era grave, el de otra algo más alto y el de la tercera parecía una nota de tenor. No iban muy bien acompasadas, pero probablemente los que las manejaban no tenían intención de que lo fueran. Pensé que su única misión sería llenar la ciudad con sus solemnes notas. Me pregunté si sus badajos serían movidos por hombre o bien serían campanas mecánicas. Pero, fuera como fuera... ¿qué? ¿Por qué tocaban esta noche en esta ciudad sitiada a histérico? Caminé más de prisa.

Pasé cerca de furtivos caminantes en más de una ocasión, y siempre que pude me oculté de ellos. No me interesaba encontrarme con gente, fueran rebeldes o del «Comus». Las campanas continuaban repicando. Pensé que quizá significasen una llamada general para que los ciudadanos se reunieran en alguna plaza del centro de la ciudad y que me interesaría conocer lo que allí se dijera. Pero no podía perder tiempo.

Pasé por el pequeño parque en el cual había estado solo sufriendo crueles tormentos. Pasé junto al estanque y el árbol y doblé la esquina de la calle en la que había sido montado el teatro. Gracias a la solitaria luz de un farol que se encontraba intacto, pude ver la masa de los graderíos, todavía en pie, mirando a la solitaria calle como si fuese un fantasma gigantesco.

Cerca de los mismos descubrí la conocida silueta del coche de Guthrie. No se veía a nadie por allí. El coche parecía estar desocupado. ¿Qué sería de los actores? Permanecí en la desierta calle con el ánimo en suspenso, mientras las campanas continuaban tañendo solemnemente llenando con su sonido el vacío de la desierta calle. Naturalmente, los artistas habrían huido en busca de refugio a toda prisa cuando las sirenas dieron la voz de alarma y el público abandonó precipitadamente sus asientos. ¿Pero... a dónde habrían ido?

Estaba a punto de dar media vuelta cuando oí algo. ¿Voces? Era un rumor extraño que parecía resonar, pero me cercioré de que eran voces de gente que hablaba no muy lejos de donde yo estaba. De repente me eché a reír y crucé velozmente la calle dirigiéndome hacia el coche de Guthrie. Junto a los grade- ríos, el suelo estaba lleno de objetos perdidos por la gente que salió precipitadamente. Había pañuelos, zapatos, sombreros y otros objetos. Pasé entre todo aquello y llegué a la puerta posterior del coche. Golpeé en ella con los nudillos y pude oír el eco de los golpes en el interior, al propio tiempo que el rumor de voces se extinguía, excepto una que conocía perfectamente y que al parecer dio una orden terminante.

Al cabo de un momento escuché pasos y la voz de Guthrie que preguntaba:

—¿Quién es?

—Rohan —respondí—. Déjeme entrar.

Una pausa. Después:

—¿Viene usted solo?

—Sí. Abra pronto.

La puerta se abrió unos centímetros. Pude ver la mejilla y un ojo de Guthrie, y justamente debajo de su rostro la amenazante boca de una pistola de reglamento del «Comus» que me apuntaba directamente. Otra pausa y después Guthrie dio un gruñido y abrió la puerta de par en par

—Pase —dijo.

El interior del coche parecía una caverna al estar libre de las bien plegadas graderías que antes lo llenaban casi por completo. En medio del vacío interior estaban los complicados mecanismos electrónicos pegados a una de las paredes. Eran los mismos que habían operado como detectores. El receptor de televisión continuaba adosado a la pared frontal y en la pantalla se veía a un hombre hablando solemnemente. El resto de los actores, que estaban agrupados frente a la pantalla contemplando cuanto se desarrollaba en ella, se volvieron a mirarme sorprendidos y yo les devolví la mirada uno a uno, viendo a Polly y Roy juntos, a los Henken, a Cressy y también el demacrado y excitado rostro de Ted Nye entre el grupo y al verlo sentí un vuelco en el corazón, pensando que se encontraba en el coche.

Pero el sentido común ocupó su lugar. Era el rostro de Ted, pero reflejado en la pantalla. Era Ted el que hablaba pausadamente, recalcando las palabras, grave el semblante. Llevaba una faja negra en la manga, pero a pesar de sus manifestaciones llenas de dolor yo sabía el júbilo que se escondía en su pecho.

—... ha llegado la hora del duelo nacional —decía—. Nos llegan mensajes de condolencia de todos los Gobiernos del mundo y ellos nos dan fuerza para soportar la pérdida del hombre más grande de los tiempos modernos. El cuerpo del Presidente será expuesto. ..

Al enterarme de la noticia no sentí gran sorpresa. Cuando oí las primeras campanadas me tenía que haber dado cuenta inmediatamente que repicaban por la muerte de Raleigh. Pero a pesar de que la noticia no me cogió sorprendido noté una sacudida en mi interior y me olvidé de la voz de Nye y de la presencia de todos.

Mi mente empezó a trabajar febrilmente. Sentí una especie de pánico e incredulidad a la vez. No recordaba un instante en que la fuerte figura de Raleigh no hubiera dominado el continente. No parecía posible que la nación pudiera continuar viviendo sin él. Era el hombre que había salvado a la nación muchos años atrás y el que había hecho mucho por todos nosotros. Me sentí hondamente afectado, como siempre ocurre cuando muere un hombre importante para todos.

Miré a los rostros de mis compañeros y observé que en todos ellos se reflejaba la emoción y la incredulidad. Era una cosa extraña. Todos sabíamos

que se acercaba la hora de su muerte, pero cuando se produjo, su impacto hizo mella en nuestros corazones.

Fijé la vista en Guthrie otra vez, esta vez más cerca, y me sorprendí al ver la palidez de su rostro. No parecía un hombre que compartía con los otros doscientos millones de habitantes la pérdida nacional de su Presidente, sino un hombre que se sentía particularmente afectado por un dolor más fuerte que el de los demás. De momento pensé que sería simplemente que su muerte le había condolido más que a los otros, pero después pensé que debía haber algo más que eso. Vi que su mirada apartaba de la pantalla y se dirigía hacia Cressy, posándose en sus dorados rizos, que brillaban a la luz de la misma.

—¿Dónde está el hombre que desempeñó mi papel? —pregunté elevando el tono de la voz por encima del de Ted Nye. Necesitaba saber en qué situación me encontraba y lo que había sucedido. Sentía la necesidad de aprovechar un tiempo que juzgaba precioso.

—Se marchó —replicó Guthrie sin más comentario.

—Corrió como un conejo —añadió Polly con velada satisfacción—. ¿Qué le sucedió, Rohan?

Iba a contestar, pero en el preciso momento en que me determiné a hacerlo se produjo un cambio en la pantalla y todos dirigimos la atención a ella. Nye había desaparecido de súbito y vimos en su lugar los tejados de Nueva York. Después vimos sus iluminadas calles y grupos de personas que demostraban su asombro ante la noticia y desde tres mil millas de distancia llegaban a nosotros los repiques de las campanas de las iglesias de Nueva York que se confundían con los de la ciudad en que estábamos. La nación se había despertado y la Historia había ocupado su lugar de honor.

Polly repitió:

—¿Qué le pasó, Rohan? Creía haberle...

Hice un rápido signo negativo con la cabeza. Si Guthrie no estaba enterado del papel que yo había desempeñado en el fracaso de su plan, era necesario que no lo supiera.

Repuse:

—Pues simplemente me vine aquí. ¿Qué ha ocurrido?

Cressy me sonrió.

—Se nos estropeó la función, eso es todo. Hubo muchos gritos y nos metimos en el coche con el tiempo justo. Nos lanzaron piedras, hasta que Guthrie hizo algunos disparos. ¿Está enterado usted de lo que pasó?

—No, pero ahora está todo tranquilo ahí afuera —le repliqué—. No la miré directamente cuando le hablé. Su semejanza con Miranda era demasiado lacerante.

Guthrie me puso una mano en el hombro.

—Rohan, quiero hablarle. —Su rostro estaba denudado—. Vamos afuera, si es que no hay peligro. ¿Qué le parece?

—No hay peligro por ahora —dije—. Pero...

El panorama de Nueva York desapareció de la pantalla y se oyó una

voz que decía con gran solemnidad:

—Señoras y caballeros, les va a hablar el señor Robert Dudley, Vicepresidente de los Estados Unidos, quien tiene algo importante que decirles: El señor Robert Dudley.

El desconocido y preocupado rostro del Vicepresidente nos miró sobresaltado. Debajo de un ojo tenía un tic nervioso, que el maquillaje a que había sido sometido para presentarse ante el público no pudo ocultar. Con voz que parecía algo temblorosa, dijo:

—Señoras y caballeros... Yo, esperando la aprobación del Congreso, yo... —Tragó nerviosamente y después prosiguió de un tirón —: Creo que es mi deber renunciar a mi cargo en favor del señor Theodore Nye, recientemente nombrado Secretario de Estado y Coordinador del «Comus».

La mano de Guthrie me oprimió fuertemente el hombro. También su voz era algo temblorosa cuando me dijo:

—Vamos afuera.

Se notaba en la calle un airecillo fresco y excepto por el distante sonido de campanas, todo estaba en silencio. Guthrie observó los alrededores con mirada furtiva.

—Creí por un momento que nos iban a linchar. Ahora se han ido a reunir delante de las grandes pantallas de televisión, pero volverán. Rohan. las cosas están mal y quiero que me haga un trabajo especial.

—No puede usted confiar ya en mi —contesté—. ¿Recuerda?

Hizo un gesto como queriendo indicar que aquello ya estaba pasado. .

—Aquí va a haber un verdadero infierno —dijo—. Aquí, en Carson City, y en cualquier momento. Señaló con la cabeza hacia el coche. —Yo sabía que esto se avecinada, pero no esperaba que fuera tan pronto.

—¿Sabía usted que Raleigh se estaba muriendo? —Oí mi propia voz que se negaba a creerlo—. Usted sabía...

Contestó en tono aburrido:

—¡Rohan! —Había infinito cinismo en el tono que lo pronunció. Me sentí ruborizado ante mi propia candidez.

—Así es que han encontrado ya el «Anti-Com», ¿verdad? —dije.

—No del todo, según las últimas noticias que he recibido —replicó—. Pero saben la ciudad en que se oculta. Se llama Corby, y está a unas veinticinco millas de aquí. Quizá ahora ya lo tengan.

Me quedé mirando las estrellas que brillaban en lo alto, sin oírle apenas. La nación entera se comportaría estúpidamente si creyera que Raleigh había muerto aquella misma noche.

Guthrie lo sabía mejor. Me pregunté cuántas personas lo sabrían o habrían llegado a la misma conclusión que él. ¿Cuánto tiempo haría que el viejo había muerto? ¿Días? ¿Semanas? Pero Nye no se habría atrevido a comunicar la noticia hasta que estuviera convencido de que había puesto las manos en el «Anti-Com». Si Raleigh había apoyado a Nye en el control del «Comus» también había significado una seguridad para él, pues mientras el

Presidente viviera la nación respetaría a su Gobierno. Nye era parte de él. Si Raleigh muriera *antes* de que Nye estuviera seguro de que el «Comus» podía mantener a la nación bajo su disciplina, entonces Nye estaría perdido.

Pero ahora Nye se sentía seguro. Ahora podía anunciar su muerte y arrojar al Vicepresidente de su cargo y tomar oficialmente unas atribuciones que de hecho detentaba desde hacía mucho tiempo. Ahora ya no existía ningún obstáculo en su camino. Ahora...

—¿Lo entiende usted? —exclamó de pronto Guthrie—. Mientras Raleigh estaba vivo el «Comus» no se atrevía a tomar medidas extremas en California y enfrentarse con una rebelión abierta. Pero ahora no hay duda de que Nye va a atacar. Está a punto de hacerlo, Rohan, y hay que estar preparados.

—¿Y qué va a pasar? —pregunté.

—Mi opinión es de que Nye volará la ciudad de Corby reduciéndola a cenizas si es preciso. Tiene que destruir el «Anti-Com» de un modo u otro. Creo que las fuerzas del «Comus» se van acercando a Carson City cada vez más y se van a infiltrar aquí. Sabemos que hay gente en esta ciudad que sabe cosas que nosotros ignoramos y nos interesa mucho saber. Hay muchas armas y municiones y gran cantidad de rebeldes. Esta noche vamos a presenciar una lucha que el país no había conocido desde la época de la guerra de los Cinco Días. —Al terminar de hablar se acercó a mí y me cogió con fuerza del brazo.

—Rohan, quiero que me ayude. Quiero que saque de esta ciudad a Cressy antes de que comience la batalla.

Le miré sorprendido.

—¿Cressy? —pregunté.

Sus labios se fruncieron en una sonrisa triste.

—Cressy... está bajo mi protección. Ya se lo conté. Yo tengo que quedarme aquí, pues es mi obligación y tengo que cumplir las órdenes que he recibido de mis superiores. Pero Cressy... ella merece algo mejor. Mi esposa y yo no hemos conocido lo que es tener una hija. Rohan, pero yo estoy convencido que si la hubiésemos tenido se parecería mucho a Cressy. Es una buena chica y merece que le demos una oportunidad. Necesita alguien que la ayude y quiero que sea usted quien lo haga.

—Nadie puede salir de la ciudad —le dije.

—Si tengo suerte, pronto podré arreglar las cosas para que puedan salir.

—Espere un momento, Guthrie —dije—. Escuche bien lo que le digo. Saldré de aquí si puede conseguirnos un pase, pero ha de ser un pase que comprenda a todo el personal de la Compañía.

—¡No les puedo dejar abandonados! —exclamé—. Si se quedan aquí los lincharían. Tendrá que proveernos de armas, pues hay por ahí muchos renegados. Pod Henken y Roy las pueden emplear, y creo que Polly también estaría dispuesta a empuñar una pistola.

Guthrie repuso en tono de duda:

—No lo sé, Rohan. No sé si tengo autoridad para...

—O todos o ninguno —corté secamente.

Vaciló durante unos largos instantes, al cabo de los cuales se determinó a aceptar mi ultimátum.

—Muy bien, sea como usted quiera. No hay tiempo que perder con argumentaciones inútiles. Métase en el coche y espéreme. Tendré que actuar con rapidez. No estaré ausente más de media hora. Estése dispuesto a marchar cuando se lo diga.

Dio media vuelta y se alejó corriendo, perdiéndose en la oscuridad.

Me quedé un momento viéndolo correr. Me latía violentamente el corazón y las manos me temblaban continuamente. Jamás en mi vida me había sentido tan asustado, y era porque yo sabía lo que iba a hacer, o tratar de hacer, y no ignoraba el inmenso peligro que me acecharía a cada paso.

Recordaba el lugar que Elaine había señalado para la reagrupación de los rebeldes. Me pregunté si habría tiempo suficiente para hacer lo que pensaba hacer. Las campanas seguían tocando incesantemente aumentando el nerviosismo que me dominaba. Levanté la vista hacia las brillantes estrellas que centelleaban en lo alto. Me sobrecogí de terror al preguntarme cuánto tiempo faltaría para que el blanco resplandor de la deflagración iluminara la nación entera.

CAPÍTULO XXV

La escuela ostentaba sobre la fachada el monograma AR en letras muy grandes, que significaban Andy Raleigh. Las- escuelas, como casi todo lo demás de la nación, eran parte integrante del «Comus». Son Comunicaciones, ¿no es cierto? Mientras me acercaba estuve contemplando las grandes letras que se distinguían perfectamente sobre la oscura fachada y me dije que sería muy difícil que el «Anti-Com» pudiera destruir una cosa tan completa como era el «Comus» que Nye había perfeccionado. Pensé que no sería posible conseguirlo, pero de todas formas la moneda estaba estaba ya en el aire.

Una escuela de párvulos, con sus mesas y sus bancos, parecía ser algo impropio para una reunión de revolucionarios. O quizá apropiada, al fin y al cabo. En este lugar, en donde se plantaba la simiente del «Comus» en los cerebros de los chicos, quizá se recogieran los frutos de la rebelión. Esta cuestión era algo que yo no podía dilucidar.

Lo cierto era que a través de la escasa luz que iluminaba su interior, procedente de los faroles de la calle, no pude de momento descubrir a Elaine entre los numerosos individuos que se apiñaban allí. Observé inmediatamente un constante ir y venir de gentes que denotaban profunda preocupación. Todo parecía a primera vista estar controlado, pero era superficialmente, pues no era difícil advertir que el miedo estaba a punto de hacer su aparición. Quizá pensarían, como Guthrie pensó, en lo que se estaba avecinando.

Cogí a Elaine del brazo del mismo modo que Guthrie había hecho conmigo. Cuando, vio quien era el que lo había hecho se me acercó complacida y me clavó una de aquellas intensas miradas de los tiempos cuando las cosas no estaban tan mal. Pero pronto el resplandor de su mirada desapareció y dio paso a una mirada fría y calculadora, más acorde con el lugar en que nos habíamos vuelto a encontrar y la situación del momento.

—No puedo perder tiempo —manifesté—. No argumente. Primero. Dijo usted que el «Anti-Com» no está en Carson City^Antes no estaba seguro de lo que me dijo, pero ahora la creo. ¿Está en una ciudad llamada Corby, a unos veinte minutos de aquí?

La angustia que se reflejó en sus ojos fue suficiente respuesta para mí.

—Muy bien —dije—. Segundo. ¿Está en Carson City el dispositivo de seguridad? Lo preciso saber porque voy a salir de la ciudad dentro de media hora. No hay tiempo que perder. Si el dispositivo está aquí, si está terminado y es transportable a mano, estoy dispuesto a llevarlo a Corby en su nombre. ¿Sí o no?

Me miró desesperadamente.

—¡No le puedo contestar, Rohan! No tengo autoridad para ello, y aún si tuviera, no me atrevería... Yo...

Dije secamente:

—¡Enfréntese con ello, Elaine! ¿Cómo podrían estar peor las cosas? El «Comus» está ahora mismo buscando el «Anti-Com» en Corby. ¿Qué es lo que se expone a perder? No hay nada que usted me pueda decir sobre el «Anti-Com» que el «Comus» y Nye no sepan en el término de una hora, cuando lo descubran,

Lo peor que yo podría hacer sería coger su mecanismo y correr con él hasta el primer policía del «Comus». ¿Qué importaría esto, bajo las actuales circunstancias? Pero lo que voy a hacer es llevarlo a Corby antes de que el «Anti-Com» haga desaparecer del mapa a California. Lo haré si usted me lo permite. ¿Qué me dice?

Me miró escrutadoramente a los ojos y vaciló durante un largo momento. Después lanzó un profundo suspiro y exclamó:

—Espere. —Vi que su oscura silueta desaparecía entre el nervioso grupo de rebeldes. La vi detener a un hombre que pasaba cerca de ella a quien empezó a hablar en voz baja, disponiendo al propio tiempo las manos como si sujetara entre ellas algo cuadrado.

Cuando volvió a mi lado me cogió de ambos brazos y noté que sus manos estaban heladas y temblorosas a la vez. Se me quedó mirando de una forma extraña, con un brillo de temor e indecisión en las pupilas. Después me habló nerviosamente y en voz baja.

El «Anti-Com» está en Corby, en el sótano de la Iglesia Metodista. Cuando llegue a la ciudad verá en seguida su alta torre de piedra, que no se puede confundir con ninguna otra. He enviado a un hombre a por el dispositivo. Si puede usted llevarlo allí y entregarlo a los encargados del «Anti-Com», lo acoplarán al circuito en menos de un minuto. —Hizo una pausa—-. Ya sabe usted el peligro que corre.

Asentí.

—Si pienso en el peligro a que voy a exponerme, no sería capaz de llevar a cabo mi misión —le aseveré con franqueza—. ¿Cuándo puedo empezar?

—Dentro de cinco minutos. Quizá menos. Ahora, lo están empaquetando.

—¿Qué es el «Anti-Com», Elaine? ¿Cómo funciona? —le pregunté.

Empezó a mover la cabeza a ambos lados. Después sonrió amargamente.

—Estoy tan acostumbrada a guardar el secreto... Ahora ya no importa, pues se trata de si conseguimos llevar el mecanismo a Corby o si fracasamos en nuestro empeño. Todo lo demás ha perdido valor, Rohan. El «Anti-Com» debe funcionar durante treinta segundos y cuando esto ocurra todos los mecanismos del «Comus» que dispongan de transformador quedarán paralizados para siempre en todo el ámbito de la nación.

—¡Treinta segundos! —exclamé.

—Es muy sencillo. Hemos descubierto un medio para producir la resonancia permanente, poniendo en práctica todos los transformadores del

país.

—¿Resonancia permanente?

—No lo comprende bien, naturalmente. El «Anti-Com» emitirá dos frecuencias especiales de cierto orden. que generarán una especie de proceso circular en los transformadores. Cuando esto ocurra quedarán completamente inútiles y esto significa que todos los aparatos que necesiten para su funcionamiento energía eléctrica quedarán automáticamente inútiles.

—¿Todos? —pregunté—. Pero...

—Lo sé. Hospitales, la electricidad en los hogares, los aviones que circulan en el aire... todo dejará de funcionar y significarán víctimas inocentes. Pero no durará mucho, pues nuestra gente está preparada en todo el país. El «Comus» tiene pocos hombres en armas porque está muy bien organizado. Usted sabe lo bien que está montado su sistema de comunicaciones y que todo su poder reside en su red de comunicaciones y transporte. Destrúyase esa organización y... bien, nosotros somos muchos más que ellos. —Dio un profundo suspiro—. Esto es todo. Ahora ya lo sabe.

—Elaine... —pero me callé, pues me di cuenta de que no me escuchaba. Había cerrado los ojos y estaba temblando de pies a cabeza. La abracé y ella apoyó su frente sobre mi hombro y dio rienda suelta a sus incontenibles temblores. La estreché fuertemente entre mis brazos.

El estado de nervios no le duró mucho. Se rio tristemente y se separó de mí.

—He sufrido una tonta reacción —explicó—. ¡Es tan reconfortante, Rohan, descargar la responsabilidad en otra persona!

—Su labor ha sido muy meritoria —repliqué—. Ahora ya ha cumplido su misión. Tenga plena confianza en mí y sepa que si hay alguien capaz de llevar ese mecanismo a Corby, ese soy yo. Y si me es imposible... ¿qué cree usted, Elaine? ¿Cree que pondrán en funcionamiento el «Anti-Com» exponiéndose a que estalle?

Los oscuros y relampagueantes ojos se clavaron en mí fijamente.

—Creo que sí y que yo misma lo haría si tuviera que tomar esa terrible decisión. Jamás hemos tenido una oportunidad como ésta para destruir al «Comus» y si ahora la perdemos nunca más tendremos otra igual. El hacerlo o no significan una tremenda responsabilidad, pero mi opinión es que lo harán.

Llegaron hasta nosotros pasos precipitados provenientes del vestíbulo. Pronto aparecieron dos hombres que transportaban una caja de tamaño de una máquina de escribir portátil provista de asas en dos lados de la misma. La contemplé extrañado.

—¿Cómo voy a introducir ese artefacto en el coche de Guthrie sin que nadie se entere? —-le pregunté a Elaine. Entonces me vino a la memoria que no le había explicado la forma en que iba a infiltrarme a través de las líneas del «Comus» y se la detallé escuetamente.

Frunció algo el entrecejo.

—No pesa mucho, pero es en verdad algo voluminoso. Además es

capaz de despertar sospechas, a menos que encuentre un buen escondite en el coche. ¿Cree que lo registrarán?

—No lo sé. Creo que no. No creo que anden a la caza de algo verdaderamente importante. Usted me dijo que Beardsley no conocía la existencia del dispositivo, ¿verdad?

—Así es en efecto. —Se quedó pensativa un momento—. Vuelva al coche. Le acompañarán algunos de nuestros muchachos. Cuando estén cerca de la línea del «Comus» efectuaremos una estratagema de diversión contra el enemigo. Cuando esto ocurra estése cerca de la puerta del coche y le entregaremos la caja. No encuentro nada mejor. ¿Sabe usted de algo más conveniente?

—Creo que eso está bien. De acuerdo. Vamos a trabajar.

Me ofreció la mano. Estaba fría y todavía temblorosa. Entonces le dije:

—Elaine, esta noche va a haber jaleo en Carson City. Ahora que ha muerto Raleigh, quien tiene el mando es Nye. ¿Se da cuenta?

Asintió con la cabeza.

—Guárdese bien. Tenga mucho cuidado —le rogué—. Si salgo de ésta... —Hice una pausa para mirarla a los ojos sonriente— volveré a por ti.

—Te esperaré —replicó abstraída.

No nos dijimos más. Quizá fuera lo máximo que pudiéramos decirnos. ¿Quién sabe?

CAPÍTULO XXVI

Guthrie repasó con la mirada los rostros de todos los presentes. Sus ojos se detuvieron algo más en el rostro de Cressy.

—No le pasará nada —dijo en tono reconfortante—. Rohan, he arreglado todo. Una vez que esté fuera, diríjase hacia la Estación número 83, que está a unas diez millas al norte de la carretera. Allí le estarán esperando. Están muy bien fortificados y no correrán peligro. ¿De acuerdo?

Cressy sonrió a Guthrie.

—No se preocupe —le dijo—. Viviremos lo suficiente para explicarles a nuestros nietos lo que pasamos. —Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas ocultas bajo la falda rosa de su última función. Por los surcos que se abrían entre el maquillaje de su rostro se comprendía que las lágrimas habían corrido por sus mejillas. Quizá fuera cuando la chusma apedreó el coche con ánimo de lincharles. Pero a pesar de todo le había vuelto el valor.

Polly preguntó:

—Guthrie... ¿cree usted que nos darán nuestra paga y la gratificación? Sólo hemos trabajado en tres funciones, pero...

—La recibirán —le contestó—. Hicimos nuestro trabajo, ¿verdad?

Polly asintió y dirigió una fría mirada a Roy. Éste estaba sentado al lado de Cressy, dedicado a examinar la pistola que Guthrie le había entregado y evitó la mirada de su esposa. Al parecer el matrimonio tenía esta noche alguna discrepancia.

Pod Henken dijo:

—Buena suerte, Guthrie. Cuídese. ¿No quiere venir con nosotros de verdad?

—Tengo que cumplir mis órdenes —contestó secamente.

La señora Henken, sentada en el suelo al lado de Pod, levantó una mano y separó de los blancos rizos de su cabellera un hermoso clavel que debía haber cogido en el camino y empezó a hacerlo girar entre los dedos de una forma tan misteriosa que hizo que todos los presentes nos quedáramos mirándolo embobados. Estaba practicando una de sus extrañas artimañas para atraer la atención.

—Rohan —me dijo tranquilamente, haciendo caso omiso de los demás —. ¿Recuerda usted «La trampa del ratón»? —y antes de que pudiera abrir la boca empezó a recitar las conocidas frases de «Hamlet»:

Me han dicho
Que los innobles Que contemplan la escena
Se han sentido afectados por ella...

Dejó de recitar.

—¿Recuerda el resto?

Terció entonces Guthrie, diciendo secamente:

—Es mejor que se pongan en marcha. Les veré en otra ocasión. Buena suerte y adiós. —Salió del coche y la puerta se cerró tras él.

Sonreí a la señora Henken y dije después a Pod:

—Pod, ¿quiere conducir?

La estratagema de distracción se llevó a cabo en el momento adecuado. Estábamos a poca distancia de la línea enemiga cuando oímos un fuerte golpe en la puerta del coche, que resonó fuertemente. Debía ser una gruesa piedra lanzada con fuerza. Casi a continuación oímos un griterío espantoso y una lluvia de piedras sembró la carretera frente al coche. Pod maniobró los frenos y detuvo el coche en seco. Quizá cruzaron el tronco de un árbol sobre la carretera, aunque nunca lo supe.

En el mismo momento en que nos detuvimos abrí la puerta posterior con mucho sigilo. Unas manos aparecieron entre la oscuridad sosteniendo una caja cuadrada. La cogí por un asa inmediatamente y la metí dentro, ocultándola acto seguido en el lugar predestinado para ello, mientras ¡os golpes de las pedradas contra la carrocería metálica del coche repercutían siniestramente en nuestros oídos dejándonos incapaces de percibir cualquier otro ruido.

Treinta segundos después renació la calma. Pod puso de nuevo el coche en marcha. Todos nos miramos satisfechos de haber salido indemnes y respiramos a nuestras anchas.

Cuando llegamos a la Estación de Control presentamos a las autoridades nuestros pases. Los comprobaron minuciosamente, confrontando las fotografías con nuestras caras. Después llegó alguien que empezó a estudiar con interés el interior del coche. Al parecer lo que buscaban eran polizontes. En menos de cinco minutos quedamos libres.

Pod metió el vehículo por la rampa que desembocaba en la carretera. Una vez llegados a ella puso en funcionamiento el piloto automático y se recostó tranquilamente en su asiento, sonriendo satisfecho.

—Al fin ya estamos en marcha y fuera de peligro —dijo.

—¿ Quiere mirar el mapa? —le indiqué—. Quiero saber el lugar en donde está la Estación a la que nos dirigimos. Tengo algo que decirle.

La carretera seguía directamente desde Carson City hasta el cruce de la que llevaba a Corby. La Estación del «Comus» a la que supuestamente nos dirigíamos estaba a unas cinco millas más allá del cruce. Corby estaba situada al final de unas veinte millas de una carretera que serpenteaba por las montañas. Estudié el mapa con atención. Cuando llegáramos al lugar en que confluía la carretera general con la de Corby nos íbamos a encontrar con un arduo problema. Esto si el «Anti-Com» no lo resolvía volatilizándonos a todos.

Tenía que llegar a Corby con tanta prontitud como la máxima velocidad

del coche me permitiera. Cada segundo era precioso para mí. Pero mis compañeros también lo necesitaban para llegar a su refugio. No disponíamos más que de un coche.

Permanecí un momento contemplando el mapa. Tenía delante un problema en el que no había pensado. En Carson City todo me había parecido muy sencillo. Todo era cuestión de lograr sacarles de la ciudad antes de que la lucha estallase, antes de que el populacho se lanzara a la calle para lincharles. ¿Y qué tenía que hacer ahora con ellos? No los podía llevar conmigo ni les podía dejar que atravesaran a pie cinco millas de terreno infestado por bandas de renegados sanguinarios.

—Ponga la marcha máxima, Pod —le dije—. Tenemos mucha prisa. —Les miré uno a uno y me sorprendí de lo muy familiar que sus rostros se me habían hecho en solo una semana de convivir con ellos. Recordé lo muy bien que habían acatado mi dirección y lo mucho que me ayudaron cuando sufrí el ataque de estupor en escena. Sentía en mi pecho una gran responsabilidad por todos ellos. Pero ahora mi responsabilidad era algo que rayaba en lo espantoso. No había más remedio que contárselo todo sin cortapisas. Ellos tendrían que escoger su propia decisión. Yo no podía intervenir.

—Pod, estése atento. Avíseme cuando lleguemos al cruce de la carretera que conduce a Corby. —Miré a todos atentamente, procurando aparecer tranquilo—. Les tengo que decir algo que deben saber. Todavía no estamos fuera de peligro. Creo que por desgracia es así.

Empecé a explicarles la situación procurando que mi voz no delatara mi precario estado de ánimo. Les hablé del «Anti-Com» y de la posibilidad de que estallara. Les informé del lugar en que estaba oculto, pues en realidad había dejado ya de ser un secreto Y Nye hará desaparecer del mapa a Corby en el momento en que crea que el «Anti-Com» vaya a destruir al «Comus» —dije—. Corby tiene dos probabilidades entre tres de convertirse en polvo en el espacio de una hora a contar desde este momento. Ahora ya saben ustedes cuál es nuestra situación.

Mientras estuve hablando todos me escucharon aturdidos. Cuando terminé mi narración se produjo un sepulcral silencio.

Al fin Roy preguntó:

—¿Cuál es la tercera probabilidad, Rohan?

—Que el «Comus» sea destruido y que la nación emprenda un nuevo camino —repliqué—. Y que los rebeldes tomen el poder.

—La segunda revolución americana —manifestó Roy—. ¿No es así?

—Pues sí, en efecto.

Otro silencio. Indagué en sus rostros, tratando de descubrir sus reacciones. Mi diestra resbaló impremeditadamente metiéndose en el bolsillo de mi chaqueta y mis dedos se cerraron sobre la culata de la pistola. También sin pensarlo me fui hacia atrás hasta que mis espaldas tocaron la puerta posterior. Frente a mí tenía ahora a toda la «troupe» sobre cuyas cabezas veía la pantalla de televisión. Pod me miraba sin pestañear desde su asiento frente

al volante. No podía ver sus manos.

—Hay algo más —dije—. Voy a ir a Corby. Tengo que llegar pronto, y esto quiere decir que tengo llevarme el coche. Lo lamento, amigos, pero ter.ire que dejarles en el cruce.

Unos instantes de silencio. Después Pod Henken exclamó enardecido:

—¡No puede hacer eso, Rohan!

La pequeña pistola brilló en mi mano y se apoyó en mi muñeca izquierda.

—Tengo que hacerlo. Créanme que si hubiera otra forma...

—Pero sólo son cinco millas más —manifestó Polly desconcertada—. No comprendo...

—Diez millas más —aclaré—. Ida y vuelta. No dispongo de tiempo.

—Pero Eileen no puede caminar esas cinco millas —indicó Pod—. No puede hacerlo, Rohan, y además hay peligro. No sabemos con qué clase de gente nos podemos tropezar esta noche.

—No puedo hacer nada más por ustedes —dije resueltamente—. He buscado ávidamente una solución satisfactoria, pero...

Pod me miró desde su posición.

—Somos cinco contra uno —manifestó con voz suave.

Esgrimí la pistola para recordársela.

—Ya pensé en eso —repliqué—. Tal vez pudieran conmigo, pero antes alguno de ustedes...

—Lo siento —exclamó Pod, empleando su suave tono de voz y en el mismo momento por encima de su asiento vi una brillante estrella de cegadora luz que parecía que iba a estallar entre mis ojos. Oí un chasquido y la pistola que sostenía mi mano salió despedida hacia atrás violentamente. Creí por un momento que mis dedos se habían ido tras ella. Sentí instantáneamente un agudo dolor en mi antebrazo y el doble impacto me arrojó contra la pared del coche.

Una espesa niebla me cegó la vista y todos los rostros se cubrieron de una neblina gris. Vi a duras penas que Polly se agachaba para recoger mi pistola y entonces pensé: *No debo desmayarme, no puedo hacerlo. Si caigo, todo está perdido.* Noté una gran debilidad en las rodillas y que el suelo se inclinaba bajo mis pies. Con mucha rapidez, antes de que cayera hacia delante, me recosté contra la pared, deslizándome hacia abajo hasta que conseguí quedar sentado en el suelo con la espalda apoyada contra ella. Después me eché hacia delante hasta que mi cabeza tocó mis rodillas y con mi mano sana me froté para alejar de ella el espectro del olvido. *¡No te desmayes! ¡No te desmayes!,* me dijo angustiosamente.

No era fácil el conseguirlo. La cabeza me daba vueltas y más vueltas y no estaba seguro si en cierto momento sufrí un desvanecimiento, pero de pronto me vi mirando el asombrado rostro de Polly que estaba inclinada sobre mí con mi pistola en su mano. Pod hablaba desde la cabina.

—...¿yo era un tirador muy certero verdad? —me pareció que decía.

Le miré asombrado.

—Creo que estoy perdiendo el pulso —dijo—. Mi intención era arrancarle el arma, de la mano. Nunca pensé en herirle. Fue un accidente. ¿Cómo se encuentra, Rohan?

Me incorporé como pude y apoyé mis espaldas contra la vibrante pared para impedir caerme hacia delante.

—¿Me desmayé? —pregunté.

Polly, más asombrada que hostil, contestó:

—Creo que no. ¿Cómo tiene el brazo?

Miré hacia abajo y sentí un fuerte dolor. La manga de mi camisa estaba empapada de sangre por dos lados y la tela pegada a mi brazo. Me subía la manga con mi temblorosa izquierda. En medio del antebrazo se abría un orificio con entrada y salida de bala por cuyos dos agujeros la roja sangre manaba en abundancia.

Polly exclamó al ver la herida:

—¡Oh, Rohan! —Se puso de rodillas y dejando el arma en el tembloroso suelo me cogió delicadamente el brazo, examinándolo cuidadosamente.

—No ha interesado el hueso según parece, pero creo que le alcanzó la artería, Pod. —Miró hacia atrás por encima del hombro—. Roy, déjame tu camisa. Cressy, acérquese y ponga el pulgar fuertemente en donde yo tengo el mío. Muy bien, sosténgalo así.

Por encima de las cabezas inclinadas de las dos mujeres observé a Pod Henken. Respiré profundamente.

—Pod, ¿en dónde nos encontramos?

Miró hacia la oscura carretera.

—Estamos aproximándonos al cruce de Corby —respondió sin expresión.

Polly estaba rasgando la camisa de Roy haciéndola tiras.

—Pod —dije—. ¿Es usted agente del «Comas»?

Pod me miró aturdido. Después replicó en tono ofendido:

—¡No! —Su rostro estaba más encendido que de costumbre—. ¿Por quién me ha tomado?

—Ha efectuado usted un buen servicio al «Comus» —continué.

Roy, que estaba poniéndose la chaqueta encima de la camiseta, preguntó:

—¿Qué quiere usted decir con eso, Rohan?

Cressy me miraba fijamente, su cara a pocos centímetros de la mía. Su estropeado maquillaje le daba un aspecto de niña traviesa. Polly se quedó paralizada con la venda en la mano. Incluso Eileen Henken, que continuaba con el clavel entre los dedos, me miró interrogativamente. Pero era a Pod a quien yo miraba.

—Tenemos encima una segunda Revolución Americana —contesté—. Ahora no puedo darles órdenes, pero les ruego que salgan de aquí en el cruce

y que me dejen marchar con el coche a Corby.

Después de una pausa que me pareció muy prolongada, Roy preguntó:

—¿Por qué?

—«Crossroads» (Caminos Cruzados) —murmuró Eileen pensativamente.

—Eso es —respondí—. Unos caminos cruzados de más importancia de lo que usted supone. Ahora no se lo puedo explicar a ustedes. —Apoyé la espalda contra la pared con más fuerza. Automáticamente las manos de Cressy siguieron mi movimiento, manteniendo la presión sobre la arteria. Me armé de valor y procure que mi voz expresara toda cuanta persuasión era rapaz—. Tienes que hacerlo —dije—. Sé que es peligroso, que puedes morir en tu empeño, pero tienes que hacerlo. Y tienes que llevarte el coche.

Polly exclamó en tono conminatorio:

—Creo que tendrá que darnos explicaciones. Rohan.

Pero antes de que yo pudiera contestar Roy habló por mí. Le miré extrañado ante la súbita personalidad de su voz. Su estúpida mirada había desaparecido, y en su lugar había otra resuelta y decidida. Era la primera vez que veía vida y excitación en su rostro. Reaccionaba espléndidamente.

—¿Explicaciones de qué? —exigió—. ¿De que trabaja para los rebeldes? Estoy con usted, Rohan. ¿Qué quiere que haga?

Me quedé con la boca abierta mientras le escuchaba. Polly exclamó en tono sumiso:

—¿Roy?

—¿Es que te crees que he estado con los ojos vendados? —inquirió de mal talante—. Sé lo que está ocurriendo y me gusta lo que he visto. —Se pasó violentamente el dorso de la mano por la cara y después, con un gesto de desprecio, se contempló la manchada mano—. ¿Es que te crees que me gusta ser actor? ¿Crees que me gusta trabajar en el teatro? Lo odio. Siempre lo odié, pero bajo la férula del «Comus» no me quedaba más remedio que trabajar en las tablas o morirme de hambre. ¡Estoy harto de todo esto! —Se volvió resueltamente hacia mí—. ¡Rohan! ¿Nos queda alguna posibilidad?

Traté de leer la verdad en sus ojos. ¿Hasta dónde podría confiar en él? ¿De qué me podría servir?

—¡Asígneme una misión! Si usted está dispuesto a jugarse la vida, yo también. ¿Qué hay que hacer? —Estaba verdaderamente excitado y sus brazos extendidos temblaban de emoción.

Me di cuenta que yo también estaba temblando.

—Es demasiado peligroso —repliqué—. No, no puede ser.

—¡Sí! —gritó exasperado—. ¡No tengo miedo! Estoy harto del «Comus». ¿Qué posibilidades tenemos de salir victoriosos?

Repasé con la vista el interior del temblante coche. Miré a continuación los árboles de ambos lados de la carretera que se deslizaban rápidamente y fijé después la mirada hacia el este, por donde sabía que en cualquier momento podría surgir un blanco resplandor preludio de la desaparición de California.

—¡No lo sé! —le grité desesperadamente—. ¡No puedo saberlo! Creo que queda una posibilidad, pero no lo puedo asegurar. Estoy tan asustado que no puedo pensar correctamente. ¿No ve que estoy tan nervioso que no puedo parar de temblar?

—¿Pero a pesar de todo quiere ir a Corby, verdad?

—¡Es que no tengo más remedio que ir!

—Usted no puede ir solo. Yo iré con usted.

Cressy terció seriamente:

—No puedo detener la hemorragia si grita de esa manera, Rohan. Cálmese o no va a llegar a ninguna parte.

—Muy bien —dije—. Ahí debajo hay una caja cuadrada. Dentro de ella hay un dispositivo de seguridad para el «Anti-Com». Mi misión es llevarlo a Corby antes de que los encargados del «Anti-Com» piensen que ha llegado el momento de hacerlo funcionar sin seguro. Ahora ya lo saben.

Roy dijo:

—¿Y con él no habrá peligro de que el «Anti-Com» estalle, verdad?

Asentí.

—El «Anti-Com» destruirá al «Comus» si llegamos a tiempo a Corby. Si nos retrasamos, existe la posibilidad de que California desaparezca del mapa.

Con el rabillo del ojo vi que Pod Henken se volvía a mirarme desde su asiento. Noté que las vibraciones del suelo sobre el que nos sosteníamos iban disminuyendo rápidamente. Luego un frenazo y el coche se detuvo. Pod exclamó:

—Hemos llegado a nuestro cruce.

CAPÍTULO XXVII

En el súbito silencio que se produjo Polly rasgó el jirón de camisa que sostenía entre las manos. El ruido que hizo me pareció muy desagradable.

—Muy bien, Cressy —dijo Polly—, Ya puede apartar el dedo, ¿quiere? Vamos a vendar este brazo.

Pod le sonrió desde su asiento.

—Aún recuerdo los viejos tiempos —manifestó en un tono amistoso—. Me refiero a los tiempos de antes del «Comus». Estoy con usted, Rohan. ¿Eileen?

Eileen le sonrió plácidamente.

—No arriesgamos mucho a nuestra edad, ¿verdad? ¿Qué esperamos?

Cressy levantó la cabeza.

—¿Yo? —preguntó—. ¿Se refiere a mí? —Me sonrió de una forma que consideré totalmente oportunista—. Quizá nos hagamos famosos —dijo—. Vale la pena arriesgarse.

Hinché el pecho. Repentinamente me sentía mucho mejor.

—Dese prisa con ese vendaje, ¿quiere? —le dije a Polly—. Voy a ir al lado de Pod. Vamos a pasar por un camino escabroso. ¡Adelante!

El autocar corría velozmente por la serpenteante carretera traqueteando terriblemente y zarandeándonos rítmicamente de un lado a otro. Parecía que el tránsito por la carretera de Corby era esta noche más intenso que normalmente. No me disgustaba, pues entre tantos vehículos el nuestro no parecería sospechoso. Me pregunté cuántos de los viajeros que se dirigían a la ciudad sabrían porqué lo hacían. Probablemente el «Comus» estaba metiendo tropas allí, lo mismo por tierra que por aire. Seguramente descubrirían el «Anti-Com» antes de que nosotros llegáramos. Tal vez cuando dobláramos la próxima curva o la siguiente veríamos el resplandor de la deflagración que habría de costar la vida de California.

No lo creía. No me importaba. Me latía el brazo y la sangre se iba filtrando en el vendaje formando una mancha cada vez más amplia, pero esto tampoco me importaba. Me sentía tranquilo y seguro. Todo lo que estaba cerca de mí me parecía pleno de vitalidad. Me sentía como si las paredes que me aprisionaban se hubieran desplomado y me encontrara solo y libre. Me sentí sin saber porqué un poco triste, pero mi mente estaba fresca y clara.

Marchábamos a gran velocidad. Veía reflejado en el espejo los vehículos que corrían tras nosotros. Tenía fija en el cerebro la estúpida idea de que esta noche no habría nada que pudiera salirme al revés. El mundo daba otra vez obedientemente vueltas bajo mis pies, a mi capricho y la Historia también. La Historia que nosotros estábamos escribiendo, fresca y lozana como las verdes montañas que nos rodeaban.

Pod dijo de pronto:

—Mire allí, hacia la derecha. Espere un momento allí. Aquellas luces. Debe ser Corby.

Llegábamos en aquel momento a lo alto de una montaña y desde allí pudimos ver sus casas que destacaban a lo lejos. Después descendimos siguiendo la ondulante carretera y Corby desapareció de nuevo de nuestra vista, aunque el oscuro firmamento reflejaba su iluminación.

Pod exclamó de pronto atemorizado:

—Mire atrás, Rohan. Creo que vi algo... algo que estaba detrás de nosotros y era de color rojo.

El corazón me dio un vuelco antes de que mi cerebro supiera el motivo. ¿Algo rojo? Saqué la cabeza mirando inútilmente hacia atrás. ¿Algo del color del «Comus» siguiéndonos por la carretera de Corby? No tenía que ser precisamente a nosotros, me dije para apaciguarme. Corby es esta noche el centro de la nación. Todo lo que recorre esta carretera, excepto nosotros, pertenece al «Comus».

Doblamos una curva. Abajo pude ver el camino que habíamos recorrido y vi algo brillante de color rojo que estaba a gran distancia y que desaparecía súbitamente de mi vista. Contuve la respiración.

—Tenía usted razón, Pod. Hay un «Prowler» en la carretera. Parece que sigue nuestra dirección.

—¿Nos persigue? —preguntó inquieto Pod.

—No lo creo. No puedo comprender que nadie lo sepa. Excepto... —La idea que me asaltó me sacudió como una corriente eléctrica. A menos que hayan detenido a Elaine y hayan conseguido cogerla viva. No, era imposible. Yo sabía que Elaine no hablaría, pues emplearía el veneno antes de hacerlo. No, no podían ir tras de nosotros...

Pod dijo:

—Sujétese. Voy a desconectar el automático. Puedo maniobrar mejor con el volante, y de todas formas no podríamos aventajar a un «Prowler».

Sentí algo extraño en mi mente cuando noté la sacudida que indicaba que habíamos roto, quizá para siempre, el lazo de unión con la arteria del «Comus» que nos había conducido hasta ahora por la carretera. Ahora marchábamos libremente.

—Escuche —indicó Pod. Unos instantes después también yo oí el triste lamento de la sirena, que poco a poco adquirió un sonido estridente, amenazador. En el espejo vi el distante punto rojo que ahora se lanzaba a terrorífica velocidad hacia nosotros, aumentando rápidamente de tamaño. El ruido de su motor iba perfilando cada vez con más claridad. Era una visión capaz de hacer estremecer al hombre más valeroso. Hasta me había olvidado de su intenso color rojo, de su gran tamaño y de su enorme velocidad.

Pero de pronto el «Prowler» dio una vuelta y se detuvo a un lado de la carretera. Después fue desapareciendo de nuestra vista a medida que Pod daba más velocidad al coche. La carretera se deslizaba bajo nuestros pies con la velocidad de un río desbordado. Las estrellas brillaban sobre el negro manto

del cielo. Oí un extraño zumbido en lo alto, más fuerte que el ruido del motor de nuestro coche y un momento después vi las luces de un helicóptero que se dirigía a Corby y después otro y un tercero.

Cuando remontamos la siguiente colina Corby estaba ya muy cerca de nosotros. Toda la ciudad estaba brillantemente iluminada y creí oír el estampido de disparos, aunque el ruido a nuestro alrededor era demasiado intenso para estar seguro de ello. No estábamos a más de cinco minutos de la ciudad.

Pero quizá no dispusiéramos ni de esos cinco minutos. El rugido del «Prowler» nos estremeció otra vez. Vi su cuerpo balancearse a lo lejos y sus dos juegos de luces alumbrar la carretera y ponerse en marcha a toda velocidad dirigiéndose hacia nosotros.

El pie de Pod apretaba convulsivamente el acelerador y el autocar protestaba del esfuerzo a que se le obligaba traqueteando peligrosamente. Las luces de Corby brillaban ante nosotros. Las estrellas fulguraban sobre esta ciudad misteriosa.

El «Prowler» cortó el paso a un camión que corría a poca distancia detrás de nosotros, llevándoselo hacia un lado de la carretera mientras su espantosa sirena aullaba estridentemente. Otra vez el cuadro del «Prowler» y su presa desaparecieron de nuestra vista.

Pero esta vez ocurrió algo. Uno de los enormes camiones del «Comus» que corrían detrás del Prowler» aumentó la velocidad y se lanzó evidentemente en. nuestra persecución. Vi que el volante que Pod sujetaba fuertemente con las manos pugnaba por escaparse de su control, como si fuera algo viviente que quisiera huir aterrorizado. Pod maniobró el coche hacia un lado de la carretera cruzando sobre las pistas automáticas, tratando de ocultarnos entre la fila de rugientes camiones y coches de todas clases.

No tuvo éxito. Nuestros perseguidores sabían cuál era su presa y el ver la maniobra aceleraron todavía más su rápida marcha. Pod apretaba el acelerador furiosamente y el coche entero trepidaba espantosamente, pero sin embargo, nuestro gigantesco perseguidor ganaba terreno constantemente.

Al fin llegó a nuestra altura, pero no trató de detenernos, sino que continuó a nuestra marcha. Pod continuaba aferrado al volante. Pronto el gigantesco mastodonte se arrimó a nuestro coche, sin duda para hacer lo mismo que había hecho el «Prowler» con los otros dos vehículos.

—¡Pod! —grité—. ¡Su pistola! Si pudiéramos agujerear uno de los neumáticos...

Pod se revolvió en su asiento.

—¡En mi bolsillo! —gritó, sin apartar la vista de la carretera. Metí nerviosamente la mano en su bolsillo y cuando tuve el arma la levanté para apuntar, pero de pronto me detuve, aguzando el oído. ¿Era cierto lo que mis oídos habían percibido?

—*¡Hola, Carlos!* —gritó una voz desde el oscuro espacio entre el coloso perseguidor y nuestro coche—. *Hola, Carlos. ¿Puede oírme?*

La excitación se apoderó de todo mi ser. Saqué un brazo por la ventanilla y lo agité furiosamente por encima de la encorvada espalda de Pod.

—¿Carlos? —contesté—. ¿Qué hay de nuevo?

El viento se llevó la respuesta. Todo cuanto pude captar fue una débil voz que decía:

—...bloqueado...

—¿Qué? —grité desesperadamente. Esta vez oí mejor sus palabras a través del viento.

—¡La carretera está bloqueada! Tengan calma... ¡Nosotros les abriremos el camino! Déjennos ir delante...

Ahora podía ver la barricada que obstruía totalmente la carretera junto a las luces de la Estación del «Comus» situada en la entrada de Corby. Estaba formada por grandes camiones y un «Prowler» taponaba el estrecho paso por el que debían introducirse en la ciudad los vehículos autorizados previamente. Entonces pensé, viendo como el «Prowler» se apartaba para permitir la entrada de un camión:

Lo saben. De una manera u otra se han enterado.

La barricada ha sido preparada contra nosotros y contra nadie más. Si no fuera así, ¿cómo hubieran sabido nuestros amigos del camión que necesitábamos ayuda? Alguien había cantado. No cabía más respuesta. Me pregunté dolorosamente si habría sido Elaine. Y también, me dije si en efecto la conocía perfectamente.

El «Prowler» de la barricada empezó a aullar siniestramente con su sirena al ver que el mastodonte se le echaba encima. El claxon del atacante añadió su grito de desafío y el ruido de ambos se hizo ensordecedor, insoportable.

Unos segundos después el coloso se estrelló violentísimamente contra la barricada.

El estrépito fue espantoso. Vimos como los camiones que formaban la barricada saltaban a diestra y siniestra y como el gigantesco ariete se abría camino atravesándola limpiamente dejando tras de él un ancho boquete. Después contemplamos espeluznados como se levantaba por un lado y volcaba...

No disponíamos de tiempo para detenernos o mirar hacia atrás. El «Prowler» se estaba recuperando de la sorpresa y volvía a la vida cuando pasamos como una exhalación por el ancho espacio que los desconocidos rebeldes había abierto para nosotros. Marchábamos hacia el centro de la ciudad a la máxima velocidad.

Pod maniobró el freno. El autocar resbaló sobre el asfalto rechinando estridentemente hasta que quedó parado en seco. Nos habíamos detenido en el centro de Corby.

Miré hacia adelante y parpadeé. Todo estaba rojo, del color del «Comus». Dos de los helicópteros que habíamos visto evolucionar sobre nuestras cabezas estaban allí, reflejando en sus bermejos caparazones la luz

del sol. Delante de los mismos se hallaban sus tripulaciones, los hombres de las guerreras rojas, todos con las armas dispuestas. Nos esperaban. El «Comus» lo sabía y se nos había adelantado para recibirnos.

Por un momento me pareció que en el mismo instante de detenernos el mundo había dejado de dar vueltas bajo mis pies. Hacia nosotros se acercaba alguien que no nos era desconocido, alguien que llevaba una camisa a cuadros.

El rostro de Guthrie estaba tan rojo como las guerreras de los hombros que montaban la guardia a sus espaldas. La ira le congestionaba las facciones.

—Muy bien, Rohan —gritó con voz estentórea—, levante las manos y acérquese. Me equivoqué con usted, pero todavía no es demasiado tarde para deshacer el equívoco. ¿Dónde está el dispositivo de seguridad del «Anti-Com»?

CAPÍTULO XXVIII

A mis espaldas oí un brusco movimiento procedente del interior del coche guardarropía. No me atreví a volver la cabeza. Mi mente y mi vista estaban fijas en la ciudad de Corby, preguntándose en dónde estarían sus habitantes. Estaba seguro de haber escuchado ruido de disparos hacia las afueras. No me cabía duda de que había habido cruenta lucha para obstaculizar la búsqueda casa por casa del «Anti-Com» y que éste no había sido todavía localizado. Todavía no, y esto significaba que aún estábamos a tiempo.

Pero, ¿tiempo para qué...? ¿Para ser detenidos por los hombres del «Comus», mucho más numerosos y mejor armados que nosotros? Me pregunté si Guthrie dispararía sobre nosotros si tratásemos de huir. El estampido de los disparos podría animar a los rebeldes de la ciudad a acudir a nuestra ayuda.

—Ya me oyó usted, Rohan —exclamó Guthrie—. Venga aquí inmediatamente. Baje en seguida del coche.

Me di cuenta de mi propia debilidad y sentí el dolor del brazo y que la cabeza me daba vueltas. Llené mis pulmones de aire y volví el rostro hacia Pod para murmurarle algo. Todo lo que se me ocurría hacer era poner el coche en marcha y forzar el paso desafiando sus disparos. Era la única solución que me pareció lógica. Pero detrás de nosotros había un cerebro mejor organizado que estaba ya actuando.

De improviso hirió nuestros oídos una especie de tos metálica procedente del techo de nuestro coche.

Inmediatamente una voz femenina, cascada por la edad, empezó a hablar a la silenciosa ciudad.

—¡Hola, Carlos! —Los amplificadores del techo de nuestro coche bramaban—. ¡HOLA, CARLOS! —La tremenda potencia de los amplificadores repetía sin cesar—: ¡HOLA, CARLOS!, ¡HOLA, CARLOS! —El eco repercutía sonoramente en todos los ámbitos de la ciudad, llamando a las armas a sus ocultos habitantes—, ¡HOLA, CARLOS!, ¡HOLA. CARLOS; ¡CARLOS. CARLOS, CARLOS...!

Toda la ciudad lo oyó. Su eco repercutía de casa en casa. Hasta las estrellas que fulguraban en lo alto debieron oírlo.

Guthrie levantó la pistola y sus labios se movieron. No oí lo que dijo, pues el ruido de los amplificadores era ensordecedor. Sin embargo, oí el estampido del arma y el impacto de la bala en uno de los dos amplificadores, que quedó mudo de repente.

La voz de Eileen Henken continuó rasgando el silencio de la, noche a través del que quedaba, pero pronto la pistola rugió por segunda vez y el amplificador exhaló un lúgubre lamento, silenciándose después. El súbito

silencio que siguió a continuación hizo que me retumbasen los oídos.

Advertí señales de vida tras las ventanas y tejados de las casas alineadas a nuestra derecha e izquierda. No estaba seguro, porque un sargento del «Comus» vestido con su brillante guerrera roja se había destacado de la inmóvil hilera de hombres que nos cerraban el paso mientras la voz de Eileen daba la voz de alarma y yo estaba vigilándole, dispuesto a enfrentarme con él. Sus labios se habían movido para dar alguna orden que nadie pudo oír mientras los amplificadores continuaron emitiendo la voz de Eileen. Incluso me había olvidado de Guthrie. Mi atención estaba fija en aquel hombre que sin duda era nuestro más peligroso adversario del momento.

Cuando la metálica voz del segundo amplificador murió, la voz del sargento se oyó claramente. Una enérgica orden quedó inconclusa en sus labios:

—¡FUE...!

Un disparo rasgó el silencio nocturno. El sargento giró muerto sobre sus talones. Guthrie volvió asustado la cara hacia donde había sonado la detonación y en el mismo momento me di cuenta que a todo lo largo de la calle los cañones de numerosos fusiles se abrían paso entre el estrépito de cristales de ventanas roto; Las armas empezaron a vomitar fuego y balas y la fila del «Comus» se desorganizó rápidamente mientras sus hombres caían muertos o huían para parapetarse detrás de los helicópteros, mientras hacían fuego desesperadamente. La situación había cambiado con sorprendente rapidez.

Pero a pesar de todo nos tocaba a nosotros dar el paso decisivo.

Me di cuenta que sostenía en la mano la pesada pistola de Pod. La había olvidado. La levanté con mi izquierda dispuesto a participar en la lucha.

Pero entonces, a nuestras espaldas, sonó el lúgubre lamento de la sirena del «Prowler» que habíamos burlado y que se nos echaba encima a toda velocidad, mientras los fusiles de los rebeldes parapetados en su; casas dirigían inútilmente su fuego contra el coloso. Oímos un extraño estampido y vimos una intensa llamarada de vivo color rojo en las casas a nuestra izquierda. El «Prowler» había lanzado una granada contra uno de los centros de resistencia rebeldes. Debía ser una casa que el «Comus» habría ya registrado, me dije. Necesitaban el «Anti-Com», pero intacto, pues de lo contrario Corby sería ya una inmensa hoguera. Miré preocupado a las titilantes estrellas. Ellas debían saber el número de bombarderos que estaban volando en espera de volar la ciudad si era preciso.

Entre el fragor de la lucha oí la voz de Roy. Me hablaba al oído, pero me parecía que lo hacía desde mucha distancia.

—¿Hacia dónde debemos dirigirnos? —preguntó—. ¿Dónde está el «Anti-Com»?

Miré a través del parabrisas. Elaine me dijo que se podía ver la torre desde cualquier parte de la ciudad. La descubrí en seguida, una torre alta y de color gris, iluminada desde su base por lo que debía ser un oculto fuego

encendido cerca de ella. El campanario brillaba de color rosa pálido y entre sus arcos descubrí una estrella.

Una mano apareció a través de la ventanilla de mi lado. Vi el brazo cubierto con una manga de camisa a cuadros. El rostro de Guthrie estaba encendido de cólera. Le miré sobresaltado, pero mi pistola le apunté directamente a la cabeza. Me clavó su siniestrada mirada. esperando el disparo que acabaría con su vida.

No me vi capaz de apretar el gatillo.

Traté de hacerlo, pero no pude. Quizá si hubiera estado lejos lo hubiera hecho, si hubiera dependido en ello mi vida. Pero así, tan cerca, mientras él me miraba de aquel modo... Lo conocía bien. Era un viejo rudo que estaba desempeñando una misión que no le gustaba, pero que tenía que cumplir aunque fuera contra su voluntad.

Aparté la boca del arma de su rostro y le descargué sin vacilar un puñetazo en pleno rostro que le hizo recular unos cuantos pasos y caer pesadamente sobre el asfalto.

—Pod —dije, procurando mantener la calma en mi voz—. En marcha. Por aquella calle a la izquierda, en dirección a la torre de piedra de la iglesia que se ve allí abajo.

El motor estaba ya puesto en marcha antes de que terminara de hablar. El tiempo nos apremiaba, pues la sirena del «Prowler» se acercaba peligrosamente, haciéndonos estremecer. Apenas nos habíamos puesto en camino cuando pasó junto a nosotros su enorme corpachón, tan cerca que su curvada forma rozó la metálica carrocería de nuestro coche produciendo un estridente rechinamiento. Estaba bien claro que trataban de derribarnos. La próxima vez no fallarían.

Pod lo sabía tan bien como yo. No trató de enfilar la calle que le había indicado, sino que cruzó el camión en la bocacalle, taponando la entrada..

—¡Afuera! —gritó—. ¡Si seguimos en el coche, nos destruirán! Quizás a pie podamos llegar. ¡ Aprisa!

Ya estaba corriendo antes de terminar sus últimas palabras. Salté de mi asiento y corrí a la máxima velocidad que me permitían mis piernas, oyendo a mis espaldas los precipitados pasos de todos los demás. Casi inmediatamente un ruido espantoso retumbó a nuestras espaldas. El «Prowler» había cargado ferozmente contra nuestro coche destrozándolo por completo. La calle continuó bloqueada y por encima de la siniestra estridencia de la sirena del «Prowler» presentí el zumbido de los helicópteros del «Comus».

Cressy corría a mi derecha y Eileen Henken a mi izquierda.

—¿Se encuentra bien? —me gritó ansiosamente Pod, volviendo la cara para mirarme. Miré a Polly, cuyas facciones habían experimentado un notable cambio, apartando de ellas la máscara de amargura con que siempre estaban cubiertas y adquirido un tono de vitalidad inusitado en ella. Ella y Roy llevaban la caja que contenía el precioso mecanismo, cada uno sujetándola por una de sus asas.

—¡Estoy bien! —grité alzando mi voz por encima del ruido—. ¡Adelante!

Al fondo de una de las calles adyacente se produjo otra explosión y vimos la humareda ocultar los edificios próximos. La gente corría precipitadamente entre el humo, volviéndose para disparar hacia atrás. La sirena de otro «Prowler» dejo oír su siniestra voz. A nuestras espaldas los destrozados restos de nuestro autocar saltaron por los aires cuando sufrieron otra terrible embestida del monstruoso enemigo. Las balas procedentes de los edificios próximos rebotaban inútilmente en su resistentes caparazón. Vimos su alta mole echarse hacia atrás preparando otra feroz embestida contra nuestro pobre coche.

Corríamos hacia la distante iglesia amparados por una cortina de fuego de los rebeldes que nos protegían de nuestros implacables enemigos.

Aquello parecía el caos. Me sentía mareado y tenía la sensación de que mis pies no tocaban el suelo. El humo que nos envolvía me privaba casi por completo de la visión y me parecía que lo tenía dentro de la cabeza dando vueltas sin cesar. Recuerdo haber visto un «Hedgehopper» que se dirigía hacia nosotros y mucha gente que corría delante de él y a un hombre que le arrojaba un objeto parecido a una botella, que se aplastó contra uno de sus lados, encendiéndose instantáneamente y convirtiéndolo en una inmensa hoguera. Una bomba casera, me dije. Están luchando con cuanto tienen a mano.

Pero no era suficiente.

Se puede destruir así a los «Hedgehoppers», pero no a los «Prowlers» ni a los helicópteros. Las máquinas de guerra del «Comus» se estaban echando sobre los desesperados habitantes y ni los fusiles ni las bombas de fabricación casera serían suficientes para vencerlos. El «Comus» nos destruiría fácilmente.

Solo el «Anti-Com» podría destruir para siempre los espantosos monstruos del «Comus».

Oí un fuerte zumbido sobre mi cabeza que me hizo estremecer de emoción. Alguien me cogió violentamente del brazo y me metió de golpe en un portal, justamente a tiempo de evitar el reflector de uno de los helicópteros enfocaba contra la gente que huía por la calle. Empezaron a silbar las balas de sus ametralladoras y muchos de los que corrían iluminados por su perseguidora luz empezaron a doblarse y caer sobre el pavimento.

El «Comus» había perdido el control y Nye también. No aguantarán mucho esta situación, me dije. No pueden. Pondrán en marcha el «Anti-Com», con el dispositivo o sin él, pero destruirán al «Comus» aunque ello represente la desaparición de California.

La voz de Pod me aparto de mis pensamientos.

—¡Guthrie viene tras nosotros! —gritó desesperadamente—. ¡Mírelo allí detrás!

Vi a través de la humareda su camisa a cuadros. Un grupo de gente se interpuso entre él y nosotros y cuando lo vi de nuevo me di cuenta que tras él

corrían unos cuantos policías del «Comus». No solamente nos perseguían con máquinas, sino también con hombres. Le oí gritar y una bala silbó sobre mi cabeza haciendo blanco en una pared.

Pod exclamó entonces con voz potente:

—Continúe. Sólo quedan dos manzanas. Podrán llegar si derribo a Guthrie.

Empecé a decir:

—No, tenemos...

Pod me cortó la frase.

—Eileen no puede continuar. Mire. —Vi una mancha de sangre sobre un costado de su vestido y que su rostro estaba tan blanco como su cabello a la luz intermitente de los reflectores. Todavía tenía en la mano el rojo clavel y me sonrió al mirarla.

—No es grave, creo —me dijo—. Pero me encuentro demasiado débil. Creo que es mejor que descanse.

Pod miró a través de la humeante calle. Parecía que nos encontráramos en una ciudad en llamas. No me causó sorpresa ver un coche destrozado junto a una derruida pared. Pod cogió la almohada de uno de los asientos y la extendió sobre el suelo.

—Siéntate aquí —le dijo.

Roy y Polly, portadores de la caja, vacilaron sólo un breve momento.

—Es mejor que no nos detengamos —exclamó nerviosamente Roy—. Buena suerte, Eileen. Hasta luego.

—Váyanse pronto —exclamó Pod—. Váyanse todos.

Dirigió una sola mirada a su esposa. Ella le sonrió y, deliberadamente, se llevó el clavel a la cara y aspiró su fragancia delicadamente. Pod asintió con la cabeza como si ella le hubiera dicho algo muy importante. Quizá fuera así. Después Pod se volvió y se fue corriendo, gritando a pleno pulmón:

—¡Eh, Guthrie, Guthrie! —Las balas empezaron a silbar a su alrededor. Después un pequeño grupo de gente se mezcló entre nosotros. Vi que una mujer se separaba del grupo y se encaminaba hacia donde estaba Eileen tendida, inclinándose sobre la blanca cabeza. Después la desconocida habló por encima de su hombro a uno de sus compañeros. Eileen me hizo señas de que me marchara, valiéndose del clavel.

Continué velozmente en pos de Cressy, Roy y Polly. Cressy me esperó y me cogió del brazo cuando estuve a su lado. Me sentí reconfortado cuando me apoyé en su hombro. No me había dado cuenta de lo muy débil que estaba hasta que mi brazo descansó en su joven cuerpo. Pero yo sabía mi propio peso y que ella no podría sostenerlo. Hice un gran esfuerzo y la libré de mi peso, continuando la penosa carrera por mí mismo.

Todavía teníamos que atravesar dos manzanas. La calle estaba cada vez más llena de escombros y nos veíamos obligados a saltar sobre ellos. De pronto la sirena de otro «Prowler» sonó estridentemente a nuestras espaldas y todos nos volvimos hacia atrás instintivamente. Vimos su enorme corpachón

dirigirse hacia nosotros, mientras una serie de inútiles disparos trataban de detener su avance. La gente se apartó asustada de su paso gritando y gesticulando histéricamente. Vi brillar unos instante otra de las bombas incendiarias, caseras, que cayó sobre él quemando su propio combustible sin hacer la más mínima en su bermejo caparazón.

El «Prowler» giró a la derecha y se perdió en una de las calles, llevándose tras sí el espeluznante grito de su sirena. Cuando lo vi pensé en lo hermoso que era, en su perfección. Lo mismo que el «Comus», bello y perfecto, hasta que empezó la corrupción.

Sabía que nos estaban buscando por todas las calles de Corby, y sabía que nos habían perdido. El caos que había sido creado a nuestro paso era parte de la fuerza que los había desconcertado.

Estábamos solamente a una manzana de la torre, que se erguía enhiesta al final de la calle bajo la mirada serena de las estrellas. Una bala alcanzó el campanario y dio en una de las campanas produciendo un campanillazo que vibró estrepitosamente en mis oídos.

De pronto un fuerte runruneo se dejó oír sobre nuestras cabezas y durante unos instantes un blanco rayo de luz nos iluminó intensamente. Cressy y yo nos arrojamos al suelo bajo la precaria protección de un muro de piedra. Roy dio un fuerte tirón a la caja arrastrando a Polly tras ella y se arrinconaron en un portal, pero cuando rugieron las ametralladoras del Helicóptero Polly todavía estaba afuera y todos nos dimos cuenta de la bala que la alcanzó.

Polly cayó al suelo como si la bala que la hirió hubiera sido un puñetazo aplicado en pleno rostro. La caja cayó sobre ella cuando Roy soltó su asa y se metió de lleno bajo el mortal haz de luz. Las balas silbaron como un presagio de muerte a su alrededor mientras recogía del suelo a su esposa y la llevaba hacia la escasa protección que les ofrecía el portal.

Cuando Cressy y yo llegamos a su lado Polly estaba sentada en el portal lamentándose de su desgracia, manteniendo una mano sobre un costado, mientras la roja sangre fluía entre sus dedos. Roy me clavó su mirada triste, con aquella tristeza que tanto tiempo habia llevado su esposa en el rostro.

—Tendrán que continuar solos —me dijo con decaída voz—. No la puedo abandonar.

Polly le miró fijamente. Cerró los ojos y luego los abrió otra vez. Su mirada era curiosa. Había en ella algo de debilidad y de ternura.

—Sigue tu camino, Roy. Yo estoy bien. No seas testarudo.

—Cállate de una vez —exclamó Roy—. Descansa y no te preocupes. Rohan y Cressy la llevarán. Ya estamos llegando —Me dirigió una resuelta mirada.

—No replique —me dijo—. No hay tiempo que perder. Váyanse en seguida.

Una parte remota de mi mente se echó a reír pensando en el lozano e irresponsable rostro del Roy de una semana antes, el mismo que no tomaba

sus propias decisiones porque era más fácil no hacerlo. Pensé otra vez en los caminos cruzados y le sonreí.

—Cuídese de ella. Nosotros la llevaremos —contesté.

Cressy ya había levantado la caja.

—No es tan pesada —dijo—. Yo sola la puedo transportar.

La cogí de una asa con mi mano sana, apartando con fuerza la suya.

—Iremos más de prisa si la llevamos entre los dos —manifesté—. Es difícil poder correr llevándola con ambas manos. Vamos.

Estábamos ya muy cerca de la iglesia cuando oí a mis espaldas una detonación y sentí un fuerte golpe en una pierna. El impacto me hizo parar en seco. Noté en la pierna un agudo dolor y me llevé instintivamente las manos a la herida, dejándome caer al suelo, incapaz de sostenerme sobre ella. Al posar mi mano en el suelo me di cuenta de que estaba cubierto de hierba.

Entonces exclamé en tono patético:

—¡Cressy, sigue, sigue!

Cressy me miraba asombrada, pero cogió la caja con ambas manos y se echó a correr sin pronunciar palabra. Yo la contemplé esperanzado, tratando con todo el poder de mi voluntad construir un mundo mágico a su alrededor que la protegiera de los peligros externos. Si ella caía la caja caería al suelo y se rompería contra el pavimento. Y en mi mente estaba bien presente que los Estados Unidos de América estaban dentro de ella.

El ruido de pasos cercanos hizo que mi cabeza se alzara. Vi entonces una conocida camisa.

Mi pierna sufrió una sacudida, como si hubiera visto el arma que la hirió. Guthrie no me vio. Ni siquiera sabía que yo estaba allí. Sus ojos estaban clavados en Cressy que corría envuelta en el humo de la lucha llevándose con ella la suerte de la nación hacia la iglesia que se erguía orgullosa a poca distancia.

Sin hacer el más mínimo ruido deslicé mi mano en el bolsillo y esgrimí la pistola. Doblé mi pierna sana para apoyar en ella mi muñeca izquierda. La sangre corría abundantemente por mi pierna y en mi cabeza sentía un extraño rumor. Temí que iba a desmayarme, pero resueltamente aparté esta idea diciéndome que primero tenía que ultimar mi misión. Una misión que debía haber efectuado cuando llegamos a Corby. Entonces debía haberlo matado.

Estaba ya bastante cerca de mí. Aun disparando con mi izquierda no podía errar. Pero, con el dedo presto sobre el gatillo, me detuve para contemplarle, sin saber el motivo,

Estaba en un apuro. Se encontraba solo en la desierta calle, luchando consigo mismo contra la rebeldía que había estallado en su alma.

Era a Cressy a quien tenía que matar.

Vi que su pistola se alzaba y apuntaba hacia ella y vi que la mano que sostenía el arma empezaba a rebelarse. Lentamente el cañón de la pistola descendió y Cressy continuó su rápida marcha, mientras su áurea cabellera flotaba al aire. A través de la oscuridad no pude percibir las facciones de

Guthrie, pero estaba seguro que la angustia las había cubierto con su velo de tristeza. Le recordé la noche del ataque de los renegados y cuando estuve contemplando su vaso de whisky, hablándome con aquella voz emocionada, contándome su pasado y lo que sentía por ella.

Pensé que no dispararía. No podía hacerlo. Me quedé mirándole fascinado. Yo sabía que tenía que matarle. No podía exponerme, pero al propio tiempo tenía la sensación de que era una decisión que le correspondía a él y no a mí. Era su propio cruce de caminos en el centro de su vida. Tenía el derecho de escoger su propia decisión sin que nadie le interrumpiera. Era muy importante que se decidiera por sí mismo.

Suspiró profundamente y levantó de nuevo el arma, tratando de tomar puntería. Pero a continuación su brazo cayó como si la fuerza que lo sostenía hubiera desaparecido de repente. Pensé que no era solamente Cressy quien le atormentaba, sino algo más. Quizá él también sabía que los Estados Unidos estaban dentro de aquella caja que Cressy llevaba. Si disparaba y caí Cressy, también la caja caería y todos nosotros caeríamos con ella sobre la polvorienta calle.

Levantó por tercera vez la pistola. De nuevo la revolución se ensañó con sus sentimientos y con sus músculos. Casi podía oír su respiración. Después vi que alzaba el otro brazo para sostener su rebelde muñeca. Observé que sus piernas se movían sobre el pavimento, sosteniéndose con más firmeza sobre él. Sentía entonces muy fuertemente aquel extraño rumor dentro de mi cabeza.

Guthrie se llevó la pistola a la cara y miró a través del punto de mira...

Yo no podía esperar más. No me atrevía a hacerlo. Mi dedo estaba sobre el gatillo y lo sentí apretarlo sin recibir la orden de mi cerebro. Sentí el retroceso del arma y oí la explosión. Mi disparo repercutió en la desierta calle imponiéndose a los demás ruidos de la batalla.

Una fracción de segundo después de que mi proyectil le alcanzó su pistola abrió fuego, pero la bala se perdió en el aire, porque cuando disparó Guthrie ya estaba cayendo al suelo.

Cressy no se volvió a ver lo que había sucedido Apretó todavía más la caja contra su cuerpo y ascendió los peldaños de la Iglesia Metodista.

Dejé que la mano que sostenía la pistola cayera al suelo por su propio peso. A pesar del rumor que sentía dentro de la cabeza me pareció como si un inmenso silencio se hubiera extendido a mi alrededor. Vi que la puerta de la iglesia se abría y que Cressy desaparecía tras ella para celebrar su cita con la Historia. Me quedé sentado sobre la hierba oliendo a geranios y a sangre. Las estrellas brillaban intensamente y me sentí muy solo.

El rumor que me atormentaba la cabeza continuaba insistentemente y se pregunté cómo es que no me había desmayado todavía. La sacudí suavemente, tratando de hacerlo desaparecer. Y entonces, por primera vez. se me ocurrió que aquel extraño rumor no estaba dentro de mis oídos, ni siquiera en la ciudad.

Estaba en los aires.

Y se acercaba cada vez más, convergiendo sobre Corby desde diferentes puntos del continente. Era la última jugada de dados de Nye. Ted Nye había elegido su propio camino. Sabía que hab:a jugado y que casi había perdido. Casi...

Oí el rugir de sus motores por todas partes- La ciudad estaba llena de lamentaciones de sirenas y ruido de disparos, pero por encima de todo el rugir de '.os motores se oía distintamente. Yo me encontrar a muy débil. Pensaba que mi vida entera no había sido rcás que un ensayo para llegar a esta representación suprema.

De pronto mis oídos me dolieron al negarse a aceptar el súbito silencio.

Un silencio espantoso que se apoderó de Corby y del mundo. Creí haberme vuelto sordo. Creí que es que me había desmayado. Las sirenas dejaron de gemir Las detonaciones cesaron súbitamente. No se oía una voz.

Y en los aires el rugido creciente de los bombarderos había cesado como por encanto.

Mi razón se sobrepuso a mis incrédulos sentidos. El «Anti-Com», pensé. El «Anti-Com» ha sido puesto en funcionamiento.

El «Comus» ha muerto.

Durante unos segundos sentí una especie de pesar por aquel inmenso poder, por aquel intrincado mecanismo que en cierta ocasión salvó a la nación, aquella hermosa organización que llevó adelante al país hasta que la corrupción se cebó en ella. Un nuevo mundo se ofrecía ante nosotros. Estaba seguro que sería un mundo duro, lleno de sangre, sudor y lágrimas. Pero un mundo real y lleno de vitalidad.

—Lo pasado, pasado está —pensé—. Ahora nos queda esperar y ver.

Continué sentado sobre la hierba, muy débil, pero en cierto modo muy feliz y muy tranquilo.

A mi alrededor la gente empezaba a gritar. Los disparos continuaron esporádicamente. Pero no se oía ni una sirena ni ninguna luz eléctrica rompía las tinieblas de la noche. Sólo la luz de las hogueras iluminaba la ciudad. El «Comus» había caído para siempre como si hubiera sido un gigante muerto por una exhalación.

Esperé tranquilamente a oír el estallido de los bombarderos que habían empezado a caer tras las montañas.